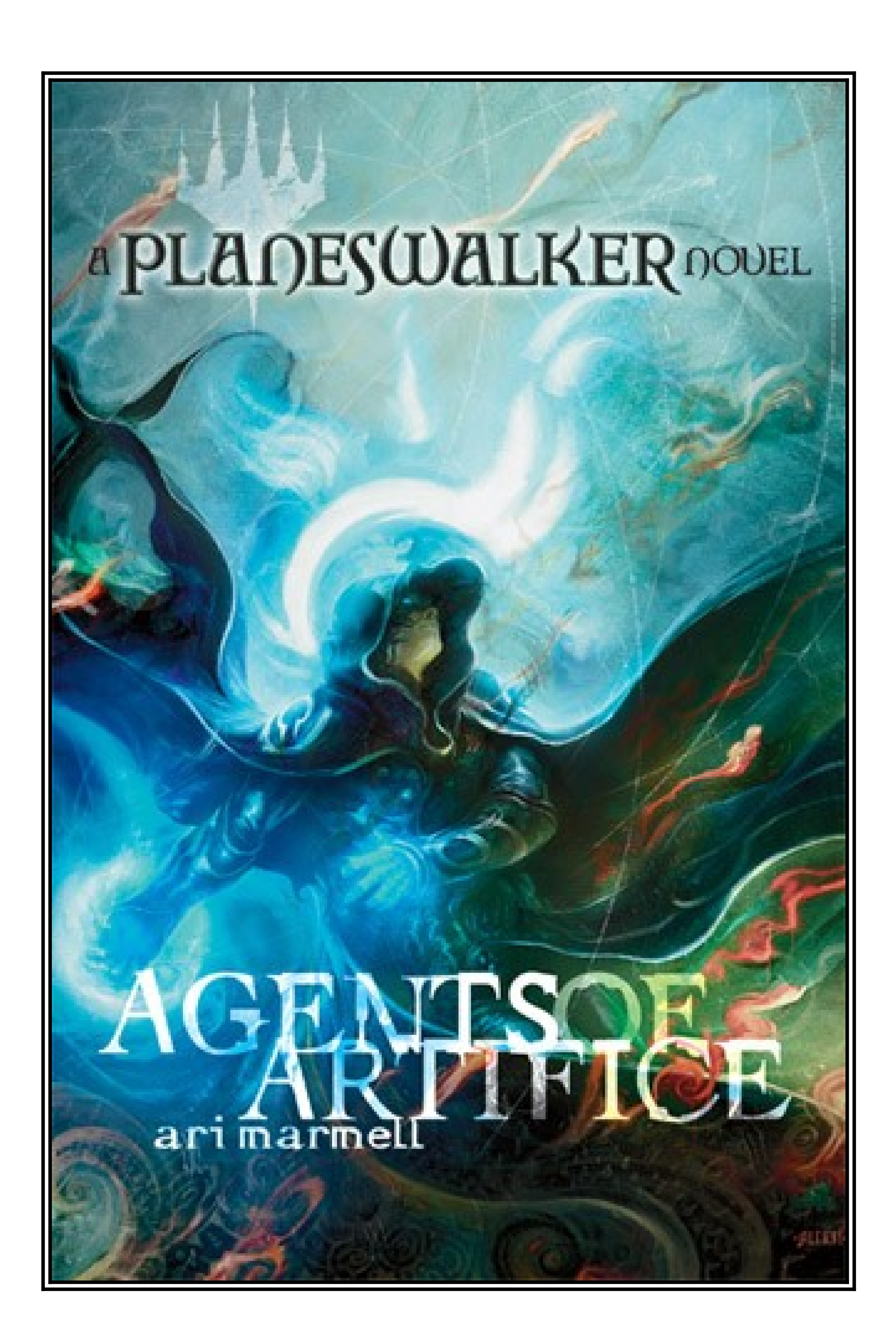

a PLANESWALKER novel
AGENTS OF ARTIFICE
ari marmell

Agentes del Artificio

Novelas de los Caminantes de Planos



Ari Marmell

Indice



Prólogo

La silueta caminó a través de un lugar que no es, donde el tiempo no tiene ningún sentido.

Soplaron vientos y no eran vientos. Sin origen, sin dirección, tiraron del cabello del extraño hacia un lado, su ropa hacia otro. Eran las ráfagas calientes de un desierto árido, el aliento gélido de una tormenta de nieve. Llevaban el perfume de las cosas que crecen, el aroma rancio de la muerte, y olores desconocidos para cualquier mundo cuerdo.

El suelo se movió, y no era suelo. Cambiantes grises y negros (no un color sino la falta de color) formando una superficie apenas menos traicionera que las arenas movedizas. A través de ella, muy por debajo de ella, por encima de ella en lo que difícilmente podría ser llamado un cielo, serpenteaban ríos de fuego, de rayos, de tierra líquida y agua sólida, de maná puro. Colores invisibles para el ojo humano sobrevolaban la zona, negándose a cuajarse, planeando en alas de verdades olvidadas, mantenidos en alto por ráfagas errantes. Montañas de mundos pasados y futuros lloraban lágrimas de dolor por realidades que nunca fueron, futuros no elegidos que ningún otro habría llorado jamás.

Caos. Imposibilidad. Locura.

Las Eternidades Ciegas.

Muy por detrás, y quedándose cada vez más lejos, una cortina de luz viscosa separó la enloquecida expansión de pura creación de uno de los muchos mundos del casi infinito Multiverso que existía dentro. No había nada especial acerca de este mundo, al menos no cuando era visto desde el exterior, salvo que se trataba desde donde había venido la silueta, y a donde pronto debía regresar.

La silueta. Allí, en ese reino más allá de los mundos, eso era todo lo que era. ¿Era ella masculina? ¿Era él femenino? ¿Alta o baja? ¿Humano o elfo o trasgo, ángel o demonio o djinn? Todos y ninguno, tal vez, y nada de esto de ninguna importancia. Cualquier mortal normal ya se habría perdido, su cuerpo y mente y alma destrozados y absorbidos en la retorcida vorágine de lo que fue, es y podría ser.

Este no. Un caminante de planos, anclado por una Chispa de las mismas Eternidades Ciegas que ardía dentro de su alma, marchó a través de la marea, y el enloquecedor caos del entre mundos no fue más que otro obstáculo en un camino que pocos atravesarían jamás.

La silueta hizo el peligro y la aversión a un lado y perseveró, continuando siempre hacia adelante por quién sabe cuánto tiempo. Finalmente, cuando tal vez hubo pasado todo un latido de corazón o tal vez un simple siglo, otra cortina de luz se alzó de la arremolinada inestabilidad. El viajero pasó a través y nació en una nueva realidad, de pie una vez más en la tierra firme de un mundo real.

No tenía nombre, este mundo, porque había muerto mucho tiempo atrás. Ningún viento soplaba, el aire viciado y venenoso asentándose con pesadez sobre la tierra. Ni árboles ni montañas rompían los contornos sin rasgos, y nada más que un fino polvo recubrían la piel del mundo. Largamente muerto, sin vida, desolado...

Privado.

Y allí el caminante de planos se paró y esperó, y se paseó con nerviosismo, y esperó aún más, hasta que el Otro finalmente apareció.

El primer pensamiento de la silueta no fue de alivio que la espera hubiera terminado. Eso vendría en breve. No, ese primer pensamiento fue, en cambio: *¡La próxima vez seré Yo quien elija el lugar de encuentro!*

Eso no sería, por supuesto, lo más político que decir. Así que la silueta se inclinó, lo suficiente como para mostrar respeto, lo suficientemente poco como para decir: Yo no te temo. "¿Lo has decidido?"

El Otro miró sin pestañear durante largos momentos. “Así es. Tal vez una mejor pregunta hubiera sido: ‘¿Todavía estás seguro?’”

El caminante se encogió de hombros, un gesto extrañamente mundano en una discusión tan peculiar. "He puesto demasiado tiempo en esto y he estado planeando demasiado como para echarme atrás. Pero eso tú ya lo sabes."

"El que me traes es un plan complejo. Intrincado; laberíntico. Una gran cantidad de cosas deben suceder precisamente bien si vas a entregarme lo que es mío.”

Otro encogimiento de hombros. "Mi trato se vencerá mucho tiempo antes. No es como si tuviera mucho que perder."

"Sí, por supuesto," concedió el Otro.

"Y de esta manera estaré protegido. Si yo tuviera que ir en persona tras ello y me descubren…"

"Sí, sí. Ya te has explicado."

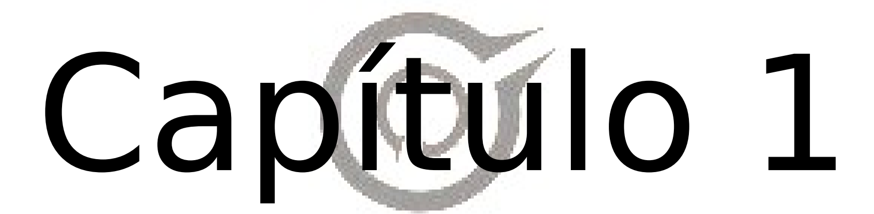
El caminante quedó en silencio, un silencio que se extendió horriblemente a través del mundo entero.

"Entonces, ¿Sabes lo que debe suceder ahora?" preguntó el Otro. "¿Para asegurarnos de que el mente-hablante no puede simplemente sacarte la verdad de ti?"

Una respiración profunda, una segunda y una tercera, para calmar latidos repentinamente veloces. "Lo hago."

"Entonces no te muevas."

Y entonces no hubo más que el grito, jadeante, infinito, un grito que habría ahogado incluso al rugido de las Eternidades Ciegas... cuando el Otro extendió dedos inhumanos, se introdujo en la mente y el alma del caminante de planos y comenzó, con sumo cuidado, a plegar.



Capítulo 1

Al final resultó que el Distrito Avaric no era más atractivo cuando uno estaba borracho que cuando uno estaba sobrio. La niebla del vino irrimbaya no hizo que los sucios adoquines, los techos medio decaídos, o el barro cubriendo las carreteras fueran más atractivos; y el dulce aroma de esa libación no permaneció en la nariz el tiempo suficiente como para amortiguar la podredumbre estancada y el miasma que hacía llorar los ojos que pasaba por aire. Las hileras de casas y tiendas achaparradas inclinadas sobre la carretera como tambaleantes ancianos y los amplios espacios entre ellas parecían agujeros dejados por dientes perdidos. Tal vez el único aspecto

compensatorio de toda la noche era la sorprendente falta de mosquitos.

Normalmente las lluvias traían enjambres similares a plagas de los pantanos y alcantarillas que eran la base inestable de Avaric pero al parecer incluso ellos se estaban tomando la noche para salir a celebrar la Fiesta del Fin de la Esclavitud.

Kallist Rhoka, que había gastado una considerable cantidad de monedas en el viaje de su actual estado de moderada embriaguez, miró amargamente a su alrededor y sintió que la negativa del mundo a reformarse de nuevo a sí mismo en una forma pasadamente tolerable fue el colmo de la descortesía.

Por otra parte, el Distrito Avaric no estaba solo en su negativa de cambiar su naturaleza para satisfacer los deseos de Kallist o sus borrachas percepciones; y entre la terquedad de un barrio entero y la de una cierta maga de cabello azabache él estaba bastante seguro de que el distrito sería el primero en quebrarse.

Al pensar en la mujer que había dejado en la Taberna y Restaurante Amargo Final el estómago de Kallist se retorció tan dolorosamente que el se dobló. Quedó en cuclillas durante un largo rato, esperando que el retorcijón se abriera paso hasta convertirse en un nudo en su garganta. Con manos temblorosas (una sacudida que el atribuyó a los múltiples vasos de vino y no a sentimientos más profundos) se limpió la expresión de dolor en su rostro.

No fue la primera vez que Kallist escupió maldiciones al hombre que lo había conducido a un estado tan lamentable. Menos de un año atrás, él vivía en las sombras de las torres más altas de Ravnica. ¿Y ahora? Ahora las estructuras a su alrededor apenas eran lo suficientemente altas como para proyectar sombras en absoluto. Ahora él habría tenido que vivir de verdad en las alcantarillas o los subterráneos de los distritos más grandes para caer más bajo.

Era suficiente como para convertir incluso a un hombre indulgente en alguien tan amargo como el ajenjo dulce y Kallist nunca había sido así de indulgente.

Aún así, todo habría valido la pena si ella tan sólo hubiera dicho que sí…

La mente embrutecida por el vino de Kallist se quedó rápidamente sin maldiciones así que él bajó la mirada hacia sus pies. Ni siquiera podía ver el color normal de sus botas de piel de basilisco, uno de los pocos lujos que aún poseía, de tan recubiertas del lodo del pantano que siempre rezumaba de entre los adoquines después de la lluvia. Las botas también siguieron nadando dentro y fuera de foco. Se preguntó si podría vomitar y se enojó de que podría perder el costoso vino irrimbaya que había bebido. Sin embargo la noción de caer sobre manos y rodillas en la calzada fue suficiente como para hacerle mantener el equilibrio. Todavía podía oír, aunque siempre levemente, el canto y el baile de la fiesta del Fin de la Esclavitud, viniendo de la dirección del Amargo Final, y se maldeciría tres veces si dejaba que alguien de la taberna lo encontrara dibujando un collage de su cena por todo el camino. Así

que Kallist, con una marcha rígida aunque tambaleante que le hacía parecer sobrio a nadie más que a sí mismo, retomó su caminata.

Avaric no era un lugar tan grande; ninguno de los vecindarios locales lo eran. Era un barrio de remanso, rodeado de otros distritos de remanso salvo por los pocos lugares donde los pantanos subterráneos resurgían en la superficie, quistes feos y malolientes en el rostro envejeciéndose de Ravnica. Los que habitaban aquí lo hacían tan sólo porque a cualquier otro lugar al que podían permitirse el lujo de moverse era aún peor, y unos pequeños jardines de hongos eran más que suficientes como para alimentar a la gran cantidad de ellos. Por lo tanto, aunque la Taberna Amargo Final estaba en el otro extremo de Avaric de la casa que Kallist había compartido con la mujer a quien actualmente culpaba por su estado de ebriedad, aquello normalmente debería haber sido una caminata de tan sólo unos veinte minutos para llegar de una a la otra.

"Normalmente," por supuesto, no se refería al andar aleatorio de Kallist ni al hecho de que él ya había tomado el mismo camino equivocado dos veces. En ese momento ya había pasado más de media hora, todavía podía oír los débiles esfuerzos del cantar en la distancia; sus ojos estaban comenzando a aguarse y a picar…

Y él de verdad, de verdad, tenía que encontrar un lugar privado donde liberar un poco de ese vino de vuelta a la naturaleza. Kallist volvió a bajar la mirada, examinó el callejón más cercano (lleno casi hasta los tobillos con una mezcla jugosa de agua del pantano y desechos) murmuró un breve "Al infierno con ello" y se alejó por la avenida.



Se estremeció por el suave chapoteo bajo sus botas pero esa noche la urgencia de una vejiga llenándose cada vez más superó las preocupaciones de Kallist por su calzado. De haber estado un poco más sobrio o un poco más borracho se habría preocupado por encontrarse con trasgos del alcantarillado, o incluso criaturas-hongos Golgari dejadas por las luchas que había acabado con el régimen de los gremios, pero como él no lo estaba, no lo hizo.

Kallist dio un profundo suspiro y orinó contra la pared manchada que era también la pared posterior de la casa de alguien y volvió tambaleante a la carretera justo a tiempo para encontrarse con un compañero dando grandes zancadas hacia el otro lado.

"Gariel," saludó al recién llegado tratando de enderezarse en una apariencia de sobriedad.

"¿Quién... Kallist? ¿Qué estás haciendo en los callejones tan tarde en la noche? ¿No te preocupan los gobbers?"

Kallist giró, esperando en su borrachera vislumbrar una banda de las repugnantes criaturas detrás de él. Cuando ninguna apareció, se sentó lentamente en el camino fangoso, a la espera de que pasara otra oleada de náuseas.

Irritado, miró a su amigo, que no pudo reprimir una sonrisa. Físicamente Gariel era todo lo que Kallist no era: de piel oscura contra la palidez natural de Kallist; musculoso donde Kallist era enjuto; excepcionalmente alto donde Kallist podría haber sido la norma por la cual se medía la media; y con ojos de color tierra para contrastar con los propios azul oceánico de Kallist. Gariel incluso llevaba barba, no por un deseo de seguir las tendencias actuales (los estilos de los ricos de Ravnica significaban poco allí en los remansos) sino simplemente porque el hombre tenía una aversión intensa a afeitarse. "Cualquier cuchillo que se acerque a mi rostro," le había dicho una vez a Kallist, "será mejor que tenga una salchicha en el extremo del mismo." Si sus cabellos no hubieran sido de tonalidades similares a marrón madera ellos también hubieran podido ser completamente de diferentes especies.

Algo debió haberse cruzado por su rostro, algo que Gariel vio incluso en la débil luz de la luna y el resplandor de la piedrabrasa que tenía en su puño izquierdo. Dejó caer la mano y se sentó en la sucia carretera al lado de su amigo.

"Esto no se ve como borrachos celebrando," observó él apoyándose contra el edificio más cercano.

Kallist lo miró, casi temblando por el esfuerzo de mantener su rostro como una pedregosa máscara sin emociones. Examinó a Gariel como retándole a decir algo.

Hubo silencio por unos momentos, sólo roto por la llamada de un vampiro de los capiteles volando bajo sobre los pocos charcos de pantano expuesto entre las amplias carreteras y filas de casas baratas.

"Ella dijo que no, ¿verdad?" dijo al fin Gariel.

Los hombros de Kallist se desplomaron. "Ella dijo que ‘se lo iba a pensar.’"

Gariel forzó una sonrisa, aunque sintió la sangre golpeando en sus oídos, furioso en nombre de su amigo. "Bueno, al menos eso no es un 'no', ¿verdad?"

"¡Oh, vamos, Gariel!" Dijo el tipo más pequeño dando un puñetazo al barro. "¿Cuándo fue la última vez que supiste que Liliana se haya tomado su tiempo para pensar en algo? Todo lo que ella hace lo hace en el momento." Suspiró y trató de tragarse el nudo que había subido una vez más en su garganta y parecía atado y decidido a quedarse allí. "Tú sabes tan bien como yo que 'me lo pensaré' significa ‘Yo no quiero hacerte daño con mi negativa.’"

Gariel quiso discutir el punto pero las palabras se aferraron a la azotea de su boca como una pasta. "Bueno… Mira, Kallist. Ustedes han estado juntos… ¿qué? ¿Unos pocos meses?"

"Sí. Desde que..." El no terminó la frase. Desde que Gariel lo conocía nunca lo había escuchado terminarla.

"Muy bien, unos pocos meses. Dale un poco más de tiempo. Quiero decir, ella no está acabando obviamente con ello o ella no se habría molestado en ahorrarte el 'no', ¿verdad? Tal vez en otro año o tres…"

Kallist no pudo evitar reír aunque el sonido fue tan venenoso como el ajenjo. "Claro. Porque la única cosa que Liliana hace con más frecuencia que cualquier otra cosa es cambiar de opinión una vez que la tomó."

De hecho, en el momento en que Kallist la había conocido, Liliana lo había hecho precisamente una sola vez.

Y de nuevo, Gariel los conocía demasiado bien a los dos como para discutir. Todo lo que salió de su boca, escapando como un convicto que huye antes de que pudiera pensarlo mejor y cerrara sus dientes con fuerza, fue: "Así que tal vez es mejor así."

"Lo siento," agregó de inmediato. "Eso no se oyó bien."

"Nada lo hace esta noche." Kallist se levantó y entornó sus ojos legañosos hacia el sureste. "Me voy a casa."

"Espera," dijo Gariel también levantándose y poniendo una mano en el hombro de su amigo. "¿Más allá de eso dónde está ella?"

"¿Dónde más podría estar durante el Fin de la Esclavitud?"

Gariel incluso se mostró encolerizado. "¿Qué?" Sin duda habría despertado a la mitad de la calle con ese graznido si no hubieran estado todos fuera celebrando. "¿Quieres decir que incluso después de su charla...?"

Kallist se encogió de hombros y no pudo evitar sonreír un poco. "Ella dijo que no había razón para arruinar un baile perfecto. Incluso me pidió que me quedara, pero… ¿Gariel? ¿A dónde vas?"

El hombre más grande ya estaba a varios metros de la carretera. "Me voy," respondió él apenas volviendo la cabeza, "a darle a tu mujer un pedazo de mi mente por tratarte de esta forma."

"Gariel, no..." Pero él ya había desparecido por la curva más cercana. Si Kallist hubiera estado menos agotado, menos deprimido, y ciertamente menos borracho, podría haberlo alcanzado o al menos intentado. Pero en la situación en que estaba Kallist sólo pudo dejar caer su barbilla al pecho y volver tambaleándose a casa, con la esperanza de recordar haberse puesto borracho antes de quedarse dormido.

Aún así el gastó un breve pensamiento en la esperanza de que todavía hubiera una Taberna Amargo Final de pie cuando viniera la mañana siguiente.

* * * * *

Aunque los gremios habían desaparecido gran parte de Ravnica todavía celebraba el Festival del Pacto entre Gremios, como si recordar los años de prosperidad y orden pudiera evitar que se desvanecieran en esos tiempos modernos y más tumultuosos. Gran parte de Ravnica lo hacía, pero no todos. Algunos de los distritos del plano habían sufrido bastante más que otros bajo los gremios y no pocos estaban felices de verlos desaparecidos.

Algunos como Avaric, cuyas familias habían trabajado casi siempre bajo la servidumbre de los usureros patriarcas Orzhov. Así que cuando el llamado Gremio de los Tratos había caído fue la mejor noticia que los ciudadanos de allí habían recibido en varios miles de años.

Cuando la buena gente de Avaric celebró las paredes, el suelo, las mesas y las sillas de la Taberna Amargo Final temblaron como si hubieran estado en medio de un terremoto.

El Fin de la Esclavitud. En una esquina, una pandilla de artistas golpeaba tambores, rasgaba las cuerdas de una variedad de instrumentos, soplaba a través de varios cuernos, en un verdadero frenesí de actividad que debería haber producido nada más que ruido anárquico, pero que de alguna manera ellos se las arreglaron para darle forma en una música real. La gente reunida en el perímetro de la sala común, no capturada en ese momento en la danza, aplaudía o pisoteaba por el ritmo altamente cargado, y los pasos de los bailarines mismos levantaban nubes de aserrín del suelo y provocaban lluvias de polvo tamizándose de las vigas. Antes del inicio de los negocios del día siguiente un puñado de tablas del suelo, un par de sillas y una legión de jarras y platos necesitarían ser reemplazados, pero el Amargo Final era el establecimiento más grande de Avaric para celebrar la gala del Fin de la Esclavitud, y si un poco de muebles arruinados y vajilla rota era el precio a pagar por una enorme afluencia de clientes, era un costo que Ishri, barman y dueño de la taberna, alegremente pagaría.

Liliana Vess era un torbellino barriendo a través de los bailarines reunidos, dejando huellas no sólo en el aserrín sino en el corazón de una veintena de hombres esperanzados. Su cabello negro como la medianoche se movía alrededor de su cabeza como una nube oscura, o tal vez un halo contaminado. Su vestido en tonos crema, que había sido cortado distraídamente bajo, se levantaba, daba vueltas y caía, prometiendo constantemente revelar más de lo que debería pero, al igual que una cortesana burlona, siempre logrando renegar.

Respiraba con dificultad por el esfuerzo de la veloz danza, girando y girando a través de los brazos de una docena de sus compañeros celebrantes. Su sonrisa iluminaba sus facciones (altas y algo afiladas, formando un rostro que pocos imaginarían como una belleza clásica pero que todos estaban de acuerdo en llamar hermoso una vez que lo veían) pero esa sonrisa no lograba llegar a sus ojos. Por más que ella trataba de perderse en las fiestas, en la adoración de los que la miraban, de los que se acercaban con la esperanza de un simple toque fugaz, no podía hacerlo.

¡Maldito sea él de todos modos! La culpa no era una emoción que Liliana conociera bien y descubrió rápidamente que no era en absoluto de su agrado.

La acumulación extraña de notas y compases y ritmos enmascarados con éxito como una canción llegó a su fin y lo mismo hizo lo último que quedaba de la habilidad de Liliana para fingir el restante entusiasmo por la celebración. Los músicos, cediendo a

muchos aplausos y elogios, abandonaron el escenario para un merecido descanso, dejando a un instrumento con cuerdas encantadas para que tocara una lenta y solitaria cancioncilla hasta que regresaran. Varias parejas permanecieron en el centro de la habitación, moviéndose al compás de las sobrias notas, pero la mayoría regresó a sus mesas a la espera de una pieza con más energía.

Liliana los vio irse, maravillándose de estas personas entre las que ella había hecho su hogar temporal. Todos estaban vestidos con sus mejores y más elegantes galas; lo que allí en Avaric significaba túnicas con mangas largas en lugar de cortas, pantalones sin remiendos obvios y chalecos que en realidad se jactaban de un poco de tenue color en lugar de sus normales marrones y grises. Nadie de allí podía permitirse los tintes ricos o los lujosos botones y broches de los adinerados pero ellos vestían sus "galas" con orgullo; derrochados en sus cuerpos escuálidos cuando normalmente subsistían con los hongos y el ocasional pez o reptil sacados de los charcos pantanosos. Y ellos lo vivían como si esos ridículos lujos significaran realmente algo.

Liliana no entendía nada de eso. Lo aprobaba, incluso lo respetaba, pero ella no lo entendía.

Incluso mientras flotó de nuevo a su mesa, su mano estirándose por un vaso de tosca cerveza para saciar su sed, Liliana vislumbró una figura moviéndose hacia ella a través de la multitud. Un rostro rudo, dividido en lo que el dueño probablemente pensaría que era una encantadora sonrisa, la miró de reojo a través de una espesa barba crecida. Dos pulgares similares a salchichas se enganchaban a sí mismos a través de los bolsillos de un pesado chaleco negro, tal vez tratando de llamar la atención sobre su fina prenda. El borracho la había estado observando toda la noche, desde mucho antes de que Kallist le había arruinado la tarde y salido enfurecido en una rabieta. Todas las noches siempre había al menos uno y ella se había preguntado cuánto tiempo le tomaría a él beber el suficiente valor como para acercársele.

"No pude dejar de notar," dijo él arrastrando las palabras en una pesada voz con cerveza, "que finalmente enviaste a tu escuálido amigo a empacar. ¿Eso significa que estás interesada en pasar algún tiempo con un hombre de verdad?"

Liliana, en un mejor estado de ánimo, podría haber participado en algún ligero coqueteo antes de decirle al borracho que encontrara su propio infierno personal y permaneciera allí. No esa noche.

Liliana levantó su cuchillo de la mesa, todavía manchado con restos de su carne cocida, y respondió: "Si no te marchas en este mismo instante," dijo dulcemente, "no serás un 'hombre de verdad' por mucho tiempo."

Tomó un momento, la batalla entre el sentido común y el orgullo beligerante que asoló el rostro de tipo, pero finalmente, ayudado quizás por el brillo sobrenatural de los ojos de Liliana, el sentido común ganó el campo. El hombre, gruñendo, se giró y

regresó a su mesa, donde le diría a sus amigos todo acerca de cómo él había rechazado los avances de la mujer.

Liliana dio un solo suspiro mientras se sentó en su silla y se encontró extrañamente deseando que Kallist hubiera estado allí para ver ese intercambio. *¡Maldita sea!*, pensó una vez más estirándose de nuevo por su jarra. Si no es una cosa.

"¡Ey! ¡Puta!"

Es otra.

La mitad de la taberna se volvió hacia el tipejo grande y de piel oscura que había acabado de entrar sigilosamente por la puerta principal, sus botas dejando un rastro de barro desprendido, pero Liliana supo con precisión hacia quien había estaba destinada su llamada. Se levantó con gracia y le ofreció su sonrisa más impresionante.

"Y un alegre Fin de la Esclavitud para ti también, Gariel."

"¡Ningún alegre Fin de la Esclavitud para mí, dioses, maldita sea!" gruñó él abriéndose paso a través de algunas de las parejas de baile para ponerse delante de su mesa. "Quiero saber qué diablos creías que estabas..."

Ellos eran expertos, pensó luego Liliana cuando tuvo un verdadero momento para pensar; había que concederles eso. Ella no los había notado en absoluto hasta que una cuchilla aceleró hacia ella desde encima del hombro de Gariel.

Ni siquiera hubo tiempo para gritar una advertencia. Liliana alzó una rodilla bruscamente contra el estómago de Gariel (tenía suficiente respeto por él por ser amigo de Kallist como para no golpearlo más bajo) y atrapó sus hombros mientras él se dobló, utilizando su propio peso para derribarlos a los dos hacia atrás sobre su silla. No fue agradable, no fue elegante, pero los sacó del repentino arco de una espada con la mitad de un latido de sobra.

Los sonidos de la silla crujiendo, y ellos dos cayendo al suelo, fueron lo suficientemente fuertes como para penetrar el estruendo. Primero un par de rostros, y luego un puñado más, se alejaron de la cena o los bailarines para mirarlos; una onda en un estanque, la conciencia de que algo no estaba muy bien se extendió a través del Amargo Final.

Liliana jadeó cuando el borde de madera del asiento le apretó dolorosamente su costado pero no dejó que eso le impidiera rodar. Sus cuerpos se inclinaron a través de la silla como un punto de apoyo, la cabeza de ella golpeando el suelo de madera, pero eso, también, ella lo ignoró lo mejor que pudo. Liliana, torciendo su agarre sobre Gariel mientras caían, le impidió aterrizar de lleno sobre ella. Lo dejó jadeando en el suelo mientras se puso rápidamente de pie, tratando de mantener la mesa entre ella y su atacante. No. Atacantes, plural. Maldita Sea.

No había duda de que ellos eran extranjeros allí. Avaric era pequeña, sí, pero no lo suficientemente pequeña como para que todos conocieran de vista a todos los demás. Entonces, desde la distancia, estos dos se mezclaron a la perfección, ambos de altura más o menos promedio, ambos vestidos como trabajadores salidos a

reunir a algunos después de un largo día de trabajo, antes de ir a casa para reunir a algunos más. Pero vistos de cerca sus ojos fríos y sin emociones los marcaron como algo completamente distinto.

Bueno, eso y las pesadas cuchillas de carnicero.

Avanzaron sin prisa, incluso despreocupadamente, uno por cada lado de la mesa. Era evidente que, a pesar de la velocidad de la evasión de Liliana, no esperaban una gran resistencia.

Y en cuanto a cualquiera viniendo en ayuda de Liliana estaban en lo cierto. La gente cercana a ella sólo había empezado a correr, a gritar, o a congelarse en estado de shock, como mejor le convenía a sus temperamentos individuales. Ishri, desde detrás de la barra, emergió con un pesado garrote en la mano, pero obstaculizada como estaba ella por la mayor parte de la multitud retrocediendo por la venida del derramamiento de sangre no había manera de que ella llegara a la mesa antes de que todo hubiera terminado. A su favor el pretendiente que Liliana había rechazado también estaba abriéndose camino a través de la taberna, con los puños en alto, pero ya estaba tan borracho que aunque se las arreglara para llegar a la refriega era poco probable que pudiera contribuir de manera significativa.

Aún así Liliana no requería la ayuda de nadie.

Se agachó ligeramente y cambió de mano el cuchillo de la cena (un arma apenas intimidante pero todo lo que tenía) en un apretón clandestino. Debajo de su aliento, con sus labios apenas moviéndose, comenzó a pronunciar un canto bajo y sonoro. A lo largo de su cuello se alzó un patrón abstracto de tatuajes que sugirió incluso diseños más elaborados bajando por su espalda, como si hubieran sido quemados en su piel de adentro hacia afuera.

Si ellos hubieran sido capaces de oír por encima del ruido ambiente de una taberna en pánico sólo ese sonido podría haberle dado a ella una pausa de sus atacantes. El tono era surrealista, sepulcral, mucho más profundo de lo que la voz de Liliana debería haber producido. Las sílabas no formaron ninguna palabra de ningún idioma conocido sin embargo llevaron un terrible significado que pasó completamente por alto la mente hundiéndose directamente en el alma del oyente.

Pero ellos no pudieron oírlo, esos tontos ilusos que se creían depredadores en lugar de presas. E incluso si lo hubieran hecho habría sido demasiado tarde para el caso.

Liliana, como si mordiera el extremo de una tira de cuero, escupió una palabra de poder del éter, gesticulando con su cuchillo. Algo invisible se movió debajo de la mesa, sólo una sombra más en los faroles parpadeantes del Amargo Final, invocado desde los golfos abisales más allá de los reinos de los muertos mismos. Se extendió con dedos imposiblemente largos, más y más lejos, y rozó los bordes de dos de las patas de la mesa. Las patas se pudrieron como si tuvieran cien años, en un solo instante, doblándose sobre sí mismas, convirtiéndose en suave mantillo. El resto de la superficie de madera dura cayó de costado, golpeando con fuerza una de las pantorrillas del bandido. Este gritó de dolor, tropezando y alejándose con cojera

del asalto inesperado, un puñado de platos y un pan a medio comer de pan integral de centeno rodó alrededor de sus pies.

Ante ese grito la atención del segundo hombre se alejó de Liliana por menos de un latido de corazón, pero eso fue suficiente. Agachándose bajo, deslizó el filo de su cuchillo por el brazo extendido de él. Ropa y carne se desgarraron bajo el acero dentado y el bandido apenas amortiguó una maldición de dolor detrás de dientes apretados.

La sangre brotó, acumulándose a lo largo de su muñeca en un brazalete estrecho. Era una herida superficial, escociendo pero inofensiva, y su mueca de dolor se convirtió en una mirada salvaje cuando se dio cuenta la ineficacia del ataque que había demostrado su objetivo.



Pero el ataque de Liliana no había tenido la intención de causarle daño. Su propósito sólo había sido extraer sangre… y la atención de la invisible cosa sombría deslizándose imposiblemente por el suelo. La cosa, invisible a todos, oscuridad contra oscuridad, negro sobre negro, extendió sus garras una vez más y las sumergió en la sangre brotando. Una asquerosa corrupción se introdujo en la herida goteando y se entrelazó en torno a los músculos y los vasos de brazo del hombre.

Entonces este gritó, un grito inhumano de agonía, cuando la pudrición gangrenosa se disparó a través de su carne. La cuchilla cayó de sus dedos fláccidos, alojándose en la madera al lado de sus pies, mientras la piel se volvió de un enfermizo azul, la sangre negra y viscosa. La carne se puso rígida y agrietada, dividiéndose en gotas de pus amarillento. El mercenario cayó de rodillas, se apretó su brazo moribundo contra su pecho y gritó como un bebé.

Liliana no desperdició en él ni una sola mirada. Su sufrimiento terminaría muy pronto, cuando la podredumbre necrótica extendiéndose llegara a su corazón.

El segundo bandido, poniéndose cada vez más nervioso, se había recuperado por el impacto de la mesa contra su pierna, rápidamente poniéndose al alcance de ataque. Gruñendo levantó su cuchilla de carnicero y la dejó caer en un golpe malévolo que no detendría el frágil cuchillo de comer.

Liliana ni siquiera trató de levantar su débil arma en respuesta. No, con sus labios aún en movimiento aunque hacía mucho tiempo que ella debía haberse quedado sin aliento, levantó la mano izquierda y atrapó la cuchilla mientras descendía.

La cuchilla debería haber desgarrado a través de su extremidad levantada como pergamino. Debería, y tendría, de no

haber comenzado a volverse negra en la cúspide de su ataque, de repente envuelta y tirada por penachos de sombra. Para el momento en que debería haber llegado a la carne de la mano de Liliana simplemente desapareció, atraída hacia el vacío entre los mundos de los vivos y los muertos. El atacante se quedó de pie, mirando a su puño vacío.

Con un encogimiento de hombros, Liliana dobló dos dedos en garras y los hundió en sus ojos fijos. Apenas fatal, pero más que suficiente para sacarlo, gritando, fuera de la pelea.

Y así como así la taberna se calmó una vez más. Los símbolos arcanos sobre la espalda de Liliana se desvanecieron tan rápidamente como aparecieron, dejando su piel inmaculada. Liliana, haciendo caso omiso de los rostros boquiabiertos que giraron silenciosamente hacia ella de los asistentes a la fiesta que no habían salido corriendo gritando del Amargo Final, se alejó del bandido caído haciendo desaparecer la sombra espectral con el más mínimo pensamiento. Sólo ella, de todos los presentes, escuchó su grito lamentable cuando esta volvió haciendo un remolino a la infinita oscuridad.

Liliana puso un pie encima de la silla caída y se apoyó en su rodilla para mirar de manera significativa hacia Gariel; quien la observó como si a ella le hubieran brotado plumas.

"¿Qué...? ¿Qué has...? ¿Qué?"

"Todas buenas preguntas," le dijo Liliana. "¿Estás bien?"

"Yo… yo viviré."

"Por el momento no saltemos a conclusiones." Se agachó para ofrecerle una mano al tipo nervioso y entonces la sacó de un tirón cuando él comenzó a inclinarse sobre ella, dejándole que cayera una vez más boca abajo. Las tablas del suelo se sacudieron con el impacto. "Aunque todavía hay ese pequeño detalle," dijo ella con una sonrisa depredadora, "de tú acechando desde esa puerta, gritándome, llamándome con todo tipo de nombres feos."

“Yo... tú..." Gariel se pasó una mano por el rostro, manchándose en lugar de limpiándose la sangre que ahora goteaba de su nariz. "La gente está observando Liliana."

"Eso no te molestó cuando me estabas gritando obscenidades."

Gariel sólo pudo mirar boquiabierto una vez más, a la audiencia reunida y a los bandidos heridos, y preguntarse exactamente lo loca que era en verdad la chica de su amigo. En realidad había abierto la boca para preguntar esa cuestión sólo para ahogarse con una lluvia de astillas cuando un proyectil que pareció más o menos tan grueso como el tronco de un árbol se estrelló contra el suelo a pocos centímetros de su cabeza.

Liliana oyó el zumbido y el clic de una ballesta mecanizada incluso mientras se apartó del impacto repentino, mirando a las figuras de pie en la puerta.

Había tres más, todos fuertemente parecidos a la pareja que la había atacado hacía un momento. Sólo que estos tres, se dio cuenta ella mientras miraba a un trío de idénticas armas autocargables, estaban mucho mejor equipados.

"La siguiente," le dijo a ella con brusquedad el hombre en el medio, "atravesará la cabeza de él." La mirada del recién llegado voló rápidamente a las dos figuras en el suelo, uno dando su último aliento, uno cegado, y su rostro se endureció. "No creo que seas lo suficientemente rápida como para detenernos a los tres, bruja."

Ella frunció el ceño a su vez. "Entonces dispárale. Él no significa nada para mí e incluso con esas ballestas de lujo te prometo que no tendrán tiempo para recargar."

"Ah," dijo el hombre con voz aceitosa, "pero él significa algo para alguien, ¿no es así?"

El ceño de Liliana se hizo aún más profundo pero sus hombros se hundieron y ella supo que ellos lo vieron. "¿Qué deseas?"

"Lo que quiero es dejarte atravesada por algunas flechas por lo que le hiciste a mis chicos," dijo el bandido. "Pero lo que va a suceder es esto..."

Capítulo 2

Una ligera lluvia caía en el momento en que Kallist abrió los ojos. Era una lenta y pesada llovizna, buena para los hongos del pantano y el cieno del alcantarillado y no mucho más, el tipo de precipitación que lograba empapar todo sin formar gotas reales. Corría desde el techo inclinado, fluyendo alrededor de las tejas rotas y faltantes, para verterse en riachuelos esporádicos más allá de las ventanas. Los mosquitos, pensó Kallist, van a estar asesinos mañana, con o sin día de fiesta.

Ese fue su primer pensamiento. Su segundo fue, ¿Por qué estoy pegado a la mesa?

Hizo una mueca de dolor, y más que un poco de vergüenza, cuando despegó su rostro sin afeitar de la madera, reconociendo la sensación pegajosa de su propia baba. Al menos, se dijo mirando a su alrededor en el entorno familiar, había llegado a casa antes de desmayarse por completo.

Se puso de pie, con la espalda protestando por la posición desplomada que al parecer había sostenido durante bastantes horas. Con cara de sueño, pero sin el palpitante dolor de cabeza que había esperado, Kallist caminó tambaleante por la habitación. Era una pequeña vivienda: dos habitaciones interiores, una de las cuales incluían la cocina, y un edificio para los baños separado para la limpieza y otras necesidades. Era muy pequeña comparado con lo que había conocido en otros lugares de Ravnica pero para los estándares de Avaric era casi palaciega.

En lugar de caminar penosamente hacia los baños donde se encontraba el pozo, lo que habría requerido empaparse hasta los huesos, Kallist simplemente eliminó el intermediario, abrió las persianas y atrapó algo de la lluvia en sus manos. La primera palma completa fue para apagar su ardiente sed, la segunda para fregarse el residuo pegajoso en el costado de su cara.

Y sólo entonces, cuando comenzó verdaderamente a despertarse y cuando el esperado martilleo se filtró lentamente en su cráneo como cascos débiles en la distancia, fue que Kallist se pregunto qué le había despertado.

Se quedó inmóvil, con las manos aún sacadas fuera en la ventana, y trató de recordar cómo pensar. No podía haber sido un trueno ya que aquello era una llovizna suave no una tormenta. ¿El portazo de alguien? Posiblemente. Pero alguien habría tenido que darle a su puerta un golpe suficiente como para cortar un árbol para poder haber despertado a Kallist de su sueño de borracho. No parecía probable.

Sin embargo él estaba seguro, en retrospectiva, que algún tipo de choque le había despertado, un choque que podría haber estado dentro de la casa.

Finalmente la mente de Kallist se desprendió de bastante laxitud como para empezar a trabajar en algo parecido a la capacidad normal, más o menos al mismo tiempo que oyó el más leve de los susurros de tela contra la madera en la puerta de la cocina.

En su mejor momento Kallist no era una fracción del mago que era Liliana; él había tenido entrenamiento, sí, pero sus habilidades siempre se habían inclinado más hacia la espada que el hechizo. Y ahora, con más de un poco de alcohol aún fluyendo por su sangre, algo parecido a un encantamiento complejo estaba más allá de él. Sin embargo, espoleado por un repentino estallido de miedo, un rápido susurro le permitió a Kallist encubrirse a sí mismo en la más delgada, más endeble, de las ilusiones. No fue mucho pero lo hizo parecer como si él todavía tuviera las dos manos fuera, atrapando la lluvia, cuando en realidad una había caído a la empuñadura de la

daga que llevaba atada a su muslo derecho. Esta se sintió terriblemente liviana en su mano y él tuvo un momento para desear haber elegido la ventana más cerca de la cama, donde descansaba su espadón a buen alcance.

Y entonces sintió el cálido aliento del intruso en la parte posterior de su cuello y el tiempo para los deseos y arrepentimientos pasó.

Kallist giró, golpeando la barbilla del hombre que estaba al acecho detrás de él con la pesada empuñadura de la daga. Captó un breve vistazo de mejillas sin afeitar y débiles ojos llorosos antes de que el tipo se tambaleara hacia atrás, agarrándose su mandíbula rota. Sangre fluyó por las comisuras de su boca, escurriéndose desde las marcas de los dientes que había dejado en su propia lengua. El arma del intruso, un garrote de madera pesada, aterrizó entre ellos con un golpe.

Kallist, inseguro de si su atacante estaba solo, se dejó caer en una postura de cuchillo de combate, la hoja sostenida hacia abajo a su lado, con la mano extendida izquierda para agarrar o parar. Era una postura experta pero de alguna manera se sintió mal; acomodado, sólo un poco. Como si su mente supiera lo que tenía que hacer pero sus músculos no estuvieran seguros de cómo seguir.

Realmente, pensó Kallist, tengo que practicar más.

O tal vez menos bebida.

Manteniendo un fragmento de atención en el hombre que había caído al suelo, por si acaso pudiera recobrarse, Kallist maniobró a través de la habitación en una serie de cuidadosos pasos cruzados que lo mantuvieron en equilibrio, listo para saltar hacia cualquier lado. Trató por un momento de lanzarse con sus sentidos, emulando un hechizo que había aprendido para ver alrededor de las esquinas, pero su facultad con tal magia era dudosa en el mejor de los tiempos. Sólo logró borronear su visión y causar que su cabeza latiera aún más fuerte.

Por el momento en que su vista se aclaró y se dio cuenta de que la parte que latía no estaba para nada en su cabeza sino que en realidad era una persona que había trepado por la ventana abierta y estaba cargando a través del suelo, no hubo tiempo para reaccionar. Kallist creyó ver el borde de un rostro y luego su cabeza dolió mucho más de lo que lo había hecho. Luego todo se volvió negro y ya nada dolió.

* * * * *

Cuando Kallist finalmente despertó una vez más sucumbió a la tentación contra la que había estado luchando desde que se había marchado tambaleándose del Amargo Final y vació el contenido de su estómago en el suelo.

Bueno, al menos apuntó al suelo. Descubrió en medio de su segunda convulsión que estaba firmemente atado a una silla por lo que una cantidad asquerosa de lo que había sido carne correosa, tubérculos fritos, y vino de irrimberry terminó en su regazo.

"¿Sabes una cosa Rhoka? Eso es realmente repugnante."

Kallist se obligó a alzar su cabeza para mirar al hombre a través de la cámara. "Semner."

"¿Me conoces? Que halago."

"He oído hablar mucho de ti, por lo general de personas que tratan de explicar por qué sintieron la necesidad de darse una media docena de baños seguidos. ¿Qué te ha traído al verdadero culo de Ravnica?"

El otro hombre sonrió con una fea sonrisa de dientes amarillos. "Sólo siguiendo a la mierda, por supuesto. Hoy día, eso serías tú."

Semner era, en todas las formas imaginables, feo. Sus rasgos eran cuadrados y anchos, su pajizo pelo amarillo fino y grasiento, sus ropas arrugadas y manchadas con cerveza vieja y sangre más vieja. Apestaba a sudor y a un profundo desprecio por la higiene dental.

Sin embargo su exterior ocultaba un núcleo todavía más feo. Semner era un matón, un rompe-piernas, y un asesino a sueldo tan vil que le daba mal nombre a los mercenarios. En los días en que la Liga de Wojek todavía hacía cumplir las leyes a través de Ravnica él y sus secuaces no eran nada. Ahora seguían siendo nada pero había muchos más de ellos.

Kallist asintió. Fue prácticamente el único movimiento que pudo hacer, tan apretadamente atado. "¿Así que quién me quiere muerto esta vez?"

"Tengo una idea." Semner se trasladó para agacharse delante de la silla. "¿Qué tal si te callas y me dejas a mi hacer las preguntas?"

A pesar de las gruesas cuerdas Kallist no pudo evitar sonreír. "Si tú fueras un mago podrías obligarme."

El rostro de Semner se volvió rojo como una manzana y la sonrisa de Kallist se ensanchó aún más todavía. Ellos nunca habían trabajado juntos pero Kallist conocía personas que habían luchado o muerto junto al mercenario. Semner, le habían dicho, le temía a las magias que usaban muchos de sus socios y había hecho más que un intento fallido por aprender estas cosas por sí mismo.

"¿Qué tal si te hago salir tus dientes a través de la parte posterior de tu garganta y hago que te calles de esa manera? ¿Funcionaría eso para ti?"

Kallist cállate. Su mente, sin embargo, estaba corriendo como un draco de la tempestad con su cola prendida fuego. Semner era un montón de cosas pero la sutileza nunca había sido una de ellas. La idea de Semner de "sigilo" era matar a cualquiera que se fijara en él. Si Kallist aún estaba vivo significaba que Semner quería algo de él; o quien fuera que había contratado a Semner lo hacía. Kallist no supo qué noción era más aterradora.

"Sí, eso es lo que yo pensé," dijo Semner una vez que Kallist permaneció en silencio durante un minuto entero. El matón acercó una segunda silla y se dejó caer en ella, apuntando con una cuchilla al rostro de Kallist. Sostuvo la pose melodramática por un instante, luego se inclinó hacia delante y arremetió. Kallist no pudo evitar jadear cuando la daga cortó una astilla de madera de la silla al lado

de su rostro. "Si estás pensando en tratar de tirarme más de tus pequeños fantasmas harías bien en olvidarte de ello en este momento. O te haré sangrar tan mal que no podrás decir la palabra 'hechizo' y menos que menos lanzar uno."

"Todo esto es muy intimidante," le dijo Kallist. "Pero me gusta mucho la oportunidad de lavar estos pantalones antes de que se quede la mancha. ¿Así que si tú podrías llegar al punto...?"

"Está bien." Semner se inclinó aún más y clavó la punta de la daga en el asiento de la silla, a escasos centímetros de la entrepierna de Kallist. "Una pregunta simple, entonces, Rhoka. Responde bien y tal vez te salgas de esto."

"¿Dónde puedo encontrar a Jace Beleren?"

Kallist sintió el aliento quedar atrapado en su pecho, sus dedos se apretaron en puños. La ira se apoderó de él en una ola y sintió una tentación casi insuperable de simplemente darle a Semner exactamente lo que pedía. Le serviría muy bien a ese bastardo…

Pero no estaba seguro de si Liliana lo entendería.

Así que en lugar de eso, dijo, "La última vez que hablé con Beleren le dije muy claramente que escoja un infierno de su elección y ya está. Así que tal vez si empiezas por ahí…"

Cualquier otra cosa que podría haber añadido se perdió en el impacto del puño de Semner contra su rostro. Kallist ahogó un grito mientras sus labios se dividían y uno de sus dientes se volvió flojo en su zócalo. La silla se tambaleó un momento antes de caer hacia atrás, enviando una segunda oleada de dolor a través de él cuando su cráneo dolorido rebotó en el suelo. Durante varias respiraciones largas Kallist sólo pudo mirar al techo, tratando de reunir sus agallas.

Semner se levantó, puso un pie en el travesaño entre las patas de la silla, y empujó hacia abajo. La habitación entera se inclinó una vez más cuando Kallist se volvió a encontrar arrojado en posición vertical esta vez para encontrar el puño de Semner esperando para encontrarse con su rostro en lugar de al revés. Sangre manó de su nariz para mezclarse con la que salía de su labio.

"Lo que escuché," dijo Semner limpiando la sangre de la mano en la camisa de Kallist, "fue que tú y Beleren ya no siguen siendo precisamente amigos." Comenzó a pasearse, haciendo girar la hoja entre los dedos. "¿Así que por qué no te ahorras un montón de dolor y me señalas en la dirección correcta?"

Kallist sondeó el diente aflojado con su lengua, escupió una bocanada de sangre en el suelo, y no dijo nada.

"Por mucho que me encantaría pasar una noche transformándote a golpes en cecina," se quejó Semner, "Yo tengo asuntos que atender. Así que vamos a hacer esto de la manera fácil. ¡Chicos!"

La puerta principal se abrió de golpe y Kallist prácticamente se desgarró un músculo retorciéndose para poder ver. Dos hombres y una mujer, luciendo casi de tan mala reputación como su líder, atravesaron la puerta abierta, maltratando a alguien entre ellos.

Varios matones más (Kallist no pudo conseguir un recuento exacto) miraron de forma malvada desde la lluviosa noche de mas allá. La bolsa que habían colocado sobre la cabeza del cautivo no hizo nada para evitar que Kallist la reconociera; cuando ellos la quitaron el rostro de Liliana fue casi decepcionante.

"¡Hijos de puta!" les dijo con dientes apretados. ¿Cómo un don nadie como Semner había logrado capturarla de todos modos?

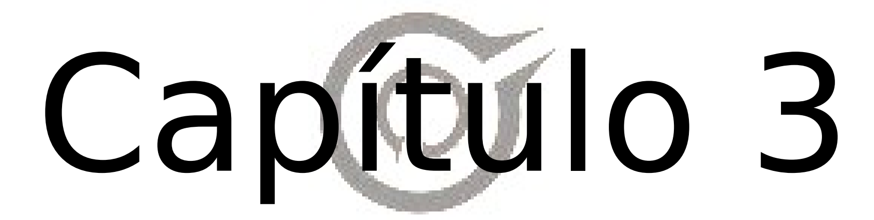
Por lo menos no parecía herida. Tenía el pelo pegado a la frente, su vestido a su cuerpo. En otras circunstancias habría sido seductora.

"Lo siento, Kallist." Y vaya si ella no sonó como si lo dijera en serio.

Semner hizo un gesto y los matones sosteniendo a Liliana la soltaron... sólo para poder dejar un punto en claro nivelando sus ballestas a la espalda sin protección de ella.

"Ahora," dijo Semner volviéndose hacia su prisionero golpeado, "vamos a hacer esto exactamente una vez más.

"¿Dónde está Jace Beleren?"



Capítulo 3

"Favarial." A Kallist se le negó incluso la leve comodidad de mirar a su interrogador ya que su atención estaba fija en las ballestas apuntadas a la espalda de Liliana. "No podría ni comenzar a decirte en que parte del distrito, y yo ni siquiera puedo prometerte que él todavía esté allí, pero la última vez que hablamos él vivía en Favarial."

Semner asintió lentamente y se dirigió a los hombres en la puerta. "Ella puede irse. Mátenlo."

Los ojos de Liliana se abrieron de par en par; su labio tembló como si tuviera algo que decir, algo que ella no podía expresar. Tres sonrisas malvadas se formaron alrededor y detrás de ella, y tres flechas malvadas cambiaron su objetivo al pecho de Kallist.

Kallist sintió acelerar su corazón y sus palmas volverse húmedas. Y entonces, como si hubiera sido rociado con un cubo de nieve, se enfrió. Se sintió tranquilo, calmado. Había enfrentado

situaciones peores; maldita sea, él había sometido a personas a situaciones peores.

"Mala, mala idea, Semner," dijo con su voz nivelada. "Yo creo que ni tú eres tan estúpido."

La curiosidad guerreó con el enojo en el rostro más feo de la habitación y la curiosidad venció en la mezcla de todo ello. Semner levantó una mano, deteniendo a sus hombres, justo cuando sus dedos comenzaban a apretar sus gatillos.

"¿Qué quieres decir exactamente?"

"Favarial está tremendamente lejos," le dijo Kallist. "Eso es varios días antes de saber con seguridad si estoy mintiendo o no."

Semner apretó los dientes. "¿Y lo haces?"

"No." Una sonrisa. "Al menos por lo que ya sabes."

"Maldita sea, Rhoka..."

"¿Y qué si él se fue?" continuó Kallist. "Obviamente a mi me encontraste con más facilidad de la que podrías encontrarlo a él o nosotros no estaríamos teniendo esta hermosa conversación de corazón a corazón. Él podría estar en cualquier lugar." Jace ni siquiera podría seguir estando más en Ravnica. Por supuesto Semner no entendería eso. "Quizás nosotros ya no nos dirijamos más la palabra pero yo todavía conozco al hombre mucho mejor que tú. Si estoy mintiendo, o si él siguió adelante, ¿cómo vas a encontrarlo sin mí?"

El crujido de los dientes en la mandíbula de Semner creció a niveles casi tectónicos. Pero Kallist lo tenía y él lo sabía.

"Bien." Finalmente cedió el mercenario. "Tienes la oportunidad de seguir respirando." Hizo un gesto hacia la silla que él mismo había ocupado unos momentos antes. "Atenla. Asegúrense de que no escape."

"¿Qué?" Kallist frunció el ceño. "Le acabas de decir a tus hombres que la dejaran ir."

"Eso fue antes de que tú me dijeras que estaba siendo estúpido," dijo Semner y sonrió. Uno de los matones partió para localizar más cuerda; Semner se volvió hacia los que quedaban. "Errit, tú y Rin quédense aquí. Duerman por turnos; quiero a alguien observándolos en todo momento."

"Puede que yo no sea un mago," se permitió decir él con una mirada amarga hacia Kallist, "pero puedo contratar personas que si lo son. Una vez que hayamos llegado a Favarial encontraré un mensajero que les envíe la noticia, que les haga saber si él nos dijo la verdad."

"Y si no lo hizo," añadió Semner sombríamente, "su trabajo será dejar a la mujer bien llena de cicatrices."

Kallist gruñó con frustración. Sin embargo él no fue el único de los presentes en tener problemas con ese plan.

"¿Um, jefe?" interrumpió uno llamado Errit con su voz incierta. "¿De verdad quiere que vigilemos estos dos? ¿Por días? ¿Sólo dos de nosotros?"

"Van a estar atados."

"Pero, eem... ¿No nos ha dicho que eran brujos? ¿Qué pasa si ponen una maldición sobre Rin o me convierten en un gobo o algo así?"

"¡Entonces tendrás mejores oportunidades de atraer a las mujeres!" gruñó Semner aunque su expresión se había vuelto incierta.

"Vas a tener que llevarnos contigo Semner," se burló Liliana. "Todo lo que hace falta es la palabra correcta, incluso la apariencia adecuada. No hay forma de que tus matones puedan mantenernos a ambos confinados por días."

"Al diablo que no pueden," gruñó él sonriendo de repente. Liliana le guiñó un ojo a Kallist, quien tuvo que luchar para no reírse en voz alta.

"Amordácenlos," ordenó Semner a sus hombres, "y encuentren algo para vendar sus ojos. Eso debería evitar que ellos lancen hechizos o apunten a algo. Y si no..."

Se giró poco a poco a Liliana, mirándola lascivamente de arriba a abajo. Ella se estremeció, su piel arrastrándose como si él hubiera hecho correr de verdad sus manos a través de su cuerpo. Kallist deseó desesperadamente un cuchillo o incluso un trozo de cristal roto.

"Si uno de ellos hace siquiera el más leve movimiento sospechoso," le dijo Semner a Errit. "Córtale algo personal e insustituible al otro. Eso debería mantenerlos en línea."

La puerta se abrió y el otro regresó con un rollo de cuerda colgada al hombro. Goteaba profusamente mientras cruzó el suelo y los sonidos a través de la puerta abierta sugirieron que la constante llovizna se había convertido en un honesto aguacero.

"¿Comida?" preguntó Errit a Semner cuando el hombre de la cuerda se trasladó a la silla y empezó a desenrollar su carga. "¿Agua?"

"Eh. Nosotros sólo estaremos tres o cuatro días. No los va a matar estar sin alimentos. Agua... simplemente humedece los trapos cada pocas horas, déjalos chupar el agua de ellos."

"¿Y si tienen que hacer sus necesidades?" Era evidente que él todavía estaba nervioso por la idea de tener a un mago sin ataduras en la habitación.

Semner se limitó a sonreír. "Cubrirá el olor a vómito de Rhoka."

Liliana cruzó la habitación con los hombros rectos y la cabeza en alto y se sentó en la silla por si sola en lugar de permitir ser maltratada por ello. Tranquila mientras Errit y la mujer (presumiblemente Rin) comenzaron a envolver las cuerdas a su alrededor, con los ojos fijos en los de Kallist. Los ojos de Liliana, lentamente, deliberadamente, se movieron hacia abajo para indicar las cuerdas, y luego retrocedieron. El, asintió ligeramente a su vez.

Los labios de Liliana comenzaron a moverse sin el más mínimo indicio de sonido.

En cuestión de segundos fue atada tan fuerte como el mismo Kallist. Semner les ofreció otro puñado de comentarios sarcásticos y

amenazantes y la casa se fue vaciando lentamente. Todo lo que quedaba ahora eran dos prisioneros atados, dos captores nerviosos, y el sonido de la lluvia cada vez mayor.

Un poco de conocimiento, o eso dice el refrán, es una cosa peligrosa. Y eso es lo que Semner, indisciplinado y sin ser estudioso como era en los caminos de la magia, poseía: un poco de conocimiento. Si él hubiera sabido un poco más, prestado un poco más de atención a los magos con los que había trabajado o las pocas lecciones que había recibido, habría sabido lo rápido que podrían funcionar las magias simples; podría haberse dado cuenta de lo bien que lo estaban engañando cuando Liliana había dado a entender que las ataduras y el amordazamiento no probarían ser nada más que un inconveniente.

La nigromante había podrido las cuerdas antes de que Semner siquiera había salido de la casa; un hecho oculto por el propio hechizo de Kallist, una mínima fantasmagoría que había hecho que las ataduras aparecieran sólidas como siempre, incluso cambiando y crujiendo con los movimientos de los cautivos. Y entonces ellos esperaron, los prisioneros inquietos, Errit caminando nerviosamente por la habitación, Rin escarbando en la ropa de cama para hacer mordazas y vendas. Finalmente se decidió por unas tiras de sábanas y las mangas arrancadas de una vieja túnica.

Kallist hizo una mueca cuando la tela se metió en su boca y se envolvió por encima de su cabeza. Sin embargo, mientras la habitación se desvaneció detrás del lino color blanquecino permitió que su cuerpo se relajara, que su mente y su concentración se afilaran, mientras absorbió el maná de los pozos y cisternas debajo de las carreteras del distrito. Más temprano, con resaca y casi ahogándose en la adrenalina, él no había podido hacer funcionar el hechizo. Pero en ese momento, en ese momento lanzo la vista fuera de su cabeza; se sentía, si cabe, aún más fácil de lo que había previsto. La sábana rasgada pareció acercarse y luego desvanecerse mientras él inspeccionó la habitación desde un punto a varios centímetros por delante de su rostro. Desde allí observó y esperó a que Liliana hiciera el primer movimiento.

El sonido del aguacero se desvaneció, reanudando el suave susurro ambiental de la noche anterior. Los postigos de las ventanas brillaron débilmente con los primeros indicios de un tímido amanecer.

Errit lanzó un verdadero chillido de sorpresa cuando Liliana se levantó de su silla, se quitó sus ataduras y se quitó la improvisada capucha y mordaza con desdeñosa facilidad, ofreciéndole su más deslumbrante y seductora sonrisa.

Y eso fue una distracción más que suficiente para que Kallist se pusiera de pie y aplastara la nuca del matón con su silla.

El sonido no despertó a Rin, que se había ido a dormir fuera en el primer turno de Errit. Gracias a la forma oscura que había acechado por debajo de la cama desde el comienzo del canto de Liliana, deslizado sus horribles extremidades por toda la mujer

dormida, y desaparecido una vez más en el éter, nada despertaría a Rin nunca más.

"Si que te tomaste tu tiempo," dijo Kallist mientras pasó por arriba de la forma supina y ensangrentada, dejando caer su mordaza en la cara del matón, un sudario barato y despectivo. "Hemos estado libres durante más de una hora."

"Tenía que estar segura de que Semner no iba a volver, ¿no?"

"Ah. Pensamiento inteligente."

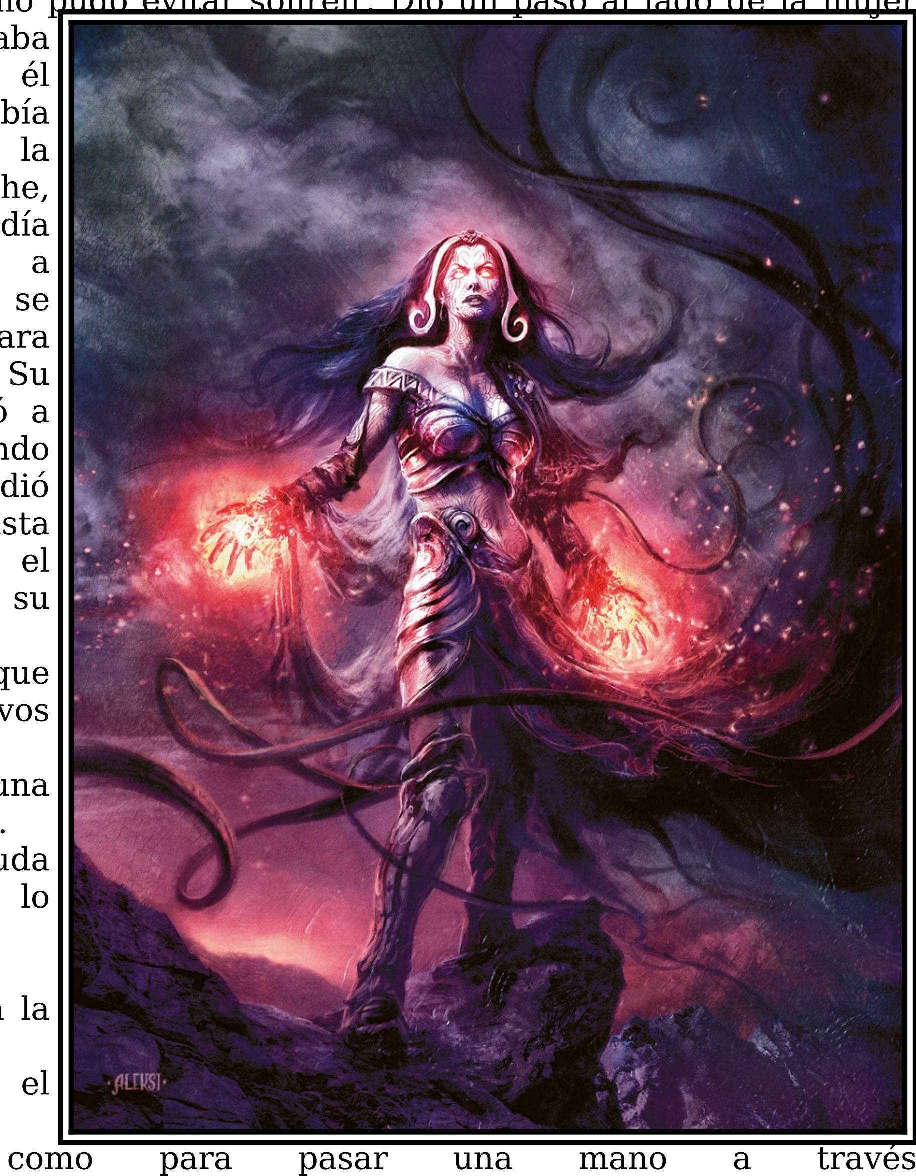
"Y no lo olvides."

Kallist no pudo evitar sonreír. Dio un paso al lado de la mujer que amaba (incluso si él también había sentido, en la última noche, que podía aprender a odiarla) y se estiró para abrazarla. Su corazón cayó a sus pies cuando ella retrocedió ante él hasta que recordó el estado de su ropa.

"Creo que serán nuevos pantalones," sugirió con una sonrisa triste.

"Sin duda de que te lo agradeceré."

Kallist caminó hasta la cama, deteniéndose el tiempo suficiente como para pasar una mano a través de las persianas, recogiendo un puñado de agua de lluvia con la que eliminar lo peor de la sangre en su rostro. "¿Estás bien?" preguntó mientras se arrodillaba, haciendo una mueca, para escarbar a través de la mitad inferior del armario. "Ellos no te hicieron daño, ¿verdad?"



Liliana Vess

"Sólo lo que viste, Kallist."

"Me alegro." Se tambaleó y trastabilló alrededor de la habitación, tratando de ponerse de un tirón un par de pantalones

limpios por encima de sus piernas mientras anduvo recogiendo ciertos elementos vitales. "¿Quién crees que contrató a Semner? ¿Boricov? ¿El Consorcio mismo? ¿O tal vez ese chamán de Kamigawa que también era un caminante...?"

"¿Acaso importa?" Liliana se agachó, envolviendo los pocos pedazos restantes de cuerda sólida alrededor de las extremidades extendidas del matón inconsciente. "Si nos quedamos aquí sentados enumerando a todos los que quieren a Jace muerto él moriría de viejo antes de que nosotros pudiéramos terminar y les ahorraríamos el problema."

"Importa," dijo Kallist tambaleándose en el centro de la habitación con sus brazos llenos de suministros de viaje, su espada envainada sobresaliendo del montón. "Afectará a la forma en que corramos."

"¿Corramos?"

"Si esto tan sólo se tratara del pueblo rata buscando recuperar un poco de la inversión no hay razón para pensar que tú y yo estemos más en peligro. Pero si el Consorcio Infinito está volviendo a cazarnos tenemos que poner por lo menos unos cuantos cientos de kilómetros entre nosotros y nuestro siguiente hogar. ¿Qué te parece uno de los distritos más grandes? ¿Glahia tal vez? Favarial no por razones obvias. O tal vez podríamos…"

"Kallist," dijo Liliana en voz baja poniendo una mano gentil sobre su brazo aunque él no la recordó cruzando el cuarto, "silencio."

Él calló.

"Nosotros no podemos correr," le dijo ella con seriedad.

"En realidad yo tengo un paquete de suministros y dos pies bastante resistentes que dicen que podemos. Por qué…"

"Tenemos que advertirle a Jace."

Los suministros de Kallist cayeron al suelo, la empuñadura de la espada aterrizando lo suficientemente duro en su pie que, si él ya no se hubiera vuelto a poner sus botas, bien podría haberse roto algo.

"Semner debe haberme golpeado más duro de lo que pensé," le dijo a ella.

"¿Ah, sí?"

"Estoy alucinando. De hecho me imaginé oírte decir que debemos ir a advertir a Jace."

"Bueno, entonces esa es una alucinación poderosamente conveniente ya que yo de verdad dije que debemos ir a advertir a Jace. Pero por lo menos no tendré que repetirme."

"Estás loca. No hay ninguna manera…"

"Alguien tiene que hacerlo Kallist."

"Liliana, Jace no quiere vernos."

"Y nosotros no queremos verlo," respondió ella estando de acuerdo.

"Precisamente. ¿Por qué arruinar una satisfacción mutua de común acuerdo?"

"Kallist..."

"Liliana, el nunca te ha perdonado. Y ciertamente nunca va a perdonarme a mi."

"Y eso, por supuesto, es una razón tan buena como cualquier otra para condenar a muerte al hombre."

"¡El arruinó mi vida!"

"Porque estaba tratando de salvarla."

Una larga pausa, mientras Kallist la miró… y luego los hombros de él cayeron, la respiración silbando entre sus dientes mientras escapó. "Maldita sea."

"Sí."

Kallist se deslizó por la pared para sentarse, con los brazos sobre las rodillas, al lado de la ventana. Liliana se agachó a su lado, haciendo correr dos dedos por el pelo de él.

"¿Cuándo es que nosotros empezamos a preocuparnos por hacer 'lo correcto'?" le preguntó él desesperanzado.

"Creo que en el momento en que todo esto comenzó a involucrar a alguien que te salvó la vida media docena de veces."

Un profundo suspiro final desinfló a Kallist de la cintura para arriba pero finalmente asintió. "Muy bien," dijo. Y de nuevo, "Muy bien. Semner nos lleva una hora a la cabeza. Pero es bastante fácil perderse entre las calles y túneles entre aquí y Favarial. Incluso si no lo hace, si yo me apuro, aún puedo llegar lo suficientemente pronto como para encontrar a Jace antes que él, suponiendo que el bastardo todavía siga en el distrito."

"Por lo cual, por supuesto, quisiste decir 'nosotros'," le corrigió Liliana con sólo la más leve capa de escarcha en su voz.

"Ah..." dijo Kallist poniéndose a cubierto al darse cuenta de cuán profundo era el barro que estaba a punto de pisar, "no, eso no es exactamente lo que quise decir."

"Sí, lo es. Simplemente que tú aún no has tenido que explicar este hecho."

"Liliana," dijo él sacando su cabeza de debajo de su mano y volviéndose a parar derecho, "Tú no deberías venir."

Ella se levantó, suavemente, con rapidez, hasta que sus pies quedaron a centímetros del suelo, con su cuerpo rodeado de un aura parpadeante de niebla negra, los símbolos arcanos una vez más entintados en su espalda y cuello. Flotó más alto hasta que tuvo que mirar hacia abajo para encontrar la mirada de Kallist.

El, incluso sabiendo que ella no iba a hacerle daño, no pudo dejar de temblar por el frío vampírico que congelaba la sangre emanando de la nigromante. Desde dentro del aura de tintes de medianoche juró que escuchó los susurros y gemidos de una veintena de almas.

Sin embargo, su tono de voz, cuando habló, fue calmado, recogido. Ella estaba, Kallist se dio cuenta con algo parecido al temor, simplemente aclarando un punto no tratando de intimidarlo.

"¿De verdad crees," le preguntó, "que esperar aquí en Avaric para saber si has tenido éxito es el mejor uso de mis habilidades? ¿De verdad crees que me puedes convencer de que es un viaje que

puedes hacer pero que de alguna manera es demasiado peligroso para mí?"

Eso no tenía, por supuesto, nada que ver con el peligro. Kallist no estaba remotamente seguro de poder soportar pasar tres o cuatro días seguidos con Liliana, tan pronto después de la aplastante conversación de la noche anterior.

Kallist, al no ser un completo idiota, sabía que no debía decirlo. "Sí. Creo que es demasiado peligroso como para que nos arriesguemos ambos."

Liliana se echó a reír y se hundió hasta que sus pies tocaron una vez más los tablones de madera, permitiendo desvanecer el aura nigromántica. "¿Así que es más seguro para uno de nosotros que para ambos? Pensé que se suponía que yo tenía que ser la ilógica."

"Liliana..."

"Además," dijo ella suavemente, moviendo la punta de la nariz de él con un dedo, "tú te aburrirías sin mí."

Kallist sabía cuando lo habían vencido. Parecía estar sucediendo mucho últimamente.

"Bien," se quejó de mala gana. "Comienza a empacar lo que necesites. Tengo una última cosa de la que encargarme."

El humor cayó al instante del rostro de Liliana. "¿Preferirías que lo haga yo?" preguntó ella con gentileza.

"Ni siquiera un poco."

Kallist levantó su espada de la pila, permitiendo que la vaina se deslizara de la hoja. Mecánicamente se volvió y cruzó la habitación para erguirse por encima de Errit.

El matón atado, que había recuperado la conciencia en algún momento durante su discusión, comenzó a agitarse. "¡Espera! ¡Espera un minuto!"

"¿Por qué?" La voz de Kallist fue tan mecánica como sus movimientos.

"¡Yo... no hay ninguna razón! ¡Mira, yo no soy una amenaza para ti! ¡Incluso les podría ayudar! Yo..."

"Le deberías haber preguntado a Semner acerca de con qué exactamente estabas tratando." Kallist bajó la pesada hoja con estrépito y luego, sin decir una palabra, se dio la vuelta para lavar el arma, dejando que el cadáver se drenara de sangre en la grieta que había escindido a través de las tablas del suelo debajo de el.

Capítulo 4

Kallist ardió de ira como si hubiera tenido la esperanza de acobardar la lluvia bajo su sumisión. Sin embargo la lluvia se negó petulantemente a dejarse intimidar y él tuvo que conformarse con dejar correr sus dedos sobre su rostro, lanzando otro puñado de agua a la tierra empapada.

"Por lo menos mantiene lo peor del hedor y los mosquitos fuera del aire," le dijo Liliana con su voz lo suficientemente alegre como para hacer que Kallist considerara muy seriamente golpearla en la cabeza con el primer ladrillo suelto que pudiera encontrar.

En vez de eso la miró. "Tal vez si llevaras uno de estos paquetes por mí yo sería un muchacho menos miserable."

"Yo ya tengo lo que necesito. No es mi culpa que tú empaques como una niña."

"¿Entonces yo supongo que eso significa que tú empacas como un hombre?"

"Yo, mi amor," dijo ella con un brillo seductor en sus ojos y un toque leve de su lengua en sus labios, "no hago nada como un hombre."

Kallist, todavía no estando lo suficientemente firme emocionalmente como para abordar ciertos temas, siguió caminando.

Ambos iban vestidos con capas pesadas, diseñadas no sólo para evitar los elementos sino para ocultar el hecho de que sus ropas eran claramente del estilo pobre y campesino. Aunque las únicas rutas de salida de Avaric les llevaron a través de callejones, alcantarillas, y bajo-calles que hacían que incluso ese pobre distrito tuviera clase ellos pronto se deslizarían a través de barrios de mucha mayor afluencia. Podrían adquirir nuevos trajes con bastante facilidad pero hasta entonces no sería bueno destacarse como paletos.

Kallist había coronado su atuendo con un sombrero de ala ancha, Liliana con una profunda capucha, y ninguno lo había hecho con intenciones de mantenerse secos. Sus zapatos casi eran insalvables, el barro empapado por la lluvia de Avaric habiendo sido reemplazado por la basura mucho más pura y el exceso de aguas residuales de las calles más malolientes de Ravnica.

Unos cuantos minutos más de silencio, unos cientos de metros más. Las lluvias aumentaron marginalmente pero lo suficiente como para empapar a través de los pocos lugares del traje de Kallist que todavía estaban secos y él sólo pudo sacudir la cabeza.

"Este no es un auspicioso comienzo para nuestro viaje," murmuró.

"¿Por qué Kallist? Tú no eres supersticioso, ¿verdad?"

La expresión que le devolvió a Liliana fue totalmente anodina. "Estoy acompañando a una hechicera que nació en otro mundo, en nuestro camino para advertir a un tercero que está a punto de ser asesinado, posiblemente a instancias de o una organización criminal interplanar o una unión espiritual de ratas. Por lo que a mí respecta lo que tú llamas 'superstición' yo llamo ‘prestar atención’"

"Me parece justo. Entonces deberías tratar de hacer eso."

Kallist entrecerró los ojos, no del todo seguro de si estaba imaginando el insulto allí o no, pero la sonrisa de Liliana sugirió que ella no había querido decirlo en serio de todos modos. Al menos él supuso que eso es lo que quería decir.

Unos pocos momentos de silencio, salvo la lluvia persistente y el chapoteo de las botas.

"Liliana," comenzó a decir él tímidamente, "sobre nuestra conversación de anoche..."

"No."

"Está bien." Kallist no pudo evitar la cólera o un toque de petulancia en su voz. Empezó a caminar más rápido pero una mano suave en el hombro lo detuvo.

El se volvió y los ojos anchos en los que miró brillaron con más que la lluvia.

"Kallist," dijo Liliana gentilmente, "no ahora. Después de que hayamos terminado con esto, cuando hayamos encontrado a Jace y terminado con todo lo que estemos haciendo en Favarial, si las cosas han cambiado, entonces pregúntame. Pero no ahora. Hay mucho a lo que hacer frente."

Él sólo pudo asentir, incapaz de formar algo parecido a una palabra coherente, y reanudar su paso.

Luchando por mantener la voz firme preguntó: "Suponiendo que podamos encontrarlo, ¿crees que Jace estará dispuesto siquiera a vernos?"

"Lo dudo," le contestó Liliana con seriedad. "Pero yo no estaba planeando preguntarle. Tú mismo lo dijiste, Kallist: El nunca nos ha perdonado a ninguno de nosotros. Vamos a tener que salvarlo a su pesar.”

"¿Y quién sabe?" añadió ella, voz mucho más esperanzadora que segura. "Tal vez salvando su vida una vez más ayudará a equilibrar los libros en lo que a él respecta."

Kallist esbozó una sombría y triste sonrisa. "Y cuando hayas terminado con esa ilusión yo tengo un castillo prístino con vistas a la montaña en Dominaria que puedo venderte, barato."

Ellos volvieron a caminar en silencio. Mientras sus pasos los llevaron inexorablemente más lejos de Avaric sus alrededores se volvieron cada vez más sucios, cada vez más sombríos. Al menos las chozas y tiendas en Avaric no tenían pretensiones; éstas, sin embargo, se extendían tan altas como aquellas que aspiraban a la gloria de otros barrios mucho más ricos. Ventanas estrechas y portales con arcadas altas proporcionaban entrada a través de muros de piedra; pero esa piedra estaba agrietada y con incrustaciones de suciedad y excrementos, esas ventanas tapiadas, esas puertas podridas. Las telarañas eran más gruesas que las cortinas y los sonidos de los pocos habitantes que permanecían dentro eran furtivos y escurridizos. Los adoquines tenían el color de todo tipo de hongos y mohos que rara vez veían el sol, alimentándose de la escorrentía y los residuos.

Con su atención fija en esa pesadilla de edificios abandonados y moribundos, medio cegado por la precipitación que flotaba en el aire como una niebla, Kallist casi saltó de su piel cuando el puño de Liliana se apretó en su hombro.

"¡Por los mil diablos Liliana! ¿Qué estás...?"

"¡Shush!" El rasposo susurro lo hizo callar más rápido que cualquier grito. "¡Escucha!"

Entonces él lo oyó y se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta antes. Tambores en los túneles del alcantarillado, una docena o más.

"Trasgos de cloaca," le dijo entre dientes a Liliana, su mano cayendo a la empuñadura de su espada.

"No lo entiendo," admitió ella incluso mientras se alejaba, despejándole espacio para que desenvainara. "Yo pensé que no salían durante el día."

"No lo hacen." Pero la voz de Kallist fue distante, ya que otra cosa había empezado a perturbarlo, algo que le hizo cosquillas en la parte posterior de su mente. Algo sobre los tambores mismos, sobre la historia que Jace le había contado una vez de los hombres rata de Kamigawa…

"Liliana," dijo con voz áspera, su garganta repentinamente seca, "Creo que tenemos cosas más grandes que trasgos de las que preocuparnos..."

¿Acaso los trasgos chamanes, o los demonios nocturnos que a veces los gobernaban, los estaban haciendo sonar desde el fango tóxico en el que habitaban, reformando la mente y el cuerpo y el alma desde crecimientos de hongos y desechos humanos y podrida basura cáustica? ¿O su llamada primitiva se estaba escuchando desde más lejos, a mundos de distancia, invocando un alma vil para que se manifestara a través de los asquerosos materiales que tenían a mano?

En última instancia aquello no hizo ninguna diferencia. El ritmo de los tambores aumentó, volviéndose cada vez más fuerte, cada vez más frenético, y lo peor de las alcantarillas se levantó con ellos.

La fétida ráfaga de metano fue su heraldo, maliciosas gotas de lodo y estiércol sus escoltas. La cosa, más alta que la vivienda que Kallist y Liliana habían dejado atrás, rezumó hacia arriba y a través de la boca de tormenta, sus mandíbulas abiertas en un grito silencioso. Barro espeso y limo maloliente fluía a raudales por todo su cuerpo, y siempre permanecía allí otra capa de corrupción por debajo, burbujeando para tomar su lugar. Sus brazos eran tablas rotas, sus garras láminas de piedra y clavos oxidados, sus colmillos dentro de sus cavernosas fauces antiguos y sucios fragmentos de vidrio. Era lo peor de la suciedad de Ravnica, heces y restos flotantes y decadencia, a la que se les habían otorgado una vida primitiva y terrible. Y odio.

Y hambre.

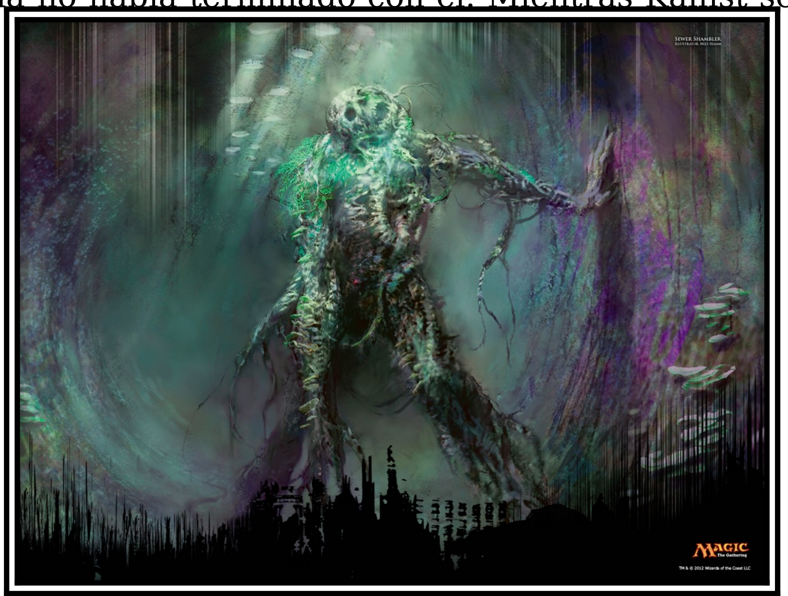
Los sonidos dentro de las estructuras circundantes se volvieron gritos repentinos, pies corriendo y portazos, cuando los indigentes buscaron todo refugio que pudieron de una amenaza que no podían comprender. En tiempos más antiguos, tiempos más ordenados, tal abominación habría sido rápidamente enfrentada por la Legión Wojek, o al menos las fuerzas de uno de los otros grandes gremios. Pero en la actualidad sólo los distritos que podían pagar sus propios defensores, o los honorarios exorbitantes exigidos por los sucesores de la Legión, tenían una protección así. Allí, en las viviendas de los pobres, los sucios, los olvidados, a nadie le importaba.

Kallist, con su mente despierta reducida brevemente a un balbuceante horror, reaccionó sin pensamiento consciente. Solo a través del instinto invocó un manto de magia incluso mientras cargó

contra la abominación, su espada en alto. A pesar de lo pobre que podría ser como mago su desesperada ilusión lo debería haber dejado brevemente invisible. Tendría que haber llegado sin ser notado a la ondulante forma, ganado preciosos segundos para acometerlo con cortes mientras esta permanecía sin saber su ubicación.

Pero Kallist no estaba pensando con claridad y Kallist nunca se había enfrentado a una bestia como esa. La criatura, sin ojos en su rostro, sin cerebro dentro de su cráneo, no poseía ninguna manera de poder aferrarse a sus ilusiones. Incluso cuando él se acercó, el desollador atacó con un puño de lodo y basura. La agonía cruzó el cuerpo de Kallist cuando una docena de bordes dentados trazaron una docena de líneas de color rojo oscuro a través de su carne. Apenas tuvo tiempo de observar el callejón cayendo bajo sus pies antes de estrellarse con fuerza contra la pared de enfrente. Luces brillantes destellaron ante él y el aliento se expulsó de sus pulmones, dejándolo jadeando mientras se deslizó hasta la base de la casa. Sólo la pura suerte impidió que su cuerpo girando aterrizara sobre la cuchilla de su propia arma brutal.

Aún así la bestia no había terminado con él. Mientras Kallist se posaba sobre tierra, apoyado en posición vertical sólo por la pared, las fauces del desollador se partieron en dos. Primero como una serpiente con su mandíbula desprendida y luego más abierta aún, más amplia, imposiblemente amplia. Y de ese portal a un infierno miserable la criatura vomitó una masa putrefacta de aguas residuales, un diluvio que chocó tan brutalmente contra Kallist como el propio puño. Se aferró a él, ahogó sus pulmones, se endureció sobre sus articulaciones y le pegó al suelo.



Liliana, que tenía mucha más experiencia en tratar con este tipo de violaciones de la naturaleza, seguía encontrándose aturdida. Su mirada frenéticamente revoloteó de la masa vacilante a su compañero caído y viceversa, necesidades conflictivas desgarrando su alma.

El horror comenzó a dirigirse hacia ella, sin siquiera molestarse en girar su cabeza ciega en su dirección, y el tiempo de la indecisión quedó atrás. Articulando un canto fúnebre, más bajo, más sombrío, más revolvedor de almas que incluso el que había expresado en el Amargo Final, ella levantó ambas manos e hizo un

rodeo hacia la derecha, obligando a la criatura a moverse cada vez más lejos de Kallist si quería llegar a ella. Los remolinos rúnicos tatuados en su espalda comenzaron a brillar, un enfermizo moretón morado, latiendo al ritmo de su corazón.

Con una lentitud agonizante la luz volvió a los ojos de Kallist, la sensación a sus miembros. Sólo vio nociones de la pared que se elevaba por encima de él, o el cielo cargado de nubes de más allá, pues apenas podía girar la cabeza. Sus piernas y espalda comenzaron a picar, luego a arder, cuando los líquidos cáusticos de las aguas residuales se filtraron a través de su ropa. El lodo endurecido lo mantuvo aprisionado y él temió simplemente quedarse allí, indefenso, hasta que algo horrible apareciera para reclamarlo, o hasta que se asfixiara en los efluvios venenosos de los residuos.

"¡Liliana!" gritó jadeando, aspirando grandes bocanadas de aire, "¿Cómo hiciste…?"

Y luego Kallist vio precisamente lo que lo había rescatado. La sangre se había drenado de su rostro hasta que incluso sus labios estaban tan pálidos como la barriga de un pez y él no pudo dejar de preguntarse qué costo había pagado Liliana por lanzar una invocación como esa.

La gente común de un centenar de mundos creía que los ángeles eran los sirvientes de los dioses, seres de luz que habitaban en lo alto, elegantes y hermosos, puros y justos. La gente común aquí en Ravnica conocía a los ángeles como sus vecinos, habitantes de las mismas ciudades donde vivían los humanos y vedalken y viashino.

En ninguna parte de Ravnica, o en cualquier otra de esos mundos, nadie hubiera imaginado a un ángel como ese.

Ella se enderezó en el momento en que Kallist fue lo suficientemente libre como para soltarse, revelándose en toda su pesadillesca gloria, este ángel que sin duda alguna no había venido de nada cercano a "lo alto". Sus alas con plumas del color de la medianoche, opacas y siniestras como el cuervo más negro, borraron la poca luz solar abriéndose forzosamente paso hacia el suelo del callejón. Su piel tan pálida como la de un cadáver estaba ceñida con armaduras de cuero cosechadas de las pieles de enemigos demoníacos y mortales por igual, y un puño engañosamente delicado aferraba un eje oxidado y aserrado, menos una lanza que un rayo de acero forjado. Donde ella estaba de pie



incluso el moho recubriendo la piedra murió, vencido por la esencia de desolación del ángel. Escarabajos, ratas y otras cosas que se arrastran emergieron de las rejillas del alcantarillado y las grietas entre los adoquines, desesperados por huir de su presencia mortal, sólo para marchitarse bajo sus pies.

Ojos vacíos de todo menos una necesidad de destrucción inimaginable se apartaron de Kallist para mirar con lujuria desnuda al conflicto ocurriendo por la calle. El propio Kallist, sentado erguido, buscando frenéticamente su espada, hizo lo mismo.

Liliana estaba claramente pagando por su decisión de enviar a su sirviente invocado a rescatar a Kallist. Flotaba varios metros por encima de la calzada, sus manos cruzadas delante de ella en las muñecas, rodeada una vez más de un aura de nieblas negras y cambiantes. La cosa tambaleante, alzándose por encima de ella, hacía llover golpe tras golpe sólo para retroceder cada vez que su "carne" turbia hacía contacto con las energías absorbedoras de vida que protegían a la nigromante. Pero la cosa de las cloacas no estaba viva en el verdadero sentido de la palabra y con cada golpe sus extremidades denticuladas pasaban más lejos a través de esas nieblas antes de verse obligada a retroceder. Podría ser sólo cuestión de segundos antes de que las protecciones de Liliana fallaran por completo.

"¿Qué estás esperando?" Le exigió Kallist al poder que estaba delante de él, inmóvil como cualquier estatua. Sólo más tarde se puso a pensar verdaderamente en el hecho de que le había gritado y reprendido a un ángel de las profundidades más oscuras, y luego sus manos comenzaron a temblar. Pero en ese momento él sólo vio la inminente muerte de la mujer que amaba. "¡Ella te llamó aquí! ¡Ayúdala!"

El ángel se volvió hacia él, le ofreció una sonrisa aterradora, una belleza que hubiera amoratado el alma. El aliento de Kallist volvió a quedar apresado en su pecho cuando ese asesino rostro seductor envió su sangre corriendo hacia sus lomos mientras le revolvió el estómago, hizo que sus miembros se volvieran paralíticos y su cabeza latiera como un tambor. Sólo entonces, espoleado no por las débiles demandas de Kallist sino por una silenciosa llamada de Liliana, fue que el ángel despegó, una canción de batalla, sangre y muerte manando con desgarradora belleza de su garganta. Sus alas se abrieron más y más, increíblemente amplias, hasta que abarcaron todo el ancho del callejón, hasta que incluso el desollador ciego, con uno puño en alto sobre su cabeza preparado para atacar, no pudo dejar de sentir el frío de su sombra. Y tembló brevemente, en cualquier brasa primitiva que pasó por su alma.

La voz del ángel nunca vaciló, su canción nunca decayó, cuando el ángel se estrelló contra la alcantarilla animada, su lanza hundiéndose profundamente en los residuos y el barro y el limo. Allí donde golpeó, lo que era verde se transformó en marrón, lo marrón y gris en negro putrefacto. Burbujas subieron a la superficie del desollador y se abrieron con el hedor más asqueroso dejando grandes abscesos abiertos en su piel viscosa.

Pero el espíritu elemental llamado por los trasgos chamanes no caería tan fácilmente. Con otro rugido silencioso, se giró de la maga agotada y lanzó sus garras salvajemente hacia su torturadora de alas de cuervo. Ella se alzó tres metros más alto con un solo aleteo vicioso, tan rápidamente como si tirada por hilos invisibles, y con igual rapidez cayó una vez más, hundiendo su lanza en la cabeza del desollador.

Este ondeó, retorciéndose y cambiando, el barro y el lodo reorganizándose a sí mismos. Las fauces de dientes de vidrio, en la parte delantera de su cabeza, se deslizaron hacia arriba para dividirse en el cuero cabelludo. Se cerraron de golpe con un feroz chasquido cerrándose apretadamente en la cuchilla oxidada. El ángel tiró hacia atrás, tratando de liberar el arma, pero ni siquiera su gran fuerza y el poderoso batir de sus alas pudieron arrancarla. Y en ese momento de distracción el asqueroso montón se estiró hacia arriba y envolvió al ángel en un abrazo irrompible de basura y uñas.

La canción de batalla del ángel vaciló pero no culminó. En una danza grotesca, un eco de los celebrantes girando en la Taberna Amargo Final, ellos se retorcieron a lo largo del camino, esparciendo adoquines por delante. La piel se dividió y magulló, el lodo fluyó y se pudrió.

Liliana bajó al suelo con un jadeo, el aura de oscuridad desapareciendo cuando sus pies tocaron tierra. El sudor se mezclaba con la lluvia que cubría su frente y pegoteaba su pelo a los lados de su cara pero ella mantuvo su concentración bloqueada en el ángel luchando, sus labios moviéndose en mantras no escuchados.

Kallist, al ver que ella no estaba en peligro inmediato, se zambulló en su mochila. Dejando su espadón momentáneamente olvidado, yaciendo medio cubierto por las aguas residuales endurecidas, sacó de la bolsa una de las ballestas mecanizadas que habían tomado de sus bastante ineficaces captores.

Kallist agarró el arma en su mano izquierda y deslizó una flecha del pequeño carcaj. Mientras la colocaba en la ranura su pulgar trazó una runa en el aire por encima de la cabeza de acero del proyectil. La forma adquirió sustancia propia, flotando en el aire sobre la flecha durante dos latidos completos antes de desvanecerse en la lluvia.

Apuntó durante largos segundos, literalmente conteniendo la respiración. Si fallaba no estaba seguro de tener la energía para repetir el hechizo. Peor aún, si su descarga pasaba a través del desollador y golpeaba al ángel...

La bestia le dio la espalda y Kallist apretó el gatillo, exhalando lentamente. La ballesta se arqueó con un sonido vibrante y zumbó cuando sus engranajes encantados tiraron del cable de nuevo hacia atrás para recibir otra flecha. El proyectil atravesó el aire para hundirse, sin el más mínimo efecto visible, en el barro viviente.

Kallist volvió a contener el aliento. Un mejor mago podría haber dirigido el hechizo directamente, sin la necesidad de que la flecha lo llevara, pero Kallist apenas sabía de magia en absoluto. ¿Acaso de alguna manera lo había estropeado todo? ¿Acaso el

proyectil había pasado directamente a través sin golpear nada sólido? ¿Funcionaría en una criatura sin órganos o músculos, hueso o sangre?

Tan determinada fue su mirada, su renuencia incluso a parpadear, que su visión se nubló con el esfuerzo y el agua de lluvia. Por lo tanto, cuando su encantamiento comenzó a afianzarse, casi se lo perdió. Los movimientos del desollador desaceleraron tan gradualmente que fácilmente podría haber sido su imaginación o un truco de la luz doblada por la lluvia. Cada paso se hizo más pesado que el anterior y la bestia comenzó a tambalearse al borde del colapso cuando sus pies lucharon por mantenerse al día con su impulso hacia adelante. Aunque su fuerza no había disminuido en absoluto no pudo seguir el ritmo de los embates del ángel y con una explosión de plumas negras esta eructó de sus garras. Su piel estaba moteada con heridas gangrenosas y supurantes, su brazo izquierdo colgaba inerte donde los huesos se habían agrietado. Pero su voz se alzó con un poder que hubiera avergonzado a los truenos y en su mano buena tenía su lanza en alto, como si fuera a dividir las nubes del cielo.

Y mientras su enemigo se tambaleó hacia atrás, tratando desesperadamente de mantener su equilibrio, ella se zambulló.

El desollador, desacelerado a un torpe movimiento por el hechizo de Kallist, bien podría haber tratado de dejar atrás un rayo que esquivar al ángel cayendo en picada. Tan terrible fue su golpe que la piel pegajosa de la criatura literalmente se abrió delante de ella. No sólo su lanza sino el ángel mismo pasaron a través de la bestia, emergiendo por su espalda con una lluvia de barro rancio y suciedad.

Tal vez el dolor fue lo que finalmente le dio al inmenso elemental una voz, o quizás simplemente fue la corriente de aire entre sus fauces fláccidas y la fisura abierta en su torso, pero el desollador aulló, un terrible sonido de barro succionándose y viento huracanado. Hongos y huesos de ratas irrumpieron a través de su piel de barro, agitándose salvajemente, las piernas de alguna horrible alimaña moribunda. Aún así, a pesar de haber quedado desplomado pesadamente al borde de la carretera, apoyándose en uno de sus brazos viscosos, se negó obstinadamente a morir.

Liliana, también acuclillada en el camino, sólo pudo esperar que estuviera lo suficientemente cerca de la muerte, ya que no podría mantener mucho más su invocación. Con un jadeo soltó las energías reprimidas dentro y permitió relajarse su concentración casi inhumana. Un rostro tan pálido como la muerte, ahora pintado con las aguas residuales, se volvió inquisitivamente en dirección a ella por un instante antes de que el ángel desapareciera, atraído de nuevo a cualquier reino inferior que la había engendrado.

Kallist no sabía si la criatura de las alcantarillas sería capaz de recuperarse de un asalto tan devastador pero no estaba dispuesto a esperar y averiguarlo. Dejó caer la ballesta, levantó su gran espada y embistió por el callejón, totalmente preparado para cortar la cosa en

tantos trozos del tamaño de un bocado como para evitar que se alzara una vez más.

Pero Liliana fue más rápida, o al menos estaba mucho más cerca. Aunque su visión estaba borrosa y sus pasos vacilaron ella camino hacia la monstruosidad agitándose. Sí, pasaría algo de tiempo antes de que ella se atreviera a intentar una invocación tan poderosa, pero incluso en su punto más débil Liliana Vess tenía un montón de hechizos a su entera disposición.

Sucios humos de un púrpura enfermizo fluyeron de sus manos, formando remolinos contra el viento. Por donde pasaron los pocos hongos y malezas al azar que habían sobrevivido a la lucha cayeron. Con toda su fuerza, el espíritu animado del desollador fácilmente podría haber resistido a los venenos arcanos de Liliana que en ese momento bombearon en el aire húmedo, pero ahora, con sus entrañas abiertas hacia el exterior, carecía de toda esa capacidad de recuperación.

Kallist patinó hasta detenerse, aún con la espada en alto, cuando la criatura convulsionó. Gritó una vez más, su última llamada, y se derrumbó en abono, ya escurriéndose de nuevo por las alcantarillas debajo de la lluvia lenta pero constante.

La tensión finalmente dejó su cuerpo en un suspiro de alivio tan pesado como los edificios que se cernían sobre él. Sus hombros cayeron y la punta de su espada chirrió contra los adoquines. Kallist abrió la boca para llamar a Liliana...

Y algo pesado, agitándose, y rechinando sus dientes chocó contra él por detrás.

Kallist se derrumbó, dedos largos y poderosos en la parte posterior de su cuello forzando su rostro hacia abajo contra la pedregosa calzada. Su mano se estiró hacia su espada pero aunque hubiera encontrado la empuñadura no podría haber lanzado un golpe efectivo. Luces cegadoras brillaron una vez más ante sus ojos; sus pulmones y fosas nasales ardieron. La sangre latió en sus oídos, dejándolo sordo con el silbido y el gruñido de la bestia en su espalda.



También lo ensordeció el repentino sonido vibrante de la ballesta que él había dejado caer. El proyectil falló por mucho pero pasó lo suficientemente cerca como para hacer valer su punto. El peso desapareció de la espalda de Kallist tan abruptamente como había aparecido y él levantó su cabeza dolorida a tiempo para ver una pequeña forma escabulléndose de nuevo en un drenaje abierto.

"¿Qué...?" dijo jadeando, tratando de recuperar el aliento por cuarta vez en cuestión de minutos, "¿Qué fue...?"

"Trasgo del alcantarillado," respondió Liliana mientras se recostó contra la pared de una casa cercana, la

ballesta colgando de sus dedos fláccidos. "No creo que ellos se hallan tomado amablemente nuestra sobrevivencia."

Kallist frunció el ceño, bajando la cabeza entre las rodillas mientras luchaba por respirar. "¿Qué estaban haciendo, de todos modos? ¡Ellos no salen de día y desde luego que no invocan elementales para acechar a los viajeros!"

"A menos que se los haya sobornado," comentó Liliana. "Pequeños bastardos codiciosos."

"¿Semner?"

"¿Quién más? Probablemente decidió asegurarse de que no pudiéramos seguirlo si lográbamos escapar de sus matones. Incluso él no es tan estúpido como para asumir que nosotros no somos ninguna amenaza para él y no habría sido difícil figurarse por donde pasaríamos nosotros. No es como que teníamos un montón de rutas para elegir."

Kallist abrió la boca para hacer otra pregunta pero juntó los dientes con un chasquido cuando levantó la cabeza y finalmente consiguió un buen vistazo de la mujer a su lado. Su piel estaba pálida y húmeda, todo su cuerpo empapado. Incluso sentada desplomada como lo estaba, sus manos temblaban de agotamiento.

"No te ves bien," dijo brillantemente Kallist.

"Necesito descansar," admitió ella y él supo que no sólo significaba físicamente. Una invocación como la que ella había hecho... Su esencia debía estar tan seca como pergamino. La tierra pantanosa debajo de Avaric era razonablemente rica en maná y se adecuaba especialmente al estilo de magia de Liliana (era una de las razones por las que ellos se habían trasladado allí después de haberse apartado de Jace) pero ellos estaban viajando, lentos pero seguros, lejos de ellas mientras se dirigían hacia Favarial. La recuperación de Liliana tomaría tiempo.

Un tiempo que el repentino estallido de frenéticos tambores desde las profundidades de las retumbantes alcantarillas les dijo que no tenían.

Cada uno se apoyó en el otro, luchando por respirar y por encontrar fuerzas, y se levantaron. Un paso hacia adelante, uno segundo...

"¡Maldita sea!" Exclamó Kallist apretando los puños en impotente frustración y sin darse cuenta del siseo de dolor de Liliana cuando le apretó la mano más pequeña en la suya. "¡Esos pequeños bastardos robaron mi mochila!"

Cada suministro que habían traído, cada bocado de alimento, todas las comodidades, habían estado en la mochila que él había dejado atrás después de que el ángel le había arrancado de las pegajosas aguas residuales. Y de esa mochila no había ninguna señal en absoluto.

"Podríamos tratar de recuperarla," sugirió Liliana. "Sólo son trasgos del alcantarillado."

Era una oferta vacía y ambos lo sabían. Kallist se limitó a mover la cabeza y la pareja cansada caminó con pesadez a lo largo

del abismo urbano, esforzándose por dejar atrás los fuertes tambores y las fétidas cosas que despertaban por su llamada.

Capítulo 5

Aquel no era uno de los barrios más ricos de Ravnica. Carecía de las avenidas imposiblemente anchas iluminadas por faroles permanentes de luces místicas. No tenía ninguna de las torres que se alzaban tan altas que las nubes mismas luchaban para subir más allá de ellas, ni los arcos amplios y puentes delicados que formaban capa sobre capa de ciudad, apilados uno encima del otro hasta que el suelo era invisible desde la parte superior.

Pero en comparación con ciudades en la mayoría de los otros mundos, y ciertamente en comparación con los distritos más pobres como Avaric, Favarial era lujoso hasta el punto de la extravagancia.

Ravnica, del mismo modo que había hecho con las colinas, las montañas y los pantanos, había anexado y absorbido los lagos del mundo sin ni siquiera dar un hipo. Favarial estaba construida encima de la superficie de un profundo cuerpo de agua dulce del tamaño de un pequeño mar. Las avenidas y plazas permanecían suspendidas sobre pilotes que se hundían profundamente en el lecho turbio del lago, los edificios en grandes expansiones apoyados por esas avenidas y plazas. A menos que uno se parara en el costado de una carretera y mirara deliberadamente por encima del borde uno nunca podría notar el lago en absoluto. Grandes puentes conectaban con el continente, permitiendo a los viajeros y el comercio ir y venir a su antojo.

De hecho era el propio lago el que proporcionaba la mayor parte del comercio de la región. Los municipios de los alrededores compraban gran parte del agua dulce de Favarial, cuyo Gremio del Río (que, por su extensión, no era uno de los verdaderos gremios del pasado pero si era suficientemente poderoso en su territorio local) cobraba un brazo y una pierna para mantener fluyendo los ríos. Un vecino dejaba de hacer un pago y las presas se cerraban de golpe.

Como este hecho hacía de Favarial una potencia económica el lugar era un destino popular para los comerciantes, compradores y viajeros por igual. Así, cuando los magos cansados se acercaban a su destino, cuando los cielos finalmente se despejaron y el sol secó los adoquines empapados, ellos se encontraron acompañados por viajeros procedentes de otras comunidades. Primero un goteo y luego un verdadero diluvio cuando camino tras camino se unieron a la avenida principal; viajeros a pie, en carretas, a caballo o sobre grandes lagartos, incluso el ocasional lobo domesticado. En esa parte de Ravnica la mayoría eran humanos aunque algunos pocos eran elfos o hombres-lagarto viashino, y ninguno le dio a Kallist o Liliana un segundo vistazo cuando tomaron su lugar en el final de la fila.

La fatigada pareja había vivido por dos días y medio de agua de lluvia y la comida que había estado disponible en los mugrientos bazares de los barrios pobres a través de los que habían pasado. El sabor gomoso de víbora de enredadera todavía se aferraba a la boca de Kallist, posiblemente porque aún tenía una hebra fina del material atrapado entre dos muelas. La primera noche se habían visto obligados a acampar en un callejón, amontonados contra la lluvia y la basura, aunque por suerte la segunda noche llegaron a un área lo suficientemente rica como para ofrecer una posada. Entre el persistente agotamiento de Liliana y el hecho de que tenían exactamente dos flechas de ballestas a su cuidado (las otras habiendo estado en la mochila robada) Kallist sólo pudo dar gracias de que no hubieran sufrido más ataques en sus viajes.

Y ahora que ellos por fin habían llegado, mientras el cenit de los edificios más altos aparecía a la vista, Kallist recordó cuán deplorablemente poco impresionante era en realidad el distrito. Sí,

para las gentes de las aguas estancadas como Avaric resultaba imponente, pero para un hombre nacido en las imponentes torres de barrios más ricos, Favarial sólo inspiraba un rotundo "Eh."

Las defensas del distrito, tal como estaban, consistían en pesadas puertas de hierro al final de cada puente, y un muro bajo que proporcionaba cierto grado de seguridad del propio lago. Había guardias apostados en esas puertas, alabardas dentadas y lanzas con dos dientes listas para repeler un ataque que nunca llegaría y, por lo demás, uno que tampoco valía la pena. Ninguno se molestó en comprobar o preguntar a los viajeros de paso, porque ¿qué había allí para comprobar?

Rodear. Caminar. Esperar. Caminar. Esperar. Rodear. La fila avanzó poco a poco y Kallist maldijo cada minuto perdido, cada pausa. Cuando Liliana se inclinó y dijo, "Quizás me cueste pero yo podría tratar de llamar a algo que nos abra camino a mordiscos hasta el frente de la fila," él apenas pudo evocar una débil sonrisa.

La temperatura subió mientras se acercaban, el sol reflejándose con dureza en las aguas quietas y persistiendo en un aire que no mostraba ningún interés en absoluto en proveer una brisa. Igualmente aquello era preferible a los días pasados empapados en la lluvia engendradora de mosquitos, aunque no tanto. Y sólo cuando ellos se acercaron a la puerta fue que el ruido de las calles internas los bañó. Una vez más, no tan ensordecedor u opresivo como Kallist había sentido en otros distritos más grandes pero después de tanto tiempo en Avaric suficientemente desconcertante.

Caliente, ruidoso, brillante y maloliente. Así de miserable se sintió Kallist cuando él finalmente pasó a través de la puerta y no se dio cuenta cuando una de los guardias lo miró a él y a su compañera con una intensidad anormal antes de que la presión de la multitud bloqueara la vista de la mujer blindada.

Dicho esto... Para él aquello se veía como un hogar, al menos más de lo que siempre había sido Avaric. Tallas ornamentadas adornaban las columnas y arcos altos de los monolíticos edificios (muchos de los cuales estaban esculpidos en una extraña piedra acuática azul que brillaba como el lago por abajo) y estandartes colgaban flácidos desde los minaretes de piedra o cristal. La gente de allí iba vestida con una variedad de joviales colores brillantes, comúnmente vistos entre las clases medias que querían demostrar que podían permitirse frivolidades tales como tintes ricos y alegres.

Y había tantas, pero tantas de esas personas, que probablemente por lo menos la mitad de ellas de sólo en esa calle eran como las que moraban en todo Avaric.

Kallist giró hacia Liliana, su boca abierta para hacer algún comentario despectivo que sin duda ella encontraría menos conciso que él, y sintió un estremecimiento de pánico corriendo a través de él. Su mano arremetió, rápida como una víbora, deteniéndola de repente. Antes de que ella pudiera siquiera graznar una protesta él se alejó caminando, casualmente pero rápidamente, hacia un lado de la avenida.

"¿Qué?" le silbó a él, su boca justo al lado de la oreja de él para que pudiera oír por encima del ruido de la multitud.

"Probablemente nada," respondió él aunque no aflojó ni su agarre ni su paso. "Pero una de las cosas que aprendí en mis años con el Consorcio fue que cuando toda una manada de guardias armados comienza a moverse en tu dirección tú desearás hacer un viaje rápido a otra parte."

"¿Ah sí?" Liliana sacudió la cabeza, como si quisiera apartar su cabello de su rostro, y miró casualmente hacia atrás. "Así que entonces... ¿Qué haces cuando comienzan a apuntar hacia ti y a gritar?"

"Eso sería correr."

Así que ellos corrieron, dando empujones y codazos en su camino a través de las multitudes, multitudes que parecieron decididas a serpentear con tanta tranquilidad como les fue posible, a agruparse en cada intersección, a reunirse densamente en el camino de los fugitivos y a separarse como una cortina delante de los representantes de la ley que los perseguían.

Kallist y Liliana se perdieron rápidamente en los caminos desconocidos de Favarial. No sabían ni dónde iban ni cómo regresar por donde habían estado. Y los guardias, que conocían cada giro, cada rincón, ganaron terreno.

Retrocedieron en curvas ciegas y los soldados trazaron su ruta. Kallist los envolvió en imágenes de transeúntes nativos mientras envió sus propios dobles ilusorios huyendo por caminos lejanos pero de alguna manera los guardias siempre lo descubrieron.

Tanto tiempo había pasado desde que Kallist se había enfrentado a algún peligro real (dejando a Semner y sus matones de lado) que sus instintos se habían vuelto cada vez más oxidados. De lo contrario el habría visto a un puñado de personas de Semner esparcidos por los tejados y balcones inferiores o escondidos dentro de la apretada multitud, en busca de cualquier signo de engaño y señalándoles a los guardias a la caza.

Una o dos veces un matón levantó una ballesta, tentado por un tiro perfecto, sólo para ser disuadido de apretar el gatillo por un compañero. Mientras los observadores permanecieran sin ser vistos los guardias se llevarían todo el riesgo. Si el tiro le erraba o llamaba la atención de cualquier pareja que no fuera el objetivo los resultados podrían ser, por cierto, desagradables. Así que ellos se mantuvieron bajos y en silencio, sólo sirviendo como ojos y oídos, en lugar de manos y espadas.

Los magos, jadeando tremendamente, sudando como un demonio en la iglesia, se deslizaron alrededor de otra esquina y se encontraron mirando a lo largo de una avenida. Era como cualquier otra calle, cubierta de adoquines, bordeada de tiendas que se alzaban mucho más altas de lo necesario en la búsqueda de estatus y respetabilidad. También se extendía abominablemente, casi imposiblemente lejos antes de que cualquier otra calle o callejón ofreciera una encrucijada viable. Ante ellos, deambulando de un establecimiento a otro, las multitudes formaron un muro viviente.

Kallist y Liliana intercambiaron miradas sombrías y cada uno supo los pensamientos del otro con tanta claridad como si hubieran hablado.

No había manera de que pudieran cubrir la distancia antes de que sus perseguidores los alcanzaran.

"Si has estado esperando para sorprenderme con un hechizo para volar," dijo Liliana sombríamente, "este sería un momento excelente."

Kallist frunció el ceño con amargura. "Jace, tal vez, podría hacerlo. Yo no tengo ni la menor idea. ¿Y qué pasa con tu…?"

Ella negó con la cabeza. "Yo puedo flotar pero eso no es exactamente un medio rápido de escape." Hizo una mueca y se volvió para enfrentar a los perseguidores acercándose. "Nosotros podemos tomarlos Kallist."

"No. Matar guardias de ciudad nunca es digno de las repercusiones. Confía en mí, lo sé."

Y entonces el momento de hablar pasó. Los ciudadanos se dispersaron, hojas ondulando dispersándose ante un viento de armaduras y espadas; Kallist y Liliana se encontraron rodeados por un seto de espadas y lanzas.

"Buenas tardes, oficiales," dijo Kallist con una sonrisa enfermiza pegada a su rostro. "¿Hay algún problema?"

El hombre que se abrió paso al frente era alto y delgado, con un otoñal bigote rojo caído sobre su boca, y una barbilla lo suficientemente afilada como para servir como un arma de respaldo. Humano, pero tal vez con el más leve rastro de sangre de los elfos en su ascendencia, llevaba un tabardo amarillo azufre por encima de una camisa de cadenas, y una insignia de metal rojo en su pecho izquierdo con la forma general de un dragón. Una marca de rango, probablemente, pero maldito sea Kallist si sabía lo que significaba. Desde la disolución de la Legión cada distrito o fuerza de seguridad empleada por los aristócratas en Ravnica parecía haber adoptado sus propios signos y símbolos.

"Ustedes no deberían haber corrido," gruñó él, su aliento cargado de arrogancia y algunos rastros persistentes de huevos para el desayuno. "Mis hombres y yo no disfrutamos persiguiendo gente. Ustedes se acaban de poner las cosas más difíciles."

"¡Pero nosotros no hicimos nada!" protestó Liliana mostrando su mejor rostro de ojos abiertos como plato, labios entreabiertos, y maravillosa inocencia. "Ustedes nos asustaron. Por supuesto que corrimos; ¡ni siquiera sabíamos por qué nos estaban persiguiendo!"

Ella era buena, de eso no había duda; muchos de los guardias se encontraron bajando sus armas sin pensarlo conscientemente. Pero su comandante, que lo había visto todo antes y reído después, reaccionó sólo para reírse de ello una vez más.

"¿Qué les parece, muchachos? Ellos no hicieron nada. Supongo que tenemos que dejarlos ir."

El soldado más joven en el grupo se volvió hacia su comandante con expresión de desconcierto. "¿En serio?"

El guardia más viejo puso los ojos en blanco y dio una fuerte bofetada al menor en un costado de su cabeza.

"Nosotros tenemos sólidos informes," dijo a los prisioneros, "de ustedes dos causando todo tipo de alborotos, alteración del orden público, e incluso agresión a los ciudadanos a lo largo de los últimos dos días. Ambos están bajo arresto."

"Acabamos de pasar por las puertas del puente no más de una hora antes," protestó Kallist. "¡Consulte con sus propios condenados guardias!"

El comandante se encogió de hombros. "Ellos ven cientos de personas entrar y salir todos los días. No puedo esperar en confiar en sus recuerdos de cualquier pareja específica, ¿verdad?"

"Pero no se preocupen. Si ustedes dicen la verdad todo quedará resuelto. No se necesitará más que, oh, yo diría que tres o cuatro días. Tal vez una semana en el exterior."

Todo encajó en su lugar en la mente de Kallist y él se maldijo por idiota. El momento de eso no podía ser una coincidencia. Sólo podía ser obra de Semner.

Pero eso tal vez sólo significaba que los guardias podían entregarlos al mismo feo bastardo.

"¡Que se salgan con la suya!" siseó entre dientes a Liliana, incluso mientras vio como sus labios empezaban a temblar.

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco pero se permitió relajarse.

Dos de los guardias se adelantaron para tomar la espada y la ballesta. Uno de ellos, quejándose, cacheteó a Kallist en busca de otras armas. El otro, con una sonrisa silenciosa, hizo lo mismo con Liliana. Kallist reconoció el brillo brutal en los ojos de ella y supo que sería mejor que el guardia hiciera todo lo posible por no volver a encontrarse con ella. Luego, con las manos esposadas juntas, rodeados por todo el escuadrón, ellos se encontraron marchando por las calles de Favarial.

* * * * *

"En lo que a cárceles se refiere," le dijo Kallist a Liliana algunas horas más tarde, "sin duda he estado en peores."

Ella lo miró. "Si se supone que eso deba consolarme te sugiero que pruebes algún otro enfoque. Tal vez intentar darme puñetazos en la mandíbula. Eso probablemente funcione mejor."

"También me he escapado de lugares mucho peores," protestó él.

"Eso casi fue impresionante."

"Bueno, entonces casi te doy las gracias."

Su morada actual era una monótona celda, con paredes de piedra en tres lados, con una puerta de barrotes en la cuarta. Una de las varias cámaras idénticas en la casa de los guardias en Favarial, todas las cuales olían a persistente sudor, miedo y desechos humanoides, probablemente teniendo la intención de contener a no menos de una docena de prisioneros.

Que ellos estuvieran solos en la celda sólo confirmó que la razón oficial de su detención era una farsa.

Kallist y Liliana se sentaron en catres de piedra que estaban atornillados a fondo al suelo y el "orinal" de la celda no era más que un pequeño agujero, demasiado pequeño como para que siquiera el prisionero más delgado y más desesperado se exprimiera a través. En el otro extremo de la sala, mucho más allá del alcance de cualquier persona dentro de las celdas, la única salida estaba custodiada por la viashino mas grande que Kallist había visto jamás. Sus escamas eran de un opaco bronceado con un patrón similar a una serpiente de anillos rojos y verdes. Llevaba una coraza de acero creada a medida y se apoyaba sobre... Kallist ni siquiera estaba seguro de cómo llamar a esa fea arma: tal vez un lucero del alba con problemas de control de ira. Era una barra de acero pesado tan larga como la pierna de un hombre, un extremo envuelto en cuero, el resto de su extensión cubierto con un bosque caótico de púas y espinas y cuchillas. Observaba cada una de las celdas, constantemente, sin pestañear.

La prisión estaba, según todas las disposiciones normales, perfectamente diseñada como para proporcionar ningún medio de escape, ni siquiera para el más crudo de los armamentos improvisados.

Las "disposiciones normales," por supuesto, no tenían sentido a sus actuales ocupantes. Oh, tenía guardas y sigilos para prevenir que los hechiceros se escaparan pero los constructores de la prisión nunca habían pensado en tener que lidiar con caminantes de planos con el poder de Liliana.

Era obvio que la gente de Semner no le había dicho al comandante del pelotón mucho sobre con quien estaba tratando. Si lo hubieran hecho este podría haber tomado más precauciones.

Si lo hubieran hecho la razón de que los magos aún no habían escapado le habría advertido que algo estaba mal, muy mal.

Kallist y Liliana siguieron sentados, en ocasiones continuando discutiendo y preguntándose en silencio cuánto tiempo tendrían que esperar. Por último, cuando la noche se deslizó lentamente hacia arriba detrás de la vaga luz diurna, garrote en mano, oyeron la pesada puerta de roble del pasillo de la prisión abrirse con un chirrido. Ambos se movieron al unísono hacia los barrotes para poder ver. El oficial que los había detenido pasó más allá de la guardia reptiliana, les sonrió ampliamente a los dos, y se dirigió hacia la puerta de su celda.

"Soy el Teniente Albin," dijo a modo de presentación. "¿Y ustedes...?"

"No lo son," respondió Kallist con brusquedad.

"¿Disfrutando los alojamientos?" preguntó el teniente negándose a ser burlado.

"¿Disfrutando el soborno que le pagó Semner?" replicó Liliana.

La sonrisa de Albin no vaciló pero su voz se endureció. "No tengo ni idea de lo que están hablando," les dijo presumiblemente más en beneficio del viashino que del propio. Sin embargo él se

acercó más a la celda por lo que cualquier otra cosa que ellos pudieran decir no fuera tan fácil de escuchar.

"Nuestro ‘amigo mutuo’", comenzó a decir el teniente, "parece pensar que ustedes podrían saber algo que le ayudaría a localizar a su objetivo. Cooperen y yo puedo hacer que su estancia aquí sea mucho más cómoda; incluso podría sacarlos de aquí más rápido. Si no lo hacen..."

"¿Qué está ofreciendo?" preguntó Kallist. Albin sonrió una vez más y se acercó aún más para poder susurrar, parándose justo fuera de los barrotes.

Aquello fue precisamente lo que ellos habían estado esperando. Oculto en su puño Kallist aferraba uno de los tornillos de hierro que habían sostenido el camastro al piso, un tornillo que se suponía iba a ser imposible de quitar. Kallist nunca había llegado a dominar más que los hechizos más rudimentarios de telequinesis (ni siquiera Jace había sido un experto allí) ¿pero quitar un poco de mortero? Eso, incluso él podía manejarlo. Con una sonrisa de lobo, se agachó en cuclillas, metió la mano entre los barrotes, y hundió la longitud del metal oxidado en el muslo interior de Albin.

Él y el guardia cayeron de espaldas el uno del otro incluso mientras el grito de Albin retumbó a través de las celdas. El tornillo se desvaneció en la manga de Kallist, oculto no sólo por el paño sino por una fina capa de ilusión. El teniente cayó retorciéndose en el suelo, con las manos alrededor de la dentada herida sangrante.

El viashino saltó hacia ellos, su arma en alto, pero Kallist y Liliana ya se había retirado a la parte posterior de la celda, más allá de su alcance. Varios largos segundos pasaron mientras la mujer reptil miró, su lengua entrando y saliendo, antes de arrodillarse y levantar al herido con tanta facilidad como lo habría hecho con un bebé recién nacido.

Vaciló por un momento más, desconcertada ante la idea de tener que dejar su puesto. Pero sólo serían unos momentos y el creciente charco de sangre sugería firmemente que el tiempo era esencial. Echó una furiosa mirada más hacia los prisioneros y luego desapareció por la única puerta de la sala, cerrándola de golpe y poniendo la barra detrás de ella.

"¿Fue suficiente?" preguntó Kallist sacando el tornillo empapado de sangre.

Liliana apenas lo miró. "Más que suficiente."

"Bien. Entonces salgamos de aquí antes de que algún guardia aparezca para ocupar su lugar y tengamos que matar a alguien que no lo merezca."

Para el momento en que alguien más entró en la sala los magos simplemente se habían ido, sin ninguna evidencia de que alguna vez hubieran estado presentes salvo unos pocos barrotes de hierro dispersos y pequeños trozos de polvo del cemento que alguna vez había unido esos barrotes en su lugar.

Capítulo 6

El Teniente Albin se tambaleó y cojeó a través de la oficina para hundirse en su silla. Permaneció así durante un largo rato, maldiciendo con cada aliento mientras buscó una posición que no tirara de las vendas en su muslo, que no enviara brasas intermitentes a través de ese constante y abominable dolor. Maldijo a los presos que lo habían apuñalado, maldijo a Semner por haberlo involucrado, maldijo a la ciudad por no pagarle lo que le correspondía y obligarlo a aceptar sobornos externos para vivir el estilo de vida que se merecía.

Maldijo el papeleo en su escritorio, los formularios y solicitudes. Al infierno con ellos; que esperen.

Y maldijo la corriente de aire frío que se coló por debajo de la puerta cerrada de la oficina, una corriente que incluso sintió a través de su uniforme.

¿En nombre de todos los dioses y demonios de dónde venía esa corriente? Su oficina estaba en el corazón de la casa de la guardia, lejos de cualquier salida al exterior. Aunque todas las puertas del edificio estuvieran abiertas ninguna corriente como esa podría haberse encaminado por los pasajes. Y a menos que alguna loca deidad hubiera tendido la mano y cambiado las estaciones con el simple accionamiento de un interruptor divino cualquier brisa que viniera desde fuera debería haber sido cálida, no ese helado aliento invernal.

Se levantó con piernas temblorosas, su silla chirriando, justo a tiempo para ver al aire entre él y la puerta poniéndose negro. Un remolino de niebla entintada surgió de las piedras del suelo, oscureciendo toda visión, toda luz. El aire en la cámara se volvió aún más frío, hasta que los jadeos aterrorizados de Albin formaron vapor en el aire gélido y sus dientes castañetearon como el sonido de la caída de canicas.

Dos puntos de luz, y luego dos más, se formaron en las sombras danzantes. Brillaron de un amarillo enfermizo, emanando el calor de la rápida descomposición, mientras se constituyeron a si mismos en pares de ojos que miraron sin pestañear desde extremos opuestos de la oficina. Debajo y detrás de ellos las sombras dejaron de retorcerse y colgaron inertes, formando la más débil sugerencia

de largas manos como garras, abultadas alas plegadas, piernas que se perdían en el etéreo lugar de nacimiento de la noche.

Las criaturas flotaron hacia adelante, imposiblemente quietas; Albin no pudo sacarse la horrible impresión que no se habían movido en absoluto, que él y el mundo mismo de alguna manera se habían desplazado más cerca de ellas. Dedos que no eran nada más que jirones de profunda oscuridad se estiraron y el guardia corrupto se encontró tomando aliento para gritar.

"No grites..." Un reluciente abismo irregular de una boca se abrió debajo de un par de ojos pero Albin no escuchó ninguna voz en sus oídos. La sintió en su estómago, la recordó de sueños largamente olvidados. Aunque un susurro, fue casi ensordecedora, pues era la voz de un muerto mil veces inquieto. "No clames o nosotros vamos a desgarrar esa cubierta de carne de alrededor de tu alma y dejar que tus cinco sentidos sin cuerpo vaguen, por siempre indefensos, desconocidos e invisibles por esta miserable habitación."

Albin se tragó de una mordida el grito deseando brotar de su garganta y casi se atragantó con la sangre que emanó de su lengua.

De cada lado sintió los dedos del abismo envolverse apretadamente alrededor de sus brazos. Su piel ardió como con el toque prolongado del hielo, su visión se puso borrosa, su pecho y su cabeza latieron como si estuvieran siendo asfixiadas.

¡Y entonces él comenzó a moverse! Encerrado en un agarre tan inquebrantable como la muerte sintió que se deslizaba hacia atrás a través de la pared misma. Un momento de horribles náuseas, cuando el mundo se pudo de revés y él sintió la textura áspera de la piedra pasando por su carne, y ellos estuvieron en el otro lado. El suelo desapareció bajo sus pies mientras fue llevado en alto en las garras aplastantes y adormecedoras de almas de las cosas de las sombras.

Sus brazos estaban entumecidos pero la quemadura helada se había extendido por debajo de sus dedos, subiendo a través de su pecho y hombros, hasta que él apenas podía respirar. Los espíritus se lo llevaron más y más alto, hasta que una amplia franja de Ravnica no fue más que un mapa de puentes y carreteras entrecruzándose por debajo, hasta que jirones de nubes se mezclaron con los jirones de oscuridad que lo llevaban.

La cosa en su izquierda inclinó su cabeza y Albin pudo jurar que escuchó una obscena risita incluso mientras habló.

"Ahora, si lo deseas, puedes gritar."

Pero él ya no tenía aliento.

Entonces ellos volvieron a caer. Tan rápidamente como se habían alzado en el aire frío de la noche se precipitaron en picada hacia un barrio que estaba a mitad de camino del cuartel de los guardias. Con una tremenda sacudida se detuvieron a la altura precisa de un viejo almacén cerca de los muelles junto al lago, donde los edificios eran más bajos y los tejados más planos. Allí esperaron, flotando a varios metros desde el techo.

Y Albin, que había pensado que nunca más podría ser sorprendido por nada, quedó boquiabierto ante la pareja que les esperaba. Kallist estaba de pie en el mismo borde, una larga espada

del estilo de los guardias colgando de su puño. Detrás de él estaba sentada Liliana, sus piernas y brazos cruzados. Sus labios se movían constantemente en un mantra sonoro y por debajo de sus párpados cerrados se filtraban leves rastros de la misma luminiscencia de amarillo enfermizo que definían los rasgos de los hombres-sombra.

"¿Cómo fue su viaje, Teniente?" preguntó Kallist con brusquedad.

"Yo, yo..." Las palabras se negaron a venir a él.

"Sí, me lo imaginaba. Albin, vamos a hacer esto tan simple como sea posible. Tenemos preguntas para usted. Usted las responderá, rápidamente y honestamente, o las cosas se pondrán muy desagradables."

El guardia sintió una oleada de esperanza, lo suficientemente caliente como para derretir el nudo de hielo en su garganta. "Si lo hago, ¿me dejarán ir? ¿Van a dejarme vivir?"

Kallist esbozó una pequeña sonrisa triste. "Albin, creo que no ha entendido. El espectro ya le ha matado." Poco a poco, inexorablemente, él levantó la espada y la hizo pasar a través de los brazos de Albin, de sus piernas, de su torso.

La cuchilla no tocó nada, nada en absoluto.

Fue entonces que Albin encontró fuerzas para gritar. Kallist, dando un golpecito sobre su pierna con la parte plana de la hoja, esperó pacientemente a que terminara.

"Su cuerpo," dijo, y su voz fue realmente amable, incluso simpática, "está yaciendo en el suelo de su oficina. Me imagino que será por la mañana antes de que alguien lo encuentre.

"No, Albin, su elección no es que si nos ayuda vivirá o si se niega morirá. Su elección será ayudarnos y permitírsele seguir adelante o rechazarnos y encontrar su alma entregada a los fantasmas para su propia diversión."

Silbidos gemelos de lujurioso placer sonaban en la mente del hombre muerto sin embargo no fueron suficientes como para ahogar el sonido del canto de la nigromante.

Y Albin, llorando lágrimas fantasmales, comenzó a hablar.

* * * * *

"¿Estás segura de que estás a la altura de esto?" preguntó Kallist en un susurro preocupado por tercera vez desde que habían llegado a un callejón y por lo menos la octava desde que se habían levantado por la mañana.

"¿Kallist?"

"¿Sí?"

"Realmente sería una vergüenza si me hicieras matarte antes de que los hombres de Semner consiguieran una buena apertura en esto."

Sí, pensó decididamente Kallist. Ella está a la altura.

Invocar dos espectros de las profundidades del abismo no era, en sí mismo, una hazaña difícil para ella, pero enviarlos a localizar a Albin y unir su fantasma al mundo físico durante el tiempo suficiente

como para obtener sus respuestas debería haber sido mucho más agotador. Su uso de la sangre del teniente como un ancla y un enfoque había hecho toda la diferencia.

Sin embargo ella había pasado muchas de las siguientes horas en reposo y meditación. Las aguas del lago y las costas cercanas desbordaban con maná pero era un maná lleno de vida, inadecuado para su propia magia nigromántica. Ella absorbió lo que pudo de las zonas pantanosas dispersas aquí y allá sobre la costa e incluso de los grupos de hongos en las tuberías del alcantarillado de Favarial y luego lanzó su concentración aún más lejos, absorbiendo de Avaric, de otros dominios mucho más distantes. Ella juró que había sido suficiente pero Kallist pensó que parecía cansada incluso ahora, a pesar de que varios días habían ido y venido.

Kallist había pretendido hacer un uso completo del tiempo. Había adquirido ropa nueva para los dos por lo que podrían mezclarse de manera más eficaz con la población de clase media.

Y entonces, con esa tarea hecha, había cavilado hasta que Liliana se había recuperado. Pero por muy difícil que había sido había valido absolutamente la pena.

Era verdad que Semner estaba usando a los guardias corruptos de Albin para algo más que obstaculizar a sus rivales; los estaba utilizando para llevar a cabo su propia búsqueda. Liliana y Kallist, con la ayuda del desesperado y triste fantasma de Albin, habían identificado a más de los operativos sobornados del teniente, siguiéndolos hasta sus tabernas favoritas y salas de juego y prostíbulos. Gracias a su conocimiento de las actividades deshonestas de los guardias y a amenazas de represalias místicas habían convencido a la mayor cantidad de ellos que continuaran con la caza pero que reportaran sus hallazgos a ellos en lugar de a Semner.

Esos resultados, entregados por un guardia nervioso que desperdició demasiado tiempo rogándoles que no lo convirtieran en algo viscoso, los habían finalmente llevado a ese callejón estrecho y maloliente, situado al otro lado de la calle de un viejo edificio de viviendas en el barrio más pobre del distrito. Las paredes aguamarina estaban llenas de grietas, las arqueadas ventanas con picos cubiertas con persianas mohosas, las puertas abombadas desde dentro de las arcadas que hacía tiempo que habían desplazado varios grados de plomo. Hacía varios minutos que la pareja había estado observando desde la protección de las sombras y no había visto a nadie (Jace o no) entrar o salir de la decrépita estructura.

"Si esto no es solo otro falso avistamiento," murmuró Liliana, "entonces el estilo de vida de Jace ha tenido un descenso sustancial en los últimos seis meses."

Kallist simplemente se encogió de hombros. "Es difícil pasar inadvertido si uno comienza a vivir como un rey sin heredero."

"Kallist," preguntó ella con seriedad, "¿estamos aún en el camino correcto? Quiero decir, ¿acaso Jace siquiera seguirá pareciéndose a sí mismo?"

"Yo creo que lo haría." Kallist frunció el ceño en sus pensamientos. "Jace es un ilusionista cien veces mejor que yo, probablemente podría hacer que una madre leonina lo confundiera con uno de sus propios cachorros. Pero ni siquiera él puede hacerse ver como otra persona todos los días, todo el día. Podría usar una imagen falsa en alguna ocasión, si siente que está en peligro, pero de lo contrario…"

Un grito horrible hizo añicos la calma relativa de la noche. Desde detrás de las persianas de una ventana del piso superior brilló el repentino estallido de luz de un fuego refulgente y feo. Y entonces eso, y el grito, se desvanecieron con la misma rapidez y el callejón se sumergió una vez más en el oscuro silencio.

"Como ahora, tal vez." Liliana y Kallist intercambiaron breves miradas conmocionadas y entonces ambos salieron a la carga a través del camino.

Kallist tuvo apenas el tiempo suficiente como para lamentar la pérdida de su espada. Echó de menos su peso sólido y reconfortante; la larga espada utilizada por los guardias con la que se había fugado durante su escape simplemente no tenía el mismo peso. Entonces no hubo tiempo para pensar en absoluto cuando su hombro chocó con la puerta exterior de la vivienda. Los endebles tablones se desintegraron ante él y se encontró subiendo varios tramos de escalones tambaleantes carentes de moho.

El primer piso desapareció debajo de él, luego el segundo, luego más; ¡hasta los edificios de este maldito lugar son más altos de lo que por ningún derecho deben serlo! El tronar de sus pasos resonó en el hueco de la escalera, como si toda una hueste de trols lo estuviera siguiendo. Puertas se cerraron de golpe y él oyó el sonido de cerrojos trabando en su sitio cuando las personas que habitaban dentro decidieron que sería más sabio esconderse de lo que estaba ocurriendo que salir e investigarlo.

Mientras él se acercaba a la planta superior vio a una mujer que reconoció como uno de los matones de Semner. Kallist no pudo decir precisamente lo que le había sucedido pero ella estaba tendida a través de los escalones más altos y sólo en ese instante estaba despertando de su inconsciencia. Kallist se preguntó brevemente cómo Semner había rastreado a Jace hasta allí sin la ayuda de sus vigilantes corruptos pero no estaba dispuesto a gastar tiempo en investigarlo. Sin siquiera perder el paso deslizó la cuchilla a través de la parte posterior de la cabeza de la mujer al pasar. Habría otros a los que cuestionar en un momento más apropiado.

En la cima de las escaleras Kallist se tomó un instante para orientarse, para determinar cuál de las distintas puertas debería conducir a la cámara desde la que había visto el destello de fuego. Entonces, como con la entrada por debajo, Kallist puso su hombro contra la puerta y la puerta desapareció.

Y Kallist se congeló. Sin importar la urgencia él no pudo apartar la mirada de la habitación a su alrededor. Jace no había abandonado su nivel de vida; simplemente lo había escondido.

La cámara ocupaba la mayor parte de la planta superior, alguien debía haber eliminado las paredes interiores que separaban un apartamento del siguiente. Las paredes restantes eran prístinas, pulidas a un azul oceánico reluciente; en ese interior no había ni rastro de las grietas que corrían a través de la vieja piedra externa. Las alfombras eran gruesas, el mobiliario cómodo y bien mantenido. Una pequeña mesa de comedor yacía volcada de costado, el mantel y la vajilla esparcidos por el suelo. Incluso en medio de los signos de lucha el olor a incienso flotaba en el aire, dominando los olores de la ciudad.

Ante el ruido de un golpe sordo, posiblemente el de un cuerpo cayendo al suelo, Kallist finalmente se sacudió de su asombro. Caminando hacia la habitación de la que había oído ese sonido familiar cubrió tal vez la mitad de la distancia cuando la puerta se abrió desde dentro.

Por primera vez en medio año Kallist se encontró cara a cara con Jace Beleren, el hombre que había sido su mejor amigo.

Ellos podrían haber sido hermanos y, de hecho, habían pasado como tal en una o dos ocasiones durante su servicio con el Consorcio Infinito. Menos de dos centímetros los separaban de altura, menos de nueve kilos de peso. Quizás Jace estaba mejor afeitado, el pelo de Kallist medio tono más claro; sin duda no eran idénticos pero si muy parecidos.

Jace, vestido con una pesada capa azul que se había echado sobre su pijama la primera vez que había sido atacado, se congeló en la puerta, sus propios ojos tan anchos como los platos que se habían derramado desde lo alto de la mesa.

"¡Tú!" Kallist nunca antes había oído una palabra tan mundana cargada tan fuertemente con bilis. "¿No fue suficiente con robármela? ¿Ahora también me quieres muerto?"

Kallist, de quien una pequeña parte de él se había alegrado brevemente de volver a ver a su viejo amigo, encontró su ceño fruncido reavivado de rabia. "¡Maldita sea Jace, tú sabes mejor que yo que eso no es cierto! ¡Nosotros hemos venido a advertirte! Aunque," añadió con un rápido vistazo al trío de cuerpos caídos visibles a través de la puerta del dormitorio, "parece ser que no lo necesitabas."

"¿Después de todo este tiempo se supone que debo creer eso?" exigió Jace.

"Sí." Kallist apretó la empuñadura de su espada hasta que sintió las envolturas de cuero comenzando a retirarse. "Ahora, si tú..."

El no pudo respirar; no pudo hablar; no pudo pensar. Kallist se congeló como si hubiera sido herido por la mirada de un basilisco. Sintió un puño alrededor de su mente, impidiéndole moverse, reaccionar, sujetándolo firmemente en su lugar mientras Jace se tomó un tiempo extra que necesitaba. Kallist sintió el contacto más leve, las patas de arañas deslizándose por la superficie de sus sueños.

Kallist jadeó en estado de shock y se encontró desplomado en el suelo.

"¡Maldita sea Jace!" Kallist no pudo decidir si quería matar o llorar y se conformó con un grito enfurecido. "Tú juraste nunca leer…"

"Los dos hicimos promesas en ese entonces, ¿no?" le espetó Jace en respuesta. Pero las líneas de su rostro se habían suavizado. Como si se estuviera esforzando por caminar a través de aguas cada vez más altas se acercó lentamente a través del cuarto y extendió una mano para ayudar a Kallist a salir del suelo.

"Lo siento." Las palabras fueron poco más que un murmullo y la boca de Jace se retorció como si se hubieran vuelto amargas en su lengua. Pero aún así él lo dijo. "Y yo te creo," añadió mientras Kallist se puso en pie gracias al brazo de Jace. "Pero yo tenía que asegurarme."

"Está bien. Lo que sea. Entonces, ¿qué pasó aquí?" Jace se encogió de hombros y se alejó, como si la sola proximidad al hombre que había traicionado su confianza fuera dolorosa.

"Algunos hombres atravesaron mi puerta y mi ventana y trataron de matarme."

"¿Y?"

"Yo no los dejé."

"¿Acaso uno de ellos no era Semner?"

La mandíbula de Jace se apretó. "¿Semner está aquí?"

"Esta es su gente." Kallist frunció el ceño. "Si él no está aquí entonces otro ataque está al caer."

"¿Lo ha enviado el Consorcio?"

"Me imagino que sí pero no puedo estar seguro. Tú ya conoces la reputación de Semner. Se contrataría a sí mismo a un jabalí si el dinero es el correcto. Tenemos que salir de aquí, encontrar un lugar un poco más seguro para averiguar nuestro próximo paso."

"¿Y Liliana?" preguntó Jace en voz baja.

Kallist chilló, maldiciéndose por ser diez clases de idiota. Ella había estado sólo unos pasos detrás de él cuando habían salido del callejón. Pero había estado tan distraído por su encuentro con Jace que no se había tomado un momento para preguntarse por qué ella no lo había seguido a través de la puerta.

Perfectamente en el momento justo, un grito repentino, aterrorizado y claramente femenino, hizo eco a través de la escalera.

Meses de ira y recriminación desaparecieron. Kallist y Jace estaban lado a lado, uno levantando su espada en un agarre de experto, el otro concentrando su voluntad en engañar la vista o quemar la mente de cualquiera que le cerrara el camino. Ninguno de ellos pudo imaginar lo que podría haber sacado una reacción de ese tipo de Liliana pero fuera lo que fuera Kallist tuvo la intención de castigarlo tres veces más sobre el cadáver golpeado de Semner.

El fue el primero en llegar a la puerta abierta y apenas la movió volvió a caer en la habitación principal del apartamento, su espada resbalando de sus dedos. No vio quien lo golpeó pero fuera lo que fuera golpeaba duro. Su mandíbula dolió, su cabeza latió, y él

apenas pudo ver y mucho menos considerar ponerse en pie. Vio un pequeño hilo de sangre manchando la alfombra y se dio cuenta de que era la suya.

Pasos detrás de él, pero él no pudo girar. Vio dos pares de botas desgastadas y sucias, sin duda pertenecientes a más de los matones de Semner, pero él ni siquiera pudo levantar la cabeza. Vio a Jace en el otro lado de la habitación retrocediendo varios pasos, listo para lanzar cualquiera de una veintena de hechizos devastadores. Desde el hall de más allá de la puerta oyó la voz de Liliana gritando su nombre y luego comenzando a entonar otro de sus cantos oscuros. Dio gracias de que aún vivía pero aún así no pudo girar.

Los golpes en su cabeza se hicieron más pesados; la sangre agolpándose en sus oídos, las luces de la habitación titilando y parpadeando. Todo estaba borroso, espástico, moviéndose esporádicamente en cámara lenta.

Los hombres de Semner dieron un paso adelante, con espadas desnudas extendidas, acercándose a Jace.

El primer hombre cayó, gritando hasta que su garganta sangró por las pesadillas que el hechizo del mago grabó a fuego en su mente consciente.

El segundo estaba a su alcance antes de que Jace arremetiera. De su mano extendida salió una anguila azul celeste que onduló y se retorció en su camino a través del aire para envolverse alrededor del torso y el cuello de su atacante. Aletas aserradas cortaron la carne mientras las fauces dentadas de la bestia se sujetaron con fuerza al rostro del bandido, triturando la piel y los huesos, esparciendo sangre y fluidos oculares en un guiso resbaladizo que fluyó suavemente por su delgada garganta.



Por un momento, mientras su visión continuó apareciendo y desapareciendo de forma gradual, Kallist se atrevió a creer que aquello podría haber terminado.

Pero los ojos de Jace se abrieron como platos al ver algún nuevo peligro en la sala más allá de la forma caída de Kallist. Kallist vio la boca en movimiento del mago; vio, además, una nueva vacilación, incluso miedo, en su rostro. Jace dio un paso atrás, retrocediendo de lo que sea que se aproximaba.

Las persianas sobre la ventana detrás de él explotaron hacia adentro por el impacto de las botas de Semner. El mercenario similar a un gorila cayó desde el techo sin verse frenado por las delgadas tablas. Golpeó con fuerza en la espalda de Jace, sacándole un grito de dolor incluso mientras el mago cayó al suelo despatarrado.

Kallist luchó por arrastrarse hacia delante, clavando sus dedos en la alfombra, pero no pudo hacerse mover. Oyó pies en el suelo a su lado y reconoció los tobillos de Liliana y su brusca inhalación.

Jace rodó, volviendo a ponerse en pie mientras la daga de Semner salió de su vaina. El primer corte apenas penetró la túnica de Jace. Sólo la punta de la cuchilla conectó, grabando una línea de sangre en su pecho; él jadeó y se puso pálido pero su postura nunca vaciló.

Sin embargo, en medio del caos, Jace dejó que el dolor de la herida lo distrajera. Semner, atrapando a Jace con la guardia baja, giró, echando su brazo hacia atrás como si se preparara para un nuevo ataque mientras una segunda daga cayó en su mano izquierda desde su manga. Esta subió en un corto empuje brutal que su víctima nunca vio venir. Carne y huesos se separaron y por debajo del borde despiadado el corazón de un hombre estalló.

El silencio reinó durante lo que pareció un instante infinito. Luego la habitación estalló con un destello cegador, un azul tan ardiente que fue casi blanco. El destello flotó en el aire entre el Kallist caído y el Jace moribundo y a pesar de su intensidad no proyectó ninguna sombra de ninguno de ellos.

Kallist gritó; no un simple grito de dolor o rabia, sino un terrible y primitivo grito que atrajo las miradas atónitas de Semner y Liliana. El gritó mucho tiempo después de que su voz debería haberse apagado o sus pulmones agotados de aliento.

Ya no vio la habitación en absoluto. Imágenes, sentimientos, nociones y sueños que no eran suyos inundaron su mente hasta que esta llegó cerca de estallar, hasta que él no pudo ver nada del mundo que le rodeaba. Como un animal conducido por puro instinto, se levantó del suelo y huyó por la puerta abierta, todas las debilidades y heridas anteriores olvidadas en un torrente de locura.

¿Cómo mantuvo el equilibrio en las escaleras inestables, cuántas esquinas giró, cuántos transeúntes empujó en su camino para salir maldiciendo en las calles detrás de él? nunca podría haberlo contado. Corrió hasta que los sonidos de Favarial disminuyeron, hasta que las paredes de otro callejón le impidieron dar un paso más.

Aún así los recuerdos giraron en su cabeza pero finalmente empezaron a ordenarse, a ubicarse en sus lugares apropiados, y pudo ver y sentir y pensar… y recordar.

Jace Beleren, que mucho tiempo antes había robado la mente de un hombre que había llamado amigo, que había vivido durante medio año como Kallist Rhoka, cayó de rodillas en la basura del callejón y lloró.

Capítulo 7

Por el lapso de varias profundas respiraciones la enemistad entre ellos pareció olvidada mientras Semner y Liliana miraron a través de la puerta abierta, mucho después de que el hombre

corriendo estuvo mucho más allá de su vista u oídos. Y entonces Semner levantó una ceja cuando la nigromante se volvió hacia él, una llamarada negra de sombras parpadeantes bailando detrás de sus ojos.

"Yo no lo recomendaría," le dijo a ella dándole vueltas a la sangrienta daga entre sus dedos. "Ahora no hay mucho que puedes hacer por él. Y mi contrato ha finalizado. No tengo ningún motivo para matarte a menos que me obligues." Al igual que antes su mirada se deslizó como relucientes babosas a través de su cuerpo. "Y sería un desperdicio."

Liliana simplemente le devolvió la mirada, cualquier repugnancia que sintió subsumida por una erupción cada vez mayor de furia.

Semner, a su pesar, comenzó a ponerse nervioso. "Supongo," continuó con un poco menos de confianza, "que probablemente debería acabar contigo por lo que le hiciste a mis muchachos. Pero el hecho es que," y él hizo una pausa allí, el tiempo suficiente como para mirar a su alrededor, para asegurarse de que todos sus hombres estaban muertos o al menos inconscientes, "eso sólo significa que deberé dividir mis honorarios en menos tajadas. Yo…"

"¡Idiota!" gritó Liliana finalmente explotando y golpeando con su dedo al matón y asesino como si le diera una reprimenda a un niño. "¡Completo imbécil! ¡Por todos los mundos! ¿Qué pasa contigo?"

"Yo… em, ¿qué?"

"¿'Ella puede irse pero a él mátenlo'?" dijo Liliana repitiendo la orden que él mismo había dado días atrás. "¿En qué estabas pensando?"

"Em, ¿qué?" volvió a decir Semner, al parecer creyendo que era un punto que valía la pena repetir.

"¡Se te ordenó expresamente que nos dejaras a ambos vivos!" Ella dio un paso hacia él y Semner se encontró retrocediendo. "¡Podrías haberlo arruinado todo!"

"¡Mira, puta, yo conozco al representante de Rhoka! ¡El hombre es un asesino! Yo no iba a dejarlo con vida para que después él viniera..." La comprensión amaneció poco a poco en su rostro brutal cuando su cerebro finalmente alcanzó a la carrera a sus orejas, jadeando y silbando por el esfuerzo desacostumbrado.

"¿Cómo por los mil infiernos ardientes sabes tú cuáles eran mis instrucciones?"

Liliana sólo pudo rodar sus ojos hacia el cielo como si suplicando la paciencia de un poder superior. "Guau, de verdad que eres así de estúpido."

"Escucha aquí, Vess..."

"No, lo digo en serio. Se necesitarían dos de ti para crear cualquier tonto."

Cualquier reticencia que Semner tenía para matarla fuera de los límites de su contrato se estaba evaporando como el rocío de la mañana. "Tú siempre tienes un comentario inteligente para todo,

¿verdad? ¿Si yo camino hasta allí y hundo esta daga a través de tu cráneo cree que tendrás una respuesta inteligente para eso?"

"En este escenario yo más o menos estaría muerta, ¿no? Así que a menos que haya una nigromante escondida en tu bolsillo esa es una pregunta realmente estúpida."

Y eso, finalmente, fue todo. Semner dejó de hacer girar la daga, permitiéndole descansar apuntando directamente al rostro de Liliana. "¿Lo que dije acerca de que matarte a ti sería un desperdicio? Nah. Voy a cortar las mejores partes de ti y llevármelas conmigo. ¿Crees que puedes invocar algo antes de empezar mi operación?"

"Ahora, ¿por qué yo tendría que invocar algo?" preguntó ella con una repentina sonrisa maliciosa, "¿cuando tengo tantos amigos aquí?"

Los cuerpos sin vida de tanto su víctima como uno de sus propios hombres situado detrás de él se habían arrastrado hacia adelante en las manos desangradas. Sus uñas quebradizas se rompieron por el peso de los cadáveres; senderos gemelos de sangre ya seca y ennegrecida por el toque de magia de animación de Liliana, pegotearon y apestaron lo que había sido recientemente una alfombra limpia.

Y cuando Semner finalmente se volvió lo suficientemente sabio como para darse cuenta de que probablemente debería tener miedo, cada uno de los cadáveres extendió una mano y sujetó un agarre inmortal en sus pantorrillas.

Tela y piel se separaron bajo la fuerza implacable de los muertos resucitados. Semner gritó, un agudo chillido de una agonía como jamás había sentido. Esos dedos apretaron tanto, presionaron con tanta fuerza, que la piel se peló hacia atrás del hueso, los músculos fueron arrancados de los ligamentos a los que se aferraban. Para los muertos, que no sentían dolor, poco importó; para Semner, importó mucho.

Su cuerpo convulsionó y él gritó hasta que sus pulmones ardieron por respirar. Dentro de la carne de sus piernas dedos huesudos se apretaron alrededor de los músculos de sus pantorrillas y tiraron a lo lejos.

La habitación se sacudió cuando Semner cayó al suelo. Si la caída no le hubiera sacado el aire de sus pulmones su grito todavía hubiera seguido desvaneciéndose. Ya había demasiada sangre borboteando desde los agujeros en sus piernas; su piel ya estaba palidecido, su visión comenzado a desvanecerse.

Misericordiosamente, tal vez más misericordiosamente de lo que Semner se merecía, él perdió el conocimiento antes de que los hombres muertos se arrastraran a lo largo de su cuerpo y comenzaran a arrancar trozos mucho más vitales que sus pantorrillas.

Liliana vio inexpresivamente la carnicería durante un largo rato, sin apartar la mirada cuando pedacitos del cuerpo de Semner quedaron expuestos a la luz por primera vez ni inmutarse ante el horrible sonido húmedo de carne rasgándose. Sólo bajó su

concentración cuando Semner estuvo muerto y bien muerto permitiendo que los cadáveres volvieran a caer inmóviles regresando al eterno descanso que se habían ganado.

Entonces caminó por la alfombra empapada de sangre, sus botas chapoteando con cada paso. Se arrodilló gentilmente junto al cuerpo de Kallist (el Kallist real, no el hombre con el que había pasado tantos meses, cómplice de sus esfuerzos para engañarse a sí mismo) y le apretó el hombro.

"Siento que tuviera que suceder de esta manera. Tú no te merecías esto." Fue un susurro, y apenas eso. Pero fue todo lo que ella se sintió con derecho a ofrecer.

Ella permaneció así durante varios minutos, su cabeza colgando, su pelo flotando a pocos centímetros por encima de la sangre secándose lentamente. Ella quería, aunque fuera brevemente, abandonar todo el plan. Huir de la habitación y bajar las escaleras. Encontrar a Jace, para asegurarse de que ella no le había hecho daño con la magia adormecedora del alma con la que le había derribado en la puerta, confortarlo y abrazarlo durante lo que sólo podría ser un tiempo terriblemente y horriblemente doloroso.

Pero ella no hizo ninguna de estas cosas. En cambio se puso de pie y se volvió hacia el rincón más oscuro de la habitación, la magia ya fluyendo a través de ella. Quizás cuando todo eso hubiera terminado (asumiendo que ellos salieran victoriosos, asumiendo que Jace sobreviviera) ella podría encontrar una manera de hacer las paces con él. Pero no ahora.

"Encuéntrenlo," ordenó. "No puede haber ido muy lejos. Pero permanezcan fuera de la vista. Avísenme si parece que no va a recuperarse; por lo demás, simplemente asegúrense de que nada le suceda hasta que vuelva."

La oscuridad pareció asentir una vez, parpadear con ojos ligeramente brillantes, y se marchó, dejando a Liliana a solas con los muertos.

Capítulo 8

El recordó.

Recordó su infancia antes de que llegaran los sueños y visiones. Recordó descubrir que las voces en su cabeza no eran suyas sino que pertenecían a la gente a su alrededor. Recordó a Kallist y Tezzeret, Baltrice y Gemreth, y por supuesto a Liliana.

Recordó el dolor. Recordó la violación a la mente de Kallist y la pérdida de la suya.

Recordó el día en que comenzó todo, tres años y algo más atrás.

* * * * *

Eso era Ravnica, Ravnica como ella estaba destinada a ser.

El distrito de Dravhoc fluía por la aplanada ladera de la montaña como una avalancha atrapada en ámbar, embrujando bajo el brillante sol. Como el propio pico, se extendía hacia abajo hasta la orilla del ancho y correntoso río, incluso ocupando algunas de las islas más pequeñas y afloramientos que se alzaban en medio de la marejada.

Grandes edificios de mármol reluciente se alineaban a ambos lados de los amplios caminos, sus techos fuertemente inclinados, sus aleros adornados con figuras tanto abstractas como concretas, angelicales y diabólicas. Algunos eran sólo de un puñado de pisos, pero muchos más se alzaban imposiblemente, monolíticamente hacia el cielo infinito, montañas artificiales sobresaliendo de la real, o emergiendo de las profundas aguas por debajo, proyectando sombras sin fin. Desde anchas cúpulas y capiteles tan finos como agujas, una red de puentes abarcaba todo el distrito, una telaraña de carreteras que nunca se dignaban a tocar la tierra.

Imponentes estatuas de dioses y héroes olvidados se alzaban en medio de amplias plazas o soportaban pesadas pasarelas en sus hombros pseudo-divinos. Algunas pocas de las torres más altas no tenían raíces terrestres en absoluto sino que eran sostenidas en alto por poderosas arcadas de piedra, conectándolas a otras estructuras con cimientos más mundanos.

Muy por debajo corrían carreteras empedradas con adoquines que nunca perdían su brillo, desde las más estrechas y zigzagueantes calles laterales hasta avenidas tan amplias que un tiro de ballesta desde una acera no podría matar a un hombre de pie en la otra. Una de esas grandes avenidas corría rectamente hacia abajo por el costado de la montaña, de terraza en terraza, de un nivel a otro, proporcionándole a los de arriba una visión clara y sorprendente todo el camino hasta el río. A lo largo de ella caminaba una serie de seres sin precedentes en otros mundos: humanos y elfos, trasgos y viashino, loxodons y centauros, incluso ángeles y el fantasma ocasional entrechocándose los hombros o escabulléndose del camino de los demás. Tantas palabras, tantos aromas, combinados en una voz y un ambiente más grande que la suma de sus partes, una atmosfera que era, entre todas las ciudades del Multiverso, absolutamente única.

Eso era Ravnica en su mayor opulencia, pero incluso allí estaba muriendo lentamente, sólo un poco más cada día desde la caída de los gremios. Ravnica seguía siendo hermosa pero debajo de su experto maquillaje era una vieja cortesana, volviéndose cada vez más decaída y enferma. Y si la ciudad se recuperaría de las tribulaciones de la generación pasada para alzarse de nuevo en algo más grande o si colapsaría bajo su propio peso ni siquiera los oráculos de visión más lejana lo dirían.

Cerca de los niveles superiores, en medio de esa amplia e inclinada avenida, Jace Beleren se sentó bajo una sombrilla en un café al aire libre llamado Ambrosías Celestiales y bebió un vaso de té frío de menta. Aunque su cabello estaba tal vez un par de centímetros más largo que la moda actual y lucía una barba completa en favor de una mandíbula bien afeitada, se veía como todo un aristócrata Ravnicano. Su atuendo era de las telas y cueros más finos, sin estar teñido con los colores brillantes y chillones de las clases medias, tan desesperados por presumir, sino con los colores sobrios pero mucho más ricos de los verdaderamente adinerados. Su onerosa túnica y pantalones de gamuza suave eran ambos azul

oscuro, su chaleco de un negro tan profundo que uno casi podría haber caído en el. Pero más magnífica era su capa, un fluido tono líquido que podría haber sido un fragmento de las profundidades oceánicas más oscuras. Los botones y broches del chaleco y la capa (y había muchos de ellos como convenía a los estilos actuales) eran todos de plata bruñida y mostraban una serie de símbolos que se veían arcanos y misteriosos para los no iniciados pero eran de hecho por completo sin sentido. Jace sólo pensaba que tenían muy buena pinta.

Frente a él, bebiendo algo que Jace no podría pronunciar pero que sin duda podría dar más que un puñetazo que su propio té de menta, estaba.... bueno, no un amigo, exactamente, pero lo suficientemente cerca. Rulan estaba vestido muy parecido a al mismo Jace, aunque él prefería rojos profundos y morados a los implacables negros y azules de Jace. Y a diferencia de Jace, Rulan contaba con una barba completa, pulcramente recortada.

Una barba que, por el momento, había capturado un poco la espuma de lo-que- fuera-con-alcohol de Rulan. Jace no se lo señaló.

"...la mitad de lo que quedaba," dijo Rulan continuando con el pensamiento que había empezado antes de tomar un fuerte trago. Hizo resbalar casualmente un pequeño monedero a través de la mesa. Jace lo levantó y frunció el ceño por su peso o, más exactamente, por la falta de el.

"¿La mitad?" preguntó dubitativamente. "¿En serio?"

"La mitad," confirmó Rulan. "Y eso es todas las cuentas, bajo todos tus nombres, puestas juntas."

El ceño se volvió, si cabía, más oscuro que el atuendo debajo de el. Jace se tomó un momento para mirar por encima de la pared de la terraza a las brillantes aguas muy, muy por debajo.

"Tal vez deberías estar cobrándome menos de una comisión," ofreció él.

Rulan rió y tomó otro profundo trago de su bebida, una bebida que Jace, de mala gana, estaba pagando. "Tú encuentra otro banquero dispuesto a llevar una contabilidad en cuatro distritos diferentes, bajo cuatro nombres diferentes, y ver qué tipo de trato te ofrece." El eructó una vez, cubriéndose la boca con el dorso de una mano bien cuidada, y luego frunció el ceño. "Berrim," dijo más serio (ya que esa era el nombre por el que conocía a su joven cliente, el nombre con el que Jace hacía todos sus negocios en Dravhoc) "tú sabes que yo ya te estoy dando un maldito buen trato."

"Sí, lo sé."

"Entonces te sugiero," dijo Rulan poniéndose de pie, "que consideres ya sea un estilo de vida algo menos extravagante o un ingreso un poco más extravagante." Se inclinó una vez, con un floreo casi ridículo, y dejó a su desconcertado compañero para que pagara la cuenta.

Jace, haciendo girar una boca llena de té alrededor de su lengua, levantó el monedero y lo dejó reposar en la palma de su mano. ¿La mitad? El iba a tener que encontrar otro "patrón", y no demasiado rápido. Siempre había sido cuidadoso con la cantidad que

demandaba, cuan fuertemente esgrimía los secretos que encontraba tan fáciles de adquirir, pero en ese momento se preguntó si tal vez él no había sido demasiado conservador con su última marca. Refunfuñando para sí mismo de una manera muy poco aristocrática volvió su mirada una vez más hacia el río por debajo. Él siempre lo encontraba calmante pero ese día solo le ofreció una mínima comodidad. Tal vez…

Una oleada de miedo de los otros clientes de la cafetería, una marea de emociones que Jace pudo sentir sin esfuerzo, fue su única advertencia. Instintos nacidos en parte por la experiencia y en parte arraigados en su mente y en su alma como su derecho de nacimiento le hicieron arrojarse de costado en su silla y agacharse bajo la pesada mesa antes de que su mente consciente siquiera identificara la amenaza. Una ráfaga de fuego abrasador bramó desde los cielos y llovió sobre la piedra bajo la cual se acurrucó. Sus pulmones ardieron con el aire caliente y él olfateó las puntas de su pelo desapareciendo por el fuego.

Aún así la mesa era amplia y el aire oscurecido por el humo. Si su atacante no lo había visto agachándose por debajo él bien podría simplemente esperar, permanecer oculto y permitir que las autoridades le hicieran frente a lo que estaba pasando. Dravhoc era, después de todo, lo suficientemente rico como para emplear patrullas de la Guardia Nubes Aladas. Una organización formada por unos pocos restos sobrevivientes de lo que había sido la Legión de Wojek, antiguos guardianes de la ley y el orden de Ravnica, que contaba con una reputación de lidiar con los infractores rápidamente, eficientemente y permanentemente. Deja que ellos arriesguen su vida y su integridad física en enfrentar a lo que sea que había arrojado fuego sobre él.

Entre el crepitar de plantas en macetas cercanas que se habían encendido en la conflagración y los pisotones y gritos de pánico de los transeúntes que huían, Jace oyó algo nuevo, el sonido de garras resonando a través de la mesa por encima de él. Algo había montado el fuego hasta la tierra.

Se puso tensó y murmuró un puñado de maldiciones. Los números de la Guardia Nubes Aladas eran pocos y los distritos que patrullaban bastante grandes. Si algo le estaba cazando en la plaza esperar su impredecible respuesta ya no era una opción.

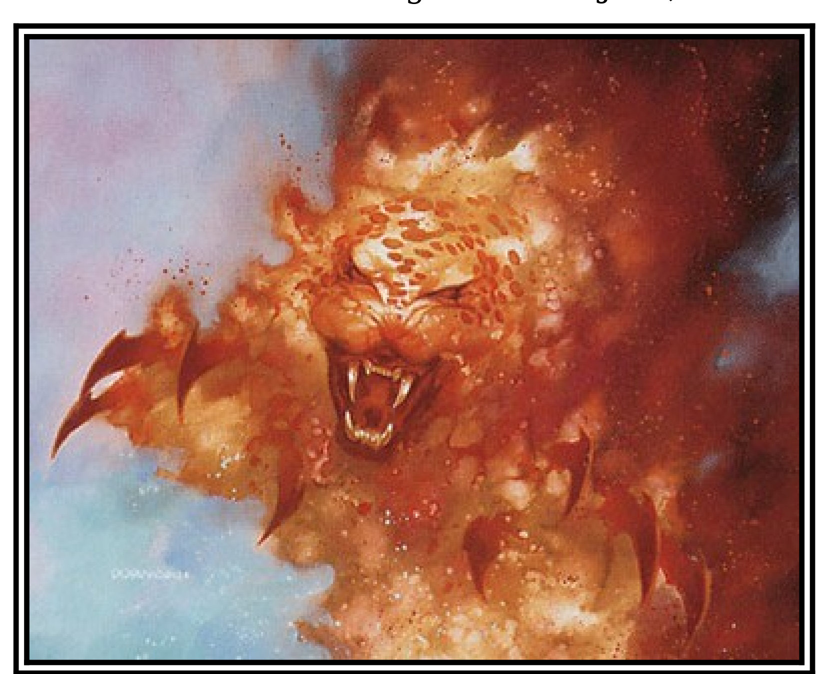
Echó un vistazo por encima del hombro y midió la distancia hasta la salida más próxima, queriendo correr desesperadamente. Podría lograrlo pero sin saber lo que estaba arañando su camino a través de la mesa, o cuan lejos le podría perseguir, desde luego él no habría apostado el poco dinero que había dejado en sus posibilidades.

Un cuarteto de Jaces salió como un rayo desde debajo de la mesa, cada uno corriendo en una dirección diferente para ponerse a cubierto debajo o detrás de alguna otra obstrucción resistente a las llamas, éste a un pilar, ese a otra mesa. La cosa que se había deslizado por la piedra vio a los cuatro. Echó sus orejas hacia atrás

en señal de confusión y estiró ampliamente su boca para pronunciar un silbido enojado que fue el crepitar de una docena de hogueras.

Podría haber sido un gato, esta cosa, si no hubiera sido más o menos del tamaño de un perro de caza... y si no hubiera estado hecho completamente de vivientes llamas semi-sólidas.

Las cuatro imágenes de Jace, moviéndose en concierto, salieron de sus refugios. De sus manos extendidas se arqueó un grueso chorro de agua helada a través de la cafetería para empapar al ardiente depredador. Un géiser de vapor se disparó en el aire y el silbido de agua sobre el fuego casi ahogó el grito aterrorizado del elemental.



Luego las imágenes, el agua, incluso el vapor desaparecieron. La criatura felina quedó completamente confundida, su mente animal incapaz de comprender el concepto de ilusión.

Y Jace (el Jace real, que no había sido ninguno de los cuatro fantasmas sino que se había cubierto con una ilusión de invisibilidad) se levantó delante de la bestia distraída y desorientada, tiró un puño hacia atrás y golpeó.

Pero este no fue ningún simple puñetazo sino un golpe devastador de fuerza mística. La telequinesis nunca había sido una las habilidades más fuertes de Jace (algo tan simple como levantar un tenedor o abrir una ventana distante le tomaba todo lo que tenía) pero ¿manipularse a sí mismo? Eso ocurría con mucha más facilidad. Más que con bastante facilidad, con unos segundos de preparación y una oleada de maná, para aumentar la fuerza de sus propios golpes, para estirarse y voltear violentamente la mesa.

La bestia en llamas voló de la mesa para navegar decenas de metros por el aire, pasar sobre el muro de protección que marcaba el borde de la terraza, y desaparecer de la vista. Jace no supo cuántos niveles de Dravhoc cayó o si la caída sería suficiente para acabar con ella, pero sí supo que tenía la intención de estar bien lejos antes de que pudiera regresar.

Lanzó por unos instantes sus sentidos hacia el exterior, mirando detrás de los muros, alrededor de las esquinas, sobre terrazas. Pero su rápido examen no pudo localizar al hechicero que había invocado a la bestia y no estaba deseando realizar una búsqueda prolongada. Con el dobladillo chamuscado de su manto

girando de manera espectacular, Jace se movió a paso ligero hacia la salida de la cafetería, tratando de mirar a su alrededor en todas direcciones a la vez y preguntándose a quién había hecho enojar esta vez.

* * * * *

Dos niveles más arriba, cerca de la cima misma de la montaña, un hombre estaba de pie dentro de los altos límites arqueados de la ventana de una torre. Miró hacia abajo, no con su simple vista sino a través de un peculiar dispositivo cristalino, esferas dentro de esferas. Dentro de sus confines observó el desarrollo de los acontecimientos de la cafetería sólo bajando la esfera cuando Jace Beleren se marchó del patio abierto y se metió en las bulliciosas avenidas.

Siguió esperando hasta que varios momentos después se le unió una mujer, más alta que él, de hombros más anchos, con una mata de pelo gris ceniza que la hacía parecer mucho más vieja que sus años.

"No fue un mal desempeño," le dijo sin preámbulos. "Sobrevivió a tu gato de fuego con bastante facilidad, querida."

"Bah." Dijo ella encogiéndose de hombros y apoyándose contra el costado del enorme marco de la ventana. "No estoy impresionada. Un tiempo de reacción decente y no voy a negar que es poderoso. Pero hemos rechazado reclutas que se desempeñaron mucho mejor."

"Cierto. Pero de todos modos nosotros no estamos tras Jace Beleren por su tiempo de reacción o incluso sus ilusiones, ¿verdad?

Veremos cómo se comporta para Gemreth y luego decidiremos si podemos hacer que Jace Beleren sea quién y qué necesitamos que sea."

* * * * *

Para la mente paranoica y podrida de preocupaciones de Jace cada insecto revoloteando en la oscuridad fue el ojo de un enemigo; cada eco las pisadas de un acosador invisible arrastrándose sobre los adoquines; cada extraño un asesino empleado para arrebatarlo por la espalda; cada bandera colgando una soga hambrienta de su cuello. Marchó por los caminos, los callejones, y los amplios escalones de las avenidas descendentes tan rápidamente como se atrevió, saltando ante cada ruido, mirando con recelo a cada sombra, hasta que finalmente llegó a su destino.

Lo que Jace llamaba hogar era un modesto apartamento de tres ambientes ubicado en uno de los niveles más bajos de Dravhoc, donde los aromas del río llenaban el aire húmedo con un vago aroma a pescado y el costo de vida era sólo moderadamente indignante. Sí, era más barato que en cualquier otro lugar de la extravagante manzana, pero su cercanía a la costa y las pequeñas islas de más allá llenaban a Jace con una sensación de seguridad. Jace nunca había entendido, y ninguno de sus profesores le había explicado satisfactoriamente, por qué la magia mental era mejor y más

eficiente con el poder del maná que fluía y derivaba dentro de las aguas de los muchos mundos; sólo sabía que era así.

Jace cerró de golpe la puerta detrás de él con un profundo suspiro de alivio, se apoyó brevemente en contra ella y trató de calmarse. Que se había hecho muchos enemigos a lo largo de los últimos años no era una absoluta sorpresa considerando como él había costeado su estilo de vida preferido. Que cualquiera de ellos hubiera podido encontrarlo tan expuesto, sin embargo, era preocupante en extremo. Se dio la vuelta y cerró los cuatro cerrojos de la puerta. Sin encender un farol, arrojó su capa al azar sobre un antiguo perchero, entró en la habitación de al lado y se dejó caer en la cama sin molestarse en desvestirse. Se ocuparía de las greñas y arrugas en la mañana; en ese momento él sólo necesitaba tiempo para relajarse, para meditar en el maná que fluía a través de las corrientes más allá de la orilla.

A pesar de su nerviosa energía se quedó dormido en cuestión de minutos, envuelto en sueños peculiares e inquietantes donde trataba de sobornar a un gato gigante para que no escupiera fuego contra él sólo para descubrir que no podía permitirse el precio que pedía la bestia. Corrió del depredador, pidiendo ayuda, mientras brasas llovían del cielo.

Y entonces él despertó, gritando por el terrible dolor que latió en su pecho.

Jace estiró la cabeza hasta que su cuello dolió y se quedó mirando la horrible forma acuclillada encima de su torso. La cosa, apenas visible en la oscuridad de la recámara, estaba parada en cuatro patas que sobresalían obscenamente de sus lados como las de un insecto. Dos apéndices más surgían de sus hombros para aferrarse a su cuello. Su cabeza era la de un alegre anciano, casi querúbico, resaltando en marcado contraste con el impío aguijón en su cola, que en ese momento chorreaba con la sangre de Jace.

"¿Qué…?" Jace se congeló a mediados de la frase, apretando con fuerza su mandíbula cuando su cuerpo se estremeció con una nueva oleada de dolor. "¿Qué estás…?" Él no fue capaz de exprimir la pregunta.

"Dímelo tu, lee-mentes," susurró el demonio con una voz que tembló de parálisis.

"¡Yo… yo no puedo!" El apenas podía concentrarse lo suficiente como para hablar y mucho menos leer su mente.

"¡Lo harás! Dime por qué estoy aquí, Jace Beleren, y lo que deseo de ti, y yo te proporcionaré un respiro para este dolor. ¡Falla y el veneno seguirá su curso!"

Jace apenas siquiera reaccionó a la utilización de su nombre, aunque él nunca había hecho negocios en Dravhoc más que como Berrim y nunca le había revelado el nombre de "Jace" a nadie desde que había llegado al expandido mundo urbano de Ravnica. Luchó por levantarse, arrojar la terrible cosa lejos de él, pero lo último de su fuerza se estaba ahogando rápidamente debajo de la ardiente difusión de la toxina.
Quiso gritar, rugir, despotricar contra la injusticia de todo, pero no

hizo nada de eso. Cerró fuertemente los ojos, apretando su mandíbula hasta que sus dientes dolieron, y se obligó a calmarse.

Largos instantes pasaron y el dolor se hizo cada vez peor pero Jace se mantuvo concentrado y miró una vez más a la criatura. Sus ojos, apenas visibles incluso en el cuarto oscuro, comenzaron a brillar.

"Tu amo, tu invocador, es un mago llamado Gemreth," le dijo al demonio con labios temblorosos. "Te ha dicho que su maestro, llamado Tezzeret, quiere reunirse conmigo. El Primer Viñedo, una hora después del atardecer, mañana." Jace sintió crecer su ira incluso a través del dolor, haciendo desaparecer lo peor de su debilidad. "¡Esta fue una prueba!" exclamó acusadoramente a su vil atacante.

"Por supuesto que fue una prueba Jace Beleren. Y la has pasado." La horrible alimaña se deslizó fuera de él y se dirigió a la ventana.

"Antídoto..." graznó él con la garganta seca con agonía.

De alguna manera la criatura inhumana se encogió de hombros. "El veneno no es letal," dijo la cosa dando una carcajada mientras se escurrió sobre el alféizar. "En una hora o dos estarás bien."

Jace la vio partir, la rabia y la humillación ardiendo en su interior tan ferozmente como el propio veneno. Cayó de espaldas sobre el colchón, luchó por encontrar su centro, por concentrarse en las veloces aguas ricas en maná. Y luego, a través de su dolor, a través de su confusión, a través de su persistente temor, comenzó a lanzar un hechizo mucho más sencillo que el de leer la mente.

* * * * *

El mago llamado Gemreth esperaba cerca, sentado junto al puesto de un vendedor de fruta y haciendo crujir contento una manzana acaramelada. Su barba sal y pimienta era espesa y tupida, en vez de bien recortada, pero por lo demás parecía igual a cualquier ciudadano rico y elegante de Dravhoc, envuelto en varias capas de túnicas de ricos colores carmesí y negro. Sonrió, dando un último bocado a la fruta confitada, cuando su mascota dobló corriendo la esquina, aferrándose a las paredes y marcos de las ventanas.

Ellos conversaron por unos momentos, el minúsculo demonio colgando justo por encima del hombro del hechicero. Sólo entonces, con una mano levantada, fue que Gemreth hizo desaparecer a la abominación de vuelta por donde había venido. Luego se alejó, sacándose un poco de la cáscara de entre los dientes, fundiéndose con el tráfico nocturno.

Por encima de él, casi invisible en el cielo oscurecido, con sus alas de libélula revoloteando en un silencio antinatural, una pequeña hada de las nubes le siguió en su estela.

* * * * *

Por supuesto, no todos los barrios ricos de Ravnica eran tan dramáticos como Dravhoc. Ese distrito en particular podría aferrarse a una montaña como un explorador cansado pero gran parte de Ravnica no estaba cubierta de grandes picos, lagos brillantes, o espesos pantanos, sino de llanuras suavemente onduladas. En el centro de una de las más grandes estaba el distrito de Ovitzia, y en el centro de Ovitzia se alzaban una serie de fincas entre las más grandes que Ravnica tenía que ofrecer. Y fue a una de ellas, subiendo por las escaleras relucientes desde la acera y atravesando el amplio porche de mármol hasta la puerta principal, a donde los pasos de Jace lo llevaron temprano al día siguiente.

Fue evidente que la mujer que abrió la puerta en respuesta a su tirón en la campana no era ninguna sirvienta. Llevaba una toga de la más fina gasa blanca sobre una ajustable capa de oro tejido, una combinación perfecta para el largo cabello hasta la cintura peinado hacia atrás de sus orejas puntiagudas. Su figura tan delgada como una caña podría generosamente ser descrita como "masculina" pero sus rasgos eran suaves y elegantes y se movió con lo que Jace sólo pudo pensar fue una gracia puramente femenina.

"¡Berrim!" Saludó cálidamente con un afectuoso aunque superficial abrazo y un beso puramente casto en su mejilla derecha.

"Hola, Emmara," dijo Jace sonriéndole a su vez. "Espero que no te importe que haya caído así de improvisto sin anunciarme."

"Oh, no seas estúpido," le dijo ella. "Tú sabes que no me importa. ¿Qué te trae a Ovitzia?"

"Nada en particular," se cubrió Jace. "Sólo revoloteaba alrededor de la ciudad y me di cuenta que no estaba logrando nada así que pensé que me gustaría visitar a una amiga."

"Bueno, por supuesto que no lo estabas. ¿No es eso lo que ustedes humanos siempre dicen 'Revolotear no te llevará a ninguna parte'?"

Jace parpadeó, repitiendo la frase para asegurarse de que había oído lo que pensó que había oído. "Divertido," dijo inexpresivamente. "¿Cuánto tiempo has estado guardándote esa?"

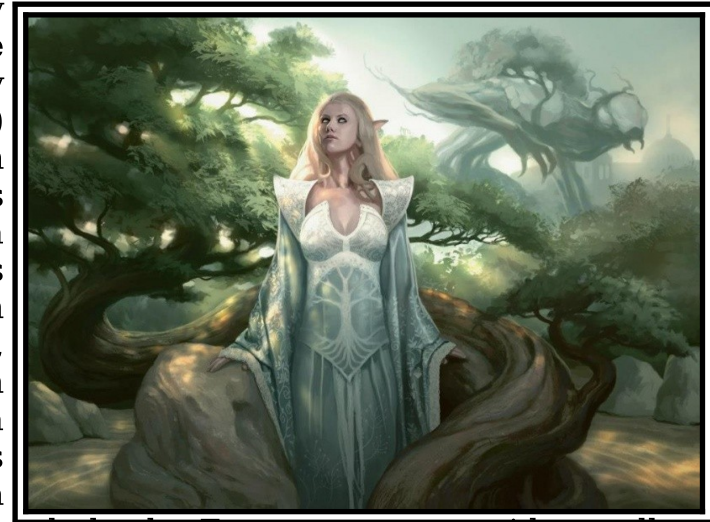
"Oh, por lo menos años," respondió alegremente Emmara. "Los elfos tienen ese tipo de tiempo, ya sabes."

Entonces ambos irrumpieron en grandes sonrisas y ella dio un paso atrás, permitiéndole a su visitante que pasara a través de la puerta y entrara a su casa.

"Casa" de hecho. "Villa interior privada" era más preciso.

Emmara Tandris era la primera maga que Jace había conocido en Ravnica y la que seguía siendo una de las más confusas. Los rumores decían que una vez había sido miembro de pleno derecho del Cónclave Selesnya pero si era así estaba claro que sus propias fortunas no se habían desvanecido con la influencia de los gremios. En público hacía poca o ninguna demostración de sus poderes. Pero en privado casi todo lo que tenía que ver con ella era mágico, aun cuando eso hubiera significado algo sencillo, o más aún, esfuerzos mundanos.

No tenía siervos vivientes ocupando su vasta mansión. En lugar de ello diversos artefactos (algunos de mármol blanco, algunos de telas tejidas y acolchadas con forma de varios humanoides y animales forestales) alcanzaban y limpiaban y recogían a sus órdenes. La mayoría eran pequeños, apenas capaces de llevar un plato lleno de comida, aunque algunos eran tan grandes como la elfa misma. Animar a estos "muñecos" era sólo una de sus muchas aficiones y de hecho Emmara era conocida por llevar comisiones por medio de estos siervos artificiales como forma de reforzar sus ingresos.



Emmara Tandris

Aún más extraño era que la mansión se jactaba de no tener paredes internas, ni puertas, ni escaleras. Una amplia gama de columnas de mármol, talladas para parecerse a la corteza de los árboles, se alzaban a intervalos a lo largo del domicilio. Soportaban el peso de los pisos superiores pero hacían poco por separar una habitación de la otra; de hecho, las "habitaciones" más o menos comenzaban y terminaban donde Emmara decía que lo hicieran. Si uno requería privacidad, simplemente se dirigía hasta un piso diferente y en este, también, existían muchos pilares. Ya que aunque cada uno parecía lo suficientemente sólido, si uno lo elegía, podría entrar físicamente dentro (una sensación que Jace sólo podía comparar a caminar a través de una pared de la grasosa acumulación raspada de la parte superior de una olla de guiso), y salir en cualquiera de los otros pilares en cualquier lugar de la casa.

Aquella era, en definitiva, una forma extraña de vivir y mucho más espacio de lo que cualquier humano jamás podría haber necesitado. Pero hacía tiempo que Jace había renunciado a tratar de entender la mentalidad de los elfos en general, y Emmara era más extraña que la mayoría.

Durante más o menos una hora se sentaron a la mesa del comedor y hablaron sobre el actual estado de las cosas: que distritos estaban luchando para sobrevivir desde que los gremios se habían desintegrado, cuales estaban prosperando, cuales desgarrados por guerras políticas o criminales. Las pequeñas criaturas artefactos corretearon alrededor, apareciendo de varios pilares con botellas de jugos, néctares y tés de frutas, y platos de bocadillos elfos que se licuaban en la boca y no requerían masticar en absoluto.

Finalmente, cuando los vasos estaban casi vacíos, el plato de dulces mucho más ligero de lo que había sido, los ojos de Emmara se

pusieron serios y se dirigieron primero al rostro vagamente chamuscado de Jace, que él había pensado era lo suficientemente ligero como para pasar desapercibido, y luego a la costra en su pecho, que debería haber quedado oculta por la túnica y el chaleco.

"Si lo deseas yo puedo encargarme de eso," ofreció ella.

Jace sonrió pero negó con la cabeza. "Son realmente bastante menores. Ya no duelen tanto como antes."

"¿Así que, Berrim, vas a decirme por qué estás realmente aquí? Yo adoro tu compañía y tú sabes que siempre eres bienvenido pero es un paseo bastante largo para tomarlo por accidente."

Jace levantó lo último que quedaba de su bebida, lo hizo girar alrededor de su vaso y la volvió a dejar sin tocar. "¿Qué sabes acerca de un hombre llamado ‘Tezzeret’?" preguntó finalmente.

La elfa alzó una ceja. "Sé que si tienes esas heridas por haber forcejeado con él o su gente no ha ido lo suficientemente lejos."

"Bueno... Sí y no. Entonces, ¿Tezzeret?" probó él de nuevo.

Emmara negó con la cabeza. "¿Has oído hablar de una organización llamada el Consorcio Infinito?"

"Creo que he oído el nombre."

"Antes de que los gremios cayeran era sólo otra organización mercantil, ¿pero ahora? Ahora yo no me sorprendería que, algún día, se convirtiera en un órgano político. "

"El Consorcio, en resumen, es uno de esos que hace operaciones ‘Encontraremos cualquier cosa y la venderemos a cualquiera por el precio correcto.’ Estoy seguro de que se manejan con artículos de contrabando al menos con tanta frecuencia que con bienes legales pero nadie pudo probarlo antes y no queda nadie que pueda probarlo ahora."

"Ya veo," murmuró Jace inclinándose hacia atrás y preguntándose que es lo que querían con él.

"La cosa es," advirtió Emmara, "que ellos realmente parecen ser capaces de obtener cualquier cosa, o al menos eso es lo que yo he escuchado en algunos de los círculos más esotéricos que frecuento. Incluyendo objetos y criaturas de un gran poder místico y cosas que no parecen venir de ningún lugar del que yo haya oído hablar."

Jace se enderezó, con el ceño fruncido. Nunca había dilucidado si Emmara sabía de la existencia de otros mundos, de los caminantes de planos y las Eternidades Ciegas. La mayoría de la gente, incluso la mayoría de los hechiceros, no lo hacían.

Independientemente de eso, leyendo entre líneas, Jace tuvo toda una nueva comprensión de por qué se llamaban a sí mismos el "Consorcio Infinito."

"¿Y Tezzeret?" presionó él. "¿Es su líder?"

Ella asintió con la cabeza. "Por lo que yo sé no es el primero. Pero sin duda él es quien está ahora a cargo.”

"Él es un mago, Berrim, uno poderoso. Y se dice que no es el único en el grupo. Yo nunca he oído hablar de ellos hiriendo personas sin causa pero sin duda deben hacerse enemigos desagradables. ¿Cuál es exactamente tu interés en ellos?"

Jace ofreció una sonrisa que pretendió ser tranquilizadora pero que en su lugar implicó que algo no estaba bien asentado en su estómago. "Quieren reunirse conmigo. Y su invitación fue, eem, bastante insistente. Por no decir descortés."

Emmara frunció el ceño y se inclinó hacia delante con atención, poniendo una mano delgada encima de la del propio Jace. "¿Quieres que vaya contigo?"

Jace tuvo que tragarse un nudo en la garganta, verdaderamente conmovido por la oferta de la elfa. Sonriendo una sonrisa genuina le tomó la mano entre las suyas. "Gracias," dijo y esas palabras fueron las más sinceras que había proferido en un tiempo muy largo. "Pero no, no voy a pedirte que te pongas en ese tipo de peligro. Además, si ellos querían verme muerto tuvieron una gran oportunidad cuando entregaron su ‘invitación’."

Todo fue muy caballeresco, muy noble, y completamente lleno de porquería. Si Jace hubiera pensado por un momento que la presencia de Emmara hubiera significado la diferencia entre la vida y la muerte la habría aceptado sin pensarlo dos veces. Pero el emisario de Tezzeret no había dicho nada acerca de invitar a un tercero y Jace sintió (dado el tipo de violencia de la que eran capaces en algo tan simple como una prueba) que ofenderlos trayendo refuerzos sería probablemente la opción más peligrosa.

Pasó otra hora en compañía de la maga elfa, aprendiendo un poco más sobre el Consorcio Infinito, y luego la conversación serpenteó por el camino que incluso las conversaciones más serias lo hacen, sobre la naturaleza de esos pasteles elfos, la dificultad de obtener ciertas frutas, y lo mal que el verano inusualmente caluroso habían dañado la cosecha.

El sol se puso lentamente por debajo de los edificios más altos del distrito, enviando dedos de sombra estirándose para abarcar a todo el barrio en su agarre y Jace supo que sería mejor que siguiera adelante. Agradeciendo a Emmara una vez más se tomó un momento para calmar sus nervios y salió a la calle.

Sus instintos todavía le gritaban que corriera, que evitara ese encuentro como una plaga de ratas, pero Jace no estaba del todo dispuesto a renunciar a la vida en Dravhoc. Y si él se iba a quedar no podía permitirse el lujo de hacer de Tezzeret un enemigo. Además, él realmente quería saber cómo ellos sabían quién era, lo que podía hacer, cuando nadie más en Ravnica lo hacía.

Pero eso no significaba que tuviera que jugar el juego que ellos habían propuesto, no cuando él podía echar un vistazo a mano. Jace se concentró brevemente mientras vagó por las calles de Ovitzia y esperó a que sus hadas espías respondieran a su llamado.

Capítulo 9

El Primer Viñedo se llamaba así porque había estado en el mismo lugar desde antes de que Ravnica creciera a su alrededor. (O al menos eso era lo que el tabernero afirmaba. Ninguno de los gremios orientados a la naturaleza habían confirmado su afirmación aunque, a decir verdad, tampoco la habían negado.) Era un establecimiento concurrido, muy popular entre los amantes del vino y sencillos borrachos por igual. Desde el exterior parecía ser poco más que un largo pasillo, sus paredes hechas de tocones y troncos de árboles de especies que ya no se encontraban dentro de los mil kilómetros alrededor. La mayor parte de la bulliciosa multitud entrando y saliendo de la tienda sólo estaba interesada en la compra de botellas, jarras, barriles y otros envases de refresco para llevarse con ellos a casa. En la parte trasera del edificio, sin embargo, cerca de las escaleras hacia la bodega, se hallaba un puñado de mesas que permitían a algunos clientes sentarse y disfrutar de sus bebidas sin demora.

En la mesa más lejana de la parte posterior dos figuras esperaban a un tercero que, al parecer, no iba a aparecer. Copas se asentaban delante de ellos, en gran parte intactas a pesar del

delicado bouquet del vino dentro. A la izquierda había una mujer más grande que la mayoría de los trabajadores. Incluso sentada tenía claramente más de dos metros de alto y hombros anchos como un ogro pequeño. Sus rasgos eran planos, sus ojos de un tono opaco que parecía gris en la tenue iluminación de la tienda, pero su pelo ceniciento le marcaron como la mujer que había arruinado la tarde de Jace en el café.

Su compañero era casi tan alto como ella pero mucho más delgado, con la musculatura cincelada de un herrero. Su cabello era de un rubio opaco, colgando justo por debajo de los hombros. Algo que bordeaba la línea entre una barba completa y un fino vello, dependiendo de la iluminación y de cuan generoso elegía ser un observador, cubría sus mejillas y su mandíbula. Sin embargo, algo más notorio aún, era la mano en la que sostenía su copa, ya que no era para nada de carne y hueso sino construida de algún metal turbio no reflectante. Ese era el único signo evidente de que Tezzeret, maestro del Consorcio Infinito, era mucho, mucho más de lo que parecía.

Ambos estaban vestidos con cueros oscuros (el de ella suave y flexible, el de él cubierto con una amplia gama de hebillas y bolsillos) y ninguno de los dos parecía especialmente satisfecho, a pesar de la fina cosecha que tenían delante. El hombre gruñó algo desagradable hacia su copa.

"Se lo dije jefe," dijo ella simplemente.

"Bah. No tiene sentido Baltrice." La voz de Tezzeret fue baja, grave; escuchándose a pesar del estruendo de los clientes de los alrededores. "El pasó la prueba de Gemreth. Supo cuándo y dónde."

Baltrice se encogió de hombros, un impresionante gesto dado sus prodigiosos hombros. "Así que es un cobarde. Tiene demasiado miedo como para tomar la oportunidad que le has ofrecido. Es débil."

"Así parece," respondió él sacudiendo la cabeza. "Podría haber hecho tanto por nosotros."

"Puede ser." Dijo ella sin parecer muy convencida. "¿Vamos a dejarle vivir?"

"Hmm. Probablemente él no sabe lo suficiente para herirnos pero déjame pensarlo." El suspiró. "Sé buena y encárgate de la cuenta, ¿quieres? Creo que me gustaría salir de aquí, darle a Paldor las malas noticias, discutir a quién más podría querer en su célula."

La extraña pareja partió del Primer Viñedo y, a pesar de la hora tardía, comenzó el largo viaje a casa por las calles interminablemente sinuosas.

* * * * *

Los cuarteles de la célula de Ravnica del Consorcio, un extenso complejo de media docena de edificios unidos por puentes sobre tierra y túneles bajo el suelo, se hallaban en el límite oriental de Barrioescombros. El nombre del barrio se remontaba al día, muchos años atrás, en que había sido totalmente destrozado por una sierpe de asedio invocada; pero el distrito, largo tiempo ignorado, por fin

había empezado a recuperarse en los últimos años. Valiosas propiedades, buena ubicación y precios baratos atrajeron una verdadera avalancha de inversores una vez que las restricciones a nuevas construcciones cayeron junto con los gremios. Barrioescombros, a pesar de su nombre, estaba al borde de un renacimiento y el Consorcio era uno de sus mayores inversores.

Los viajeros estaban quizás a media cuadra del primero de los edificios del Consorcio cuando una figura encapuchada salió de un pequeño callejón para bloquearles el paso. Al principio simplemente podría haber sido una coincidencia; Barrioescombros, aunque aún sin prosperar, ciertamente no estaba tan despoblado como lo había estado alguna vez, y ese hombre podría ser sólo otro transeúnte. Pero cuando él dio un paso al costado, bloqueándolos cuando ellos trataron de moverse a su alrededor, este se convirtió en algo más.

"Si estás aquí para robarnos," dijo Baltrice con una sonrisa desagradable en su rostro, "te doy las gracias. Me vendría bien el entretenimiento."

"Yo no estoy aquí para robarles," dijo la figura bajándose la capucha para revelar a un joven de rostro bien afeitado. "Estoy aquí para reunirme con ustedes. Sólo quería dejar muy claro que no son los únicos que pueden jugar juegos."

Baltrice frunció el ceño pero su compañero, después de una breve ampliación de los ojos, se echó a reír de repente en voz alta. "¿No lo ves, querida?" dijo en respuesta a su mirada perpleja. "Este es Jace Beleren."

A pesar de que él ya sabía que ellos sabían Jace se estremeció al oír el sonido de su nombre real. "¿Y eso quiere decir que tú eres Tezzeret?"

"Así es." Dijo Tezzeret levantando la mano artificial en algo entre un gesto y un saludo. Jace entrecerró los ojos, incapaz de identificar el extraño metal opaco.

"No me gusta, jefe," gruñó Baltrice sin preocuparse de que Jace pudiera oírla claramente. "¿Cómo es que encontró el complejo?"

"Mi querida, eso es lo que hace." Su sonrisa se desvaneció, quedándose pensativo. "Muy bien Beleren. Ya has demostrado bastante tu punto. ¿Vamos a encontrar un lugar para hablar? Las tabernas de por aquí no son ni remotamente iguales al Viñedo pero deberían servir."

"¿Quieres decir que no vas a invitarme a entrar?" preguntó Jace burlonamente.

"Todavía no Beleren. Todavía no..."

* * * * *

Jace ni siquiera estuvo seguro de cómo se llamaba la taberna ya que había estado demasiado ocupado tratando de mantener un ojo en cada uno de sus nuevos compañeros. Pero si notó, como Tezzeret había prometido, que evidentemente no era el Primer Viñedo. Los clientes, vestidos con una mezcla uniforme de los colores chillones de las clases medias y los monótonos de las bajas, estaban dispersos

a través de una serie de mesas de una docena de diferentes estilos y formas. Construida como estaba tan cerca del límite de Barrioescombros, Jace supuso que gran parte de la taberna había sido rescatada de esa extensión de ruinas. Tezzeret y Baltrice ordenaron nada más que pequeñas jarras de una cerveza ligera pero sabrosa. Jace, que ese día no había comido nada salvo los pasteles de Emmara, añadió un pequeño plato de albóndigas de queso con salchichas a su orden.

"Muy bien," comenzó a decir Jace una vez que habían pedido. "¿Qué...?"

Tezzeret le interrumpió con una mano levantada, que agarraba un dispositivo peculiar en su palma metálica. Una pirámide de extraño metal, ni la extraña sustancia de su mano falsa ni ninguna de las aleaciones más mundanas con las que Jace estaba familiarizado, mostrando una serie de pequeños agujeros y temblando débilmente con el clic y el giro de sus engranajes interiores en miniatura.

Tomando el objeto con su mano izquierda (la mano de carne normal) lo tendió hacia Jace. "Habla en el dispositivo por favor," le pidió.

Este, desconcertado, frunció el ceño. "¿Qué debo decir?"

Tezzeret sonrió. "Eso servirá muy bien." Él colocó el dispositivo en el centro de la mesa y pareció contento de esperar.

Los cliqueos y golpes del dispositivo se hicieron más fuertes, más rápidos, hasta que toda la mesa vibró. Y entonces el mecanismo alcanzó un umbral predeterminado y los sonidos se desvanecieron por completo, excepto por un débil zumbido de fondo.

Todos los sonidos desaparecieron; no sólo los del dispositivo sino el bullicio de la taberna y los ruidos de la ciudad más allá mientras los ciudadanos nocturnos de Ravnica se dedicaban a sus quehaceres en las calles oscuras. Jace quedó boquiabierto ante Tezzeret, incrédulo.

"Hace coincidir sonidos," explicó la otra, "y los anula. Por eso es necesaria una muestra de tu voz. Nosotros ya hemos proporcionado la nuestra. Los ruidos de fuera, a menos que sean muy fuertes, no pueden alcanzarnos; y nuestras propias voces, suponiendo que no sientas la necesidad de empezar a gritar hasta que exploten tus pulmones, no pueden ser escuchados por ninguno más allá de esta mesa."

"Práctico," dijo Jace tratando de ocultar su asombro en el sarcasmo y fallando miserablemente.

"Lo es." Dijo Tezzeret haciendo un gesto melodramático colocando su mano artificial sobre su pecho. "Antes de que vayamos más lejos," continuó, "debo pedir disculpas por la forma en que has sido invitado a reunirte con nosotros aquí. Me doy cuenta de que debe haber sido a la vez desconcertante y tal vez un poco incómodo."

"Por decir lo menos," murmuró Jace.

"Aún así también fue bastante necesario. El Consorcio sólo emplea lo mejor y tenemos éxito en lo que hacemos porque sólo admitimos lo mejor. Teníamos que estar seguros de que encajaras con lo que necesitábamos."

"¿Y?"

"Y nosotros estamos aquí, ¿no?"

"¿Qué si yo no hubiera pasado?"

Tezzeret no dijo nada. Baltrice sonrió y se encogió de hombros. "Probablemente sea mejor que ninguno de nosotros lo sepa." Ella extendió una mano sobre la mesa y agregó, "Sin resentimientos, ¿eh?"

Jace miró la mano como si fuera una víbora, luego levantó la mirada para que se encontrara con la de ella y permitió que sólo una muestra de su propio poder brillara en sus ojos. "Te lo haré saber," entonó profundamente, "después de que decida si me gusta lo suficiente lo que oiga esta noche."

¡Sí, como oyeron! ¡Ustedes bastardos no son los únicos que pueden ser todo dramáticos y santurrones!

Baltrice gruñó y dejó caer su mano pero Jace se alegró de verla nerviosa. Tezzeret simplemente rió entre dientes.

"¿Debo asumir," continuó el mago rubio un momento después, "que te has tomado el tiempo para aprender un poco sobre nosotros?"

Jace asintió lentamente. "Tezzeret, mago y artífice de no poca habilidad, y líder de una organización de no pequeña influencia." Tezzeret inclinó la cabeza en reconocimiento. "De tí," dijo Jace volviéndose brevemente a Baltrice y luego mirando a otro lado como si no le importara, "no he oído hablar."

Fingió ignorar tanto el gruñido sobre la mesa como el gorgoteo en su estómago. Quizás hacerla enojar no era la mejor idea...

"Por lo que yo se," dijo Jace eligiendo cuidadosamente sus palabras, "el Consorcio Infinito, en el fondo, es un gremio mercantil. Ustedes adquieren o compran artículos aquí y los venden allí, donde son mucho más valiosos."

Hora de poner la cabeza en las fauces del dragón. "Y frecuentemente, supongo, 'aquí' y 'allí' no están en el mismo mundo en absoluto. Tú eres un caminante, Tezzeret, o tienes a uno trabajando para ti."

Tezzeret sonrió e incluso aplaudió brevemente. "Bravo. Ves, Baltrice, te dije que lo había averiguado. ¿Algo más Beleren?"

Jace miró bajo la mesa, jugueteando con la madera, pasando distraídamente un dedo una y otra vez a través por una vieja marca. Se mordió el labio, como si se tratara de encontrar el valor suficiente para decir algo. Por un momento Tezzeret esperó pacientemente, pero poco a poco sus labios comenzaron a curvarse hacia abajo, sus propios dedos a tamborilear sobre la mesa.

Pero eso estaba bien. Ellos le habían dado a Jace el tiempo para reunir su concentración, para enfocar su mente. Y usando esas energías reunidas, Jace Beleren (que nunca estaba feliz con, y poco acostumbrado a tener, solo parte de las respuestas) *empujó*. Tezzeret se balanceó hacia atrás en su asiento mientras sintió al hombre más joven mirando a través de las ventanas de su mente, en la superficie al principio, pero amenazando con sumergirse cada vez más profundo.

"Sé que no eres el primer maestro del Consorcio," siguió Jace con voz desconcertada. "Lo que no entiendo es cómo uno puede robar toda una organización. Y a partir de ello..."

La mesa entera saltó, amenazando con dividirse por la mitad bajo el impacto de la mano de metal de Tezzeret. El se inclinó sobre la madera, haciendo caso omiso de la cerveza derramada, y Jace se acobardó bajo su mirada como si tuviera un peso físico. Baltrice se puso de pie y fuego (no simple “ira” sino llamas literales) ardieron en sus pupilas y en las palmas de sus manos. Ella se inclinó hacia delante, con un gesto asesino evidente en su ceño fruncido, pero un rápido movimiento de Tezzeret la detuvo.

A pesar de todo ello los clientes de las otras mesas continuaron bebiendo, inconscientes del volcán a punto de estallar en medio de ellos.

"Sé que ha pasado algún tiempo desde que has tenido algún tipo de entrenamiento formal," dijo Tezzeret con dientes apretados, "así que déjame ofrecerte una breve lección. Puede que estés acostumbrado a inmiscuirte a través de los pensamientos de los hombres sin sufrir consecuencias, Beleren, y puede que te sientas seguro al saber que pocos magos comparten tu don de leer la mente. Pero cualquier hechicero con el más mínimo conocimiento de magia mental puede sentir tu intrusión, incluso si no podemos duplicarla. Y no nos importa hacerlo."

Tezzeret se recostó lentamente; Baltrice se sentó aunque mucho más a regañadientes. "Has conseguido esto gratis, Beleren, ya que no entendiste las reglas. Pero no nos engañemos. Intenta eso de nuevo en mí, o en cualquiera de los míos, y te asesinaré, sin importar cuan útil puedas ser."

Jace, aunque lamentó no haber atendido a sus primeros instintos de correr, mantuvo el rostro impasible mientras asintió.

"Para responder a tu pregunta anterior," continuó Tezzeret con una voz tan tranquila como si no hubiera ocurrido nada malo, "de hecho yo si lo hago, yo poseo la Chispa, al igual que Baltrice. El Consorcio Infinito cuenta con más caminantes de planos que cualquier otra organización de la que yo soy consciente en cualquier mundo."

"¿Y cuántos serían esos?" preguntó Jace tratando de sonar casual.

"Si aceptas mi oferta," dijo Tezzeret con seriedad, "ustedes serán cinco. Además de tres más que puedo contratar para determinados trabajos pero que no son verdaderos miembros del Consorcio."

Ah. Y ahora es cuando, por fin, llegamos al meollo de todo.

Jace no se molestó en preguntar por qué podrían necesitarlo. Conocía bien el valor de sus magias, en particular la rareza de su habilidad telepática. Tampoco se preguntó, por más tiempo, cómo era que Tezzeret sabía de él; un hombre con sus recursos, que abarcaba múltiples mundos, no tendría que leer mentes para aprender casi cualquier cosa que alguna vez hubiera podido querer saber.

Entonces, lo que él preguntó, fue: "¿Por qué iba yo a querer unirme a ustedes? Estoy bastante cómodo así."

"¿Lo estás?" Preguntó Tezzeret y no hizo nada para enmascarar el desdén en su voz. "¿Chantajear al rico y al tonto con la amenaza de difundir sus secretos más profundos? ¿Cuál fue el último Beleren? ¿Lord Delvekkian y su adicción a la raíz Deriab? ¿Y por mantener ese pequeño secreto él pagó, qué, unos pocos quintales de oro?"

Esta vez Jace ni siquiera se sobresaltó, sólo movió la cabeza por los extensos conocimientos de Tezzeret.

"Y cuando tus fondos se agoten, entonces, ¿qué? ¿Otro rico tonto? ¿Vivir de secreto en secreto y de amenaza en amenaza hasta que finalmente presiones a uno de ellos más lejos de lo que esté dispuesto a ir? Una mala manera de vivir, Beleren. Una vergonzosa. Y, francamente, una indigna de tus habilidades."

"A mi me basta," murmuró Jace defensivamente, pero pudo sentir sus mejillas sonrojándose, la verdad detrás de las ácidas palabras peor que el demonio de Gemreth.

"A ti te basta," repitió el artífice. "Pero nada más. No obtienes nada. No logras nada. Y tú, Jace Beleren, tienes demasiado potencial para vivir una vida que no llega a nada."

"Tú preguntaste por qué deberías unirte conmigo. Quizá porque quieres la oportunidad de ganarte la vida, una vida real, que te permita vivir cómodamente sin saltar de un avaro depravado a otro. Porque quieres ganar el respeto de los demás, hombres y mujeres que se asombrarán de ti basados en lo que eres y lo que has hecho, en lugar de por haberlos tenido en tus garras."

"Y porque una parte de ti sabe, incluso si no lo has admitido, que tus habilidades se están estancando. Tú tienes poder, Beleren, incluyendo un gran arsenal de hechizos que sólo unos pocos pueden dominar, pero estás dejándolos marchitar. Si trabajas para el Consorcio Infinito yo te garantizo la oportunidad de ejercer esas habilidades, de extenderlas mucho más allá de tus límites actuales, de aprender de los demás."

Jace levantó la vista, su pulso acelerando. "¿Hay algunos entre ustedes que pueden enseñarme?" Hacía años que él no tenía un verdadero mentor, no desde…

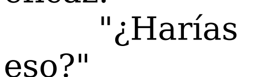


"Acerca de leer mentes no. ¿Pero otras magias de la mente, como tus ilusiones, tu clarividencia? Absolutamente. Yo mismo conozco un poco de esas cosas aunque no son mi principal área de estudio. Yo mismo podría enseñarte, cuando el tiempo lo permita. Y si no puedo enseñarte a leer la mente al menos puedo ayudarte a construir tu disciplina, a hacerlo de manera más eficaz."

"¿Harías eso?"

"Beleren, por tener un potencial como el tuyo a mi lado haría eso y mucho más."

"Sólo asegúrate de hacerlo mejor que su último



maestro," rió Baltrice.

El filoso crujido de cerámica sonó encima de la mesa cuando la jarra se rompió en el agarre de Jace. Todo su cuerpo tan rígido que él bien pudo estar teniendo una convulsión, miró a la mujer a través de ojos repentinamente brillantes y si los deseos pudieran matar estos habrían roto el cuello de ella dentro de su puño.

"¿Qué sabes...? ¿Cómo...?" El apenas pudo ahogar las palabras a través de la bilis en su garganta.

"Vamos, Beleren," dijo Baltrice sonriéndole. "¿Acaso después de saber todo lo demás que conocemos de ti no pensaste que aprenderíamos sobre Alhammarret? Yo entiendo que todavía eres un hombre buscado en cada ciudad a menos de cien kilómetros de la Encrucijada Silmot."

Jace, con su visión velada por una película de furia roja, se encontró de pie, su silla tirada en el suelo detrás de él. "No volverás a pronunciar ese nombre otra vez."

Su voz fue sorprendentemente estable, ni siquiera un grito, pero cortó encima de la mesa como una cuchilla invisible. Baltrice reconoció la señal de peligro por lo que era pero dar marcha atrás ante este advenedizo nunca entró en su mente. Ella, también, se puso de pie. El aire por encima de la mesa se volvió pesado con la tensión y la magia acumulándose. Tezzeret no dijo nada, tal vez con la curiosidad de ver si uno cedería.

Y Jace se volvió, indispuesto a empezar una pelea que no estaba seguro de poder ganar. Con su mirada baja y sus mejillas ligeramente sonrojadas, enderezó su silla y se dejó caer en ella. Pero, sin embargo, una esquina de su boca se curvó hacia arriba, como si hubiera logrado hacer entender algún tipo de punto.

Baltrice, con una fea sonrisa arrogante, también regresó a su asiento.

"Baltrice," anunció Tezzeret, "espérame afuera."

La sonrisa de la mujer murió como si le hubieran disparado con una ballesta. "¿Qué? Jefe, yo…"

"Necesito hablar con Beleren y tengo que hacerlo sin que ustedes dos se amenacen mutuamente con cada segundo de aliento."

La mandíbula de Jace tembló para reprimir una sonrisa.

"Pero Jefe, ¿qué si él…?"

"Yo no estoy en peligro con Beleren. Ve."

Baltrice, con el ceño fruncido y un destello final de fuego en sus ojos, dejó la mesa deseando contra toda esperanza que el pequeño bastardo fuera tan estúpido como para rechazar la oferta de Tezzeret. Entonces, teniendo en cuenta lo que él ya sabía, el jefe no tendría más remedio que dejarla...

Tan ensimismada estaba Baltrice, soñando con lo que le haría a Jace Beleren si tenía la oportunidad, que no fue hasta más tarde cuando se dio cuenta que podría jurar por su vida que ella ya no podía recordar el nombre del mentor de Jace.

Capítulo 10

Ellos se sentaron en el suelo, uno frente al otro, en el corazón de una cavernosa sala debajo del complejo de Barrioescombros. Allí, aunque el perímetro de la habitación era de piedra, las paredes internas eran de un fino metal dividido en láminas que se plegaban y deslizaban a lo largo de correderas en el techo. Con esas paredes la enorme sala podía dividirse en cualquier número de cámaras más pequeñas de casi cualquier forma. En ese momento, la "sub-habitación" era un óvalo casi perfecto.

"¿Supongo que no necesito decirte," comenzó a decir Tezzeret después de varios minutos de silencio, "lo poderosa que una herramienta como la telepatía puede ser para una organización como la mía?"

"No," dijo Jace con una leve sonrisa. "Creo que puedo darme cuenta de eso por mi mismo."

"Excelente. Has pasado la prueba de 'no soy un delirante imbécil'. Yo..."

"Lo que no entiendo," dijo Jace, "es por qué tú todavía no tienes acceso a esos poderes. Yo sé que mis talentos son raros pero ¡no tan raros! ¿Lo son?"

"Quizás no lo creas," admitió Tezzeret, "pero te sorprenderías. En todos mis años sólo me he encontrado con dos leedores de mentes aparte de ti. Uno de ellos está muerto y el otro... bueno, no está disponible para el empleo."

"Pero... ''

"He tratado de construir un gran número de dispositivos," dijo el artífice negándose a ser interrumpido de nuevo. "Herramientas para lograr lo que yo y mis agentes no podemos. Estas, también, no sirvieron. Construí dos coronas de eterium..."

"¿Eterium?" repitió Jace.

Tezzeret apretó la mandíbula por otra interrupción y levantó su mano artificial. "Eterium. Una poderosa aleación enriquecida con magia capaz de albergar cualquier tipo de encantamientos. Es también extremadamente rara ya que el secreto de su creación casi

se ha perdido en todo el Multiverso. Esta mano es probablemente más valiosa que todo este distrito."

Los ojos de Jace se agrandaron.

"Entonces, como venía diciendo," continuó el artífice, "dos coronas de eterium, una de las cuales debería haberme permitido leer los pensamientos de alguien que llevara la otra. Nos las arreglamos para comunicarnos, hablando como si hubiéramos estado justo uno al lado del otro a través de una distancia de kilómetros, pero nunca pude leer ningún pensamiento que él no eligió proyectar. Construí un sarcófago de agujas y tubos en el que el sujeto podía ser colocado. Me las arreglé para extraer el equivalente a dos palabras que valieran como pensamientos antes de que la máquina convirtiera el cerebro del sujeto en algo más que guano de gárgola."

Jace se estremeció.

"Una vez incluso formé una cámara cristalina," recordó Tezzeret con sus ojos ligeramente vidriosos, "capaz de almacenar los recuerdos y la personalidad de un hombre moribundo. Pero el mecanismo que debería haber permitido la comunicación con la mente dentro dejó de funcionar y aunque yo lo había construido puramente para comunicación no había incluido ningún medio para colocarlo de nuevo en un cuerpo vivo. Así que no tuve idea de cuanto se conservó de él en realidad."

"Mi punto," concluyó él abruptamente volviendo a sí mismo con un súbito parpadeo y mirando a Jace como si de alguna manera fuera él la culpa por la digresión, "es que, aunque para ti es tan fácil, y aunque es una forma de magia que los magos han estado luchando durante edades para desarrollar, en realidad ha demostrado ser un talento muy raro, y muy elusivo. "

"Y eso significa que nosotros tenemos que conseguir que tú, Beleren, seas tan hábil como nos sea posible."

"Puedo vivir con eso," dijo Jace con una mueca feroz.

"Me alegra oírlo. Habla conmigo."

"¿Qué?"

"Háblame." Tezzeret se inclinó hacia delante, con los puños en la mesa. "No con tu boca. Con tu mente."

Jace miró por un instante. Tezzeret no estaba seguro de si se estaba concentrado o si había fallado de alguna manera en entender la orden. Entonces...

¿Así? Las palabras se formaron directamente en la mente de Tezzeret. Los labios de Jace, su lengua, sus dientes no se movieron en absoluto.

"Precisamente," le dijo Tezzeret. "Veo que has hecho esto antes."

Ha llegado a ser útil en un momento o dos.

"¿Qué tan lejos?"

Jace se encogió de hombros. "Nunca lo probé más allá de unos pocos metros," dijo en voz alta

"Vamos a tener que probar eso." Tezzeret señaló con un dedo de metal hacia la puerta y dijo "Hay varios guardias en el pasillo fuera. ¿Puede comunicarte con ellos?"

"Hm. Nunca he intentado esto fuera de la línea de visión excepto con gente que ya conozco."

"Entonces, ahora es un buen momento para empezar."

Un momento más y los ojos de Jace se abrieron como platos, los músculos de su mandíbula retorciéndose como si estuviera reprimiendo un grito. Entonces la puerta se abrió de golpe y un trío de guardias entró corriendo con el ruido de sus cotas de malla, las manos colocadas sobre sus espadas. La habitación olió bruscamente a acero aceitado.

"¿Jefe?" preguntó uno de ellos. "¿Está todo bien? Me pareció oír a alguien gritar por nosotros."

"¿Y tú?" le exigió Tezzeret a los otros dos.

Ambos negaron con la cabeza. "No oímos nada, jefe."

"Es un comienzo." Tezzeret señaló al primer guardia, aunque este se había girado hacia Jace. "¿Puedes incluirlo tanto a él como a mi?"

"¿Qué?"

"¿Puedes hablar con ambos de la misma forma?"

Jace frunció el ceño y sintió que apretaba sus puños. *Yo no... estoy seguro.*

Tezzeret miró al guardia, quien asintió. "Lo escuché, jefe."

"¡Excelente!"

El joven mago se estaba cansando rápidamente, su mente si no sus músculos. La sensación era como tratar de hacer malabares con dos bolas en dos direcciones diferentes.

Y entonces todo su cuerpo se desplomó cuando Tezzeret señaló a otro guardia. "Ahora a los tres de nosotros."

A Jace le hizo falta media docena de intentos para que el segundo guardia también escuchara su “voz” mental. Toda su frente estaba empapada en sudor, su boca se había secado como un hueso momificado, y su visión comenzaba a desdibujarse. Tezzeret y los guardias estaban empezando a parecer tan borrosos como sus reflejos en las paredes de acero.

"¡No!" Negó él con la cabeza (una mala idea ya que el mundo giraba a su alrededor) cuando Tezzeret señaló a un tercer guardia. "Tezzeret, no puedo. Yo..."

"¡Tú no te darás por vencido ya!" gritó Tezzeret con su rostro poniéndose lentamente rojo. "¡Yo no lo permitiré!"

"Pero... Pero yo..."

"¡Hazlo! ¡Maldita sea, Beleren, hazlo ahora!" Jace echó su voz para abarcar a los cuatro hombres. Su cabeza se sintió como si fuera a dividirse en dos, como si alguien hubiera introducido una palanca a través de su cráneo y estuviera moviéndola constantemente hacia un lado y hacia otro.

"Patético," dijo Tezzeret poniéndose de pie. Sin embargo, a pesar de su tono, extendió la mano y ayudó a Jace a sentarse contra la pared en lugar de dejarlo acurrucado en el suelo. "Me esperaba algo más de ti, Beleren. Sé que eres capaz de más que esto." Se volvió hacia el guardia más cercano, incluso mientras se levantaba. "Una vez que se haya recuperado él no se irá hasta que te haya

probado que al menos puede comunicarse con ustedes tres. Quiero saber, y quiero que él lo sepa, que el dolor y los fracasos anteriores no van a hacerlo retroceder o deshacer lo que hemos logrado."

"Por supuesto jefe."

Y entonces el artífice desapareció, dejando a los guardias mirando a Jace, estremeciéndose no sólo por el dolor sino por la vergüenza de su primer fracaso.

* * * * *

Jace yació sobre el grueso colchón, los brazos cruzados detrás de su cabeza, y miró hacia el techo; justo como lo había hecho durante muchas horas, a través del espacio de muchos días. Y se preguntó, no por primera vez, si la noción de Tezzeret de una vida emocionante era tal vez diferente de la suya. Oh, él tenía sus sesiones de entrenamiento en las que interesarse. No eran la definición de nadie de “diversión” y él podría haber pensado seriamente en irse después de esa primera, ¡excepto que habían funcionado! Maldito sea él si, en cuestión de días, no había sentido su mente expandiéndose, comprendiendo hechizos que nunca había utilizado antes, sacando lustre incluso a conjuros conocidos como el filo de una navaja.

Pero esas sesiones eran esporádicas, produciéndose cuando Tezzeret tenía el tiempo para dedicarse de sus muchas otras preocupaciones en muchos otros mundos. Y Jace se estaba sintiendo más que un poco aburrido.

El recinto del Consorcio de Ravnica era, o así había clamado Tezzeret, uno de los mejores en todos los diferentes mundos. Jace había pasado a través de paredes de mármol y salas exuberantemente alfombradas, cocinas capaces de producir alimentos que casi calificaban como magia en su propio derecho, bibliotecas alardeando de tener cualquier libro que uno pudiera pedir en cualquier tema que uno pudiera imaginar.

Su propio domicilio era un conjunto de habitaciones equipadas con candelabros que se auto iluminaban brillando sin calor; una chimenea que nunca cesaba de arder y producía ya sea calor o frío dependiendo de la orden de Jace; incluso algunos sirvientes mecánicos que eran, si no tan eficientes o discretos como los muñecos animados de Emmara, más que capaces de llevar a cabo cualquier tarea servil que Jace pudiera asignarles.

Durante los primeros días aquello fue un paraíso y Jace disfrutó de una opulencia que nunca había conocido.

Después de dos meses viviendo allí sin nada que hacer más que leer detenidamente dichas bibliotecas o pasear por las calles de Ravnica (algo que él ya había sido muy capaz de hacer antes del Consorcio, muchas gracias), él estaba listo para un cambio de ritmo. Pero ni Tezzeret en persona ni el propio líder de la célula de Ravnica parecían dispuestos a dejar que él hiciera realmente algo.

Ese teniente local era un compañero enormemente corpulento con dedos como salchichas, con pelo revuelto y barba del negro más

oscuro, tan bajo y encorvado que Jace se preguntó brevemente si podría ser uno de los míticos enanos que había oído hablar en otros mundos. Paldor era su nombre; "Casi como caldo," solía decir en cada oportunidad con las manos agarrándose a un rollo de grasa u otro, "así que realmente, ¿mis padres podrían haber esperado algo más?" Era una broma que nadie encontraba divertida pero eso nunca le impidió repetirla.

Parecía de una clase bastante amable, dispuesto a mostrarle a Jace el lugar y presentarlo a otros miembros de la célula, pero Jace se preguntó más de una vez cuan negro debía ser el lado oscuro del hombre para haber logrado ascender tan alto en las filas de Tezzeret. Pero, por supuesto, los deberes de Paldor le impedían pasar más de unos minutos en esa empresa y de nuevo Jace se encontraba abandonado a su propia suerte. Él ni siquiera podía salir a hacer nuevos conocidos por su cuenta pues no sabía cuántos miembros de la célula de Ravnica sabían acerca de la naturaleza “extranjera” del Consorcio y no estaba dispuesto a derramar los secretos de Tezzeret a los no iniciados.

Y así él se tendió sobre su espalda y miró, y meditó, y cayó en ese estado de duermevela que viene tan a menudo cuando uno se encuentra en la cama con nada más importante que hacer. Y le tomó varios minutos de tratar de despertarse a sí mismo para darse cuenta de que alguien estaba golpeando a su puerta.

Jace se tomó un momento para alisar lo peor de las arrugas de su túnica, abrió la puerta y se encontró mirando, o al menos eso le pareció, a un espejo ligeramente deformado.

"Tú debes ser Jace," sugirió el hombre.

Jace parpadeó elocuentemente en respuesta.

"Soy Kallist. Kallist Rhoka. Y tú necesitas ya sea aprender a dormir más liviano o a conseguirte una campanilla. Preferiblemente una tomada de la torre de una iglesia."

"Um," añadió Jace.

"Nos han mandado llamar. Se supone que tenemos que estar en la oficina de Paldor en, oh, hace cinco minutos. Así que a menos que tu magia nos haga volver atrás en el tiempo o invoques una excusa realmente potente sugiero que nos pongamos en marcha."

Jace, aún no del todo seguro de lo que estaba pasando, se puso en movimiento.

Aunque hacía mucho que había dominado los entresijos del complejo permitió que el otro hombre le guiara y se tomó el tiempo para estudiar a su guía. Ahora que estaba un poco más despierto y mucho más alerta Jace se dio cuenta de que no tenía un aspecto tan parecido como le habían sugerido al principio sus sentidos adormecidos. Kallist estaba vestido con armadura de cuero negro sobre un acolchado azul profundo; tal vez los mismos colores del propio guardarropas de Jace pero ciertamente no el estilo. Las diversas cuchillas que Kallist llevaba sobre su persona también indicaron una amplia brecha entre sus conjuntos de habilidades. Aún así podrían ciertamente pasar como familiares, un hecho que Jace se negó absolutamente a despedir como una coincidencia.

Quedó claro que Kallist conocía los pasillos serpenteantes al menos tan bien como Jace ya que no vaciló en absoluto en su camino a la oficina de Paldor, en el piso superior del edificio más alto. Jace quedó vagamente irritado, mientras jadeaba en busca de aire en la parte superior de las escaleras, cuando notó que Kallist ni siquiera resoplaba.

La oficina, a la que Kallist entró después de dar un golpe superficial, era enorme pero más bien vacía. Un escritorio de caoba, bastante amplio pero anormalmente corto para dar cabida a la estatura de Paldor, ocupaba el otro extremo de la habitación. Varias sillas estaban esparcidas delante, dispuestas en un vago semicírculo. En la pared trasera colgaba un gran reloj de engranajes de bronce y péndulos pesados. En la de la derecha había una gran ventana con vistas a la lenta expansión recuperándose de Barrioescombros, mientras que en la de la izquierda...

En la pared de la izquierda había un artilugio peculiar, más pequeño pero mucho más complejo que el reloj. Tubos de vidrio se entrelazaban uno sobre el otro; algunos parecían casi estar atados en nudos, doblados en ángulos imposibles. A través de esos tubos fluían largos penachos de... No era humo, exactamente, ya que ningún humo hubiera sido nunca de un color tan antinatural. A Jace le hizo falta largos momentos para reconocer al éter de las Eternidades Ciegas, pues nunca había visto más que un soplo de esa cosa en el mundo físico. No pudo ni empezar a imaginar para qué propósito podría servir el dispositivo.

Pero eso fue todo, la totalidad de la oficina. Una gran cantidad de espacio, con poco propósito excepto, tal vez, mostrarle a los visitantes que Paldor podía permitirse el lujo de perder una gran cantidad de espacio.

Paldor levantó la vista del escritorio, frunció el ceño brevemente al ver el reloj encima de su cabeza, y luego se alejó varios pasos del escritorio. Ese día llevaba puesto lo que Jace cortésmente habría llamado una túnica pero que más honestamente pensó como una tienda de campaña. Era vino-púrpura y hacía que Paldor se pareciera a una gigantesca uva barbuda. "Bienvenido a tu primer trabajo Beleren," dijo.

Ninguna respuesta. Requirió un no tan sutil "¡Ejem!" de Paldor para apartar su atención del peculiar artilugio en la pared.

"Ah, sí," dijo Jace. "Lo siento."

Paldor frunció el ceño y sacudió la cabeza. "¿Has oído el nombre de Ronia Hesset?"

"Me lo he cruzado. ¿Quién es ella?"

"La jefa de una familia de comerciantes que solía tener conexiones con los Orzhov y con quien el Consorcio ha tenido un gran número de transacciones desde que desaparecieron los gremios. Ella incluso negoció con Tezzeret en persona una o dos veces. Si vamos al caso ella no conoce nuestra verdadera naturaleza o la existencia de otros mundos en absoluto pero más allá de eso conoce tanto del Consorcio Infinito como cualquier extranjero."

"En los últimos tiempos más de unas pocas de nuestras transacciones con su Casa no han resultado. Durante un tiempo Tezzeret y yo estábamos dispuestos a dejarlo ir; la mayoría de las sectas mercantiles tienen uno o dos miembros corruptos, y ella ya lo ha hecho lo suficientemente bien para nosotros en el pasado. Pero ahora ella afirma haber perdido todo un pago, un valor de varios miles de peso en oro. Como esto sucedió más o menos al mismo tiempo que uno de sus familiares pagó una deuda asombrosa a ciertos intereses criminales... Bueno, tú mismo puedes ver cómo esto podría despertar mis sospechas."

"¿Despertar?" murmuró Kallist desde detrás. "Yo diría que fueron francamente seducidos."

"Tu trabajo," dijo Paldor a Jace, "debe ser lo suficientemente simple como para un hombre de tu talento. Nosotros habíamos esperado hacerte reunir con Hesset, leerla de esa manera, pero ella se negó a cualquier reunión durante los próximos días. 'Demasiado ocupada,' dijo y, francamente, Tezzeret no está dispuesto a esperar. Acompañarás a Rhoka a la casa de Hesset. Él te mete en su casa; tú luego te metes en su mente. Si ella es de verdad inocente e ignorante de estos robos, volverás a mí, y yo me encargaré de ello. Si ella está detrás de ellos como sospecho en este punto que debe serlo, le dirás a Kallist y él hará un ejemplo de ella."

Jace frunció bruscamente el ceño. Sabía que trabajar para el Consorcio requeriría lo que él prefirió pensar como actividades "extra-legales". Al infierno, así era como él había vivido durante años. ¿Pero asesinato?

Su intestino se revolvió, Jace abrió la boca para protestar, o tal vez simplemente para informar a Paldor que eso había sido un error, que el servicio a Tezzeret no era para él después de todo.

Las palabras no salieron. El temor de perder todas las oportunidades que Tezzeret le había prometido, por no hablar del temor mucho mayor de lo que harían estas personas si él se retiraba, formaron un puño alrededor de sus cuerdas vocales que no pudo sacudirse. Y así, sintiendo una nueva enfermedad en su estómago que definitivamente no fue miedo, él asintió.

"Kallist ya estudió el plano de la mansión de Hesset," les dijo Paldor. "No te debería ser muy difícil."

Jace se volvió. "Y ustedes han elegido a Kallist en particular ya que tienen a un espadachín que resulta ser muy parecido a su único leedor de mentes; o un leedor de mentes que se parece a su mejor espadachín," añadió con una sonrisa sarcástica a Kallist, "y sólo pueden estar interesados en ver lo bien que trabajan juntos en una asignación simple para saber de paso si ustedes pueden tomar ventaja de su parecido."

Paldor sonrió ampliamente. "Ahora tú estás pensando como un miembro del Consorcio. Ahora ponte en movimiento." Paldor se retorció en su asiento y levantó un extraño artilugio formado por un tubo y embudo de la pared. No había magia allí sino que era un simple dispositivo para hablar, diseñado con una acústica perfecta para llevar su voz a la sala debajo. "Capitán," dijo él sonriendo a Jace

y Kallist, "por favor tenga listos un par de uniformes de sirvientes del Estado de Hesset para Rhoka y Beleren..."

Jace no tuvo que ser un lector de mentes para decir, a partir del sonido del gruñido de Kallist, que a él no le iba a gustar el atuendo.

Y fue más o menos eso. Le dieron a Jace media hora para cambiarse (en una horrible vestimenta de librea, con leotardos amarillo canario y una túnica rojo profundo) y para recoger lo suministros que sintió que podía necesitar, lo amonestaron para que confiara en su pareja cuando él preguntó si podía tener algo de tiempo para memorizar la configuración de la urbanización, y luego ellos se pusieron en camino.

"Me siento como una ensalada de frutas," dijo Jace a Kallist mientras se abrían camino saliendo de Barrioescombros.

"Dímelo a mí. Tengo miedo de mirar hacia abajo a mis pies por temor a quemarme los ojos de mi cráneo."

Hubo un tiempo de silencio mientras la pareja marchó hacia la propiedad de Hesset. Jace encontró al menos un poco de alivio en el hecho de que gran parte del distrito era de clase media así que él y Kallist ni siquiera eran las personas más chillonas en las calles.

"Esta operación," comentó Jace cuando finalmente se acercaban a la pared exterior de la finca, "parece un poco a medias. ¿No hubiera tenido más sentido esperar una oportunidad más social para que yo leyera la mente de Hesset en lugar de entrar ilegalmente en su casa?"

"Lo más probable es que Tezzeret tenga una bolsa de jade llegando en dos días;” dijo Kallist, "embarque sorpresa, algo de lo que se apoderó otra célula. Otras personas, fuera del Consorcio, han comenzado a difundir rumores sobre nuestras pérdidas en el trato con la gente de Hesset. Lo que él de verdad quiere es resolver el asunto y, sin avergonzarse, antes de que haya cualquier riesgo de perder el jade a manos de alguien que decida que los rumores significa que somos vulnerables."

"Entiendo." Luego, en el ejercicio de una repentina sospecha, Jace añadió: "Nunca antes había conocido a un caminante de planos que prefiere cuchillas a hechizos."

"Todavía no lo has hecho. Yo he trabajado con los suficientes de tu tipo, Tezzeret incluido, para tener una idea bastante buena de lo que realmente está ahí fuera. Pero no, yo no diferenciaría un hechizo de una escupidera."

Y entonces ellos estuvieron allí y más conversación tendría que esperar.

La pared exterior de la finca no resultó ser ningún problema en absoluto. Jace echó su vista fuera y más allá de la pared, observando hasta que ningún guardia ni perro ni draco estuvo presente. Una vez que se despejó Kallist arrojó una cuerda (encantada para que se aferrara sin necesidad de un gancho) y subieron y pasaron por encima, Jace con algo menos gracia.

"Eso es un truco muy útil," le susurró Kallist una vez que estuvieron dentro de los terrenos. "Tal vez yo debería aprender un hechizo o dos."

La respuesta de Jace no fue ni siquiera un susurro; sonó sólo dentro de la mente de Kallist. *Tal vez deberías.*

Kallist se sobresaltó, le dio a Jace una mirada que el mago no pudo empezar a interpretar, y guió el camino a seguir.

Atravesar los terrenos no les dio más problemas que la pared. Entre los sentidos entrenados de Kallist y los sobrenaturales de Jace sintieron el acercamiento de cualquier guardia o bestia y se pusieron apropiadamente a cubierto detrás de uno de los varios setos o árboles de la finca. Sin embargo, un par de grandes sabuesos, tirando de su dueño a lo largo de la correa de cuero, casi los descubrió. La topiaria detrás de la cual se agacharon pudo bloquear los ojos de los hombres pero no las narices de los perros. A pesar de que Kallist buscó sus cuchillas, maldiciendo el inevitable estruendo, se dio cuenta de que Jace murmuraba entre dientes. Y, sin la menor pausa, los perros pasaron a su lado.

"¿Qué hiciste para...?"

Cuando Jace respondió habló en voz alta una vez más. "La mayoría de la gente piensa en las ilusiones sólo como vista o sonido. Es más difícil hacer olores, pero si sabes lo que estás haciendo..."

Kallist sonrió. "Tienes que enseñarme a hacer eso. Pero, em... Trata de no hacerlo demasiado a menudo, ¿de acuerdo? Esa cosa-habla-mente es rara."

La puerta principal resultó ser un obstáculo momentáneo. Kallist jugueteó con el cerrojo mientras Jace vigilaba y mientras el primero parecía estar profiriendo más insultos que realizando verdaderas manipulaciones el dispositivo finalmente se abrió con un chasquido sordo. Jace dejó que su visión se pusiera borrosa, examinó la puerta y la entrada en busca de alarmas mágicas pero si alguna estaba realmente presente eran de una especie que él no pudo reconocer.

"¿Debería ser así de fácil?" preguntó Jace mientras cerraron suavemente la puerta tras ellos.

El otro se encogió de hombros. "Bueno, yo no suelo tener a alguien conmigo que puede ver a través de paredes o tapar hocicos de perros a diez metros," susurró. "Así que me esperaba que fuera más fácil."

Unos momentos pasaron mientras ellos se abrieron camino a través de las salas a oscuras.

"¿Debería ser así de fácil?" preguntó Jace volviendo a presionar después de dejar el tercer pasillo sin guardias en absoluto.

"No," susurró Kallist con un suspiro, "probablemente no."

La mansión era bastante típica, al menos en lo que a mansiones se refería. Un montón de pasillos con muchas habitaciones a cada lado; lindas alfombras y elegantes pinturas en marcos más elegantes; una colección de candelabros, chimeneas, amplias escaleras, y mesas de comedor que eran todas mucho más grandes que lo que dictaba la necesidad. El fuerte aroma de pétalos de rosa flotaba por los pasillos

y Jace no pudo decir si era algo natural de los muchos jarrones que adornaban los diversos manteles y repisas o si estaba involucrado un toque de magia. La absoluta falta de polvo o suciedad, sin embargo, era ciertamente mágica ya que incluso la sirvienta más obsesiva podría haber hecho un trabajo tan perfecto.

Una vez, y sólo una vez, Kallist y Jace tuvieron que agacharse en una pequeña alcoba cuando oyeron los pasos de pesadas botas acercándose. Observaron a un trío de guardias, todos armados y blindados como si fueran verdaderos caballeros marchando a la guerra, pasar al lado de su refugio sombreado y desaparecer por el pasillo. Ni uno sólo de ellos se molestó siquiera en dar un simple vistazo a izquierda o derecha mientras hicieron su patrullaje.

Jace y Kallist compartieron una mirada sospechosa, se encogieron de hombros al unísono, y continuaron hacia las escaleras.

Nadie interfirió y en cuestión de momentos se encontraron a sí mismos fuera de lo que Kallist juró era el dormitorio de Ronia Hesset misma. Lentamente y firmemente aferró el pomo de la puerta sólo para congelarse cuando la mano de Jace se pegó a la suya.

"¿Qué?" silbó Kallist. "¿No necesitas verla para entrar en su mente?"

"Como yo no la conozco bien, sí," asintió Jace. "Pero... no sé. ¿No deberíamos ponerle aceite a las bisagras o algo? ¿Y si la puerta chirría?"

Los labios de Kallist se arquearon en una sonrisa de larva. "Jace, como ladrón, eres un excelente hechicero."

"¿Qué?"

"Dime lo que notas sobre esta puerta."

"Bueno, es de madera pesada. Picaporte de cristal. Abre hacia adentro... Oh."

"Sí. ‘Oh.’"

"¿Entonces por qué no la abrimos de golpe?"

"Sí, ¿por qué no lo hacemos?"

Kallist giró suavemente la perilla y luego empujó con rapidez para minimizar la duración de cualquier ruido que la puerta podría haber hecho. Esta se abrió sólo unos pocos centímetros, lo suficiente como para que él pudiera poner su mano en las bisagras en el interior... pero mientras sucedió la puerta no chirrió en absoluto. Kallist la abrió mucho más lentamente hasta que ambos hombres pudieron mirar dentro de la opulenta recámara.

Incluso en la tenue luz de la luna goteando a través de la ventana ellos pudieron distinguir un imponente armario, una enorme cama con dosel con sábanas de seda, y una forma envuelta en las mantas.

"¿Listo?" dijo Kallist respirando, apenas incluso un susurro.

Jace asintió. *Por favor*, pensó para sí mismo, rogándole al Multiverso en general, *que ella se inocente*. Entonces él y Kallist se podrían ir y ni Ronia Hesset ni ninguna parte del alma de Jace morirían esa noche...

Jace se quedó mirando la forma dormida, pasó varios tensos momentos reuniendo concentración, y se encontró paseando por los caminos de la mente de otro.

Capítulo 11

Jace jadeó y volvió a estar en su propia cabeza.

"¿Y bien?" preguntó Kallist. "¿Es culpable?"

"No puedo decirlo con certeza pero me imagino que sí," murmuró tristemente Jace.

Kallist parpadeó. "¿Qué quieres decir, no puedes asegurarlo?"

"Esa no es ella bajo esas cubiertas. Es uno de sus guardias, muy despierto, y hay más en camino. ¡Kallist, ellos sabían que íbamos a venir!"

"Eso parecería sugerir una cierta cantidad de culpa," dijo secamente Kallist.

"Yo..."

Después Jace nunca estuvo seguro de si había sentido un destello de las intenciones del señuelo a través de algún hilo persistente de su vínculo telepático o si él sólo vio movimiento por el rabillo del ojo. En cualquier caso arrojó a Kallist a un lado con las dos manos cuando una ballesta vibró desde dentro de la habitación. La flecha pasó por la pequeña rendija de la puerta abierta, golpeando con alarmante exactitud a través del lugar que anteriormente había estado ocupado por el cráneo de Kallist.

"Que agradable de tu parte," ofreció Kallist estirándose con un pie para enganchar la puerta y acercarla lo suficientemente como para cerrarla de golpe.

"Sólo recuerda esto en el día de mi cumpleaños," se encontró diciendo Jace, más que un poco aturdido por su propia compostura.

El otro dio una suave risita y luego llevó a Jace por un pequeño pasillo lateral, donde estarían al menos momentáneamente ocultos ante cualquiera que viniera subiendo por las escaleras o de la habitación. Ambos casi esperaron que la puerta se abriera de repente pero al parecer el guardia dentro se contentó con aguardar refuerzos. "Muy bien, Jace. ¿Empezamos la caza de ella? Va a ser mucho más difícil ahora que saben que estamos aquí."

Jace no supo por qué Kallist se estaba dirigiendo a él pero negó con la cabeza. "No. Yo no tengo ni idea de por qué no hemos oído aún los pisotones de guardias corriendo pero podrían llegar en cualquier momento. Será mejor que le llevemos a Paldor la noticia de lo que ha pasado. Él puede hacer arreglos para que ella caiga de un puente o algo así otro día."

¡Y hacer que otro lo haga!

Kallist asintió, aunque su expresión siguió siendo demasiado sosa como para que Jace supiera si estaba de acuerdo o simplemente estaba siguiéndole la corriente. "Muy bien. Entonces salgamos inmediatamente de aquí."

Ellos salieron del pasillo y el espadachín se tomó un momento para sacar su espada más grande (un desagradable espadón,

aserrado a lo largo de un borde) y golpear con el pomo duro contra el picaporte de la puerta del dormitorio. El cristal se rompió y Jace oyó el crujido del mecanismo dentro.

En respuesta a la mirada inquisitiva de Jace Kallist se encogió de hombros. "Un guardia atrapado en el dormitorio es un guardia menos que no se interpondrá entre nosotros y la puerta."

Ambos salieron, moviéndose a lo largo del pasillo, escaleras abajo, abrazando las paredes y las sombras en lo que reconocieron como un débil intento de permanecer invisibles. Jace sintió que cada paso que daban, cada respiración, cada latido de corazón fue un gong anunciando su presencia a todo el mundo.

Kallist llegó a la parte inferior de las escaleras y se acuclilló al instante, su espadón en una mano, un largo puñal en la otra. Jace se congeló por una fracción de segundo, preguntándose que había oído su compañero. Y entonces los guardias estuvieron sobre ellos.

Había tres, apareciendo de puertas cerca de la base de las escaleras: un hombre y dos mujeres, todos luciendo lo suficientemente parecidos como para sugerir que estaban relacionados. Cotas de cadena, hachas de mango corto, pelo negro rasurado, y maliciosos ceños fueron idénticos a través de los tres, y se movieron con una experta precisión que demostró no un simple alto grado de habilidad sino una larga práctica luchando como una unidad.

Se desplegaron, el hombre y una de las mujeres moviéndose a cada lado de la escalera; la tercera llegando por el centro, su hacha tejiendo un patrón hipnótico en el aire.

Jace lanzó una ondulante anguila de filosas aletas sobre su rostro.

No era real pero, contra una mente sin entrenar, su naturaleza fantasmal no significó ninguna diferencia; el miedo es el miedo y el dolor es el dolor con toda seguridad.

Ella gritó y cayó hacia atrás, agitando sus manos hacia el fantasma y casi descerebrándose a sí misma con su propia hacha en el proceso.

Sus camaradas vacilaron, divididos entre correr en su ayuda y cortar a su atacante en carne estofada. Kallist no vaciló en absoluto. Con un salto se puso entre ellos y arremetió con las dos cuchillas. Jace, que acababa de tomar aliento para lanzar otro hechizo, se encontró congelado por el asombro de ver el trabajo de su compañero.

Kallist pareció constantemente en dos o tres lugares a la vez. Se lanzó a su derecha, obligando al guardia masculino a alzar su hacha en una parada desesperada. El acero chocó contra el acero y Kallist se enfrentó en la otra dirección, aprovechando el impulso del hacha sobre su espada para ayudarle en su giro. En medio de su vuelta, su daga se alzó para interceptar una corte encima de la cabeza de la mujer detrás de él y Kallist arremetió con una patada. La pierna del guardia se dobló bajo el impacto, haciéndola caer en dolorosas cuclillas y Kallist estuvo una vez más frente al hombre al

que había atacado primero, su espadón viniendo alrededor por un segundo ataque.

Una y otra vez se movió entre ellos, parando a un lado, y atacando por el otro. La espada se encontró con el hacha, el hacha con la daga, el puño con la armadura, el pie con la carne. El hombre se movió hacia Kallist para inmovilizarlo en un costado con su camarada. Kallist le hundió una daga en el muslo por su atrevimiento enviándolo al suelo incluso cuando la mujer se levantó. Esta, alejándose del camino del aplastante espadón de Kallist, se tambaleó hacia atrás, momentáneamente desequilibrada lo suficiente como para que Kallist se diera la vuelta y le diera un rodillazo a su hermano en el rostro justo cuando comenzaba a levantarse. El cartílago se dobló, la sangre fluyó, y esta vez cuando él cayó al piso no pareció capaz de levantarse en el corto plazo.

La mujer se lanzó, rodando por debajo del círculo de acero girando de Kallist, y hundió el mango de su hacha en la ingle de él. Kallist se plegó como una cigüeña de origami pero incluso a pesar del dolor acometió hacia abajo, la cuchilla de su daga perforando a través de su guante de cuero y clavándole la mano a su arma. La boca de ella se abrió en un grito repentino y Kallist hundió la punta de su espadón entre sus dientes.

Ambos golpearon el suelo en el mismo momento. Sólo Kallist se levantó. Cojeando y gesticulando de dolor, se estiró y cortó la garganta de la guardia que seguía luchando con la anguila fantasma enroscada y también, por las dudas, la del soldado inconsciente en el suelo.

"Muy bien," dijo Jace sin aliento cuando pudo reunir una vez más sus pensamientos. "Tienes que enseñarme a hacer eso."

Kallist sonrió, aunque su rostro seguía pálido por el dolor. "Es un trato."

Rápidamente encontraron su camino hacia el vestíbulo y con la misma rapidez descubrieron que llegar hasta allí había sido el menor de sus problemas.

"Eso," dijo Kallist asomándose por la ventana frontal de entre dos cortinas, "es un montón de guardias."

Jace sólo pudo asentir. Entonces eso era por qué ellos no se habían enfrentado con más oposición dentro de la casa: La mayor parte de los guerreros de Hesset se habían reunido en el patio exterior, bloqueando todos los caminos posibles a la pared exterior de la finca y pareciendo más que contentos de esperar allí hasta que las estrellas se apagaran.

En verdad tuvo una cierta cantidad de sentido y Kallist se maldijo por no haberlo anticipado. En la casa había demasiadas pequeñas habitaciones, closets, rincones y recovecos, en los que esconderse. ¿Pero fuera? De alguna manera, ninguno de los intrusos pensó que ocultarse detrás de un arbusto sería esta vez suficiente.

"Muy bien," dijo Kallist, "ya que odias tanto mi plan, ¿por qué no planteas uno?"

Jace parpadeó. "Tú no has sugerido ningún plan."

"Lo sé, pero confía en mí, odiarías todo lo que he pensado hasta ahora."

Jace resopló pero entonces su ceño se frunció. Kallist sonrió. "¿Tienes algo?"

"Quizás." Jace se volvió hacia él. "Por favor dime que has conocido a Ronia Hesset personalmente."

Kallist asintió. "Una o dos veces, durante sus tratos con Paldor, pero sólo de pasada."

"Servirá. Necesito que hagas dos cosas para mí. Primero, me han ordenado en términos muy claros que no leyera la mente de cualquier persona que trabaje para el Consorcio sin permiso. Así que necesito tu permiso."

"Eem..." Kallist parecía enfermo.

"Te prometo que sólo estoy buscando una cosa."

"¿Y qué es eso?"

"Esa es la segunda cosa que necesito de ti. Imagínate a Hesset, tan a fondo como sea posible. Los detalles de su rostro, la forma en que se mueve, su postura, el sonido de su voz... Todo."

Kallist sonrió ampliamente por la repentina comprensión. "No está mal Jace."

"Dímelo después de que funcione."

Unos momentos de concentración para asegurarse de que Jace tuviera el rostro y la voz de ella tan precisos como los habían podido hacer los recuerdos de Kallist. Unos momentos más y los guardias de fuera vieron abrirse de repente una de las ventanas superiores de la casa. Ronia Hesset se asomó, sangre corriendo por la comisura de su boca como si hubiera sido golpeada.

"¡Suban aquí!" gritó ella con la voz teñida de desesperación. "¡Ahora!"

Desde el interior del armario de los abrigos Jace y Kallist escucharon mientras botas golpearon delante de ellos. Tomaría sólo unos minutos, si incluso eso, para que la verdadera Hesset escuchara los sonidos de sus soldados regresando, se encontrara con ellos y les pidiera que volvieran a ocupar sus puestos fuera.

Jace y Kallist se lanzaron de nuevo a la sala, tomando una última mirada por la ventana. Allí, en el patio, había una docena de hombres armados; sólo la mitad de los guardias habían ido corriendo a la llamada de su "patrona".

"¿Crees que podremos con ellos?" preguntó Jace.

"Será mejor que así sea ya que va a haber el doble en pocos minutos."

Kallist casi voló a través de la puerta principal, sus cuchillas tejiendo patrones intrincados en el aire. Jace siguió un paso atrás, lanzando hechizos mientras corría; un trío de pequeños dracos apareció en el aire a su alrededor, filosas garras alzándose para triturar. Y como una pequeña pero decidida marea los guardias de la finca Hesset acudieron a su encuentro.

* * * * *

Cuando él y Kallist regresaron cojeando al complejo del Consorcio, sangrando por una docena de pequeñas heridas, Jace había esperado que eso marcara el final de su participación en el asunto Hesset.

No fue así.

En ese momento estaba sentado a la derecha de Paldor, detrás de una larga mesa en una habitación en la que nunca había estado. Un pesado libro de contabilidad descansaba abierto ante él en el que hacía constantes garabatos con una pluma de ave que nunca requería de tinta. No importaba lo que estaba escribiendo y, de hecho, hacía mucho que había dejado de hacer algo nada más que garabatos al azar. Sólo tenía que parecerse a un secretario.

Durante la última hora varios empleados del Consorcio que habían tratado con los intereses mercantiles de Hesset habían marchado junto a ellos, uno por uno. Paldor, con su expresión alegre de costumbre, les hizo algunas preguntas acerca de cómo habían ido las cosas, que sentían acerca de la cooperación entre las dos organizaciones, y así sucesivamente. Cada uno dio sus propias respuestas y fue despedido. Jace siguió escribiendo.

En todo lo que pudo pensar, en aquellos momentos en los que estaba totalmente dentro de su propia mente en lugar de en parte dentro de otra persona, fue: *se inocente, se inocente, se inocente*.

La cabeza le latía y sus ojos estaban borrosos por el agotamiento. Nunca antes había intentado leer tantas mentes en un solo día, y mucho menos en una hora, y realmente no sabía cuánto tiempo más podría continuar. A pesar de que lo único que buscaba era la inocencia o la culpabilidad, la honestidad o el engaño, el hecho de que ya había logrado tanto como había podido era nada menos que asombroso. Le tuvo que dar crédito a sus pocas sesiones de entrenamiento con Tezzeret por enseñarle tal fortaleza.

Aún así Jace estaba a punto de preguntar a Paldor si podían continuar la caza al otro día cuando miró en la mente de un tenso y flaco guardián de registros cuyo nombre no recordaba y encontró lo que buscaba.

Jace suspiró brevemente. Sabía que era inevitable. ¿De qué otro modo Hesset habría sabido que el Consorcio venía tras ella y mucho menos con tanta exactitud? Pero aún así, él había esperado.

En una señal predeterminada Jace dejó de escribir, puso la pluma al lado de la balanza, y cerró el libro con firmeza.

Paldor asintió e hizo un gesto con un par de dedos regordetes. Solo cuando un par de guardias le apretó brutalmente los brazos fue que el archivero se dio cuenta de que había sido descubierto y lo que debía estar reservado para él en manos del Consorcio. Él gritó, chilló, rogó y lloriqueó por misericordia hasta que su voz se desvaneció por los pasillos distantes.

A pesar de todo, aún mientras él contemplaba muchas de las próximas horas con el traidor en la "cámara de disciplina" del complejo, la expresión jovial en el rostro de Paldor nunca vaciló.

"Escribe todo lo que has aprendido de su mente que podría ser útil," dijo a Jace, levantando su pesado cuerpo desde detrás de la mesa. "Y luego ve a tomar algo. Parece que podrías necesitarlo."

Jace, que no estaba seguro de poder volver a soportar comida o bebida, asintió débilmente y volvió a levantar la pluma.

Resultó que tragar bebidas no fue tan difícil como había predicho. De hecho, mientras la taberna se volvió borrosa a su alrededor, él descubrió que la opción más problemática sería parar de hacerlo.

El podía abandonar su trabajo en el Consorcio pero se perdería la que aún podría resultar ser una de las más grandes oportunidades que se le habían ofrecido hasta ese momento. E incluso si él solicitaba su salida ellos nunca le dejarían ir. Acababa de enviar a un hombre a ser torturado y probablemente asesinado a causa de traición y era casi seguro que tendría que hacerlo de nuevo. Jace sabía que ellos nunca le mostrarían misericordia alguna en caso de que él tratara de huir.

Sus pensamientos giraron alrededor de su cabeza como una serpiente consumiendo su cola. Pero fuera lo que fuera que él pudiera decidir conscientemente en su alma supo que se quedaría, porque temía lo que podría suceder si pasaba lo contrario, o lo que no.

Y así, si él no podía ahogar al miedo, al menos podría ahogar la culpa.

Le tomó un momento darse cuenta de que alguien estaba sentado junto a él... sorprendente, incluso en su estado de ebriedad, dada la enorme cantidad de espacio que ese alguien ocupaba.

"Cuando dije ‘Ve a tomar algo’," le dijo Paldor con la silla crujiendo en pánico por debajo de su corpulencia, "en cierto modo me refería al comedor que tenemos en casa. Hay una muy buena bodega allí, ¿sabes?"

Jace se encogió de hombros. "Tendríasss que ‘ber shido mas claro con eshas cosas Paldor. ¿Acasho sho leo mentes?"

Paldor rió. "No te preocupes," respondió el corpulento bribón. "De verdad que necesito salir de vez en cuando. Me recuerda por qué no me gusta salir." Con un gruñido sacó una pequeña bolsa de entre los pliegues de algún lugar y la dejó caer pesadamente sobre la mesa.

"¿Queeesto?" dijo Jace arrastrando las palabras con recelo.

"Esto es la buena noticia, Beleren. Un extra. De Tezzeret por erradicar al traidor. A ninguno de los dos nos gustan los traidores."

Paldor fijó sus ojos en Jace e incluso a través de su creciente estupor el mago sintió el repentino impulso de retroceder. "Ahora aquí vienen las malas noticias. Tú no me impresionas. Se supone que tienes que ser este gran y poderoso lector de mentes y, con respecto a eso, quizás lo seas. Pero eres débil. Eres muy aprensivo. El Consorcio emplea lo mejor y, francamente, yo no estoy seguro de que ni remotamente califiques. Si tus poderes no fueran tan condenadamente raros yo ya estaría buscando reemplazar tu lamentable culo."

"Así que tómate unos días de descanso. Te esperaré en mi oficina en el inicio de la próxima semana y veremos si no podemos encontrarte algo un poco menos desagradable en lo que trabajar mientras refuerzas tu fortaleza intestinal. Pero Beleren, si no mejoras, leedor de mentes o no, estás fuera. Y no te equivoques que cuando digo 'fuera' no me refiero a la maldita puerta."

Jace nunca vio irse a Paldor porque estaba demasiado ocupado viendo la bolsa como si fuera un insecto venenoso. El no la quería, ni una moneda de ella. El pensamiento hizo revolver sus intestinos y amenazó con deshacer una cantidad sustancial de la borrachera en la que había estado trabajando tan duro. Por los mil demonios, él ni siquiera sabía qué hacer con ella, de verdad. Vivía en las dependencias del Consorcio, comía su comida, y ya ganaba su cuota mensual. Pensó brevemente en tomar el dinero extra y sólo salir corriendo pero sabía condenadamente bien que era una idea tonta; estaría en la oficina de Paldor la siguiente semana, como se le había ordenado. Tal vez para ese entonces él ni siquiera se molestaría por ello.

Pero se vería extraño si él no hacía algo con el dinero…

* * * * *

Emmara Tandris volvió a casa de una de sus salidas poco frecuentes, sus brazos envueltos alrededor de una bolsa de viejos cuentos de aventuras escritos en élfico original, para encontrar un gran cajón esperando afuera de su puerta. Curiosa, bajó el saco voluminoso al suelo y se arrodilló junto a la caja.

Un penacho de olor llegó hasta ella y no pudo evitar sonreír. Ni siquiera tuvo necesidad de abrir la caja; ella podía identificar, sólo por el olor, las frutas exóticas dentro. Alargó la mano y sacó la nota que estaba atrapada entre dos de las lengüetas.

No podía dejar de recordar nuestra última conversación.
Espero que estas se mantengan hasta que vuelva su estación.
Me debes por lo menos un enorme postre de verdad.

-Berrim

Así que él se había unido al Consorcio. Había muy pocas maneras en las que él pudiera permitirse esto. Emmara se paró, agradecida por el generoso regalo, pero una parte de ella no pudo dejar de preguntarse qué había hecho él para ganar ese tipo de riqueza.

Esperó, mientras la sonrisa cayó de su rostro, que estuviera bien.

* * * * *

Jace recogió la espada de madera, haciendo caso omiso de la picadura cuando se pegó con ella en su palma. La madera estaba

suave por el uso e impregnada de viejo sudor. Miró a Kallist través de la sala y adoptó torpemente una postura similar. Lo intentó, y fracasó, haciendo caso omiso de la docena de otros hombres y mujeres del Consorcio que había retrocedido a las paredes de la sala, deseosos de interrumpir su propia práctica el tiempo suficiente como para ver al nuevo chico entregando su cabeza a él.

"Aquí empieza ya la primera lección," dijo Kallist pomposamente con un brillo en sus ojos. "¿Estás listo?"

"Más que listo," susurró Jace entre dientes. "Vas caer, Kallist."

"Sólo si me rompo una tripa riendo de ti, Jace."

"En realidad ese era el plan."

No era la primera vez que Jace manejaba una espada y había esgrimido tanto palos como cuchillos para defenderse a sí mismo en sus años más jóvenes, así que al menos él no era tan furiosamente incompetente. De hecho se las arregló para detener dos de los ataques de Kallist, el crujido de madera contra madera haciendo eco a través de la cámara, antes de que el dolor y las etapas iniciales de un magnífico moretón florecieran sobre su costado izquierdo.

Varios de los observadores hicieron una mueca de simpatía cuando la madera acertó.

Kallist se acercó y extendió una mano para ayudar a Jace a ponerse en pie. "Así que," comenzó a decir él demostrando un agarre, luego estirándose de nuevo para corregir el intento de imitación de Jace, "he aquí por qué erraste esa parada..."

Pasaron unos momentos de discusión y demostración (y aburridos desplazamientos para la audiencia reunida), seguidos de otro rápido intercambio de golpes, y otro feo moretón para Jace. Y otra vez. Y otra vez.

Y otra vez.

Pero a medida que la segunda hora de práctica tocaba a su fin y los pulmones de Jace ardían tan mal a sus lados, menos y menos de los golpes de Kallist acertaron. Cierto, él sólo estaba utilizando las técnicas más simples y estaban corriendo a aproximadamente la mitad de velocidad, pero Jace, al menos, estaba aprendiendo algo.

El caminante de planos intervino, cortando hacia abajo con un golpe encima de la cabeza tan torpe que fue risible. Varios de los observadores rieron y Kallist levantó su espada de práctica en una parada despreciativa.

No sintió nada en el camino de su espada salvo aire y finalmente fue su turno de golpear el suelo, jadeando y agarrándose el estómago dolorido.

Miró hacia arriba justo a tiempo para ver desvanecerse la ilusión del brazo y la espada de Jace y los reales (que habían golpeado casi cómodamente en la sección media desprotegida de Kallist) aparecer a la vista.

"Aquí," dijo Jace aferrándose a sus costillas golpeadas con su mano izquierda, "empieza ya la primera lección." Dejó caer la espada y extendió una mano amiga.

Kallist la tomó con un gruñido y murmuró "Sólo estoy esperando a que no haya testigos para matarte lentamente."

"¿Mañana a la misma hora?" le preguntó Jace.

Kallist se frotó su estómago dolorido y le dio una sonrisa desagradable. "Ni aunque me pagues me lo perdería."

Capítulo 12

Jace, situado en un balcón a medio camino de uno de los grandes capiteles de Ravnica, miró hacia abajo, su vista aumentada por un toque de clarividencia. Se inclinó casualmente contra la barandilla y observó durante unos momentos mientras multitudes de personas corrían gritando de las columnas de fuego que anunciaban la llegada del gato de fuego de Baltrice. Su presa, uno de los calvos vedalken de piel azulada; llamado, em, ¿Serien? ¿Sevrien? algo así; rodó sobre los adoquines y se puso rápidamente en pie, un escudo reluciente en un brazo, una cimitarra brutalmente aserrada en la otra mano.

"¿Es esto lo que haces con cada recluta potencial?" preguntó Jace con desdén. "Quiero decir, ¿realmente no podrías pensar en algo nuevo?"

Baltrice gruñó a su lado, manteniendo la mitad de su concentración en la lucha debajo. "Funciona, ¿no es así?"

"También lo hacen los orinales," le dijo Jace ladeando la cabeza cuando el vedalken recibió una ráfaga de fuego en su escudo y entonces contraatacó con un ataque devastador que casi rebanó una de las patas del gato de fuego. "Eso no significa que no prefiera los baños interiores."

La maga de fuego le fulminó con la mirada y Jace se preguntó si no lo hubiera atacado de verdad si no hubiera necesitado la concentración para otras funciones.

Se preguntó, como solía hacerlo, qué era lo que ella odiaba tanto de él. Aunque no se preocupaba demasiado terriblemente acerca de ello ya que él la odiaba casi igual, pero tenía curiosidad.

"¿Y cuáles son tus planes?" preguntó ella con voz ronca, haciendo una mueca de simpatía cuando su mascota invocada realizó otra fea herida por debajo.

"Todavía no estoy seguro," admitió Jace. "Sé que tengo que ‘poner a prueba sus habilidades,’ pero... quiero decir, el chico ni siquiera es un mago."

"Guau, ¿te has dado cuenta de eso? Eres tan inteligente como Tezzeret dijo que eras."

"Mi punto," dijo Jace haciendo caso omiso de la burla, "es que parece más como un trabajo para Kallist. ¿Por qué Paldor quiere que lo pruebe?"

"Tal vez," le dijo Baltrice, "que averigües eso es otra prueba."

No lo era, por supuesto. Baltrice tenía instrucciones específicas para Beleren; sólo que ella no se había molestado en dárselas.

Por supuesto, ella siempre podría reclamar que lo había hecho. Él era el único lector de mentes, después de todo, así que no era como si Paldor pudiera demostrar lo contrario. Y él no se atrevería a pedirle a Tezzeret que la sometiera a una de los elixires de la verdad del artífice; no a Baltrice.

Ella sonrió hacia Jace mientras él se encogió de hombros y se marchó del balcón, listo para seguir invisible

Sevrien (¿Serien?) llevó a cabo su propia prueba. No, un fracaso allí no causaría mucho en la forma de repercusiones duraderas. Pero cada pequeña decepción sería un punto negro en los ojos de Tezzeret.

La sonrisa malévola de ella se desvaneció y el viejo temor volvió royendo sus entrañas cuando Beleren desapareció. Por más que ella fuera buena en su trabajo, siempre había un montón de gente que podía matar, algunos pocos incluso tan eficientemente como ella.

Pero sólo uno, hasta donde ella sabía, que podía leer mentes.

Y a pesar de los muchos años de servicio de ella, se preguntó Baltrice en el fondo de su alma, en caso de que alguna vez se llegara a esto, cuales de ellos consideraría Tezzeret como más prescindibles.

* * * * *

"...saber lo que se suponía que tenía que hacer," se lamentó amargamente Jace, derrumbado en una silla de grueso tapizado en sus habitaciones. "Pero Paldor ciertamente no parecía feliz conmigo a pesar de que decidió dejar a Sevrien unirse al grupo."

Kallist asintió, apoyándose en una estantería en la pared del fondo. "¿Qué hiciste exactamente?"

Jace se encogió de hombros. "Una especie de carrera de obstáculos. Un montón de ilusiones apareciendo de la nada. Probando sus reacciones, su exactitud, ese tipo de cosas."

"Emm. ¿Sabes Jace?," ofreció Kallist pensativo, "hay otros ilusionistas en el Consorcio. Tal vez se suponía que debías hacer algo un poco más, bueno, ¿únicamente tuyo? ¿Leer su mente?"

"¿En busca de qué?"

"¿Y yo que se? Tal vez se suponía que lo presionaras, que pusieras a prueba su fuerza de voluntad. Su tolerancia al dolor. ¡O ver cuan rápido podías leer su mente! Ese tipo de información que podría ser útil saber en un operativo, ¿verdad?"

"Oh, por favor Kallist," se burló Jace. "¿Cuál sería el punto de eso? Era obvio que no podía haberme hecho frente. Ni siquiera puede usar magia."

"¿Sabes una cosa, Jace?" dijo Kallist después de varias largas respiraciones. "Si Tezzeret te está entrenando para ser el culo de un dromad no hay duda que te estás perfilando para ser un gran estudiante."

"¿Qué? ¿Qué hice yo...?" Pero la puerta ya estaba golpeando detrás de su amigo antes de que Jace pudiera terminar la frase.

* * * * *

"Llegas tarde Beleren," le espetó Tezzeret sin preámbulos cuando Jace entró en la habitación de paredes de piedra debajo de las calles. "Estoy seguro de que tiene todas las razones para pensar que mi tiempo es tuyo para hacer con el lo que quieras pero, lo creas o no, la tarea de dirigir una organización inter-planar en realidad requiere un poco de atención."

"Eem..." Dijo Jace casi cayendo hacia atrás antes de la súbita diatriba. "Lo siento," continuó. "Perdí la noción del tiempo."

"¿A si? ¿Y qué estabas haciendo que era tan importante?"

"En su mayoría siendo reprendido por Paldor y con otro lado irritando a mi mejor amigo."

"Ah. ¿Y yo voy a estar escuchando sobre este refunfuñar de Paldor?"

"Probablemente."

Tezzeret asintió, señalándole a Jace que se alejara de la puerta. "Entonces será mejor que saquemos tu práctica fuera del camino antes de que yo tenga alguna otra razón para enojarme contigo."

Jace se apartó, mirando alrededor a las ahora familiares paredes de acero (una vez más en su configuración oval) y hacia la mesa que había sido colocada en el centro de la habitación. Era una gran losa de piedra, fácilmente del tamaño de una cama pequeña.

O tal vez un ataúd.

No había sillas y sentarse en el suelo parecía tonto al lado de la enorme mesa, por lo que Jace se quedó parado, su postura de leve confusión.

Tezzeret golpeó con un nudillo de eterium en las tablillas de acero. Toda la pared sonó como el interior de una campana y antes

de que las reverberaciones se hubieran desvanecido una de las paredes de acero se deslizó a un lado, permitiendo entrar fétidas bocanadas de sudor viejo y desechos humanos en la cámara. Un cuarteto de guardias le siguió después, llevando a un hombre sucio e inconsciente. Su cuerpo estaba cubierto con una serie de brutales quemaduras y cicatrices recientes, su cabello estaba pegoteado a su cabeza por sudor y aceites, y estaba vestido sólo con pantalones grises. Jace, con un nerviosismo creciente en sus entrañas, apenas lo reconoció como el archivista que los había vendido a Ronia Hesset.

El hombre que él había entregado a la misericordia de Paldor y de quien había asumido que habían matado muchos meses atrás.

"Lo mantuvimos vivo," respondió Tezzeret a la pregunta tácita de Jace. "Paldor quiso estar seguro de que supiéramos todo lo de valor, cada uno de nuestros secretos que vendió. Habíamos pensado hacer que tú se los sacaras de su mente pero Paldor pareció sentir que tú no te tomarías gratamente eso. Como él realmente quería la oportunidad de castigar al hombre yo lo dejé pasar; Paldor toma la traición casi tan mal como yo. "

"Pero de aquí en adelante tú ya no escaparás más a las cosas duras. Hoy," dijo Tezzeret mientras los guardias dejaron caer la forma desmayada en la mesa, "nosotros vamos a hablar de la mente. Toca sus pensamientos, Beleren."

"Yo... Tu dijiste que ya habías aprendido todo. ¿Qué estoy buscando?"

El artífice negó con la cabeza. "Por ahora nada. No te preocupes por leerlo. Simplemente haz contacto."

Jace, con un gesto incierto, dirigió su atención al hombre en la mesa.

"Muy bien," dijo él un momento después sin volverse hacia Tezzeret.

"Bien. Siente su mente."

"¿Qué?"

"Su mente Beleren. Tú lees mentes, puedes hablar con ellas. Y como le mostraste a Alhammarret, puedes destruirlas. ¡La mente es su propia presencia! Es real, no menos que el maná que tú y yo bebemos del mundo que nos rodea. ¡Siéntela! ¡Obsérvala!"

Y Jace lo hizo, aunque tuvo que cerrar los ojos para borrar el mundo físico a su alrededor. Por primera vez Jace sintió la mente de otro ser vivo, no sólo como una fuente de imágenes a ser leídas o como un motor a ser apagado sino como algo mucho más. Algo muy propio. En su propia mente sintió la otra, la giró, la examinó como un joyero con una gema desconocida, pinchó sus contornos.

"Bien." Oyó la voz de Tezzeret, oyó el honesto placer y tal vez incluso el orgullo dentro. "¿La ves?"

"Yo... yo lo hago." El aún mantenía los ojos fuertemente cerrados, temeroso de perder la efímera imagen, o el ligero toque de la otra mente en la suya. "Pero, ¿qué...? ¿Para qué es esto? ¿Qué estoy haciendo?"

"Lo que quieras." Hubo algo feo en la voz de Tezzeret, una viscosa toxina goteando de cada palabra. "¿Acaso no es ese el punto? ¡Si la mente es un objeto puedes manipularla como un objeto!"

Jace se encontró temblando y sintió la primera agitación de bilis subiendo por la parte posterior de su garganta.

"¡No te limites a leer sus pensamientos!" le instó Tezzeret, ahora tan cerca que Jace pudo sentir el aliento del artífice en su cuello. "¡Contrólalos! ¡Él yace inconsciente, pero tú aferras su mente en la tuya!"

"No..."

"¡Esto es lo que verdaderamente significa el poder sobre la mente, Beleren! ¿Leer pensamientos? ¡Eso es un juego de niños, un juego débil para un hombre que puede controlar pensamientos! Tú puedes hacer que se mueva a tu antojo. ¡Puedes moldear sus recuerdos!"

"¡No!"

Jace se alejó tambaleándose, con los ojos repentinamente abiertos, y permitió que todo contacto con el cuerpo inerte frente a él dejara de tener efecto. Giró hacia Tezzeret, los puños apretados.

"¿No?" preguntó Tezzeret con su voz engañosamente suave.

¿Podría hacer entender a Tezzeret? ¿Era posible que pudiera explicar cuán repugnante era una noción así, la idea de adentrarse en los pensamientos de alguien y agitarlos como una olla de sopa? ¿Podría hacer comprender a Tezzeret cuán horrible encontraba Jace la idea de perder su voluntad a manos de otro? ¿Cuán sucio le hacía sentir, en lo más profundo de su alma, contemplar hacerlo a otra persona?

En cambio, lo que dijo fue: "Lo que me estás pidiendo... podría ir mal en una docena de maneras diferentes. Podría matarlo."

"¿Estás preocupado por la vida de un traidor al Consorcio?"

Jace se acobardó pero se mantuvo firme. "Lo estoy si tengo que estar dentro de su mente cuando eso pase," ofreció como excusa.

"Ya veo." Tezzeret asintió y luego se volvió hacia los guardias. "Es una pena. Tenía la esperanza de que le borraras de su mente todo conocimiento del Consorcio para que no tuviéramos que fusilarlo. Es un contable verdaderamente habilidoso. Podríamos haberlo contratado para algunos de nuestros negocios locales, los que no requieren un contacto directo con los secretos del Consorcio." El artífice exhaló un suspiro obviamente artificial y le hizo un gesto a uno de los guardias para que se acercara.

"Ah, bueno. Puedo entender tu reticencia, Beleren." Extendió la mano, sacó la espada del cinturón del guardia y la revirtió, sosteniéndola con el mango hacia Jace. "Así que, está bien. Entonces sólo mátalo."

Las paredes de acero parecieron cerrarse sobre él con tanta fuerza que Jace realmente se tomó un momento para mirarlas, para asegurarse de que no se habían salido de sus correderas. "¿Por qué...?" Preguntó aclarándose la garganta y trató de tragar. "¿Por qué yo?"

"¡Porque Paldor me habló de tus ‘problemas’ cuando descubriste la traición de este hombre!" gritó Tezzeret con dientes apretados, su voz tan fría como esas paredes corredizas. "¡Porque no puedes convertirte en lo que podrías ser, en lo que deberías ser, sin superar las barreras que te has colocado a ti mismo!"

"¿Crees que te estoy pidiendo que mates a este hombre?" continuó él con su voz de repente mucho más tranquila. "Pero no lo estoy. Estoy pidiendo que lo salves, Beleren. No puedo confiar en que viva con lo que sabe. Te estoy pidiendo que me des otra opción más misericordiosa." Jace lo miró fijamente, con su mandíbula moviéndose.

"Ahora," continuó él respirando profundamente, "tú eliges si tomar la espada o no. Pero o sus recuerdos deben irse o él debe hacerlo. Está en tus manos tener algún lugar en el Consorcio."

Jace apretó los puños hasta que sus dedos se pusieron blancos, liberó lentamente una respiración y pronunció las primeras palabras de un conjuro...

"No." Tezzeret extendió la mano y le dio un golpecito en la cabeza, apenas lo suficiente para hacer daño. "Ninguna invocación. Lo que haces, lo haces."

Jace, conteniendo un vómito, giró hacia la mesa. Reuniendo todo lo que tenía, poniendo todo de sí en los hechizos para no tener que pensar en lo que estaba haciendo, volvió a envolver su conciencia en torno a la mente del archivista. Una vez más se quedó mirando los pensamientos del compañero, sus recuerdos, sus sueños. Y mientras la mayor parte de él lloró Jace se deshizo descuidadamente de esos pensamientos.

Luego se desplomó de rodillas, con una mano apretándose al borde de la mesa por encima de su cabeza.



Tezzeret se arrodilló a su lado y puso su mano (su mano izquierda de carne) sobre el hombro de Jace. "Gracias Beleren. Ven." El se levantó ayudando a Jace a ponerse en pie. "Comparte una copa conmigo en el comedor, antes de que tenga que irme de Ravnica. Hoy ha sido un triunfo para los dos."

Seguramente ellos debían haber hablado, mientras caminaron por los pasillos del complejo, mientras se sentaron y compartieron una botella del vino más fino de Paldor. Debían haberlo hecho pero Jace no podría recordar ni una palabra. Él sólo recordó haberse quedado sentado allí, bebiendo copa tras copa, mucho después de que el artífice lo había dejado; bebiendo hasta que ya no pudo recordar la expresión flácida en el rostro del archivista, el hedor de su sudor, o la sensación de su memoria desapareciendo lentamente.

No fue sino hasta días después que Jace se enteró de que sus poderes no eran tan precisos como había creído que eran; que no solo había borrado lo recuerdos del hombre del Consorcio sino también los de toda su vida. Que había dejado el hombre como una cáscara vacía, un niño en el cuerpo de un adulto.

Pero para entonces Jace había logrado convencerse de que ya no le importaba.

* * * * *

Entonces, durante un tiempo, la vida de Jace fue pura rutina. Sus asignaciones para el Consorcio principalmente requiriéndole comprobar información o proteger envíos de mercancías y, mientras acompañó a Kallist en un gran número de operaciones, sólo unas pocas terminaron violentamente. Durante los muchos días entre esas actividades sus lecciones continuaron a buen ritmo y si Jace nunca llegó a ser más que un espadachín adecuado y Kallist nunca a dominar más que un puñado de hechizos, aún así ambos siguieron tratando.

Como Tezzeret le había prometido, la práctica regular de Jace perfeccionó su lanzamiento de conjuros a un nivel que nunca podría haber logrado solo. Su búsqueda de los objetivos del Consorcio lo llevó a nuevas regiones de Ravnica e incluso dos veces a otros mundos. Allí él tocaba la esencia de la tierra, conectaba con ella, absorbía un flujo cada vez mayor de maná que le daba un poder aún mayor a sus hechizos.

A medida que su poder creció la naturaleza de sus tareas se hizo cada vez más nefasta, cada vez más brutal. Después de unos meses él estaba una vez más acompañando a Kallist en asesinatos, aunque todavía era el espadachín quien se encargaba del acto final.

Y con el tiempo él ya no necesitó beber para ahogar la culpa.

Capítulo 13

"¿Qué sucede, Jace?" preguntó Paldor recostándose bajo el reloj que colgaba sobre su escritorio.

"Bastante en realidad. Para empezar estoy tratando de encontrar una manera educada y respetuosamente subordinada de decirte que te mueras y que no voy a salir en una misión con esa."

Paldor dio una risita, al igual que la otra figura en la sala, una figura que definitivamente no era Kallist.

"¿Miedo a trabajar conmigo, Jace?" se burló Baltrice.

"Si por 'miedo' te refieres a que 'preferirías hacer correr mis genitales a través de un dispositivo mecánico,' entonces sí."

Paldor se levantó y dio un puñetazo sobre el escritorio. "Esto," retumbó y de pronto no se vio tan alegre como había parecido, "no va a ir más allá. Jace, ¿cuál es tu problema?"

"Mi problema, Paldor, es que prefiero trabajar con Kallist. O Ireena. O Gemreth, o em, con casi nadie más."

"Eso está bien," le dijo Paldor. "También es imposible."

"Paldor..."

"No es como si yo tuviera un montón de gente a la que pueda asignar a esto. El objetivo no es, se podría decir, local. Y los del tipo caminantes de planos no son precisamente muchos. Baltrice es la única otra caminante del Consorcio disponible en este momento lo que significa que trabajarás con ella."

"Pero vamos al punto, estas órdenes vienen directamente de Tezzeret. Si quieren son bienvenidos en tratar de ponerse en contacto con él y quejarse."

"¿Podemos hacer eso?" preguntó él perplejo. Baltrice rió.

Paldor señaló el peculiar artilugio de vidrio lleno de éter. "Cada célula del Consorcio tiene uno en caso de que necesitemos llamar su atención. Rómpelo y Tezzeret podrá sentir el éter interior desapareciendo, sabrá que necesitamos hablar con él. "

"Por supuesto, sólo son utilizados para emergencias, y yo entiendo que son monstruosamente difíciles de crear pero aún así, adelante. Estoy seguro de que él considerará que tus recelos valen la pena su uso."

Jace se echó atrás. "Me encantaría más allá de toda medida que Baltrice me acompañe en este esfuerzo," dijo hipócritamente. "Es un sueño que tengo."

"Pensé que esa podría ser tu reacción."

"¿Misma disposición que con Kallist?" dijo Jace. "Yo le cubro, seré sus ojos, pero ella estará haciendo el trabajo, ¿verdad?"

"Oh..." se burló Baltrice. "¿Acaso Jace es débil de estómago?"

Él la ignoró. "¿Verdad?" preguntó de nuevo.

Paldor asintió. Baltrice sonrió. Jace suspiró.

"Muy bien. ¿Cuál es el objetivo?"

"Tomen asiento, los dos." Luego una vez que ellos lo hicieron, "¿Han oído hablar de un mundo llamado Kamigawa?" Preguntó Paldor.

Jace se animó como un lobo detectando a un dromad cojo. "¡Por supuesto! He oído todo tipo de cosas fascinantes sobre ese mundo. He pensado en visitarlo durante algún tiempo."

"Bien. Vas a ir pero yo no creo que te agrade mucho la compañía."

"¿Te refieres a Baltrice?" preguntó Jace con aire de suficiencia. Ella lo fulminó con la mirada y Paldor sólo negó con la cabeza.

"No. Me refiero a que no van a tratar con, em, gente. Necesitamos que ustedes dos exterminen al shogun de una tribu nezumi."

"¿Nezumi?" preguntó Jace.

"Hombres rata," dijo Baltrice. "Pequeñas y viles criaturas."

"Estoy seguro de que estarían igual de disgustados por nosotros." *O por lo menos contigo.*

"Si ustedes dos han terminado," advirtió Paldor inclinándose sobre su escritorio. Luego, cuando estuvo seguro de que estaban escuchando, "Nosotros no tenemos nada en contra de la tribu, los, eem... ¡Maldita sea, no puedo pronunciarlo sin torcer mi lengua! Se los daré escrito antes de que se marchen."

"Lo que pasa," continuó él, "es que esta tribu en particular vive en un pantano rico en maná. Tezzeret quiere tener acceso al mismo para la célula de Kamigawa pero su jefe no quiere ceder."

"Su heredero, sin embargo, está dispuesto a hacerlo muy bien."

¿Tierra? ¿Ahora el Consorcio estaba matando por tierra? ¿Cuándo había sucedido eso? El estómago de Jace se revolvió un instante más. Volvió su atención hacia su interior y desterró sus reparos como una invocación errónea. El ya había tomado su elección mucho tiempo atrás y ya era demasiado tarde para tomar cualquier otra.

"¿Cuál es el punto?" preguntó en su lugar. "Quiero decir, no puedo imaginar que la tribu tiene ojos en todo momento por todo el pantano. Sería más conveniente tener su permiso pero eso apenas es necesario, ¿verdad?"

Curiosamente fue Baltrice quien respondió. "Algunas regiones de Kamigawa no son exactamente lo que uno llamaría amistosas con los magos extranjeros Beleren. Hay... cosas viviendo en la tierra. Espíritus, demonios... Los lugareños los llaman kami. Si los haces enojar luego absorber el maná será la menor de tus preocupaciones."

"Muy bien. ¿Y?"

"Y," dijo Paldor, "el príncipe tribal nos ha jurado que las tradiciones de su chamán de unión espiritual son suficientes como para evitar que los kami interfieran con nosotros mientras establecemos nuestros vínculos con la tierra."

Jace sintió curvarse su labio. "Eso es muy conveniente."

"Lo es. Es por eso que ustedes trabajarán juntos. El trabajo de Baltrice es asegurarse de que el shogun desaparezca; el tuyo es asegurarte de que su hijo nos esté diciendo la verdad."

Entonces, una última objeción. "¿Por qué la célula de Kamigawa no se encarga de esto? ¿Por qué tenemos que ir nosotros?"

El teniente se encogió de hombros. "Una plausible negación. La tribu tenía relaciones oficiales con el Consorcio de Kamigawa. Mientras que ustedes dos..."

"No seremos reconocidos si somos capturados y cortados en alimento de rata," terminó Jace por él.

"Algo así. Vayan a prepararse; tendré detalles sobre el pueblo para cuando vuelvan."

* * * * *

Varias horas para planificar, una noche para dormir, otra hora para recoger los suministros que necesitaban, y entonces Jace y Baltrice se reunieron en una cámara de piedra sin rasgos, en las entrañas del complejo. Jace estaba vestido con pantalones sueltos que se sentían como si fueran a caerse en cualquier momento, apretados por una faja azul atada alrededor de su cintura, y una túnica envolvente colgando parcialmente abierta en el pecho. Sobre ella llevaba su capa favorecida que, al menos, no sobresaldría particularmente a dónde iban. Baltrice vestía una toga de color rojo

oscuro, la cual escondía sus ropas de cuero preferidas por debajo. Ambos se habían teñido el pelo de negro pero era poco lo que podían hacer por su piel que era notablemente más clara que la norma para lo nativos de Kamigawa. Afortunadamente la ruta que habían trazado no pasaba por ninguna comunidad humana por lo que no deberían tener que soportar un examen minucioso.

"¿Listo?" le preguntó ella, el veneno habitual desaparecido de su voz. Ambos sabían muy bien la importancia de lo que estaba por venir.

"Listo," confirmó él, "pero nunca he estado antes allí."

Ella asintió con la cabeza. "Si puedo te dejaré un rastro a través del éter."

Jace respiró hondo. "Entonces vamos." Ella se dio la vuelta sin decir palabra y se fue a buscar su propia soledad, dejándolo a sus concentraciones.

El nunca sabía cómo se veía eso a ningún otro caminante, cómo se sentía, cómo recorría la mente, el cuerpo, el alma, el rígido pasado, el futuro incierto. Sólo sabía que su propia experiencia le era tan única como los significados más profundos de sus sueños olvidados.

Para Jace aquello comenzó como un momento de puro agotamiento, tan abrumador como para hacer que la muerte sea tan bienvenida como el sueño. Su visión se ennegreció, su cuerpo tembló, atormentado por el vértigo mientras sus mentes consciente y subconsciente se fusionaban, perdiéndose entre un desfile de personalidades. El luchó para canalizar maná de todo el Multiverso, comprimiéndolo en un punto de singularidad más allá de toda percepción, una diminuta mota de yesca metafísica.

Y luego, en un solo momento de exaltación mucho mayor que cualquier placer físico, Jace Beleren fue una vez más Jace Beleren; y Jace Beleren fue una vez más un caminante de planos. Su Chispa ardió dentro de su alma y encendió el maná-yesca que había reunido.

El mundo estalló en una llama invisible, derritiéndose ante él hasta que todo lo que quedó fue una cortina de humo brillante. Con una sola mano, apartó la cortina, dio un paso, entrando en otro lugar.

Jace Beleren estaba a la deriva en las Eternidades Ciegas. Las mareas de la creación se apoderaron de él y él no cayó. Se inclinó sin temor a los vientos que soplaban desde la nada, extendiendo pequeñas partículas de probabilidad a su paso. Caminó sobre la superficie de la memoria, trepó por las laderas de los mañanas que ya habían pasado. Colores tóxicos le rodearon con avidez, ondulando en su camino a través de nubes de canción, pero no perturbaron su caminata. Antes de su llegada y después de su pasaje, estos no sabían nada más que tono y hambre, viento y anhelo, pero durante los momentos interminables que pisó por debajo de ellos, conocieron el miedo.

Los ojos de Jace parpadearon en todas direcciones, teniendo en cuenta que la "dirección" no tenía allí ningún significado. Sintió los cambios en el terreno y caminó a través de ellos con cuidado para no caer en el caos ondulante que burbujeaba por debajo de la realidad. Obstáculos se presentaron ante él, objetos y animales e ideas, y él se movió alrededor de ellos o les derribó de un golpe antes de que pudieran deformar su cuerpo o infiltrarse en su mente y consumir sus pensamientos.



Pero siempre mantuvo una parte de su atención lanzada hacia delante y hacia abajo. Por delante vio un camino zigzagueante, una cinta de fuego que se extendía en la distancia. En su extremo había algo ardiendo, un árbol muerto que crepitaba y ardía pero nunca se consumía, y supo que era la Chispa de la mujer a la que seguía. Se preguntó, brevemente, como luciría la de él a ella y luego abandonó rápidamente el pensamiento consciente y simplemente la siguió.

Durante un tiempo no pudo medir, andando en su camino. Lo que siguió fue un tenue salvavidas, la ardiente línea de huellas que ella dejó atrás, huellas que vacilaron y cambiaron y, una o dos veces, incluso se alzaron y se alejaron flotando. Tenue, pero sería suficiente.

Y, finalmente, él quedó parado frente a una cortina de humo, parecida a la que había atravesado para salir de Ravnica, aunque el resplandor de allí tendía más hacia el plateado. Jace, estirando la mano, apartó la cortina y dio un paso final.

Se desplomó sobre sus manos y rodillas, jadeando, y se encontró en cuclillas en varios centímetros de agua estancada, hundido ligeramente en el fondo fangoso. A su alrededor se extendía vegetación hasta donde alcanzaba la vista y a él le llevó sólo un momento darse cuenta de que se encontraba en medio de un arrozal.

Baltrice estaba sentada con las piernas cruzadas a algunos pocos metros de distancia, después de haber tenido la mejor suerte de aparecer en uno de los promontorios de tierra que se alzaban entre los arrozales. Casi directamente detrás de ella se alzaba la primera de una serie de colinas que corrían hacia la base de una montaña cercana.

"Bienvenido a Kamigawa," le dijo ella un poco sin aliento.

"Encantado de estar aquí."

No era del todo sarcasmo. Jace había oído cuentos de Tezzeret acerca de los reinos de shogunes de Kamigawa. El, fascinado, hacía mucho tiempo que había deseado ver los templos de muchas terrazas y palacios adornados, caminar por las calles y sumergirse en la entonación musical de la lengua nativa.

Nada de lo cual estaría haciendo ese día ya que su misión lo había llevado a ninguna parte cerca de cualquiera de las grandes ciudades de Kamigawa.

Jace salió del agua turbia, se dejó caer de espaldas en el punto más cercano de tierra seca, y apenas respiró. Había pocas magias más agotadoras que la de caminar. Podría haberse levantado inmediatamente si hubiera tenido que hacerlo pero dada la oportunidad prefirió reunir sus fuerzas. Así que se quedó quieto y se tomó un momento para examinar sus alrededores.

Baltrice, tuvo que admitir, había elegido con sabiduría su punto de llegada. Los montes y promontorios de tierra no eran islas en el sentido tradicional; los arrozales en donde crecía el arroz no tanto como un lago. Pero aún así era suficiente agua ondulante y suficientemente mezcla de agua y tierra a lo largo de las débiles "orillas" para que él pudiera se capaz de absorber una pequeña medida de maná de la tierra, para refrescar tanto su espíritu como su cuerpo.

Y el hecho de que el arrozal se alzaba en la sombra directa de la montaña cercana debía ser más que suficiente para sus necesidades, ciertamente mejor y más eficientemente que los arrozales encontraran la de él.

Jace dejó que su conciencia se filtrara en la tierra por debajo, sondeando sus profundidades desconocidas. Y allí, en lo profundo de esas tierras extranjeras, sintió la presencia de otros: espíritus elementales y fantasmas antiguos, nacidos de o atraídos al alma de las tierras de Kamigawa, y estos reclamaron gran parte de su maná para si mismos. Esos debían ser los kami; Jace se mantuvo alejado de ellos para que no se enojaran y se manifestaran en el mundo de arriba.

Así, Jace dejó que las simples reminiscencias del poder de la tierra se filtraran en su alma, y todavía se sintió más que un poco exhausto después de una hora de descanso. Se esforzó para ponerse en pie, gimiendo en voz baja, frunció el ceño por sus puños, sus mangas, y el dobladillo de su capa, todos ahora rígidos con el residuo del agua fangosa en la que había aterrizado.

Baltrice le dio una mirada exasperada mientras se levantaba. Jace se preguntó brevemente que era ahora lo que él había hecho para hacerla enojar y sólo entonces se dio cuenta de que probablemente no era él. Tal vez ella, también, había encontrado su preciada montaña menos generosa de lo que había esperado.

"¿Hacia dónde vamos?" preguntó él.

Ella frunció el ceño brevemente en su concentración. "Voy a tener que elegir un par de puntos de referencia antes de poder estar

segura," le dijo lentamente, "pero supongo que estamos a unos sesenta u ochenta kilómetros del pueblo."

"Ah. Un agradable paseo primaveral."

"¿No te gusta? La próxima vez guía tu."

Jace se encogió de hombros. Al menos eso significaba que tendría una o dos noches para dormir antes de llegar a su destino. Podía utilizar el resto, incluso si el viaje en compañía de Baltrice probablemente resultara ser tan "reparador" como luchar contra un gavial.

Ellos caminaron. El barro bajo sus pies dio paso lentamente a una tierra más seca, la hierba cesó de aplastarse y comenzó a crujir suavemente. Jace, sabiendo muy bien qué tipo de terreno se alzaba en su futuro, disfrutó del paso firme mientras duró. A medida que se alejaban de la montaña vio a un número de personas en la distancia; campesinos, presumió, a juzgar por sus ropas grises y sombreros de paja de ala ancha, hundidos hasta las rodillas en los arrozales. Aunque claramente miraron en la dirección de los viajeros ninguno hizo ningún movimiento para aproximarse.

E incluso más allá de ellos, apenas visible en el horizonte, estaba uno de los templos de Kamigawa de varios niveles y terrazas.

Jace y Baltrice guardaron silencio, cada uno con pocas ganas de hablar con el otro. El ocupó un poco de su tiempo repasando el plan, tal como era, pero como eso cumplimentó un espacio de tiempo alarmantemente corto se dio por vencido.

Por último el sol se desvaneció en el oeste, desconocidas aves nocturnas se lanzaron a un coro continuo (con algo del orden de un millón de grillos cantando en armonía) y Baltrice se detuvo para acampar y confirmar su ubicación. La noche de Kamigawa, por alguna razón, olió a crisantemos.

Y a falta de algo mejor que hacer Jace finalmente se volvió a Baltrice y le preguntó: "Entonces, ¿cómo es que sabes viajar a través de Kamigawa?"

"He estado aquí antes," explicó Baltrice. Estiró la mano sobre un pequeño montón de madera y yesca y tensó su brazo como si levantara un peso pesado. Chispas llovieron desde debajo de sus uñas y pronto tuvo una pequeña pero gozosa fogata bailando alegremente. "Ayudé a Tezzeret a establecer la célula de Kamigawa hasta que encontramos pobladores locales para dirigirla. Pasamos varios meses aquí."

"¿Y los nezumi?"

Ella resopló. "Nunca tuve que tratar con ellos personalmente. Pero me dan a entender que no se les puede confiar."

"Así lo dijo Paldor," reconoció Jace.

Eso, sin embargo, sería la preocupación del día siguiente. Jace masticó unos bocados de carne seca y se retiró a su saco de dormir sin decir una palabra a Baltrice. Un momento de concentración para colocar un campo de magia sobre él, uno que le despertaría si alguien se acercaba, y Jace cerró los ojos y se durmió.

* * * * *

Baltrice se sentó con la espalda contra un tronco y miró a través de las brasas del fuego moribundo a la silueta durmiente de Jace.

Sería fácil. Una rápida ráfaga de llamas, o unas repentinas invocaciones abrumadoras y Beleren estaría muerto antes de que siquiera pudiera salir de su saco de dormir. No más preocupaciones, no más mirar sobre su hombro, no más preguntarse qué tan altas llegarían las ambiciones de él en el Consorcio.

Nunca más preguntarse si y cuando Tezzeret se decidiría a que un leedor de mentes era una mano derecha mejor que una lanzadora de llamas.

Tan fácil… Y nadie lo sabría jamás. Podría decir que lo habían matado los nezumi, que se había adentrado demasiado profundamente en el maná de Kamigawa y se había ganado la ira de los kami, los endemoniados espíritus locales. Incluso podría decir que había perdido su rastro a través de las Eternidades y desaparecido de su vista. Era improbable, pero no imposible, y él no sería el primer caminante de planos en partir a un destino desconocido, en nunca volver a aparecer.

Sintió acelerársele la respiración, calentarse su sangre. Diminutas chispas de llamas se filtraron por las comisuras de sus ojos aunque por supuesto ella no podía verlas. Incluso las brasas de la fogata se encendieron brevemente en una segunda vida, mientas la magia fluyó alrededor y a través de ella.

Tan fácil... Baltrice respiró hondo y dejó que su celosa ira se desvaneciera. La fogata murió una vez más, las llamas desaparecieron de sus ojos.

Esa noche no fue la misericordia la que detuvo su mano. Fue la lealtad, se dijo, la lealtad a Tezzeret, al Consorcio, a la misión. Ella no podía saber con precisión lo que estaba por delante, lo que enfrentaría cuando se encontrara con los nezumi. Podría necesitar a Beleren, a pesar de que la noción le revolvió su estómago. Y ella no se enfrentaría a Tezzeret habiendo fallado, no cuando el fracaso fuera su propia culpa.

Así que Beleren podía esperar otra noche. Tal vez, cuando la misión estuviera completa, se presentaría otra oportunidad.

Finalmente Baltrice se acostó, se envolvió en su propio saco de dormir, y dejó que el sueño viniera por ella.

* * * * *

"¿De quién fue la idea idiota de enviar dos seres humanos a infiltrarse a un cuartel de hombres rata?" se quejó Baltrice.

Jace se encogió de hombros aunque estuvo bastante seguro de que ella no pudo ver el gesto. "Hazme saber tan pronto como te las arregles para reclutar a un caminante de planos nezumi para el Consorcio. Además," añadió después de un momento, "ambos sabemos exactamente de quien fue la idea de esto. Si lo deseas estaré dispuesto a llevarle tus quejas a Tezzeret cuando volvamos.

Estoy seguro de que estará encantado de escuchar lo comprometida que estás con su visión."

Baltrice le dio una mirada que amenazó con prenderle fuego sin el beneficio de la magia pero no dijo nada.

Estaban agazapados en una fangosa y viscosa suciedad, lo suficientemente líquida como para filtrarse en todo y lo suficientemente gruesa como para pegarse. Se derramaba a través de la piel como el toque de una enfermedad viviente. El agua fluía de manera constante a pesar de la falta de brisa, sugiriendo la presencia de corrientes subterráneas moviéndose entre los juncos y altísimos cipreses cuyos codiciosos puños de madera recogían toda la luz solar posible no dejando nada para el pantano por debajo.

Jace se retorció cuando un insecto que debía haber sido del tamaño de un pequeño draco le mordió detrás de la oreja. Juró que esa sería la última vez que iría a algún lugar cercano a un pantano si tenía algo que opinar sobre el asunto.

Ellos yacieron allí durante horas, cubiertos de lodo y hojas. Yacieron allí y observaron, y pensaron, y discutieron, y observaron un poco más, porque ninguno estaba del todo seguro de qué hacer a continuación.



El pueblo nezumi se extendía a través de una amplia franja del pantano. Chozas retorcidas talladas de las cortezas de los árboles y plantas de bambú situadas en varios niveles, todas alzándose por encima del fango del pantano por debajo. Aunque primitivas mostraban un nivel de oficio y habilidad que Jace encontró sorprendente. Las puertas y ventanas no eran agujeros toscos y al azar sino óvalos y círculos de forma perfecta; los escalones que giraban alrededor de los troncos más grandes eran sólidos y nivelados, aunque claramente tallados para pies no-humanos. Faroles y una banderola ocasional colgaban en los postes de bambú que sobresalían de los lados de las estructuras y aunque la mayor parte del pantano de por allí era lo suficientemente profunda como para vadear muchas de las casas tenían esquifes atados a su base.

Nada de ello era su problema. No, el hecho de que el pueblo en expansión acogiera varios cientos de individuos nezumi, y que el pueblo rata pareciera no atenerse a ningún horario reconocible, ni a reconocer la salida o la puesta del sol, era lo que les habían dejado

perplejos. "Mínimos impedimentos," ¡seguro! Baltrice había pasado sus primeros cinco minutos allí maldiciendo a Paldor por su defectuosa inteligencia.

Así que ellos esperaron hasta que cayera la noche con la esperanza de hacer su acercamiento en la oscuridad. Vieron cómo nezumi maniobraron sus balsas entre los edificios, conversando sobre cualesquiera asuntos que pudieran interesar a una tribu de ratas humanoides. Agricultores caminaron de aquí para allí, hundidos hasta la cintura en el lodo, transportando sacos de arroz cosechado. Soldados en armadura de cuero hervido portando lanzas tae yari, maliciosas dagas, arcos cortos recurvados, e incluso la katana ocasional, vigilaban las fronteras de la comunidad. Algunos estaban apostados sobre ramas de árboles o plataformas construidas en lo alto del bambú, mientras que otros viajaban en esquifes de bordes altos.



El sol cayó, las estrellas titilaron una vez más y la tímida luna sólo mostró una pequeña porción de su cara. Los agricultores se retiraron por la noche pero los cazadores salieron en tropel, cebando trampas y acechando a las bestias nocturnas del pantano. Faroles echaron un aura de luz sobre la comunidad que fue apenas suficiente para Jace y Baltrice pero probablemente más que suficiente para los ojos de roedor de los nezumi. Y aún así el pueblo se negó a dormir.

"Suficiente," dijo Jace cuando quedó claro que la noche no era un mejor aliado para ellos que lo que había sido el día. "Esto es más que estúpido. No podemos hacer nada sin más información. Espera aquí." Sin detenerse por reconocimiento se deslizó hacia adelante por el barro, arrastrándose sobre las rodillas y los codos. Pensó brevemente en encubrirse a sí mismo en la imagen de algo que perteneciera allí pero decidió que si se hacía parecer a un cocodrilo o a una gran constrictora conseguiría probablemente ser perforado por un cazador con exceso de celo y él no estaba suficientemente familiarizado con Kamigawa como para saber que otras formas podían ser igualmente apropiadas pero menos apetitosas. Ahora que lo pensaba él ni siquiera sabía si Kamigawa tenía caimanes o constrictoras. Eligió, en cambio, simplemente envolverse en las

sombras a su alrededor, haciéndose invisible incluso a los sentidos de los hombres rata.

Susurró al acercarse, volcándose en la tradición de un antiguo hechizo que rara vez tenía la oportunidad de practicar, uno que resolvería por completo el problema del idioma. Muchos magos buscaban tal magia pero a los caminantes de planos les salía con mucha más facilidad; algo acerca de la Chispa, su conexión con el mundo más allá de todos los mundos, abría sus mentes más fácilmente al significado de la magia.

Su andar sucio y torpe le llevó apenas lo suficientemente cerca de la patrulla más externa de soldados para escuchar sus palabras. Al principio fueron ininteligibles, un lenguaje que él no conocía hablado en voces que estaban lejos de ser humanas. Pero las palabras pasaron profundamente en su mente, se filtraron a través de su hechizo, y se volvieron claras. Todavía oyó la lengua de Kamigawa pero el significado de las palabras vino a su mente la mitad de un instante después de que los sonidos llegaron a sus oídos, como si se acordara de definiciones que él nunca había aprendido de verdad.

"...carne," estaba diciendo uno de los guardias cuando la mente de Jace finalmente entró en sintonía con el lenguaje. "Ha pasado un tiempo desde que he tenido alguna buena salamandra. Las patrullas diurnas siempre se llevan los mejores cortes."

Jace se felicitó brevemente por su sabiduría en no elegir un animal como disfraz y se dispuso a escuchar.

"Sin embargo no estoy seguro de que aprendí mucho de su uso," le dijo a Baltrice aproximadamente una hora más tarde, "excepto para confirmar lo que ya temíamos. El pueblo casi nunca duerme. No tengo ni idea de cómo se supone que vayamos a llegar al jefe sin ser descubiertos. Mis ilusiones son buenas pero no estoy seguro de que pueda engañar a toda una comunidad."

"Él nos mintió Beleren. Ese sucio príncipe rata nos mintió."

Jace asintió. "Sí, yo ya me había dado cuenta de eso."

Los ojos de Baltrice comenzaron a brillar de un tenue rojo, su labio a curvarse en enojado desprecio. "Nos están tendiendo una trampa, utilizándonos como algunos peones de nezumi. Y por alguien que es o un idiota o que cree profundamente que nosotros lo somos. Es decir, la 'inteligencia' que él proporcionó no es ni siquiera cerca de ser exacta."

Jace volvió a asentir. "Entonces tendríamos que irnos. Informar a Tezzeret, dejar que él decida..."

"Oh, yo no lo creo," proclamó ella, su expresión repentinamente cambiando a una mueca horrible. "Los dos sabemos lo que Tezzeret piensa sobre la traición, ¿no, Beleren?"

Baltrice se puso de pie, cubierta de la cabeza a los pies de barro y trozos de materia vegetal en descomposición, un espíritu del pantano emergiendo para ventilar su ira. Llamas bailaban abiertamente en sus ojos, todo su cuerpo se estremeció con un esfuerzo repentino.

"¿Baltrice? ¿Baltrice, qué estás haciendo?"

Y entonces, aunque ella no dijo ni una palabra, Jace tuvo su respuesta.

Capítulo 14

El cielo sobre el pantano se iluminó. La extraña luz, al principio casi imperceptible, creció a través del paraguas de ramas pesadas y musgo colgando. Una segunda luna apareció en los cielos, roja y crepitante y enojada; y luego no hubo ninguna luna en absoluto sino un amanecer artificial.



Incluso mientras los nezumi miraron hacia arriba desde sus puestos, o emergieron parpadeando de sus chozas, la bola de fuego cayó del cielo y estalló en las afueras del pueblo. Casas enteras se evaporaron de un solo golpe y las llamas se avivaron hacia afuera, llevadas sobre las aguas estancadas en la espalda de vientos ardientes.

Cipreses, bambúes y pieles de nezumi se encendieron en una terrible conflagración, pero los árboles y tallos no gritaron. Humo se elevó entre las ramas supervivientes, tapando las estrellas y extendiendo el asfixiante y nauseabundo olor a carne cocinada.

Jace le gritó a Baltrice que se detuviera pero su voz se perdió en el crepitar del fuego y los gritos de los nezumi moribundos. El humo le quemó los ojos y a pesar del calor abrasador se encontró temblando de un horror repentino.

Un asesinato. *Uno*. Con el que pudiera vivir. A eso él se había resignado hacía mucho tiempo. *Pero esto...*

Jace, oculto detrás de Baltrice, quien se regocijaba liberando sus hechizos más devastadores, levantó las manos como si quisiera envolverlas físicamente alrededor de la esencia de Baltrice. Mantuvo su mente en esos puños y, por un instante, Jace supo que podía matar.

Aún así, ella seguía lanzando. Incluso mientras se propagaba la carnicería de la bola de fuego sus músculos se tensaron, una vez más, sus labios se abrieron con algo parecido a un gruñido gritado. La piel de él tembló y reconoció la sensación de algo esforzándose por salir al mundo exterior.

La cosa estalló desde el pantano en el corazón del impacto de la bola de fuego, un volcán de fuego y furia, y las aguas poco profundas alrededor de ella desaparecieron en un silbido de vapor. La cosa, humanoide por el uso más generoso del término, se alzó por encima de los tallos de bambú, por encima incluso de algunos de los árboles. Miró a su alrededor con ojos de fuego y arremetió con manos de llamas, pues eso era todo lo que era. Fuego: crudo, primitivo, elemental.

El crepitar de las llamas fue el grito de gozo de Baltrice a medida que avanzó sobre el pueblo, un titán inexorable de agonía y muerte. Los soldados del clan nezumi, apartando su atención de las chozas ardiendo, formaron una línea defensiva ante el terror que se aproximaba pero pocos tuvieron alguna ilusión de poder hacer algo más que morir con honor.

"¡Baltrice!" La barrera que bloqueaba el flujo de horror de Jace finalmente estalló. "Dioses y demonios, mujer, ¿qué estás haciendo? ¡Se supone que debe quedar una tribu con la que nosotros podamos tratar!"

Ella parecía más allá de toda comprensión. Sus brazos estaban extendidos mientras se empapa en el calor del infierno que había encendido. Sus ojos brillaban de color rojo con furia y fuego.

Aún así giró la cabeza con calma para mirarlo. "Relájate Beleren. Tengo un plan."

"¿En serio? ¿Y cómo es que vas a resolver eso?"

Ella sonrió y aquella pareció ser la expresión de un ser humano racional más que el disfraz de regocijo de pirómana que había llevado un momento antes. "¿Por qué no echas un vistazo?"

Jace miró y tuvo que admitir que ella podría haberse hecho entender. A pesar de su furia inicial la bola de fuego había borrado sólo un puñado de chozas y la mayoría de las otras que se había encendido probablemente podrían ser salvadas. Y el propio elemental, aunque pasaba a través de las filas de los soldados nezumi como si realmente no fueran más que ratas, parecía poco interesado en adentrarse en el pueblo propiamente dicho.

"Beleren, esto no se trata de aniquilar a la tribu. Sólo me aseguro de que el príncipe entienda el precio de mentir al Consorcio, que entienda el poder de los que ha tratado de manipular. De ahora en más el será mucho más honesto con nosotros, ¿no te parece?"

Jace se sintió enfermo. "Baltrice ¿cuántos hiciste morir quemados?
Baltrice? ¿Tres docenas? ¿Cuatro?"

Esta vez ella realmente no le oyó o optó por no responder. Lo único que dijo fue: "No vamos a tener una mejor oportunidad que esta. Vamos; asumiendo que lo demás que nos dijo la pequeña rata sea verdadero la choza del jefe es la que está en el centro."

Jace, sin saber qué hacer o poco dispuesto a hacerlo, la siguió. *Al menos*, pensó mórbidamente con la mirada fija en un puñado de árboles ardiendo que se habían convertido en poco más que las antorchas de titanes, *no vamos a tener ningún problema para ver*.

Baltrice se lanzó veloz a través de las sombras danzantes, vadeando a través del agua hasta los muslos. Hizo al menos un intento superficial de escabullirse, no es que importara. Todos los rostros en el pueblo se volvieron hacia una masa de llamas o la otra. Jace estaba seguro de que ambos podrían haber marchado hacia el centro de la comunidad con un batallón, una compañía llena de tambores y trompetas, y posiblemente un gran elefante de guerra, y seguido teniendo una oportunidad de pasar desapercibidos. Sin embargo él se tomó el tiempo para envolverse a sí mismo una vez más en un manto de sombras, sólo para estar seguro.

Mientras se acercaban a la gran choza central Jace encontró su atención atraída hacia una estructura más pequeña, alzándose al lado de la casa principal. Se erguía encima de un tronco imposiblemente estrecho, uno que parecía totalmente incapaz de soportar la mayor parte de la estructura. Carecía de ventanas, mostrando una sola puerta y una chimenea que sobresalía del techo en un ángulo agudo. Pero no fue la propia casa lo que atrajo su atención sino más bien los sonidos emergiendo débilmente desde dentro. Incluso sobre la cacofonía que les rodeaba Jace estuvo seguro de que escuchó el ritmo de un tambor tribal, acompañado por una sibilante voz inhumana alzándose en un canto permanente.

Una fuerte lluvia comenzó a caer en el mismo instante en que reconoció la cadencia como la base de un poderoso hechizo. El incendio que se había extendido por el impacto de la bola de fuego crepitó y se contrajo. El elemental pareció en gran medida indiferente aunque bocanadas de vapor se dispararon de su cuerpo en heridas al azar. Pero detrás de él el agua del pantano comenzó a abultarse, a cambiar, y a levantarse, mientras algo igualmente primitivo luchaba por nacer.

Jace se concentró brevemente mientras subía por el primero de los escalones que conducían a la choza. *Definitivamente vamos a tener que estar atentos al chamán*, envió en señal advertencia.

Baltrice se congeló a medio paso, sus pies en dos peldaños separados de la escalera. Sus hombros se tensaron como si hubiera sido colocada en un estante y cuando se retorció para mirar a Jace él estuvo casi seguro de que esos músculos debían haber chasqueado.

"Me importa un culo de rata de la plaga cuál podría ser nuestra situación," le dijo entre dientes furiosamente. "¡Si vuelves a poner tus pensamientos en mi cabeza una vez más te juro que yo voy a poner mi fuego en la tuya!"

Jace se encogió de hombros y trató de fingir que no había saltado hacia atrás de las escaleras en reacción a su giro repentino. "Sólo pensé que debías saberlo," dijo en voz alta.

Baltrice entró como un rayo por la puerta de la choza del cacique, rasgando la cortina de cuero que le servía de puerta. Tuvo un brevísimo instante para examinar la sala a la luz del fuego parpadeante del exterior. Era desigualmente circular, una sola cámara que llenaba toda la cabaña. Numerosos huesos y cráneos colgaban como trofeos sobre las paredes al igual que armas ganadas en una docena de batallas diferentes de una docena de regiones de Kamigawa. Todo el lugar apestaba y Baltrice señaló un agujero manchado de excrementos en el suelo al otro lado de la cámara, abriéndose hacia el pantano a unos cuatro metros por debajo; lo más parecido a un retrete que tenía el rey rata.

Mientras ella escudriñaba el espacio por delante algo se estrelló contra el costado de su cráneo, algo que se sintió como una piedra envuelta en terciopelo. Su visión nadó y Baltrice se hundió sobre una rodilla, luchando por recuperar su equilibrio.

El proyectil que la golpeó cayó al suelo a su lado, revelándose como la cabeza de un nezumi de pelaje blanco, su expresión todavía floja por la sorpresa.

"¿Este es el vil traidor por quienes ustedes sacrificaron a mis hermanos y hermanas?" A Baltrice las palabras le sonaron como un galimatías, totalmente incomprensibles; pero Jace, que se había abierto camino hasta la puerta abierta, las entendió perfectamente.

Baltrice se levantó para atacar y un pie de tres garras azotó su rostro cuando una patada giratoria la envió volando a través de la cámara abierta. Sangre manó de su nariz y labio y uno de sus ojos quedó cerrado por la hinchazón.

La silueta que surgió de la oscuridad estaba inclinada hacia adelante, como era normal en los nezumi masculinos, haciéndole

parecer mucho más bajo que su altura real. Un pelaje negro salpicado con manchas de envejecimiento grises cubría su cuerpo, a excepción de su escamosa cola rosa, sus pies y manos con garras, y la punta de su nariz temblando. Gruesos bigotes colgaban debajo de ojos negros como la noche que reflejaban los fuegos danzando. Llevaba una coraza segmentada de piel de salamandra y un sombrero cónico de ala ancha. La naginata que sostenía era más larga que su altura, con una aserrada cuchilla curva.

Baltrice, con el mundo girando alrededor de ella y sin poder invocar a una criatura en su ayuda, se encontró deseando desesperadamente no haber gastado gran parte de su fuerza en sus hechizos anteriores.

"Yo soy Diente-Hueso," continuó el hombre rata avanzando lentamente a través de la choza. "Hijo de Ojo-Pantano, la hija de Mano-Luna la Tercera. Soy el líder de la pandilla Nezumi-Katsuro, al igual que mis padres y madres antes de la décima generación."

El se irguió en lo alto del cuerpo postrado de Baltrice con el filo de su naginata presionado contra su cuello hasta que la piel se dividió, muy ligeramente, y la sangre brotó desde dentro. Ella se quedó inmóvil, con la esperanza de resistir su golpe el tiempo suficiente como para reunir sus sentidos.

"Ustedes han conspirado contra mí con mi indigno hijo, cuyo nombre yo destierro junto con su cabeza. El, tal vez, les haya mentido, como ha hecho conmigo y tantos otros y por eso, aunque sé que vinieron a matarme, yo estaba dispuesto a dejarlos ir."

"¡Y después esto!" Su torcido dedo de uña larga tembló de rabia mientras señaló las llamas que se mostraban a través de la puerta abierta. "¡Ustedes vinieron a matar a uno pero muchos han muerto!"

"Por un crimen tan brutal contra los Nezumi-Katsuro no puedo ofrecer ningún perdón."

La naginata subió, una sola gota de la sangre de Baltrice brillante a lo largo de su filo.

Y allí se quedó. Latidos pasaron, luego largos segundos, y Baltrice sólo pudo esperar. Mirándola estaba su verdugo. ¿Qué estaba esperando?

Fue sólo entonces que se dio cuenta del violento temblor en los brazos del rey rata. Se volvió y vio a Jace en la puerta con una mano levantada hacia Diente-Hueso, sus dedos apretados en un agarre que no era un verdadero puño. Sudor goteaba en su frente y Baltrice supo que no era debido a ningún de sus fuegos.

Tezzeret había tenido razón. Jace sintió la mente del shogun, una presencia independiente del mundo físico. La sintió y supo que, si quería, podía aferrarla, reorganizarla, llevársela con él, reconstruirla o destruirla. Supo que el poder que Tezzeret le había prometido estaba de verdad a su alcance.

Pero no había ningún triunfo en ese descubrimiento. Jace se sintió sucio, como si las aguas de mil ríos nunca pudieran limpiarlo, y saboreó la bilis en la parte posterior de su garganta. En su mente oyó al jefe gritando y chillando por liberarse. Juró que sintió, bajo sus

dedos, las contorsiones del cerebro del nezumi mientras pataleó y se agitó para escapar de su agarre.

Y más de una vez casi lo logró, casi escapó a la parálisis en la que Jace lo tenía, no porque el shogun fuera más fuerte sino porque Jace quería dejarlo ir. A través de su vínculo mental él sintió cada impulso, cada deseo y cada miedo, y anheló nada más que liberar la mente del hombre rata.

Por no hablar del hecho de que Jace se sintió feliz al ver a Baltrice golpeada y destrozada en una alfombra de carne temblorosa. Pero, de alguna manera, él no creyó que Tezzeret lo entendería.

Podía mantener su dominio sobre la mente del shogun, por más nauseabundo que pudiera ser, obligarlo a guiarlos hacia fuera, mantenerlo como rehén contra la cooperación de los nezumi. Pero haría falta demasiada concentración, demasiada atención. Él sería incapaz de defenderlos si las ratas atacaban de todos modos o contra los hechizos del chamán y Baltrice ciertamente no estaba lista para ayudar. Podía soltar a Diente-Hueso, pero ¿cómo pues impedir que matara a Baltrice o evitar que liderara a la aldea en busca de aquellos que los habían atacado?

Si hubiera tenido el tiempo para pensar en ello, para comprender realmente lo que estaba haciendo, Jace nunca podría haber seguido adelante con ello. Pero para el momento en que reconoció conscientemente que sólo le quedaba una opción él ya la había tomado.

Jace ajustó su agarre en la mente de Diente-Hueso y le ordenó al shogun, que ya había dejado de moverse, que también cesara su respiración. Los ojos del hombre rata se ensancharon brevemente, todo su cuerpo tembló, hasta que finalmente cayó muerto en el suelo de la choza.

Jace, manteniendo su propia mente tan vacía como la del propio cadáver, se arrodilló junto a Baltrice que lo miró perpleja y, por alguna razón que el ni siquiera trató de comprender, con una expresión vagamente hostil. "¿Puedes caminar?" le preguntó. Hubo suficiente énfasis en la última palabra para sugerir que él no estaba hablando de una caminata por las escaleras.

"No..." Los latidos en la cabeza de ella habían desaparecido pero sólo ligeramente. "No creo que yo..."

Jace le puso una mano en su hombro y se concentró, murmurando sonidos en voz baja que no eran palabras. Por un instante se sintió como si algo saliera del interior de su pecho, hormigueara en su camino a través de su brazo, y desapareciera. Sus hombros cayeron; y él se sintió… no débil, pero sin duda más débil que un momento antes.

"¿Qué tal ahora? Y sugiero que digas que 'sí' porque si no quedarás condenadamente bien atrapada aquí. No voy a gastar más maná en ti."

"Puedo caminar," le espetó ella.

"Bien. Ve. Vigilaré hasta que te hayas ido, no tiene sentido que ambos quedemos indefensos a la vez."

"¿Sintiéndote caballeroso, Beleren?" le preguntó ella mientras se alzaba insegura sobre sus pies.

"Ni remotamente. Es que yo no confiaría en que pudieras luchar contra un kobold senil en tu condición actual."

Baltrice se las arregló para gruñir aún más sin que cayera su mandíbula. "¡Y yo estoy tratando de decidir si prefiero estar muerta que deberte por esto!" Ella comenzó a concentrarse y Jace se dio la vuelta para comenzar su propio hechizo. Volvió a hacer un agujero en la piel del mundo, estirándose a reinos de malvadas heladas. Del agujero se vertió una bandada de aves rapaces de filosos picos, sus plumas relucientes bajo capas de hielo resquebrajado.

Jace las envió en grupos para cubrir la puerta y cada ventana. No eran los esbirros más poderosos que podría haber invocado pero serían suficientes como para frenar a cualquier soldado nezumi que pudiera entrometerse mientras él se preparaba para su propia caminata por entre los mundos.

Largos momentos pasaron, cada uno más estresante que el siguiente, hasta que Baltrice finalmente se desvaneció de la vista. Jace se dirigió al centro de la habitación, muy deliberadamente, sin mirar el cuerpo cubierto de pelo en el suelo, y se concentró una vez más, tratando de completar sus esfuerzos antes de que apareciera algún nuevo enemigo.

Por un instante, cuando se acercaba el final de su ritual, pensó que no podría hacerlo.

El enemigo no vino a través de una puerta o una ventana. Toda una pared de la cabaña simplemente desapareció, arrancada de sus raíces por una fuerza que Jace apenas pudo imaginar. De pie en la brecha estaba un nezumi, mucho más doblado y retorcido de lo que había estado el cacique. Su piel era blanca como el hueso, cubierta de cicatrices y adornada con piercings. Portaba un bastón que parecía estar hecho de musgo petrificado, y vestía nada más que una falda ceñida a la cintura y una bandana de piel de serpiente.

Pero no era el chamán el que había arrancado la pared de la cabaña. Algo se asomaba detrás de él, trozos de vapor todavía humeando de su boca donde se había comido al elemental de fuego de Baltrice. Jace tuvo una breve sensación de un cuerpo compuesto de varios árboles de ciprés, con retorcidas garras de madera y una gran boca abierta de la que caía agua del pantano en una lluvia interminable. El chamán chilló, revelando hileras de dientes grabados con runas místicas, y apuntó hacia él con una uña temblando. Los rapaces helados se lanzaron sobre los intrusos por todo el bien que harían.

Y entonces el mundo se desvaneció, una cortina de humeante luz dividiéndose delante de él, y Jace no pudo recordar la última vez que estuvo tan aliviado de encontrarse a sí mismo en el caos enloquecedor de las Eternidades Ciegas.

* * * * *

"...conocido algunos trasgos ciegos que podrían haber planeado cosas mejores que esas. ¿Qué clase de monos con lesiones cerebrales están orquestando nuestras operaciones en estos días?"

Jace se encorvó en una silla en el medio de los cuartos privados de Kallist, jugueteando distraídamente con el borde de su manto, mientras el verdadero ocupante de la cámara se sentó frente a él, bebiendo una taza de té de frutas que hacía mucho que se había enfriado. En la mesa entre ellos se encontraba un juego inacabado de los gremios, uno por el que habían apostado una botella de vino élfico. Kallist, mirando los territorios en el tablero, no pudo dejar de notar una vez más cuantos más de ellos estaban marcados con sus colores en vez de los de Jace, y deseó nunca haber llevado el tema a colación.

"Lo sé, lo sé," dijo él con su voz calmándose, "pero si nosotros sólo pudiéramos volver a..."

El borde del manto arrugado de Jace cayó de su puño, golpeando el borde del tablero y dispersando las piezas a través de la mesa. El continuó inquietándose, completamente ajeno; Kallist sólo pudo suspirar.

"Mira, Jace," dijo enderezándose en la silla, "podría haber ido peor."

"¿En serio? Estoy un poco perdido, dime de que forma."

"Bueno, tú podrías haber m... oh. Eem, bien, tal vez no."

"Es absolutamente atroz, Kallist. Es...''

"Está bien. Probablemente yo no debería estar diciéndote esto pero tú no eres el único que piensa así."

"Yo..." Jace parpadeó. "¿Qué?"

"Se ha corrido la noticia en el salón comedor..."

"¿Ese sería el salón ocupado por personas que no saben absolutamente nada acerca de las operaciones fuera del mundo y que nunca han oído hablar de los caminantes?"

Kallist volvió a suspirar. "Está bien. Paldor confió en mí cuando te fuiste; lo encontré borracho en el pasillo. Al parecer esta no es la primera vez que la célula de Kamigawa ha fallado en confirmar información antes de pasarla a Tezzeret; aunque esta es la primera vez que no era nada de importancia. Si él hubiera sabido cuan grande era la comunidad con la que ustedes iban a tratar o cuan engañoso estaba siendo el príncipe..." Kallist se encogió de hombros.

Jace asintió lentamente. "Está bien. Pero me sorprende que haya soportado a un líder de célula tan descuidado."

"Por lo que yo se," dijo Kallist cuidadosamente, "él no lo ha hecho. Cuando esto se trató de unos pocos errores menores aquí y allá era una cosa. ¿Pero ahora? Nuestro ilustre líder no está feliz con la célula de Kamigawa. O con Baltrice, o contigo, si vamos al caso."

"Fantástico. No puedo esperar esa conversación." Entonces una pausa. "Pero supongo que esto por lo menos debería facilitar las negociaciones con la célula de Kamigawa ya que ellos sólo tienen la mitad de nezumi con los que tratar."

Kallist sonrió. "Oh, vamos. ¿La mitad? Entiendo que Baltrice mató, como mucho, una quinta parte." Entonces, cuando el ceño

fruncido de Jace le sugirió que no encontraba la situación divertida, el espadachín se puso serio.

"Jace, ¿qué es lo que realmente te está molestando sobre esto?"

"Yo..."

"Omite la parte donde lo niegas."

"Yo..."

"Y omite la parte en la que dices que es la culpa que tienes por el daño colateral. Sé que eso te está molestando. Y también sé que esa no es la razón más importante. Hemos trabajado juntos durante mucho tiempo."

"¿Vas a dejarme terminar esta vez?"

"Posiblemente".

Jace se dejó caer aún más en su silla, tan fláccido que Kallist casi esperó encontrarlo en charcos en el suelo. "¿Alguna vez te he mencionado a Alhammarret?" Preguntó Jace con su voz distante.

"Sólo de pasada. Uno de tus maestros, ¿verdad?"

"Más que un maestro." Recordó Jace. "Yo crecí en un pueblo llamado... bueno, nosotros lo llamábamos Encrucijada Silmot, pero así era como llamábamos a cada pueblo de quince kilómetros de extensión. Una gran comunidad. El nombre en realidad sólo se aplica a los más grandes. El resto eran sólo... aldeas."

"De todos modos, yo crecí en una de las más pequeñas. Hasta que un..."

Jace negó con la cabeza. "Tú no necesitas la historia de mi vida. La versión corta es que mi padre me hizo partir cuando se hizo condenadamente claro que la gente del pueblo no se estaba tomando amablemente algunas de las habilidades que estaba demostrando. Alhammarret me acogió a instancias de mi padre. Me enseñó como usar la magia que acudía por naturaleza a mí y me introdujo a una gran cantidad de hechizos que no lo habían hecho. También me hizo sentir como en casa, que fue un muy buen cambio de ritmo después de los últimos años."

"Yo me sentí feliz por algunos años con Alhammarret. Entonces, un día me decidí a ver si era lo suficientemente fuerte como para leer sus pensamientos."

Jace sonrió, una expresión de desdén claramente dirigida hacia el interior. "Nunca había hecho eso antes... me refiero a él. Había leído un montón de mentes de otras personas y nunca había pensado mucho en lo que había encontrado. Una de las primeras lecciones que había aprendido era que él lo iba a sentir si yo lo intentaba, y supongo que tenía mucho respeto por él, o demasiado miedo de sus amenazas implícitas, para desafiar eso. Pero tú ya sabes cómo son los adolescentes."

"Así que esperé hasta que él estuviera distraído, para asegurarme de tener al menos unos pocos segundos antes de que pudiera reaccionar, y lo hice. No quería hacerle ningún daño; no estaba buscando nada en particular. Sólo quería saber si podía hacerlo."

Entonces Kallist pudo ver, al menos en parte, a dónde iba eso. "¿Y qué descubriste?" preguntó en voz baja.

"Que yo era un caminante de planos." Dijo Jace asintiendo con la cabeza ante la mirada de sorpresa de Kallist. "Mi Chispa se había manifestado más de un año antes pero yo nunca había entendido lo que quería decir. Cuando sucedió me encontré a la deriva en las Eternidades, pero poco tiempo, y sólo esa vez. Alhammarret me explicó que había sido una especie de ilusión, algo que tenía que ver con mis propias ilusiones metiéndose con mi mente. Y después de eso él me mantuvo bastante ocupado aprendiendo nueva magia como para que nunca volviera a pasar."

"Recuerdo... Recuerdo una sensación en su mente que mi padre lo sabía, que Alhammarret había hablado con él sobre eso. No sé exactamente por qué me lo ocultaron, tal vez pensaron que me estaban haciendo de alguna manera un favor."

"Pero yo estaba enojado, tan enojado que él me hubiera mentido durante tanto tiempo. Yo ya había estado furioso antes, Kallist, pero nunca me había sentido traicionado."

Jace se puso de pie y empezó a caminar de aquí para allá, como si quisiera despegarse de la emoción de ese momento. "Quería gritar, hacer una rabieta, arremeter a golpes... Todo lo que uno esperaría de un niño de esa edad. Pero no lo hice. Podría haberle preguntado por qué pero tampoco lo hice."

"Yo sólo... herví. Durante días sin fin, repasando todo una y otra vez. Y luego, la siguiente vez que practicamos, yo sólo…acometí. Me metí dentro de su mente y desaté toda esa rabia de una sola vez."

"Yo no me dejo recordar su rostro, Kallist, incluso hoy día. He usado mi propia magia para dejar de verlo. Porque sé que si lo hago no voy a ver el rostro del hombre que me enseñó la mayoría de lo que sé. Veré el rostro del hombre del que me alejé: sus ojos saltones, sus labios enormes, su piel volviéndose lentamente púrpura. El rostro de una mente tan rota que había olvidado quién era, lo que era… incluso como respirar."

Jace, ignorando el débil estremecimiento de Kallist, se inclinó sobre el respaldo de la silla. "He estado en suficientes peleas antes y después de que me uní al Consorcio que probablemente haya matado al menos a algunas personas desde entonces, pero siempre fue en defensa propia. Nunca me puse a hacerlo, sólo para detenerlos de hacerme daño o sacarlos de mi camino. He hecho un montón de cosas feas desde que Tezzeret me contrató pero aún así siempre habías sido tú o Baltrice o quienquiera que fuera quien había hecho la matanza real y la mayoría de nuestros objetivos sin duda se lo merecían. Tal vez yo me estaba engañando pero nunca me vi a mí mismo como un asesino. Y luego, en Kamigawa, yo hice exactamente lo mismo que le había hecho a Alhammaret. Sólo que esta vez lo hice deliberadamente."

Kallist asintió, creyó entender. "Estás preocupado por como te ha hecho sentir el haber matado al nezumi."

Pero Jace sólo negó con la cabeza. "No, Kallist." Se volvió hacia su amigo y su mirada fue vacía. "Me preocupa que haberlo matado no me haya molestado en absoluto."

Capítulo 15

Había pasado una semana desde el retorno de Jace de Kamigawa; una semana en la que Jace durmió sólo en raras ocasiones y de manera irregular, plagado de sueños nerviosos y frustrados en las que genuinas pesadillas casi podrían haber sido

preferibles. Jace se preocupó por quién era, en lo que se estaba convirtiendo. Se preocupó por el estado del Consorcio, preguntándose cómo uno podía planear una misión así y ejecutarla tan mal, cómo y por qué Tezzeret podría haber tomado las decisiones que había hecho.

Pero, sobre todo, preocupándose por el hecho de que Tezzeret aún no había hablado con él y, con cada día que pasaba, mirando la inevitable confrontación con creciente pavor.

Cuando un mensajero finalmente golpeó a su puerta esa mañana, sacándolo de otro agitado sueño y le informó que Tezzeret lo esperaba (no en la cámara de formación sino en un tramo en ruinas de las afueras de Barrioescombros) Jace se encontró casi aliviado.

Se permitió cinco minutos para arrojarse un poco de agua en el rostro, subir a un par de pantalones y túnica de color azul (renunciando a su capa ya que no estaba en realidad planificando ir a ninguna parte) y casi corrió a través del complejo y bajando por la calle lateral más cercana.

Encontró al artífice en un especie de patio natural entre cuatro edificios que aún estaban en ruinas, sin haber sido tocados por el lento renacimiento del distrito. Malas hierbas crecían a través de los adoquines rotos y las paredes estaban casi pintadas con una gruesa capa de excrementos de murciélagos, pájaros, y grifos. Sin embargo, los escombros que podrían haber permanecido en el propio patio habían sido despejados; así que este estaba casi vacío salvo por el propio Tezzeret, quien estaba apoyado en una pared de más de una docena de metros de distancia.

"Invoca algo," ordenó con su voz escuchándose claramente a través del patio.

"¿Qué?" Jace, que acababa de abrir la boca para ofrecer algún tipo de saludo o tal vez una disculpa, se encontró totalmente perplejo. "¿Qué debería…?"

"¡Invoca algo! ¡Ahora!"

Jace, sacudido por la furia en la voz del artífice, palpable incluso desde una distancia así, no hizo más preguntas. Aún sin saber qué estaba pasando se introdujo en el éter y estiró su voluntad entre los mundos. Ante él, un diminuto agujero se abrió en las paredes de la realidad, y a través de él se deslizó una hada de las nubes, montando volutas de vapor viniendo flotando de los cielos de algún otro reino; una que Jace había invocado muchas veces antes. Ella le sonrió brevemente, asintiendo con la cabeza en señal de saludo, y luego se volvió para estudiar su entorno con una expresión cada vez más perpleja.

Tezzeret se lanzó fuera de la estructura en ruinas y arrojó algo oculto en su puño de eterium.

Un disco de hierro, ladeado y adornado con pequeñas protuberancias irregulares, que no obstante voló recto y bien, girando a través de la distancia correspondiente hasta que se estrelló contra las piedras rotas a meros pies de Jace.



E incluso mientras aterrizó, cambió y se deformó, convocando las energías de otros mundos, justo como lo había hecho la invocación de Jace. En menos de un segundo un campo de tentáculos mecanizados retorciéndose, la parte inferior de alguna horrible medusa de hierro, se agitó por toda la tierra delante de él. Donde se unieron entre sí en el suelo, manchas diminutas brillaron con el opaco calor de un horno de fundición, mirando por entre los tentáculos como ojos inhumanos.

Uno de los apéndices más finos arremetió más rápido que una flecha de ballesta. Su punta de aguja atravesó las alas de la hada, sujetándola a uno de los edificios de los alrededores por las hebras destrozadas que quedaron. El chirrido de hierro sobre piedra no fue suficiente para encubrir el grito de terror del hada de las nubes cuando se alzó un segundo tentáculo rosa; éste onduló a lo largo de un costado, una cuchilla flexible que se posó suavemente a través de su torso agitándose. Jace trató desesperadamente de hacer desaparecer la invocación, de despedirla, pero había quedado tan sorprendido por el asalto repentino que lo hizo demasiado tarde, esperando demasiado tiempo esos pocos segundos. El grito terminó abruptamente cuando el tentáculo empujó. Las dos mitades del cuerpo de la hada cayeron de la pared, desvaneciéndose antes de que golpearan el suelo y



dejando sólo una pequeña mancha de sangre como demostración de que ella había estado alguna vez.

Jace devolvió una mirada furiosa a Tezzeret. "¿Por qué?" preguntó abrumado por un sentimiento de culpa peculiar que nunca antes había sentido por la muerte de un siervo invocado. "¡No había ninguna razón! No..."

El metal resonó sobre metal cuando la monstruosidad de hierro volvió a golpear, esta vez con un tentáculo plano careciendo por completo de filo. Si lo hubiera hecho con toda su fuerza habría roto las costillas de Jace, transformado en pulpa sus órganos; en cambio, golpeó lo suficientemente fuerte como para sacarle el aire de sus pulmones. Sus ojos se humedecieron con dolor y él se tambaleó hacia atrás, mirando hacia arriba en el mismo instante en que volvió a ser golpeado, ennegreciendo su ojo y haciendo que se cerrara instantáneamente por la hinchazón.

"Invoca otra cosa," ordenó Tezzeret oscuramente.

"No," gruñó Jace levantándose del suelo. "No tiene ningún propósito."

"Oh, sí que hay un propósito," dijo Tezzeret casi arrullando.

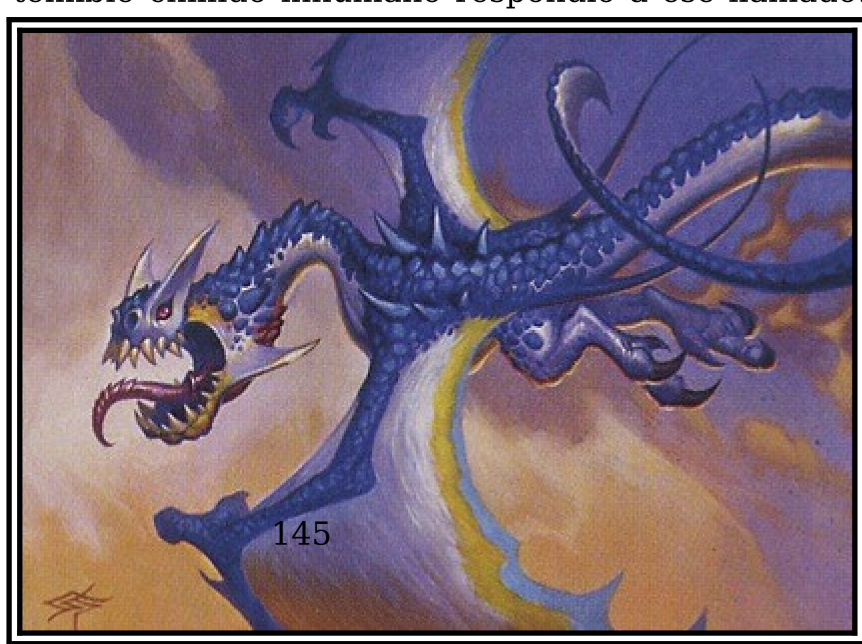
Una sombra cayó sobre él y Jace levantó la mirada justo a tiempo para ver otro brutal tentáculo, prácticamente un tronco de hierro, serpenteando hacia él. Este lo levantó, provocando una agonía intermitente a través de su intestino. Cuando aterrizó una vez más Jace no pudo evitar vomitar un pequeño charco de bilis. Trató de alejarse a rastras de su alcance, esperanzado, rezando para que la cosa no pudiera moverse verdaderamente de su lugar. Un tentáculo increíblemente largo se envolvió alrededor de su tobillo y lo arrastró hacia atrás antes de que siquiera hubiera conseguido hacer un metro.

"¿Por qué me atacas?" preguntó Jace jadeando, tratando de arrastrarse fuera del agarre asesino del artefacto.

"Yo no estoy atacando Beleren. Estoy enseñando."

Y entonces él comprendió. Comprendió que mientras Tezzeret no estaba dispuesto a matarlo o paralizarlo, mientras él sostenía al golem hacia atrás, la paliza no se detendría hasta que Jace la *hiciera* detener.

Jace dio un furioso gritó de dolor y amargura por los residuos en su boca y un temible chillido inhumano respondió a ese llamado. Del cielo cayó una gran bestia, sus alas abiertas de par en par en la inmensidad del patio. La mayor parte de sus escamas eran de un azul iridiscente, su rostro y



cuernos de un blanco marfil, y penachos de vapor salieron de sus fosas nasales dilatadas. Flotó por un breve instante, batiendo las alas lentamente, metódicamente, mientras estudió a su ferroso enemigo.

"Mejor," ofreció Tezzeret desde lejos. "Aunque no lo suficientemente bueno."

El draco, como para demostrar que estaba equivocado, se lanzó, casi girando en la punta del ala para evitar una serie de maliciosos golpes mientras voló a través de la espesura de tentáculos. Clavó sus garras en dos de los más grandes, arrancándolos y lanzándolos contra la pared con un ruido ensordecedor. Chillando su ira, el draco se elevó hacia las nubes, dando la vuelta hasta que volvió a enfrentarse a la criatura artefacto. Sus grandes fauces se abrieron ampliamente mientras se acercó, desatando un torrente de vapor tan increíblemente caliente que hasta los fuegos de Baltrice habrían tenido problemas en igualar.

Los bordes afilados del hierro se volvieron suaves y opacos y pequeñas gotas de metal líquido cayeron al suelo alrededor de la multitud de tentáculos. La criatura artefacto se estiró una vez más pero sus movimientos fueron lentos y débiles. Varias de las extremidades más delgadas parecieron a punto de darse por vencidas. El draco volvió a dar una vuelta alredor del patio regresando para otra pasada que reduciría el dispositivo a escoria.

Pero mientras su enemigo giró en sus acrobacias aéreas el golem tambaleándose se extendió y golpeó con una extremidad en un portal erosionado y roto por el tiempo, situado delante de la entrada de uno de los edificios. El hierro se derrumbó instantáneamente en partículas oxidadas y, con la misma rapidez, los tentáculos se enderezaron, una vez más sanos y salvos, sin ningún rastro de sus lesiones salvo varias marcas de quemaduras esporádicas.

Más de una docena de los tentáculos azotaron claramente a través del patio, la fuerza de su ataque sacudiendo hasta los adoquines, para encontrarse en el medio con el draco. Extremidades con cuchillas volaron, garras acometieron a través de hierro, chispas cayeron para chisporrotear en el suelo. Y Jace sólo pudo agacharse cuando el draco se derrumbó, sangrando, en el centro de la masa y se desvaneció poco a poco de la vista. Sintió un sollozo de frustración y el miedo comenzó a brotar de su interior y a aplastarlo sin piedad hacia abajo, permitiéndose sólo un grito débil de dolor en su lugar.

"¡De nuevo Beleren!" gritó Tezzeret sobre el grito de Jace de negación, de desesperación. "¡Vuelve a invocar!"

A él ya no le quedaba casi nada. Apoyado contra una pared, respirando con dificultad, Jace miró con ojos muy abiertos como las extremidades serpenteantes vinieron una vez más hacia él. Nunca había invocado nada más poderoso que el draco de lenguas de vapor; siempre había sido su as en la manga, una criatura que ninguno de sus enemigos había podido vencer. Estaba agotado por una semana de sueño esporádico, dolorido por los golpes que ya había soportado, casi consumido por la invocación que ya había echado. ¡Por el ardiente infierno, él ni siquiera había desayunado!

Pero supo, también, que no podría soportar otra paliza. No era que él estuviera preocupado por el dolor físico, ya no: él se negó a admitir una mayor debilidad bajo el hijo de puta de brazo de metal que tenía enfrente.

Jace se dejó caer al suelo, con las piernas encorvadas, su espalda contra la pared. Respiró profundamente, lentamente, haciendo caso omiso lo mejor que pudo del demonio de metal acercándose cada vez más. Y se estiró, con cuidado, con desesperación, hasta el río que fluía a través del corazón de Ravnica, más allá de las fronteras del distrito Dravhoc. Barrioescombros no había sido construido a orillas de ese río pero no estaba del todo lejos. El sólo conocimiento de Jace podría ser suficiente.

El tocó la mente y el alma de ella, la sintió respondiendo a su llamada. La había sentido con anterioridad, aunque nunca había sabido con precisión quién o qué estaba en ella, la sintió mirándolo mientras envió sus sentidos en el éter, practicado las letanías y ejercicios que, cuando eran puestos juntos, comprendían hechizos de invocación más poderosos que cualquiera que alguna vez había tratado de lanzar. Así no era como él había planeado ponerse a prueba a sí mismo, intentar invocaciones así de poderosas, pero Tezzeret había tomado la decisión por él.

Jace, canalizando el maná del río como si él mismo no fuera más que un afluente, lanzó su poder y su voluntad y su necesidad en el vacío.

El muro de piedra de una de las estructuras circundantes estalló hacia afuera, reducido a un polvo similar a nieve cuando algo inmensamente poderoso golpeó desde atrás. Un enorme cuerpo leonino se apretó a través de la brecha, resquebrajando la piedra mucho más de lo que ya parecía. La piel que recubría su elegante forma era de un sobrenatural azul profundo pero alas multicolores se extendían de su espalda. Su cabeza y rostro eran los de una hermosa pero muy enojada mujer. Sus ojos se dirigieron brevemente sobre la forma ensangrentada de Jace y luego hacia las extremidades metálicas que lo amenazaban. Ella tiró la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido que no fue ni remotamente femenino, y alzó el vuelo con un salto de sus patas traseras, un salto tan poderoso que apenas tuvo que extender sus alas en absoluto antes de aterrizar encima de su enemigo.



Su gran peso y mayor resistencia hizo estrellar una docena de los tentáculos contra la tierra. Estos se agitaron hacia ella, con cuchillas de bordes filosos y

garrotes quebradores de huesos. Ella hizo a un lado de un manotazo la mayoría de sus ataques, un gato disfrutando de la débil lucha de una lagartija moribunda. De los que logaron conectar la mayoría rebotaron en su piel endurecida; sólo una vez la cuchilla del golem cortó profundamente, extrayendo sangre tan azul como el pelaje de la esfinge. Ella rugió una vez más, se encabritó en alto, y se vino abajo con todo su peso, las patas delanteras volando más rápido de lo que el ojo pudo ver. Y cuando ella por fin se detuvo y dio un paso atrás, la criatura artefacto de Tezzeret ya no era más que un montón de tiras cortadas, ya que sus garras perforaron hierro con la misma facilidad con que lo hubieran hecho con carne. El patio de repente apestó a aceites extraños y metales comunes.

Jace le dio una sonrisa de profunda gratitud, incluso inclinando la cabeza mientras despedía la invocación, permitiéndole volver a su lejano hogar. Y entonces se volvió y miró mientras Tezzeret apareció por encima de él, aplaudiendo suavemente.

"¿Ahora estás contento?" dijo Jace escupiendo.

"En efecto." Tezzeret se arrodilló hasta que pudo mirar a los ojos del joven. "Hoy has aprendido tres lecciones vitales, Beleren. Has aprendido que una fuerza sin utilizar es una fuerza que no tienes, que nunca deberías detener tu pleno potencial. Has aprendido a llamar aliados mucho mayores que los que cualquiera que hayas invocado hasta ahora."

"¿Y tercero?" Preguntó Jace tratando de no gritar a Tezzeret ni de entornar los ojos por esa "lección".

"Has aprendido que ya habías despojado de libre voluntad a otras criaturas cuando mejor te convino. ¿Porqué qué más estás haciendo cuando invocas a un hada, o un draco o una esfinge para luchar y, posiblemente, morir por ti?"

Jace sintió su rostro poniéndose blanco y se preguntó por qué nunca lo había considerado antes.

"Baltrice me contó lo que le hiciste al hombre rata," dijo el artífice. "Sé que puedes hacerlo y ahora te he demostrado que de verdad estás dispuesto a hacerlo. Así que la próxima vez que te ordene que lo hagas espero que obedezcas. Sin vacilar y sin quejarte."

"Ve a hacerte atender por los sanadores antes que cualquiera de esas heridas te dejen congelado."

Y luego de decir eso se marchó, caminando, del patio roto.

Jace observó la partida del artífice y sus ojos se estrecharon en latente resentimiento. Sí, aquellos eran de hecho los tipos de conocimientos que Tezzeret a menudo trataba de impartir. Sí, ese día él había verdaderamente dominado magia poderosa. Y no, Tezzeret nunca había dicho ni una sola palabra sobre la fallida excursión a Kamigawa.

Pero Jace, aferrándose a sus costillas y su estómago mientras se levantó, mirando las ruinas a través de su ojo bueno, conocía condenadamente bien un castigo cuando trataba con uno.

* * * * *

Los sanadores tuvieron tanto que hacer que para finales de la tarde del día siguiente Jace seguía sintiendo dolor por todas partes y así, moteado con contusiones, pareció como una víctima de la peste. Aún así el mensajero que vino a golpear su puerta había estado empapado en sudor y el tono de su voz dejó pocas dudas de que cuando Paldor había dicho "Ahora mismo," él había querido decir *ahora mismo*. Así que Jace se tragó el dolor lo mejor que pudo y corrió por los pasillos del complejo, apretándose entre sirvientes y soldados donde pudo, empujándolos fuera del camino en donde no. Por último sus pies lo habían llevado al vestíbulo justo dentro de la entrada principal. Allí se detuvo de golpe, jadeando, y se permitió un momento para abarcar la escena.

Paldor estaba junto a la puerta por la que Jace acababa de precipitarse. Tenía las manos cruzadas a la espalda pero el joven mago no pudo dejar de notar que esas manos carnosas sostenían una ballesta, amartillada y lista para disparar. Media docena de soldados y espadachines del Consorcio, Kallist incluido, sostenía el acero desnudo en sus manos y estaban parados en círculo alrededor de un extraño cuyo sonrisa torcida sugería que encontraba todo el asunto divertido.

Era humano, este recién llegado, con su cabello rubio peinado hacia atrás con tanta fuerza que seguramente le estaría dando un dolor de cabeza. Iba vestido con una túnica de gamuza negra y pantalones, cubierto con una capa que le llegaba a los tobillos de borgoña profundo, completa con broche de oro y lazos de encaje negros en el cuello. Llevaba una daga curva en la cintura pero en ese momento levantó las manos a los lados, bien lejos de la empuñadura del arma.

"¿Qué está pasando?" dijo Jace en un susurro a Paldor.

El corpulento teniente carraspeó. "El tipo dice ser un mensajero del ‘maestro’ de Tezzeret."

Jace se quedó mirando durante un largo momento. "¿Maestro?" finalmente repitió.

"Nicol Bolas. Al parecer el bastardo tiene un retorcido sentido del humor."

"¿Quién...?" Los ojos de Jace se iluminaron con la comprensión. "¿Es de quien Tezzeret robó el Consorcio?" susurró a fin de no ser escuchado. Le dedicó algún pensamiento al hablador de mentes y decidió que no valía la pena el esfuerzo.

"Prefiero pensar en ello como en haber anexado la organización por el bien mayor," respondió Paldor con su voz igualmente débil.

"¿Y él sabe dónde encontrarnos? ¿Simplemente qué, llamó a nuestra puerta?"

"Más o menos," le dijo Paldor. "Bolas cuenta con una red de espías tan grande como el Consorcio. Podemos ser rivales pero todavía tenemos que comunicarnos. Ravnica tiene suficiente población como para que nadie vaya a arriesgarse a una guerra abierta por lo que es una especie de territorio neutral. Aquí, más que

en ninguna otra parte, cada uno de nosotros sabe dónde encontrar representantes del otro."

"Ya veo," dijo Jace, aunque no estuvo seguro de hacerlo de verdad. "¿Y yo estoy aquí para...?"

"Leer su mente. El afirma que tiene un mensaje escrito sólo para los ojos de Tezzeret. Quiero estar condenadamente seguro de que no es un asesino o algún tipo de artefacto mágico antes de que yo considere ponerle en contacto con el jefe."

"¿No sabemos si es un mago? ¿Si me va a sentir?"

Paldor se encogió de hombros. "Es bienvenido a levantar una queja si quiere. Em, pero Jace," agregó él cuando el leedor de mentes dio un paso adelante. "No empujemos las cosas. No sabemos qué tipo de conjuros Bolas mismo es capaz de hacer. No queremos ofenderlo innecesariamente y, de todos modos, no es probable que envíe un mensajero a nosotros que sepa algo comprometedor. Confirma que este hombre es quien dice ser y que sus intenciones son como dijo pero no caves más profundo."

Jace asintió y se tomó un momento para reunir su concentración. El tipo miró en su dirección y le ofreció una sonrisa a partes iguales insinuante y condescendiente pero si tuvo alguna idea de lo que estaba pasando, si sintió algo cuando Jace tocó su mente, nunca lo mostró en su rostro.

"Su nombre es Mauriel Pellam," dijo Jace a Paldor un minuto después. "Él es, en verdad, un mensajero de Bolas; o, más exactamente, de personas que trabajan para las personas que trabajan para Bolas. Y hasta donde yo sé él está aquí sólo para entregar un mensaje, sin ningún propósito más siniestro."

"Excelente," dijo Paldor. Luego, en voz más alta, "Muy bien muchachos, pueden descansar. Tú y tú escolten amablemente a mi invitado y a mí a mi oficina. El resto de ustedes de vuelta a sus funciones."

Jace miró a los cuatro hombres girarse y desaparecer al final del pasillo. Lanzó a Kallist una mirada inquisitiva pero el otro hombre sólo pudo encogerse de hombros, igualmente desconcertado. Jace dejó el vestíbulo mucho más lentamente de lo que había llegado, favoreciendo a sus costillas magulladas y preguntándose qué demonios había sido todo eso.

* * * * *

El comedor estaba entre las zonas más opulentas y mejor mantenidas en todo el complejo del Consorcio de Ravnica. Varias mesas, desde íntimas biplazas hasta enormes losas capaces de albergar treinta con espacio de sobra, se esparcían sobre la cámara. Las sillas eran cómodas, sus tapizados obras de arte, permitiéndoles a sus ocupantes sentarse durante horas sin sentir dolor o incomodidad. Múltiples puertas permitían el acceso a las salas del complejo así como a la enorme cocina, asegurando un camino despejado para el ir y venir de los sirvientes. En todas las paredes colgaban tapices de intrincada artesanía, la mayoría de los cuales

tenía el olor vagamente atractivo de comida antigua permanentemente atrapada entre los hilos, y el techo mostraba vigas de madera que no servían absolutamente para ningún propósito estructural, otorgándole a toda la habitación un sensación hogareña vagamente artística.

El suelo, sin embargo, era de madera al descubierto; Paldor había permitido arrancar a regañadientes las peludas alfombras de lujo después de que todo el personal de limpieza había amenazado con renunciar.

Esa noche, como hacía a veces cuando no había asuntos próximos con los que tratar, Paldor había invitado a algunos de los mejores agentes de la célula a una cena proporcionada por sus chefs privados. Siete de ellos estaban en ese momento sentados alrededor de una de las mesas medianas: Kallist y Jace; Ireena, una elfa con la piel sorprendentemente bronceada y vestida con una túnica de color rojo sangre que nadie más que ella pensaba se veía bien en su interior; el mago Gemreth, con un peculiar diablillo de cuatro alas posado en su hombro y riendo en ocasiones ante nada en particular; el vedalken Sevrien, ahora vestido con la armadura de cadenas de un soldado del Consorcio; Xalmarias, un centauro que había hecho lugar para sí mismo en la mesa pateando varias sillas por la habitación, vestido sólo con un rico chaleco verde con botones de oro y plata; y, por supuesto, Paldor mismo.

El plato de la sopa, una espeso guiso de tubérculos, ya había ido y venido. En el centro de la mesa había un plato humeante de suaves tartas de vegetales destinadas a limpiar el paladar para los pasteles de carne picada que Paldor había solicitado específicamente para la cena de esa noche.

Mientras esperaban Jace mantuvo su mirada fija durante mucho tiempo en la mesa frente a él. Todo olía muy bien pero él había comido sólo unas cucharadas de la sopa y se preguntaba si podía soportar los pasteles en absoluto. En los últimos cuatro días casi se había recuperado de sus heridas pero un constante disgusto, no tanto de dolor y no tanto de náuseas, persistía en sus entrañas.

"Muy bien," dijo Paldor luego de darle una prodigiosa mordedura a una galleta, "vamos a empezar." Había estado hablando con la boca llena así que en ese momento fue capaz de hacerlo sin la menor pérdida de enunciación. "Ireena, estamos teniendo algunas dificultades con nuestros asilos de alquímicos en los barrios pobres de Nalatras. Una especie de envenenamiento o plaga que nuestros sanadores no pueden curar y que casi parece moverse como un ser vivo. Hemos contratado a Vess para que te ayude con esto en caso de que se haya involucrado un espíritu de algún tipo." Ireena frunció el ceño pero asintió en aceptación. "Así que, si ustedes dos..."

Paldor continuó y Jace se desconectó. Sabía que probablemente debería prestar atención a lo demás que estaba pasando a su alrededor, mantenerse al día con las actividades de la célula, pero ese día simplemente no quería preocuparse. Apenas se dio cuenta cuando los sirvientes moviéndose a su alrededor deslizaron un plato de carne picada y pan delante de su rostro.

Sólo cuando escuchó su nombre fue que levantó la cabeza para mirar apenado a Paldor, que tenía manchas de carne y un pequeño hilillo de jugo goteando por el costado de su barbilla. "¿Sí?"

"Nada demasiado difícil para ti esta semana," le dijo el teniente secándose los labios con una servilleta. "Uno de los terratenientes de Barrioescombros está siendo terco sobre el valor de una propiedad que nosotros queremos para la ampliación del complejo. Tú y Kallist se harán pasar por dos hermanos que representan a la 'familia de comerciantes' que quiere comprarla. Kallist será el manejador de las negociaciones reales. Tu trabajo es echar un vistazo dentro de la cabeza del hombre y encontrar algo que podamos utilizar para, em, persuadirlo a ser más razonable."

"Uh-eem. ¿Y si no hay tal cosa?"

"Siempre la hay. Uno no llega a ser un terrateniente en Ravnica sin pisotear a la gente. ¿Pero si no? Entonces lo haces firmar a nuestro coste preferido. La solución a largo plazo es la mejor pero nosotros hacemos lo que tenemos que hacer."

Jace asintió, empujando distraídamente su cena con un tenedor. "¿Cuántos guardias, si las cosas van mal?"

Paldor se encogió de hombros. "Mis fuentes dicen que suele viajar con cuatro. Debe ser lo suficientemente fácil para ustedes."

"¿Eso es fácil como fácil en el ‘mundo real’ o fácil como en el ‘pueblo Nezumi’?" preguntó Jace antes de que pudiera pensarlo mejor. "Porque si es esto último puede ser que necesite refuerzos."

Varias piezas de platería resonaron en la mesa y un número de bocas dejaron de masticar mientras seis pares de ojos se clavaron en él con gran asombro. Jace, sin embargo, estaba demasiado enojado como para sentirse cohibido al respecto.

"Ya veo." Paldor, también, se tragó su bocado actual y dejó el tenedor y la servilleta ante él. Por un momento su mirada recorrió toda la mesa. "¿Hay alguien aquí," peguntó con calma, "que no esté familiarizado con los recientes acontecimientos desafortunados a los que se refiere Jace?"

Todo el mundo miró hacia otro lado, tal vez tratando de ahorrarle a Jace la vergüenza. Mientras que pocos de los de la sala sabían algo acerca de otros mundos todos ellos habían escuchado una versión algo editada del reciente "fracaso" de Jace.

"¿Y tú, Jace?" continuó él. "¿Sentiste que fuiste tratado injustamente?"

En ese punto hasta Jace había llegado a la conclusión de que sería más sensato cerrar por completo el pico pero él no se atrevió a hacerlo. "Siento que he sido castigado," dijo sin hacer nada más que frotarse su estómago dolorido "por los errores de otros."

"En efecto." Paldor se reclinó en su silla, estirando su gran cuerpo hasta que su columna vertebral desató un trío de estallidos audibles. "No es normal hablar mal de la dirección de otra célula," dijo lentamente, "pero llegados a este punto poco importa."

"Sí, Jace. Los errores, en su mayor parte, no fueron tuyos. La gente se puso perezosa, complaciente, y no se molestó en comprobar lo que se les dijo. Por lo que yo se el nuevo líder de la célula se está

esforzando mucho por salvar la situación con los nezumi ya que Tezzeret expresó su descontento con el líder anterior en ningún incierto y, em, condiciones finales."

Varios de los comensales murmuraron en sus manos o sus copas pero nadie dijo nada inteligible.

"En cuanto a Baltrice..." continuó él.

Paldor metió la mano en su manga izquierda y luego golpeó con su mano derecha sobre la mesa. "¿Sabes lo que es esto?" le preguntó a Jace mientras varios de los otros retrocedieron.

El no lo sabía pero tan seguro como que las Eternidades eran ciegas era que aquella no era una daga normal. La hoja era de un extraño metal gris que brillaba sin necesidad de luz externa. Jace se dio cuenta con un sobresalto que incluso podría haber sido forjada de eterium o al menos de una aleación del mismo. Una tenue niebla oscura flotaba del filo del arma, como si se estuviera evaporando lentamente en una noche fría, aunque la propia daga nunca disminuyó.

"Se llama dagamaná," dijo Paldor cuando Jace permaneció en silencio. "Una extraña arma adquirida por Tezzeret algunos años atrás de la Iglesia del Alma Encarnada."

"Nunca he oído hablar de ellos."

"No me sorprende y tampoco es el punto. La cuchilla no se limita a extraer sangre, Jace. Oh, cuando se utiliza contra alguien como yo es bastante normal. Un cuchillo es un cuchillo, ¿no? Pero," continuó él inclinándose hacia delante, "corta el alma de un mago. Hace sangrar su esencia en el éter. Hiere a un hechicero con esto y él no sólo perderá sangre, también perderá sus lazos con el maná. Me han dicho que se trata de una de las más atroces experiencias imaginables."

Jace no pudo evitar estremecerse. ¿Cuál era la iglesia que podía forjar algo así?

"Tezzeret me la regaló hace un tiempo," dijo Paldor, "como recompensa por terminar una operación de especial importancia. Pero me la sigue pidiendo prestada en alguna ocasión. Y la tomó prestada la semana pasada. Por lo que se," y en ese momento no hubo nada jovial en absoluto en aquel rostro normalmente alegre, "sólo la utilizó para cortes poco profundos. Sólo quiso hacer entender su punto, después de todo, sin dañar permanentemente a su mejor agente. Es probable que las cicatrices de Baltrice se sanen antes de que la vuelvas a ver. O, por lo menos, las físicas lo harán." Sus ojos brillaron enfermizamente. "Yo estuve allí, Tezzeret me dejó ver ya que es mi daga, y creo que los recuerdos le durarán hasta mucho, mucho después de que las cicatrices se hayan desvanecido."

"Así que no vengas aquí, Beleren, a quejarte conmigo por un poco de dolor después de una operación fallida." Paldor movió la muñeca y la dagamaná desapareció una vez más bajo la manga. "Te aseguro que no sabes lo que es el castigo. Sigue haciendo lo mejor para Tezzeret, él seguirá haciéndote rico y tú nunca tendrás que saberlo."

Jace bajó la vista a la mesa una vez más y asintió con la cabeza.

"Excelente." El rostro de Paldor volvió a estallar en su sonrisa acostumbrada. "Así que, ¿quién quiere postre mientras empezamos a hablar de detalles?"

Capítulo 16

El rostro de Jace fue una máscara de piedra mientras empujó la puerta al despacho de Paldor pero aquellos que lo conocían bien hubieran podido ver débiles brasas de humeante irritación, incluso de resentimiento, detrás de sus ojos. Era una mirada que llevaba con frecuencia en esos días.

"¿Qué podría ser tan urgente," le exigió el mago mientras se inclinó con ambos puños en el borde de la mesa, su voz baja pero firme como el hierro, "que tenías que sacarme en medio de una misión en curso?"

Paldor miró significativamente el escritorio, luego a Jace. No sonreía. "Quita tus manos de allí."

Jace se enderezó pero su expresión no se quebró. "¿Sabes que dejaste a Kallist para terminar el trabajo solo? Sin cuchillas, dijiste. Hazlo que se vea como una muerte natural, dijiste. ¿Cómo se supone que Kallist lo haga ver como algo natural sin mí Paldor? ¿Acaso pensaste en eso alguna vez?"

Paldor, con su rostro cada vez más púrpura, señaló al otro lado de la habitación. Y sólo entonces Jace se dio cuenta de una figura de pie en un rincón, una figura que él había pasado a su lado sin siquiera darse cuenta.

"Realmente, Beleren" le reprendió Tezzeret. "¿Acaso ya no tienes ni un poco de respeto por tus superiores?"

"¿Hay alguna manera de que posiblemente pueda responder a eso?"

Tezzeret dio una risita. "Probablemente no. Pido disculpas por haberte sacado de tu asignación Beleren. Sin embargo estoy seguro de que Kallist lo hará muy bien. Él estaba haciendo esto mucho antes de que aparecieras."

"Por supuesto."

"Pero te necesito para algo más importante. Necesito que me acompañes a una reunión."

Jace levantó sus cejas. "¿Alguna chance de que eso signifique que finalmente me vas a llevar a tu propio lugar sagrado?"

"No, en absoluto. Iremos a algún lugar menos agradable."

Paldor rió al ver la expresión de decepción de Jace. "¿En serio, que esperabas? Ni siquiera yo sé donde se relaja su eminencia."

"Ya te he pedido que no me llames así, Paldor," le recordó Tezzeret.

"Y yo pedí ser más alto," le dijo Paldor con una sonrisa sarcástica. Tezzeret frunció el ceño pero no dijo nada más.

"¿Reunión?" solicitó Jace.

"Sí." Tezzeret vagó detrás del escritorio y le dio a Paldor una mirada significativa. El teniente refunfuñó pero levantó su gran volumen fuera del camino para que se sentara su empleador. El artífice frunció el ceño por la altura de la silla que le dio un aspecto algo ridículo detrás del escritorio igualmente bajo pero al menos no tuvo ninguna duda de que soportaría su peso.

Giró y le dio a Paldor una segunda mirada, igualmente significativa.

"¡Oh, tiene que estar bromeando!" exclamó Paldor. "Jefe, esta es mi oficina. Yo…"

"Debería conocer la ruta más rápida a la puerta, ¿verdad? Te haré saber cuando hayamos terminado."

Paldor, quejándose con más fuerza, pisoteó su camino hasta la puerta y la cerró de golpe detrás de él.

"¿Cómo has estado Beleren? Hace tiempo que no hablamos."

Cada día más muerto. ¿Qué hay de tí?

"Bien," dijo Jace. "Todo bien."

"Me alegra oírlo. Me acompañarás a una negociación bastante delicada."

"¿Ah, sí?"

Tezzeret hizo un gesto con la mano. "Algo así como un conflicto sobre derechos mineros en territorios superpuestos. Nada de lo que debería ser particularmente de tu interés."

"Eso está bien," dijo Jace, "pero en realidad, lo que yo quería decir era ¿con quien nos estamos reuniendo?"

"Con Nicol Bolas."

"Ah," dijo Jace después de reproducir la respuesta en su mente para estar seguro de que había oído bien. "Esto estaría relacionado con ese mensajero que vino a nosotros hace unas semanas."

"Estaría."

Jace negó con la cabeza y se dejó caer de nuevo en una de las diversas sillas de la habitación. "Nunca lo he entendido del todo... Este Bolas es obviamente bastante poderoso. Obviamente un caminante de planos o él no habría podido armar algo así como el Consorcio. Así que ¿por qué usurparlo de él? ¿No podrías haber pensado en alguna manera segura de construir una organización?"

Tezzeret sonrió. "Hace algún tiempo, Beleren, me encontré en las filas de una cábala que se hacían llamar los Buscadores de Carmot. Hechiceros y alquimistas, alegaban un gran número de fascinantes descubrimientos pero el mayor de todos, y uno que prometieron enseñarme una vez que yo les demostrara ser digno, ¡fue el redescubrimiento de las antiguas artes para crear eterium!" El levantó el brazo artificial como si sintiera la necesidad de recordarle a Jace de su existencia.

"Bueno, por supuesto que yo estaba intrigado," dijo él como si fuera la cosa más obvia del mundo. "¡La persona, o la facción, que aprendiera como reponer la creciente disminución de eterium de las tiendas del Multiverso sería lo suficientemente poderosa como para comerciar con mundos enteros!"

"Imagina mi decepción cuando descubrí que todo era una mentira. Que los cuentos de forjar eterium fueron un engaño orquestado por el verdadero maestro de los Buscadores de Carmot como uno de sus diversos planes enrevesados. E imagina mi ira cuando, al darse cuenta de que yo sabía la verdad, ¡los Buscadores intentaron matarme! ¡Después de todos mis años de servicio!" Tezzeret negó con la cabeza y sonrió una vez más.

"¿Quieres adivinar quién es el verdadero maestro de los Buscadores?"

Jace se quedó mirándolo boquiabierto. "¿Así que robar el Consorcio fue, qué? ¿Venganza?"

"A mi," dijo Tezzeret con suavidad, "no me agrada mucho la traición."

Varios momentos marcharon hasta que Jace se permitió entender eso. "Muy bien," dijo finalmente. "¿Y qué me dices de su venganza? ¿Acaso piensas que Bolas va a reunirse pacíficamente contigo? ¿Así como así? ¿No tienes miedo que pueda, oh, no sé, tratar de matarte?"

Tezzeret sonrió y comenzó a tamborilear distraídamente con los dedos sobre el escritorio. La madera hizo un sonido hueco bajo el impacto del eterium. "Bolas controla su propia red de

organizaciones, Beleren, y él aceptó reunirse conmigo de un líder a otro. No va a renegar de la promesa de una negociación segura y correr el riesgo de que le llegue la noticia a otros con los que tenga que negociar más tarde."

"¿Y tú confías en eso?"

"En absoluto. Yo sólo accedí a esta reunión con la condición de poner guardas con antelación, asegurando que ninguno de nosotros pudiera atacar al otro. Y llegaremos temprano, para chequear dos veces esas guardas."

"Bueno, si tú estás seguro..." Jace frunció el ceño. "Entonces, ¿para qué estoy yo aquí?"

"Ah, eso." La sonrisa de Tezzeret se volcó sobre sí misma en una leve mueca. "La verdad es que yo no estoy del todo seguro de lo que Bolas es capaz. Más específicamente, no sé si es capaz de leer la mente."

Jace asintió lentamente. "Paldor implicó algo similar. Así que me quieres allí para hacerte saber si…"

"No. Estoy seguro de que lo sentiré si me lo hace a mí. Tú estarás allí para bloquearlo."

Jace parpadeó.

"No me hace ningún bien saber que está leyendo mi mente," dijo Tezzeret, "si él consigue lo que está buscando en el proceso. Y hay ciertos detalles que podrían debilitar más sustancialmente mi posición negociadora si el llega a descubrirlos."

"Entonces, ¿por encontrarse con él en persona? ¿Por qué no enviar un mensajero?"

"Fue parte del acuerdo," dijo el artífice con una queja. "El no iba a reunirse con nadie más que yo y esta operación minera vale mucho. Tengo que conseguir resolver este asunto."

Jace frunció el ceño. Algo acerca de eso no sonó absolutamente cierto; él juraría que casi oyó una corriente subterránea de miedo debajo de la fachada normalmente inquebrantable de Tezzeret.

También sabía que lo mejor no sería cuestionar al hombre. "Tú ya sabes que yo, por lo que sé, nunca he conocido antes a otro leedor, ¿verdad?" dijo en su lugar. "Tengo una muy buena comprensión de la teoría detrás de como bloquear un intento pero nunca la he puesto en práctica. No tengo ni idea si puedo hacer lo que me estás pidiendo."

Tezzeret asintió. "Pero tú eres el mas indicado, ¿verdad?"

Eso tuvo sentido así que Jace asintió. "Está bien. Nicol Bolas. ¿Alguna otra cosa que debería saber sobre él aparte de que es un caminante de planos con un serio rencor contra ti?"

"En realidad no," dijo Tezzeret poniéndose de pie. "Oh, excepto que es un dragón de veinticinco mil años de edad y más grande que el granero de un ogro.

"¿Alguna pregunta más?"

"No," dijo Jace enfermizamente. "Creo que es suficiente."

* * * * *

Después de la tercera vez que Tezzeret intentó y falló en pronunciar el nombre del mundo para el conocimiento de Jace el joven mago se dio por vencido en tratar de recordarlo. Francamente no importaba mucho si sabía el nombre del mundo.

Sólo sabía que era condenadamente frío.

Los dos se encontraban de pie en la base de una cordillera ártica, en una grieta que apenas ofrecía una mediocre protección de los vientos huracanados. Rachas de nieve y aguanieve azotaban por el aire, vueltas de lado por los vientos, escurriéndose más allá de las diferentes peñas y arcos de piedra. El aguanieve hacía arder el rostro, los copos derritiéndose a través de la ropa para hacer temblar la piel por debajo. Jace sintió la presencia de maná en el hielo por debajo pero era débil, casi anémica. Alguien o algo (¿Bolas mismo tal vez?) había absorbido con frecuencia y con avidez la magia dentro, dejando tan poco que la región necesitaría tiempo para recuperarse.

El se acurrucó en una pesada capa forrada de piel envuelta a su alrededor y se mantuvo con los brazos cruzados sobre el pecho. Incluso a través de su bufanda vio pequeñas bocanadas de niebla con cada respiración. Sin embargo, Tezzeret, que estaba vestido con polainas de cuero y un chaleco pesado con múltiples bolsillos y correas, se veía bastante cómodo. Del antebrazo de su prótesis colgaba un globo de latón, unido como con algún tipo de magnetismo o adhesivo. Brillaba de un naranja cálido y emitía un zumbido bajo que hizo que Jace quisiera meterse en su propia cabeza y arañara sus tímpanos hasta que dejaran de arder.

Y, posiblemente, golpear a Tezzeret en la boca por traer una sola.

"¿Dónde está él, de todos modos?" exclamó Jace para hacerse oír por encima de los vientos rugientes. "¡Pensé que nos íbamos a encontrar con él hace media hora!"

Tezzeret se encogió de hombros y citó: "‘Bolas no espera por ti, tú esperas por Bolas.’"

"A mí nunca me ha gustado esa expresión." La voz vino de todas partes y de ninguna, llevada por el viento, haciendo eco a lo largo del cañón. Fue profunda, el estruendo de las raíces de la montaña mientras la tierra se movió lentamente por encima. Resonó en sus oídos, sin resultar impedida por la tormenta de nieve. "Me hace sonar pomposo. Y yo desprecio a las personas que me hacen sonar pomposo."

El cañón delante de ellos empezó a oscurecerse mientras algo inimaginablemente enorme tomó forma. "Prefiero," continuó la voz, "hacerlo yo mismo."

Y entonces él estuvo simplemente allí. El caminante de planos más antiguo de todos. La Serpiente Inmortal. Nicol Bolas.

Bolas llenó el cañón como una montaña viviente de músculos y escamas, fuego y colmillos. Su piel oscura mostrándose verde contra el telón de fondo de un blanco cegador; el humo que subió de su nariz fue espeso y rojo, y lluvia cayó de los cielos donde el calor de su aliento fundió el aguanieve que caía. Inmensas alas abiertas, extendiéndose a cientos de metros de la sima en cada lado y

entonces él, increíblemente, las plegó, las metió fuertemente contra su cuerpo y se dejó caer al suelo del cañón. La gran cabeza giró, apuntando un solo ojo a los dos humanos insignificantes, y ellos se vieron reflejados dentro del orbe en un abismo negro y sin fondo.

Jace se vio incapaz de hablar, apenas incluso de respirar. Incluso Tezzeret palideció; cualquiera que hubiera pasado menos tiempo con él que él mismo Jace nunca lo hubiera visto, pero allí estaba. Sin importar lo bien que lo escondió el artífice estaba aterrorizado y Jace encontró eso más inquietante que el propio dragón. Luego, respirando hondo, Tezzeret se adelantó, golpeando "accidentalmente" el hombro de Jace con el suyo en el proceso. La sacudida fue suficiente como para conseguir que él volviera a pensar y Jace echó su mente en una red que rodeó al propio Tezzeret. Aun así no pudo apartar la mirada de la imposible bestia ante él.

"Nos haces un gran honor con tu presencia," comenzó Tezzeret con sólo el más leve temblor en su voz. "Tengo esperanza, Nicol Bolas, de que juntos podamos llegar a un mutuo beneficio…"

"Cállate." Bolas movió su cabeza, causando que una pequeña avalancha de hielo y rocas cayeran de la cornisa contra la que se encontraba. "Te odio, artífice, y descubro que es infrecuente que yo me moleste en odiar a alguien más. La única razón por la que yo no estoy sacando tu columna vertebral de entre mis dientes es porque fuiste lo suficientemente inteligente como para organizar estas protecciones antes de tiempo.”

"Pero vayamos más al punto," continuó, "Yo sé muy bien que sientes lo mismo por mí, sin importar como elijas manipular tus palabras y hacerlas trotar como mujerzuelas perfumadas." El dragón se movió, arrastrando una sola garra a través del hielo con un chillido ensordecedor. "¿Así que tal vez podamos dejar a un lado las jocosidades para aquellos que de verdad les importan y simplemente decirme lo que propones?"

"Muy bien. Primero quiero que te detengas…" Tezzeret respiró, tosió una vez para ocultar el hecho de que su voz casi se había quebrado. "Que dejes de interferir con mis operaciones en las Montañas Kankarras."

"¿Tus operaciones?" retumbó Bolas. "Me parece recordar haber hecho un replanteo muy público, y perfectamente legal, para reclamar los derechos mineros desde las orillas del Ashadris hasta..."

Después de sólo unos minutos de montañas y ríos, minas y fundiciones, tratados y terrenos neutrales, Jace encontró su mente errante. Las voces del dragón y el artífice se desvanecieron en el ruido de fondo, algo muy diferente a la propia tormenta de nieve.

Tedioso, ¿no es as, Jace Beleren?

Jace prácticamente saltó de su ropa, que bien podría haber resultado un problema dada la temperatura ambiente. Reconoció la voz aunque la atención del dragón permanecía fija en Tezzeret, sus enormes fauces moviéndose mientras habló. Al mago le tomó varios segundos reconocer el lenguaje telepático al estar en el extremo receptor en lugar del emisor.

¿Lord Bolas? envió interrogantemente.

Nicol Bolas. Te sorprendería saber lo poco que significan los títulos después de que uno los has obtenido a casi todos.

Jace se encontró asintiendo y se obligó a detenerse. De alguna manera no creyó que a Tezzeret le agradaría saber que estaba teniendo lugar esa conversación.

Seré curioso, continuó Bolas. *¿Cómo alguien como tú se encuentra limpiando los desórdenes del artífice?*

Jace tuvo que volver a detenerse a sí mismo, esta vez para no encogerse de hombros. *Fue la mejor oferta con la que me crucé.*

Ah. Quizás descubras, Jace Beleren, que ser el mejor no significa que sea bueno.

Pasó un momento y aún así el dragón siguió discutiendo con Tezzeret, sin ofrecer el más mínimo signo de cualquier otro esfuerzo.

¿De todos modos cómo es que tú perdiste toda una organización? Jace habría borrado la idea tan pronto como la había mandado pero, por supuesto, ya fue demasiado tarde.

Bolas simplemente dio una risita, un sonido extraño de escuchar dentro de la mente de uno. *Y aquí estoy yo tomándote por un cobarde.*

Bueno, yo…

En resumen, Jace Beleren, me volví descuidado. Tengo tantas de tales facciones y cábalas que respondan ante mí que no puedo vigilarlas tan de cerca como quisiera. Ya no más, añadió con amargura.

Jace quería preguntarle qué significaba eso pero decidió que había empujado las cosas demasiado lejos.

El artífice simplemente se abrió camino a través de la organización hasta que estuvo cerca de la cima y entonces él y sus secuaces mataron a todos los de rango más alto. Pero algo más importante aún fue que mataron a todos aquellos, salvo a los que confiaban implícitamente, que sabían que el Consorcio respondía ante mí. Sin mi propia gente con la que contrarrestar sus órdenes él simplemente entró en el vacío de poder y continuó operando como si nada hubiera cambiado.

En ocasiones he intentado deslizar agentes de nuevo en las filas pero él siempre parece detectarlos. Aunque la cabeza del dragón no giró Jace tuvo la repentina sensación de que estaba siendo observado. *Casi como si él tuviera un leedor de mentes a su servicio, ¿verdad?*

Jace, a quien más de una vez se le había pedido que comprobara la lealtad de un nuevo recluta y que había señalado a aquellos que habían portado secretos, sonrió débilmente y miró a su alrededor en busca de algún lugar a donde correr.

Pero cuando Bolas volvió a "hablar" sonó melancólico en lugar de enojado. *Hubo una vez en que nosotros fuimos dioses, Beleren. ¿Sabías eso?*

Yo… ¿qué?

No, supongo que no lo sabes. No a tu edad. El dragón lanzó lo que Jace sólo pudo llamar un suspiro. *La Chispa ardía mucho más brillante en ese entonces. Nosotros ejercimos nuestros deseos sobre*

los mundos y los mundos obedecieron. Y luego, la catástrofe en Dominaria, y nosotros...

Nosotros somos menos Beleren. Menos de lo que éramos... La mente del dragón amenazó con quemar el alma de Jace con su calor. *¡Y menos de lo que seremos!*

Jace sintió girar su mundo, abrumado por la intensidad del fervor de Bolas. *¿Por qué...? ¿Por qué me dices esto?*

¿Por qué, Jace Beleren? Pensé que te gustaría saberlo. Eso, y resultó ser una magnífica distracción, ¿no crees?

Jace quedó inmóvil, un rayo de pánico atravesando su cuerpo, y sintió la mente del dragón pasando a su lado, lanzándose en busca de huecos en la "red" de pensamientos e ideas con que él había rodeado la mente de Tezzeret.

Jace, con su cuerpo rígido como si hubiera sucumbido mucho tiempo atrás al toque de la ventisca, lanzó toda su fuerza de voluntad en una estocada mental. Su mente gritó en el hielo y nadie escuchó. Como un puño apretándose, cerró de golpe la red de pensamientos, tratando de bloquear a Bolas antes que él...

¡Oh, querido Cielo!

La mente de Jace se acobardó ante el mayor poder que jamás había sentido. Las profundidades más íntimas de la psique de Alhammarret, la esencia misma del ser del hechicero, no habían sido nada, una suave ráfaga primaveral ante el rugiente huracán que fue ese único tentáculo de la mente del dragón.

Ese tentáculo se convirtió en una lanza, apuñalando la mente de Tezzeret. La red mágica de Jace se cerró alrededor de la lanza atrapándola entre las ideas. Bolas empujó, Jace apretó, y por sólo un instante (un precioso pequeño instante pero una hazaña mucho más impresionante de la que Jace nunca se daría cuenta) el joven mago se mantuvo firme.

Sudor chorreó de su frente y se congeló, formando una pequeña cobertura en su cabello. Sus ojos se humedecieron, amenazando con hacer lo mismo, y Jace parpadeó para despejarlos antes de que los carámbanos que se estaba formando pudieran cegarlo. Su cabeza latió y el cielo y la nieve se volvieron grises ante su visión desvaneciéndose. En segundos el poco maná que esperaba ser utilizado bajo tierra desapareció. El se esforzó por extenderse más lejos, esperando por más, y se encontró que ya no quedaba casi nada. Bolas, o fueran cuales fueran los magos que vivían en ese mundo inhóspito, habían dejado verdaderamente seca la región.

Su respiración se volvió entrecortada y harapienta, el aire helado quemando sus pulmones. Un nudo en su estómago, sus puños apretados dentro de sus guantes. Sintió un estallido capilar en su ojo izquierdo, escuchó algo explotar en los profundo de sus senos paranasales. Sintió un calor líquido chorreando de su nariz, un calor que no duró mucho antes de que este, también, comenzara a congelarse.

La presión siguió creciendo, el tentáculo mental agitándose en sus manos, y Jace supo, sin saber cómo lo sabía, que el dragón todavía no había empezado a luchar. Tal vez (*tal vez*) si Jace hubiera

permanecido concentrado, si hubiera atrapado el ataque antes de que hubiera penetrado sus defensas dispersas, podría haber tenido una oportunidad. Podría haber alterado la falange de concentración y deliberación que protegía a Tezzeret, cerrado las brechas antes de que Bolas las explotara, y sólo tal vez rechazado al dragón el tiempo suficiente como para hacerle llegar a Tezzeret algún tipo de advertencia.

¿Pero ahora? Cada instinto que Jace tenía, cada parte de su alma, le gritó que retrocediera, que se protegiera en su mente y se alejara lo mejor posible. Dio un suspiro y cayó al suelo derrotado. Su cuerpo tembló y el hielo y la nieve en torno a él se volvió rosa con sangre.

Tezzeret no vio nada de esto. El artífice, aún en medio de una frase, se tambaleó cuando el peso de la mente de Nicol Bolas tocó la suya. Sólo entonces, con la mandíbula floja por la conmoción y una creciente alarma, pudo mirar atrás lo suficiente como para notar a Jace arrastrándose a través del hielo.

"De verdad Tezzeret," dijo Nicol Bolas con su tono sin cambios. "Estoy decepcionado. Por supuesto, yo ya lo había matado; se que estaba siendo pagado por algún tiempo. Pero él no parecía saber quien estaba recibiendo el mineral que robó de mis envíos. Una movida inteligente, utilizar a un tercer grupo."

"Pero venir a verme después de alguna forma la hizo menor."

"¡Tú no puedes tocarme Bolas!" insistió Tezzeret irguiéndose de nuevo en toda su altura incluso mientras su cuerpo empezó a temblar por razones que no tenían nada que ver con el frío. Su mano izquierda estaba detrás de él, flotando sobre una bolsa de útiles y herramientas, mientras que su prótesis se levantó en alto, lista para lanzar una serie de poderosos hechizos. "¡Sea lo que sea de lo que me estás acusando en hacer fuera de este lugar las guardas te unen mientras estás aquí!"

La risa del dragón tronó a través de los cañones e hizo temblar la nieve en la cima de las montañas más cercanas. "Pequeño artífice, estás absolutamente en lo cierto. Yo estoy unido por las mismas guardas que tú y tú ya te habrías ido mucho tiempo antes de que yo pudiera romperlas."

Tezzeret sintió al menos un poco de tensión escapando de sus hombros sólo para volver dos veces más cuando una flecha golpeó en el suelo a sus pies, enviando fragmentos de hielo cortando el cuero de su bota.

"Por supuesto," continuó Bolas cuando una verdadera multitud de siluetas humanoides aparecieron en lo alto de las paredes del abismo, "como tú ya has generosamente establecido cuando sobornaste a mis siervos, los terceros no cuentan."

Tezzeret, con el crujido de sus pasos ahogado por los sonidos de hombres corriendo, cuerdas de arcos tañendo, y el espantoso estruendo de la risa de Bolas, huyó.

Capítulo 17

La nieve cedió muy poco debajo de los pies del artífice, apenas desacelerándolo, como si él estuviera en parte sostenido en alto por alguna plataforma invisible. Alcanzó rápidamente a Jace y por un momento pareció poco dispuesto a detenerse. Sólo cuando vio que el mago más joven estaba luchando por levantarse fue que extendió una mano metálica y lo puso en pie de un tirón.

"¿Puedes correr?" le exigió.

"Yo..."

"Corre o muere." Jace corrió.

Flechas cayeron a su alrededor, tantas como aguanieve, y Jace tropezó con frecuencia en las nieves profundas, frenando su progreso. Uno de los proyectiles, tan filoso como una navaja, cortó la carne del brazo izquierdo de Tezzeret, enviando un chorro de sangre que se solidificó rápidamente en la tierra congelándose. El artífice gruñó, recogió un puñado de nieve en la mano de eterium y lo sujetó sobre la herida poco profunda para restañar la sangre, pero por lo demás apenas pareció darse cuenta.

Sin embargo el aguanieve fue su aliado así como el viento aullando ya que causaron que la mayor parte de los arcos de los cazadores nativos le erraran ampliamente, protegiendo a los fugitivos hasta que Tezzeret reunió un ingenio suficiente como para lanzar una ilusión de cambiante blanco por encima de ellos, mezclándose, al menos desde la distancia, con la nieve caída.

Se lanzó en torno a una curva cerrada en la pared del cañón, tirando del cuerpo de un Jace jadeando tras él. De su bolsa sacó una esfera de cristal, la misma que había utilizado para espiar a Jace durante la prueba de Baltrice. Sosteniéndola sobre su ojo, agudizando su visión más allá de lo que se podría calificar como humano, se asomó por la esquina.

La distancia no significó nada; la caída de nieve dejó de desdibujar su vista. Vio varias docenas de hombres escalando las paredes de la grieta como arañas, algunos ni siquiera molestándose con cuerdas para ayudar su descenso. Cada uno lucía una tupida barba roja o marrón o rubia y cada uno estaba vestido con cueros y pieles que no pertenecían a ningún animal que Tezzeret hubiera visto en su vida. Hachas y escramasajones colgaban de sus cinturas,

arcos cortos pero de gran alcance a través de sus espaldas. Bárbaros, entonces, sin duda contratados o puestos en servicio de las tribus nativas. De Bolas no pudo detectar ninguna señal salvo por un rastro de risa todavía flotando sobre los vientos gélidos.

Pero lo que más le preocupó no fueron los propios bárbaros, aunque sus números fueron verdaderamente desalentadores, sino más bien un par de hombres que ya estaban en la base del acantilado, cada uno de los cuales llevaba una pesada capa de piel teñida de rojo encima de su armadura. ¿Cómo habían llegado allí?, Tezzeret no lo supo, pero ellos tiraban de un carro de dos ruedas hecho de madera vieja y agrietada. Encima del carro había una caja, tal vez de un metro y medio de lado, esculpida enteramente de hierro negro y cubierta con simples runas que lanzaban vapor en el aire helado.

Mientras Tezzeret se preguntaba que podría estar al acecho en esa jaula de acero y hechizos uno de los portadores se inclinó hacia el metal y pasó una mano por los símbolos tallados. A partir de esa runa, el metal se deformó, doblándose y despellejándose, una grotesca flor de hierro ennegrecido. Y la cosa de dentro surgió.

Una sola extremidad golpeó el hielo y la nieve, como la pata delantera de un sabueso al acecho, sin embargo aquello no fue una pata sino una mano humanoide. Largos dedos se extendieron cuando la palma tocó el hielo, seguida inmediatamente por una segunda mano.

Era humanoide, esta cosa, y de hecho del tamaño más o menos de un humano, sin embargo se arrastró a cuatro patas como una bestia de caza. Tezzeret pudo ver claramente sus ojos lanzándose a un lado y a otro, sus dientes torcidos detrás de una mandíbula con barba rala. Su constitución era la de un hombre pero se movió como un animal... y estaba hecho enteramente de nieblas, jirones individuales entretejidos, los vaporosos alientos finales de un centenar de cadáveres congelados.

Y a pesar de que no pudo haber visto a Tezzeret a través de capas de aguanieve y un manto de ilusión, aún así, levantó su cabeza hacia el cielo en un aullido silencioso y comenzó a trotar en su dirección, con los bárbaros siguiéndolo.

Ellos volvieron a correr, Jace jadeando y silbando al lado del artífice, quien pareció completamente incansable. Jace tropezó más de una vez, trastabillando por las ventiscas de nieve sobre las que Tezzeret corrió suavemente; y después de su tercera caída en la que el artífice se detuvo bajando una mano para levantarlo Jace sintió un repentino escalofrío que no tuvo nada que ver con la tormenta de nieve en torno a ellos y redobló sus esfuerzos.

Una vez y sólo una vez, Tezzeret, (mucho más cómodo en el papel de cazador que el de cazado) se detuvo y se giró para pelear. Pronunció un complejo hechizo y lanzó un pequeño fragmento de chatarra. Este voló lejos y en contra del viento, para golpear la caja de hierro en donde había acechado el perro fantasmal de los bárbaros y el hierro comenzó a doblarse. Cayó lentamente hacia un costado de la carreta acompañado por el sonido de metal

desgarrándose. Y entonces se levantó. Ya no era una simple caja sino un constructo de enorme tamaño, humanoide pero dos veces más alto que un humano, habitado por el espíritu que Tezzeret había llamado desde el vacío exterior. Dio un paso adelante con una serie de chasquidos y zumbidos, dispuesto a luchar contra los bárbaros.

Y desde arriba una sombra se extendió sobre el sol velado por el hielo. Nicol Bolas hizo un solo rodeo, con las alas extendidas como si quisiera abarcar al mundo entero, y derritió al aliado forjado de Tezzeret en escoria con una sola exhalación de fuego, llenando el abismo con humos asfixiantes.

Las llamas no llegaron cerca del artífice o el mago, por supuesto, ya que Bolas seguía vinculado por las guardas. Y de nuevo su risa hizo eco a través del cañón mientras Jace y Tezzeret volvieron a correr, los bárbaros pisándoles los talones. Jace miró brevemente hacia atrás y se dio cuenta con cierta perplejidad que la aparición congelada liderando a esos bárbaros se detuvo un momento para mirar la chatarra enfriándose rápidamente; una idea comenzó a abrirse camino a través de la bruma de agotamiento que sofocaba su mente.

El abismo se volvió aserrado. Espolones de roca aparecieron en su camino, aferrándose a sus mantos y extremidades; estrechos puentes se arqueaban en lo alto, desde donde se escurrieron copos extra de nieve cuando los salvajes corrieron de un lado a otro buscando una mejor vista. Debajo de la nieve y el hielo la piedra se volvió más precaria hasta que incluso Tezzeret tuvo que ralentizar su ritmo para no quebrarse un tobillo con un mal giro o encontrarse el mismo caído boca abajo en el suelo.

Y siempre los bárbaros estaban allí, encabezados por su infalible sabueso. Acecharon desde arriba, enviando flechas a las profundidades del abismo ante la menor señal de movimiento. Corrieron a apenas unos cientos de metros por detrás, siguiendo las indicaciones del guía fantasmal de la caja. Jace y Tezzeret se pusieron una y otra vez a cubierto sólo escuchando los vientos, esperanzados de haber perdido a sus perseguidores lo suficiente como para alejarse caminando de ese mundo, sólo para escuchar los ecos de botas acercándose cuando comenzaron sus concentraciones.

Pasado un tiempo incluso el aparentemente infatigable Tezzeret silbaba y Jace tuvo que mantener una mano constantemente en la pared para evitar caerse el mismo.

El artífice, girando sobre sus talones, arrastró a Jace a otra pequeña grieta, una que no proporcionaría ningún refugio en absoluto una vez que sus perseguidores les hubieran vislumbrado. Pero esta vez Tezzeret gritó, llamando a cada ápice de maná del que pudiera disponer sin quedar varado sobre esa piedra abandonada de mundo. El hielo se derritió a cada lado de la fisura en correntosos riachuelos, la piedra se volvió al rojo vivo. Lentamente; demasiado lentamente, temió Jace; se vertió a través del frente de la grieta, sellándola del abismo principal. Tezzeret siguió de pie, cantando, con su rostro sudoroso a pesar del frío y la roca comenzó a enfriarse tan

rápidamente como se había derretido. En cuestión de instantes un muro de piedra sin rasgos separó a la presa de los cazadores.

Jace se tambaleó, casi cayendo contra la pared. Su cabeza todavía palpitaba y apenas podía hablar por la corteza helada de sudor y sangre que apelmazaba un lado de su rostro. Sabía que lanzar cualquier hechizo no sería prudente, que tenía que guardar su fuerza física para salir de este mundo.

"Eso retendrá fuera a los salvajes," dijo Tezzeret con dientes apretados, "pero no creo que vaya a detener a esa otra... cosa. ¿Cómo es que sigue encontrándonos?"

Jace, luchando por permanecer alerta, susurró con voz ronca, "Creo que detecta nuestro calor Tezzeret." Una vez más trató de hundirse en el hielo circundante, esperanzado, rogando por una fuente de maná que pudiera utilizar. Y de nuevo no encontró más que restos.

Pero lo que encontró en su lugar fue inspiración.

"¡Tezzeret!" dijo jadeando en las sombras. "¿Ese artilugio tuyo? ¡El que te mantiene caliente!"

"¿Qué pasa con él?" preguntó Tezzeret con suspicacia.

"¿Puedes hacer que genere frío en su lugar?"

"Beleren, ¿qué bien podría...? ¡No lo dices en serio!"

"No, por supuesto que no. Es una broma que he estado guardándome para justo esta condenada ocasión."

"¿Tienes alguna idea de lo frío que tiene que volverse el aire para bloquear nuestro propio calor corporal? ¡Si nosotros esperamos siquiera más de la mitad de un minuto moriremos congelados!"

Jace frunció el ceño. "Y tú estás discutiendo conmigo, desperdiciando el poco tiempo que tenemos, porque tienes una idea mejor."

Tezzeret frunció el ceño de nuevo y comenzó a juguetear con el dispositivo en el brazo.

En el exterior la bestia de helada había colocado una sola mano sobre la pared recién formada para separar la grieta del mundo exterior cuando se detuvo abruptamente. Pronunciando un gemido canino, levantó la cabeza y olfateó en gran medida en el aire. Desconcertada, lo volvió a intentar, y una vez más. Nada. No había nada de calor, salvo sus amos y sus manejadores detrás de él.

Permaneció de pie durante muchos largos momentos, confundido como nunca lo había estado antes. Pero el alma hecha jirones que daba poder a la cosa espectral no era la de cualquier sabueso, por mucho que se comportara como una. Una vez había sido un hombre y aunque todos los rastros del hombre estaban desaparecidos y olvidados la bestia todavía podía razonar. Por lo tanto, cuando no pudo volver a encontrar rastros de su presa, se dirigió directamente al último punto donde los había olfateado.

Pero esos pocos minutos de confusión hicieron toda la diferencia. Cuando finalmente se filtró en la grieta, su forma de niebla pasando entre rocas y nieve donde ni siquiera podría haber pasado un escarabajo, sólo encontró el hueco vacío.

* * * * *

"¿Cómo te está yendo Jace?" preguntó Kallist apoyándose en la pared junto a la puerta.

Jace miró desde debajo de una verdadera montaña de sábanas. "Estaré bien," dijo, "aunque esos puede que sean los últimos restos del brandy kalyola hablando."

El otro hombre sonrió. "¿No estás sintiendo dolor, verdad?"

"Kallist," dijo Jace y rió entre dientes, "No estoy seguro de siquiera poder sentir mi cabeza." Sin embargo su rostro rápidamente se puso serio. "¿Y tu misión?" preguntó. "¿Fuiste igualmente capaz de hacer que se viera natural?"

"Apenas. Se requirió una gran cantidad de fuego. Realmente no quieres saber nada más al respeto." Dijo él sonriendo con complicidad. "Y no creo que tampoco me puedas cambiar de tema tan fácilmente."

"Honestamente, Kallist, estoy bien. Sólo fue un dedo del pie; yo tengo nueve más. Los sanadores dicen que ni siquiera debería estar cojeando después de unos cuantos días más."

Kallist asintió. "¿Crees que a Tezzeret le tuvieron que amputar algo más?"

"No tengo ni idea pero asegúrate de hacérmelo saber cuándo planees preguntárselo. Me gustaría estar en otra parte."

"Bueno, no será hoy," dijo Kallist también poniendo seria su expresión. "Hoy él quiere hablar contigo."

"¡Oh, por el amor de...! No puede darme unos días para..."

"El tipo quiere verte ahora mismo Jace. Está esperando en la habitación de Paldor."

"Está bien." Jace tiró las sábanas a un lado de la cama y se volvió para quedar sentado en el borde. Desde la mesa de noche tomó un trozo de venda bañada en hierbas y pociones y comenzó la ardua tarea de envolver el pie mutilado. Kallist hizo todo lo posible para ignorar su mueca y el siseo ocasional de dolor.

"La próxima vez que alguien te diga que morir congelado es una 'manera agradable de irte'," murmuró Jace con su rostro poniéndose pálido, "le dices que venga a hablar conmigo acerca de la congelación." Con su pie correctamente envuelto, se levantó y se puso su capa pesada, sin molestarse en cambiarse de ropa de cama.

"Si Tezzeret quiere verme antes de que haya terminado de curarme," explicó, "entonces él puede vivir condenadamente bien sin las formalidades."

Sin embargo para el momento en que ellos llegaron a la puerta de la oficina y Jace oyó el sonido apagado de Tezzeret despotricando contra Paldor dentro él empezó a desear haberse tomado el tiempo suficiente para limpiarse y cambiarse aunque sólo hubiera sido para demorar eso un poco más.

Y tal vez para desviar al menos una pequeña parte de la furia de Tezzeret.

Jace no había dado más que tres pasos a través de la puerta que Tezzeret se colocó delante de él. Dos manos, una de carne y uno de metal, le agarraron por los hombros y lo arrastraron hacia delante hasta que su rostro estuvo a centímetros del de Tezzeret.

"¡Idiota!" dijo hirviendo Tezzeret. Incluso a través del dolor persistente Jace pudo sentir el aliento caliente del artífice contra su mejilla. "¿Tienes alguna idea del dinero que me has costado? ¿Las operaciones que has arruinado?"

Tal vez fue el dolor. Tal vez fueron los efectos persistentes del brandy kalyola. Tal vez fue sólo el pánico. Pero fuera lo que fuera Jace dijo exactamente lo que no debía en su defensa.

"¡Tú no entiendes!" protestó débilmente. "¡No tienes ni idea de lo que me estabas pidiendo! No podría haberlo detenido ni siquiera si él no me hubiera distraído…"

Él supo que las palabras fueron un error en el instante en que las dijo pero no tenía tiempo para arrepentirse. Sintió tensarse las manos aferrándose a él y apenas había tomado aliento que estas lo arrojaron al suelo.

Tezzeret se arrodilló junto a él, agarrando el cabello de Jace en un puño de eterium. "Debería matarte," susurró con su voz apenas más que una suave respiración. "Me has dejado abierto a todo tipo de problemas y represalias pero también me has ayudado, he puesto demasiado esfuerzo en ti para descartarte así como así. Así que voy a darte una oportunidad más. Una más."

"Pero también voy a quedarme absolutamente seguro de que aprendas de esta debacle."

Tezzeret, sin soltar su agarre, extendió su otra mano. "¿Paldor? Tu cuchilla si serías tan amable."

Jace alzó la vista, mareado, su cerebro negándose a asentarse en ningún detalle. Vio a Kallist aún en pie en la puerta, apretando su mandíbula, su mano flotando cerca de su espada. Jace quedó agradecido por el pensamiento, pero igualmente agradecido de que Kallist no hubiera sido lo suficientemente tonto como para desenvainar el acero.

Entonces vio a Paldor con su mano sobre la negra daga lanzando vapor y el pánico ciego borró todas las demás emociones. Sintió el filo de la hoja en la espalda y supo lo que vendría, supo que no podría hacer nada para detenerlo.

Y entonces sólo supo el dolor cuando la daga desgarró su carne y su alma.

Capítulo 18

Ninguno de los sanadores del Consorcio lo tocaría, no esta vez. Todo el mundo sabía como lo habían herido y nadie estaba dispuesto a interferir con la disciplina de Tezzeret. Por casi dos días Jace se revolvió en agonía, sin poder dormir, casi sin poder moverse. Sus sábanas y su colchón estaban manchados de sangre seca. Los cortes a lo largo de su espalda y sus brazos eran de poca profundidad pero largos. El dolor fue insoportable pero nada en comparación con el dolor interior.

Jace sintió como si estuviera ardiendo de dentro hacia afuera. La noción misma de lanzar un hechizo le hizo sentirse mareado y fue incapaz de absorber siquiera un fragmento de maná sin importar cuan fuerte trató de concentrarse.

Por la tarde del segundo día supo que ya no podía soportar más de lo mismo. Salió a rastras de la cama y se puso la primera túnica que encontró, haciendo una mueca con cada movimiento, con cada contorsión. Lentamente se abrió paso para salir de sus habitaciones y bajar por el pasillo, en dirección a la salida más cercana.

Si nadie en el Consorcio le ayudaría él iría a alguien que lo haría.

Había llegado hasta lo más lejos del primer corredor principal cuando alguien apareció de entre las sombras hacia la izquierda.

"Me preguntaba si ibas a intentar algo como esto," dijo Kallist.
"Tengo que hacerlo. No hay elección. Duele demasiado."

"Jace," le dijo su amigo con la voz llena de preocupación, "apenas puedes mantenerte en pie. ¿Cómo planeas salir? No creo que los guardias te hagan daño pero indudablemente no van a dejar que te vayas sin permiso, no hasta que estén seguros de que has terminado con tu castigo. Vuelve a la cama. Te traeré algo, tal vez un poco de brandy, para ayudarte a dormir."

"No. Kallist, por favor. No tienes ni idea de lo que es... necesito tu ayuda."

Kallist frunció el ceño y luego suspiró profundamente. "Me lo debes," dijo en voz baja. "¿Cuánto tiempo necesitas para llegar a la salida?"

Jace se tomó un momento para imaginar los pasillos, pensando en su estado actual.

"Diez minutos."

"Está bien. Quédate cerca y estate listo."

Jace nunca supo exactamente que fue lo que hizo Kallist para activar las alarmas mágicas que protegían el complejo de una entrada desautorizada, pero lo hizo, y claramente en el otro lado del edificio. Para cuando el caos se solucionó y las patrullas regresaron a sus rutas normales Jace se había deslizado por la puerta más cercana y se había metido en las calles de Barrioescombros.

Lo que debería haber sido un paseo de cinco minutos le tomó quince, pero finalmente se encontró en el siguiente distrito. Le hicieron falta otros veinte minutos, dado lo avanzado de la hora, para detener a un cochero de alquiler.

"¿A dónde?" preguntó el centauro que era a la vez conductor y transportista.

"Ovitzia," dijo Jace sin aliento, casi colapsando en el asiento.

"Em. No lo sé, señor. Eso es un viaje muy largo para estas horas de la noche. Tal vez..."

Jace gimió, metió la mano en una bolsa y dejó caer un puñado de monedas de oro en la plataforma antes de siquiera molestarse en contar.

"Ovitzia," anunció el centauro parándose súbitamente recto. "Ahora mismo señor."

Los empujones del carro sobre los adoquines, aunque agonizantes, estuvieron a punto de arrullar a Jace en un sueño con la promesa del alivio por venir.

* * * * *

"¿Estás seguro de que no puedo traerte algo Berrim? Realmente necesitas mantener tu fuerza."

"Sólo mi camisa," dijo Jace, estremeciéndose ligeramente (y no sólo por el aire fresco) cuando los dedos de Emmara se deslizaron suavemente y con gracia por las cicatrices recién curadas a través de su espalda. "Está bastante frío aquí."

"Te vestirás cuando esté satisfecha de que estas estén sanando correctamente y no un segundo antes. Y Berrim," añadió la elfa, "si haces un comentario sarcástico sobre mí por tocarte así simplemente te cerraré la boca con una curación."

Jace apretó los dientes, tragándose el comentario que estaba a punto de pronunciar como una empanada a media-masticar.

Ellos se sentaron juntos, no a la mesa del comedor de Emmara en el piso de abajo sino en un pequeño escritorio en su biblioteca; definiéndose “biblioteca” como "ese montón de pilares con los

estantes para libros entre ellos". Ese lugar y el cuarto de invitados fueron las únicas áreas que Jace había visto en los dos días que había estado allí. Había dormido mucho mientras su cuerpo se había estado recuperando de la magia de Emmara y había tratado de pasar el resto del tiempo hojeando esos estantes. Por desgracia los únicos libros que habían estado escritos en un idioma que él había podido leer habían sido empalagosos romances o ficción de gran aventura para la cual, gracias a los recientes acontecimientos, no estaba de muy buen humor.

"Muy bien," dijo ella finalmente, levantándose y tendiéndole su túnica acolchada. "Creo que he terminado. Parece que el daño físico está en su mayoría sanado. ¿Qué tal...?" Obviamente Jace no le había dado muchos detalles pero había tenido que explicarle la naturaleza de la dagamaná para asegurarse de que ella pudiera curarlo adecuadamente. El frunció el ceño brevemente, volviendo su atención hacia adentro, flexionando músculos que no eran completamente físicos.

"Me sentiría mejor si pudiera acercarme al agua," dijo finalmente, "pero creo que no debería tener ningún problema una vez que lo haga. Se siente como si todo estuviera funcionando."

"Me alegro."

"¿Estás seguro de que no me dejarás pagarte con algo?" preguntó Jace. "Realmente me siento como que te debo…"

"Berrim, no." Y entonces una sonrisa superficial. "Aunque, si resulta que te encuentras en posesión de otro cargamento de fruta..."

Ellos permanecieron sentados en silencio durante un tiempo. Entonces, "Creo que él está perdiendo, Emmara," dijo Jace en voz baja.

"¿Tezzeret?"

Él asintió con la cabeza. "Él siempre ha sido un hombre duro pero ahora se está convirtiendo en cruel. O tal vez... Tal vez siempre lo fue y simplemente no estaba apuntando en mi dirección." Jace sacudió la cabeza tristemente. "Yo supe desde el primer día que él quería poder. Eso fue parte de lo que me atrajo a él; yo pensé que podría participar en ello. Pero ahora creo que él sinceramente se está volviendo loco por ello. Bien podría haber empezado una guerra con un competente interés mercantil por la sencilla razón de que confió demasiado en sus habilidades, tanto en las suyas como en las mías, en verdad, pero ahora sólo está interesado en mi error, no en el suyo."

"¿Y tu error fue tan horrible?"

Jace se encogió de hombros. "Mi error fue no darme cuenta desde el primer momento que yo no era lo suficientemente poderoso como para hacer lo que me pedía. Pero él debería haber sabido eso, Emmara, incluso mejor que yo. Es casi como si hubiera olvidado que hay cosas que él no puede hacer. Así que cada vez que algo sale mal es culpa de alguien más."

"Pero eso no es aún lo peor de todo." Jace sabía que debía parar, que incluso sin ofrecer detalles él estaba revelando más información sobre el Consorcio de la que Tezzeret o Paldor

aprobarían. Pero se encontró con que una vez que había empezado no podía parar. "Yo creo… yo creo que estoy más asustado de lo que está haciendo con ese poder que de lo que está haciendo para adquirir más. Yo estoy igual de lejos de ser un santo pero algo de lo que he visto, especialmente últimamente... Algo de lo que me ha hecho a mí... Le tengo un miedo mortal por lo que todavía podría hacer."

"Entonces, ¿por qué te quedas?" le preguntó ella en voz baja.

Allí estaba, la pregunta que él había esperado no fuera a venir, a pesar de que él se la había hecho a sí mismo mil veces desde que había sentido por primera vez la dagamaná en su piel.

"Porque él ha compartido su poder," admitió al fin. "Mi magia es más fuerte ahora de lo que pensé que podría ser. Porque soy rico y no quiero volver a ser lo que era."

Emmara puso una mano gentil en la propia de Jace y fingió no darse cuenta de que temblaba. "Y tal vez," susurró ella, "¿porque tienes miedo de lo que hará si te vas?"

Jace bajó la mirada a la mesa y no dijo nada en absoluto.

* * * * *

"¿Qué voy a hacer contigo Beleren?"

La pregunta no pareció exigir una respuesta real por lo que Jace no ofreció una.

Permaneció de pie tan recto como una flecha en la cámara del teniente, donde se le había ordenado presentarse en términos muy claros en el instante en que regresó al complejo del Consorcio. Paldor se paseó detrás del escritorio, la sala sacudiéndose ligeramente por sus pisadas, y miró a Jace sólo ocasionalmente.

"Quiero decir, por un lado, creo que estaba bastante claro que Tezzeret tenía la intención de que su castigo persistiera, em, mucho tiempo más. Es por eso que no te habría permitido ver a cualquiera de nuestros sanadores."

Jace frunció el ceño pero no dijo nada.

"Por el otro," dijo Paldor deteniéndose repentinamente y volviéndose directamente hacia el mago, "nadie realmente te ordenó quedarte, ¿verdad? Todo el mundo asumió que tú eras el que mejor sabías eso pero supongo que nunca se te ocurrió antes. Y no es como si te hubieses escapado de una misión ya que nadie imaginó que estarías para cualquier tipo de tareas hasta por lo menos dentro de un par de semanas."

El teniente hizo tamborilear los dedos de una mano sobre el escritorio. La otra estaba oculta dentro de su túnica, donde Jace sabía que descansaba la dagamaná. El joven caminante de planos se humedeció los labios y trató de no parecer ni la mitad de nervioso como se sentía.

Por último Paldor se encogió de hombros. "Vuelve a tu cuarto. Diremos que esta situación está terminada. ¿Pero Beleren? La próxima vez que el jefe te castigue no intentes escabullirte de ello.

Considera eso una orden permanente. Y sugiero que te guardes eso para ti mismo hasta que te llamemos para tu próxima misión."

Jace dio un suspiro de alivio que no pudo reprimir y se volvió. Sin embargo, justo cuando llegó a la puerta, la voz de Paldor lo detuvo en seco.

"¿Oh, Beleren? Kallist si lo sabía mejor. Y él fue castigado por su pequeña participación en tu lío."

El puño de Jace se apretó con fuerza en el picaporte. "El está... ¿Está herido?"

"Uno o dos latigazos, nada que no se cure mucho más rápido que lo tuyo. Además de unas multas y algunas tareas serviles. Lo suficiente como para hacerle entender mi punto."

"¿Y cuál es tu punto?" no pudo evitar preguntar Jace.

"Mi punto es," dijo Paldor con su voz ronca de repente muy pesada, "que yo se lo que pasa en mi edificio. Y que cuando uno de ustedes decide dar un salto en un charco de mierda este salpica a la gente que tienes cerca. ¿Me hago entender?"

"Entiendo," susurró Jace.

"Bien. Entonces lárgate."

* * * * *

Algunas semanas más tarde, en una enorme pero modesta capilla construida a la sombra del antiguo Templo Etéreo, un anciano se reclinó en su silla y suspiró mientras reflexionó sobre el título de esa noche. Talqez era su nombre, y era el Augusto Indagador de la Iglesia del Alma Encarnada. Su piel era del rico marrón de una vieja castaña, su barba el gris blancuzco del musgo. En conjunción con sus túnicas verde oscuro de oficina habían inspirado a que sus estudiantes y feligreses más jóvenes lo apodaran Abuelo Árbol. Nunca los había amonestado por ello porque en verdad disfrutaba del cariño.

Ya que Talqez había servido toda su vida a su fe, primero como miembro de la congregación y simple aprendiz, luego como mago e Indagador hasta que finalmente había ocupado el máximo rango eclesiástico. Y, francamente, se estaba poniendo casi imposible dar un título original más.

El Augusto Indagador hizo un gesto con la mano a través del papel, mirando como el último párrafo se desvanecía y desaparecía. Se volvió a un lado, tomó un trago de la jarra medio vacía de hidromiel (ahora caliente) y un bocado del plato a medio terminar de venado (ahora frío) que se asentaban en el otro lado de la mesa. Suspirando, giró hacia al papel y comenzó de nuevo. No levantó ninguna pluma, no utilizó ninguna tinta, sino que simplemente pasó un dedo por la página y vio cómo aparecían las palabras. Un magia simple, sí, pero una práctica de uno de los principios centrales de su fe, que un adorador del Alma Encarnada nunca utilizaba mano de obra, aunque sólo fuera algo menor, cuando había dominado un hechizo para hacer el trabajo.

Estaba tan concentrado en su sermón que apenas notó cuando la puerta de la oficina de la rectoría se abrió detrás de él. "Tome asiento, mi Hermano," ofreció a modo de saludo distraído. "Estaré con usted en un momento."

Nada le pareció mal en absoluto hasta que oyó el doble clic de la puerta no sólo al ser cerrada sino al ser bloqueada.

* * * * *

Jace se había reído cuando se le había descripto por primera vez la Iglesia del Alma Encarnado, ya que su fe fue, quizás, la más peculiar que jamás había encontrado. Los miembros de la Iglesia creían devotamente que el maná era nada menos que la divinidad manifestada. Aprender las artes de la magia era tocar el poder de los dioses y si algún mortal llegaba alguna vez a dominar todos los secretos del maná (algo más allá del mayor archimago, dominarlos verdaderamente a todos) ascendería a la divinidad misma. De hecho ellos consideraban a los caminantes de planos como seres al límite de la divinidad y oraban por ellos en masa, a pesar de que participaban en poca o ninguna interacción directa.

Jace no tenía idea de cómo había surgido un sistema así de peculiar de creencias (aunque sospechó de la interferencia de un caminante de planos muchas generaciones atrás) ni sabía cómo Tezzeret había sabido desde el principio de ella. En efecto, la Iglesia podría haber sido solo otra secta en crecimiento, haber desaparecido y, con el tiempo, incluso haber quedado olvidada por los historiadores más vigilantes si no fuera por los rumores: los mismos rumores que en ese momento habían llevado a Jace a su mundo.

Debido a su estudio acerca del maná la Iglesia poseía (o al menos se rumoreaba que poseía) hechizos y técnicas para manipular la magia más allá del conocimiento de otros magos. Los rumores y susurros mantenían que ellos tenían artefactos capaces de almacenar enormes cantidades de energía, que convertían un tipo de maná a otro; que podían extraer maná de tierras que parecían completamente agotadas, de mundos que nunca habían conocido el toque de la magia; incluso que podían manipular como otra gente canalizaba el maná, fortaleciendo a sus aliados y dejando a sus enemigos tan indefensos como cualquier mortal normal.

Nadie podía decir con certeza cuánto de esto podría ser cierto y cuánto pura tontería. Pero ellos habían mostrado suficiente poder en público, incluyendo la creación de dispositivos como la dagamaná de Paldor, que incluso los que se burlaba de las creencias de la Iglesia lo hacían en silencio y hacían todo lo posible para no irritarlos.

Ya hacía algún tiempo que Tezzeret había contemplado diversos medios de obligar a la Iglesia a aliarse con él, de sobornar su liderazgo. Esta era, había insistido, una herramienta que él debía tener, un recurso que le permitiría al Consorcio Infinito ponerse de pie y derrotar a cualquier cosa que sus enemigos, ya sea Bolas o cualquier otro, pudieran lanzar sobre ellos.

Y ese día él había insistido que Jace Beleren la adquiriera por él. El artífice no había ocultado el hecho de que esta era, sin excepción, la empresa más importante que le había asignado hasta ahora al leedor de mentes. Y aunque Tezzeret no se dignó a decirlo Jace supo que estaba siendo confiado con una misión así tan sólo porque nadie más podía hacerlo y supo, también, que aquella era su única oportunidad de expiar su "fracaso" con el dragón Nicol Bolas.

Así que él se encontró una vez más en otro mundo exterior, vistiendo el manto verde de un acólito del Alma Encarnada, tratando de prepararse para transformar la mente de un sacerdote anciano en algo parecido a un juguete infantil. En algo a quien Tezzeret pudiera dar órdenes.

La oficina era una pequeña habitación situada encima y en un costado del santuario principal, donde media docena de feligreses ya habían llegado, vestidos con sus mejores polainas de lana y jubones de cuero, para el ritual nocturno. Sólo contenía un pequeño escritorio, un par de sillas desvencijadas (una de las cuales estaba siendo usada por el Augusto Indagador en persona), una estantería que había desbordado con numerosas pilas de libros y papeles, y un extraño círculo multicolor sobre el muro que Jace creyó era el mayor símbolo de la Iglesia.

Las paredes eran delgadas y las voces de abajo todavía no se habían vuelto fuertes. Jace esperó que pasara lo que pasara lo hiciera en silencio.

Se encontró asintiendo cuando el anciano le ofreció un asiento (¡El condenado tenía una voz tan



gentil!) y entró, volviéndose para cerrar la traba de la puerta por detrás.

El Augusto Indagador no fue tonto, Jace le reconoció eso;

y se volvió al instante al oír el clic del pasador en su lugar.

"No creo que tú seas uno de mis feligreses," dijo Talqez blandamente.

"Ah, no," dijo Jace de repente sin saber exactamente cómo proceder.

"Entonces, ¿quién...?" Los ojos del viejo sacerdote crecieron repentinamente anchos y para sorpresa de Jace, Talqez cayó al suelo, humillándose a sí mismo a los pies del recién llegado.

"¡Caminante de Mundos!" proclamó el hombre y Jace casi se sintió enfermo ante la reverencia en su voz. "¡Es un gran honor!"

"Levántate," le espetó Jace, por alguna razón más enojado de lo que él había estado en mucho tiempo. "¡Levántate!"

El sacerdote se levantó, pero sólo hasta quedar de rodillas, con los ojos llenos de lágrimas. "Nunca pensé que iba a conocer a uno de ustedes en mi vida," dijo respirando y extendiendo una mano como para tocar a Jace, para confirmar que era real. "Nunca soñé..."

"¿Cómo lo supiste?" Preguntó Jace con verdadera curiosidad en su voz. "Ni siquiera nosotros podemos siempre identificarnos unos a otros."

"¿Qué clase de sacerdote sería yo si no conociera a aquellos que están bajo la luz de la divinidad misma? Nosotros los conocemos... tal vez mejor de lo que ustedes se conocen a si mismos."

"¡Maldita sea, levántate!" le exigió Jace airadamente. "¡Yo no soy un dios, viejo tonto! ¡No estoy ni siquiera cerca de serlo!"

"No tienes que creerlo," dijo Talqez sonriendo detrás de su barba. "Es cierto de todos modos."

Jace sintió sus puños apretarse por su propia voluntad. "Yo no soy un dios," repitió. "Y tú no me llamarías así si supieras por qué estoy aquí."

"Oh, yo lo sé," dijo el Augusto Indagador con calma. "Habrías sido bienvenido si hubieras venido entre nosotros abiertamente. Para que sientas la necesidad de escabullirte, vestido como estás... eso sólo significa que has venido aquí por mí."

"Entonces pongámonos a trabajar." Jace se puso en cuclillas y gritó, sus manos agarrando el aire como si fuera a abrirlo de un tirón y a tratar de alcanzar el maná dentro. El aire se volvió de pronto húmedo cuando un viento lluvioso se agitó a través de la cámara haciendo dar vueltas pergaminos alrededor de sus pies. Formas bestiales comenzaron a tomar forma, poco a poco, débilmente, en el rocío acumulándose. Los ojos de Jace, incluso sus uñas, comenzaron a brillar de un azul cegador.

Concentró su mente en una filosa cuchilla, lista para cortar la mente del Augusto Indagador, para interrumpir cualquier conjuro

que él pudiera lanzar antes de que pudiera manifestarse. De hecho Jace ya estaba listo para cualquier cosa...

Excepto que el anciano simplemente extendió ampliamente sus brazos y cerró apretadamente sus ojos.

Jace supo que no debería cuestionar, que debía aprovechar cualquier oportunidad sin importar lo extraña que fuera. Juró que pudo oír a Tezzeret gritando sobre un hombro, a Kallist persuadiéndolo sobre el otro.

Pasaron unos segundos mientras Jace quedó congelado por la indecisión, sus minúsculos soldados zumbando y silbando a su alrededor.

Entonces, maldiciendo, levantó una mano. Los vientos murieron tan rápidamente como se habían levantado cuando Jace permitió que algo del maná acumulándose se volviera desvanecer en las aguas del mundo. Todavía con el ceño fruncido, se agachó sobre las puntas de sus pies.

"¿Augusto Indagador?"

El anciano abrió los ojos y su sonrisa se ensanchó de alegría. "Tú eres un caminante de planos," dijo simplemente. "Yo no sé que bien te puede hacer mi vida a ti pero si eso es lo que viniste a hacer es tuya para que la tomes."

Jace sintió que se le revolvía el estómago y sus manos temblaron. Respondió, su voz extrañamente gentil e incluso simpática, "No me ha entendido, Indagador. Usted no nos sirve muerto."

Sólo entonces Talqez pareció entender. Sólo entonces su rostro palideció, su aliento quedó atragantado, sólo entonces pareció considerar la resistencia en lugar de la sumisión.

Pero para ese entonces ya había esperado demasiado tiempo y Jace ya estaba dentro de su mente.

Capítulo 19

"¡Jace!" Kallist se sentó, sorprendido, cuando una silueta familiar apareció en la puerta. "Pensé que aún no habías vuelto."

"Bien." La voz de Jace fue baja, prácticamente un tono monótono. "Entonces tal vez Tezzeret tampoco lo haya hecho."

Kallist se puso de pie. "Jace, ¿qué...?" El se detuvo, mirando fijamente a los ojos inyectados en sangre de su amigo. "¿Qué pasó?"

¿Que pasó? Jace se mordió el labio, apretó los puños, cualquier cosa por evitar caer, llorando, de rodillas. Una pregunta tan simple...

¿Que pasó?

¿Acaso el siquiera tenía las palabras para contestar? ¿Para explicarle a cualquiera que no fuera un leedor de mentes lo que era

sentir la fe de otro hombre? ¿No simplemente oír, o ver, sino entender su creencia en algo más grande de lo que era él?

¿Cómo podría explicar él la horrible revelación que era para alguien como Jace Beleren el darse cuenta de que la fe se dirigía a él? ¿Qué alguien pudiera ser tan iluso, o tan devoto, como para pensarlo un santo?

El no podría explicarlo aunque pudiera encontrar las palabras.

Tampoco era esa su única motivación, la única razón por la que había huido de la iglesia, dejando al Augusto Indagador desconcertado pero ileso y sin compromisos, detrás de él.

"Kallist, yo vi la mente del Indagador," explicó Jace. "Vi cuántos de los rumores son falsos y cuántos no lo son. La Iglesia... Hay mucho que pueden hacer, con la magia, con el maná, con los que manipulan la magia y el maná."

"¿Sí?"

"Y," la voz de Jace se endureció, "no me interesa la idea de que Tezzeret tenga acceso a ese poder." El tembló ligeramente, recordando el toque de la dagamaná arrastrándose a través de su piel. "No sobre otros hechiceros y caminantes de planos, ciertamente no sobre mí. Es demasiado peligroso. Es demasiado. No puedo confiar en él, Kallist, no después de ver las facetas de él que he visto."

La sangre desapareció del rostro de Kallist como si alguien hubiera sacado un tapón. "Has fallado," susurró.

"Sí."

"¡A propósito!"

"Sí."

"¡Dioses y demonios Jace! ¿Por qué has vuelto aquí? ¡Te van a matar una vez que lo averigüen!"

Jace sonrió superficialmente y se encogió de hombros, haciendo hincapié en la bolsa que llevaba colgada al hombro.

"No es posible que hayas vuelto sólo por tus cosas," le desafió Kallist.

"No, yo regresé por si querías venir conmigo."

"Yo... ¿qué tú qué? ¿De qué estás hablando? Tú no puedes."

"Yo no puedo caminar por los planos contigo, no. Pero Ravnica es un mundo enorme. Ni siquiera el Consorcio puede buscarlo todo. Yo tengo lugares a los que puedo... podemos ir, donde deberíamos estar seguros."

"Mira Jace," dijo Kallist lentamente. "Tú eres un gran amigo. Espero que lo logres; yo incluso haré lo que pueda desde aquí para asegurarme de que lo hagas. Pero yo no voy alejarme de mi vida sólo por ti. Lo siento."

Lo pequeña sonrisa que él había logrado cayó. "No, Kallist, lo siento. Yo no quería que quedaras atrapado en esto. Pero yo no te estoy pidiendo que vengas por mí. Te lo estoy diciendo por la tuya. Nosotros hemos sido amigos y compañeros por casi tres años y Paldor ya sabe que me has ayudado a salir antes. Si tú le dices a Tezzeret, 'No, yo no sé a dónde fue Jace,' ¿acaso crees por un minuto que te va a creer?"

"Finalmente lo haría," murmuró Kallist pero su propio rostro también había caído.

"¿Y qué ocurrirá contigo mientras tanto, mientras él se convence? ¿Qué será de tu lugar en el Consorcio después, con la sombra de la sospecha cerniéndose sobre ti?"

Kallist le dio la espalda, luego volvió a girar, hundiendo un puñetazo en el cajón superior de la cómoda. "¡Maldito seas Jace!"

Jace sólo asintió con la cabeza. Kallist le estrechó la mano, enviando una serie de astillas y sangre a través del mueble, y luego se trasladó alrededor de la habitación reuniendo lo que pensó que iba a necesitar. Jace sólo pudo observar, apenado por lo que había hecho y, sin embargo, muy dentro suyo, se regocijó en secreto de que no tuviera que irse solo.

Pasado un tiempo Kallist se situó junto a Jace y, o bien su ira ya había comenzado a desvanecerse o estaba haciendo un condenado buen trabajo para ocultarla. "Está bien. Tengo un plan."

"¿Lo tienes?" Preguntó Jace sobresaltado.

"Claro. Primero me revelas que eres en realidad la reencarnación del mago más grande del Senado Azorius."

"Eem..."

"Y luego utilizas ese gran poder para herir a nuestros enemigos."

"Ya veo." Jace logró una segunda sonrisa. "¿Y si encuentro alguna falla en este plan?"

"Bueno, entonces será mejor que tengas uno para reemplazarlo porque eso es todo lo que tengo."

Fue sólo en la última palabra que la voz de Kallist tembló y Jace supo que su amigo tenía miedo. Fue, a su manera, más sorprendente que cualquier otra cosa que le había acontecido. En todos sus años de trabajo juntos Jace había visto a su amigo cien veces preocupado pero nunca lo había visto con miedo.

"En realidad, lo tengo," dijo Jace lentamente. "Pero creo que es posible que decidas que el tuyo es mejor."

* * * * *

"¡Jace!" dijo Paldor parándose detrás de su escritorio cuando la puerta de su oficina se abrió de golpe. "Se supone que deberías estar..."

Jace susurró un sonido que no fue una palabra. Paldor se tambaleó un solo paso y cayó sin sentido al suelo junto a su silla.

"¿Muerto?" preguntó Kallist en voz baja.

"No. Ni siquiera inconsciente en el sentido más técnico. Pero pasarán horas antes de que él pueda volver a formar un pensamiento consciente."

"¿Y qué habríamos hecho si Tezzeret hubiera estado aquí?"

Jace se encogió de hombros una vez, moviéndose hacia la pared de la izquierda. "Imagino que morir." Le llevó un largo momento examinar el artefacto colgante lleno de éter de la pared.

Entonces, "Cierra la puerta. Empieza a trabajar en la ventana mientras yo me ocupo de esto."

Con cuidado, examinando cada tubo, cada giro similar a un nudo, Jace comenzó a construir un duplicado ilusorio del dispositivo cuya destrucción podría llamar a Tezzeret a Ravnica. Y luego, con el mismo cuidado, él empezó a romper esa ilusión, mientras cubría el dispositivo real con una imagen de la pared en blanco.

No tenía idea de cuánto tiempo iba a durar la imagen una vez que el se hubiera ido (casi nunca había tratado de mantener una ilusión desde lejos) pero cada momento de demora sería un momento en el que ellos podrían alejarse mucho más. Con Paldor abajo y Tezzeret inalcanzable la confusión que siguiera le podría comprar a los fugitivos horas extras, posiblemente incluso días.

Kallist trabajó con diligencia en la enorme ventana que ocupaba una de las paredes de la habitación tratando de darles una salida sin vigilancia. Sabía muy bien que el cristal mágicamente aumentado nunca se quebraría así que en vez de eso se esforzó por soltarlo haciendo palanca, incluso yendo tan lejos como para hundir la punta de su espadón en la parte superior del marco, moviéndola como una barra improvisada. Y si imaginó de vez en cuando el rostro de Jace cuando estrelló la hoja en la madera, si el apriete de su mandíbula fue tanto de resentimiento como lo fue de esfuerzo, bueno, aquello no le distrajo de sus esfuerzos.

Tardaron media hora (una media hora que realmente no podían perder pero que valdría la pena si eso les hacía ganar más tiempo para correr) pero finalmente Jace quedó contento con la imagen rota que había hecho del dispositivo, por fin la ventana se deslizó de la pared para golpear la alfombra con un ruido sordo. El aire caliente, sudoroso y con sabor a tierra de Barrioescombros entró flotando en la oficina, despeinando el cabello y las mangas y la capa de Jace.

"¿Y ahora qué?" preguntó Kallist con brusquedad. "¿Nos harás salir de aquí volando?"

"En realidad," comenzó a decir él, "eso es exactamente lo que...''

La puerta de la oficina se abrió de golpe, la madera haciéndose pedazos cuando el pesado cerrojo se desgarró. Baltrice quedó enmarcada en la puerta abierta, fuego danzando a través de las puntas de sus dedos, algo largo y escamoso retorciéndose a través de la nube de humo que llenaba la sala detrás de ella.

Jace lanzó un insulto incluso mientras giró hacia ella, las manos levantadas. ¡Malditos sean todos, él ni siquiera había sabido que ella estaba en Ravnica! ¿Qué estaba haciendo ella allí? Probablemente podría encargarse de ella, casi con toda seguridad podría hacerlo, si Kallist estaba dispuesto a ayudar, ¿pero podría hacerlo lo suficientemente rápido? ¿Podría hacerlo antes de que llegaran los guardias o con la suficiente fuerza restante como para escapar?

Ella dio un paso hacia adelante, uno segundo, y luego, con un amargo insulto, dejó caer las manos a los costados. "¡Vete de aquí Beleren!"

Por un instante Jace no pudo moverse. No podría haber quedado más sorprendido que si ella hubiera anunciado que iban a tener un bebé. "¿Qué?"

"Por Kamigawa," dijo con dientes apretados. "Ahora estamos a mano Beleren, tu vida por la mía. ¡Si eres lo suficientemente estúpido como para dejar que te atrape después de esto, te mataré y disfrutaré cada minuto de ello!"

Jace, todavía estupefacto, se volvió hacia la ventana. ¡Maldita sea, ya tendría tiempo luego para sorprenderse! Destellos esporádicos de luz azul azotaron a su alrededor, transportados por un viento que sopló desde el suelo al ritmo de sus pasos mientras se movió hacia Kallist y la ventana abierta. Una pura fuerza telequinética los levantó bien alto, extendiéndose hacia adelante desde Jace como alas invisibles. Y entonces ellos se fueron, acelerando hacia los cielos oscuros de Ravnica, ya comenzando a descender más allá de los edificios cercanos cuando la fuerza de Jace se agotó rápidamente.

Y detrás de ellos, en la oficina abierta al aire de la noche, Baltrice sonrió ampliamente. Que se vaya; tarde o temprano ellos los encontrarían. Pero incluso si no lo hicieran ahora poco importaba. Jace Beleren ya no era, al menos para ella, para la posición y el poder por el que había trabajado tanto tiempo para lograr, una amenaza.

Ella casi se encontró silbando mientras giró y salió de la oficina del Paldor, sin siquiera molestarse en comprobar al tipo que yacía, mirando a la nada, detrás de su escritorio.

Ellos habían hablado poco después de eso, durante los muchos días de su viaje. Kallist había meditado casi todo el camino, todas sus expresiones y gruñidos monosilábicos desalentando cualquier intento de conversación. Atravesaron una docena de distritos a través de calles abiertas y pasajes subterráneos tan estrechos que tuvieron que arrastrarse sobre sus manos y rodillas, encima de puentes tan altos que las nubes pasaban por debajo de ellos, bloqueando toda la vista de la tierra, y junto a edificios tan enormes que incluso sus sombras les presionaron con el peso de los años. Y siempre tan gradualmente que ellos sintieron la primera relajación de la tensión que llevaban entre ellos como un compañero herido, mientras los territorios del Consorcio Infinito quedaron cada vez más lejos detrás de ellos.

Con el tiempo su ruta los llevó a la orilla de uno de los grandes ríos de Ravnica y a las calles que corrían junto a sus ondulantes aguas. Durante muchos días más lo siguieron río abajo, hasta que la brisa se volvió más fresca y el aroma del agua salada se propagó ante ellos, la voz susurrante de un mar que en ese momento estaba parcialmente enterrado debajo de la imparable expansión de la gran ciudad.

Y, por último, cuando ellos se acercaban a su destino, Kallist había comenzado a abrirse de nuevo. "¿Por qué Lurias?" le había preguntado a Jace una mañana. "Nunca había oído hablar del distrito hasta ahora."

"Eso es en parte e por qué," había contestado Jace. "Y porque mi amigo Rulan... ¿alguna vez te conté de Rulan? Bueno, él es... Digamos que él se habría convertido en un gran Orzhov excepto que no es un completo bastardo sin alma. Tiene un montón de contactos con los prestamistas y los gremios bancarios. Y Lurias es uno de los distritos más pequeños donde él ayudó a establecer una de las cuentas que he estado alimentando con todo lo que el Consorcio me pagó. Tendremos fondos suficientes aquí por un buen tiempo, si es que somos cuidadosos."

"Suena positivamente fantástico," murmuró Kallist.

Había más que eso, por supuesto, pero Kallist (incluso con la poca magia que Jace había logrado enseñarle) lo sabría tan pronto como fuera necesario.

Construidos sobre el delta de este río sin nombre, edificios no tan altos o grandes como los de Dravhoc se alineaban en las extensiones de calles no tan amplias. Las arcadas eran modestas, los raros capiteles hechos de sencillas piedras o bronce en lugar de cristal. No era un barrio pobre para cualquier medida objetiva pero sin duda era mucho menos a lo que estaban acostumbrados Jace y Kallist.

Sin embargo, de una importancia potencialmente mayor era el mundo que había por debajo de esas calles humildes. La mayor parte del delta era un esponjoso y playo pantano; que era en sí mismo el responsable de las pobres bases de Luria y la irritante población de insectos. Pero al otro extremo del distrito y a lo largo de las orillas del río las aguas corriendo hacia el mar enterrado eran limpias y claras. Esos barrios habían sido construidos no encima de montículos pantanosos sino sobre pequeños islotes y era allí, allí en medio del agua salada y su rico maná, que Jace esperó hacer su casa.

La primera opción aceptable que encontraron fue un departamento de cuatro pisos, de un tamaño decente para el precio aunque en necesidad de una feroz limpieza. Tenía tres habitaciones, una serie de pequeñas ventanas, y paredes de un tono tan monótono que ni siquiera podía reunir el entusiasmo para calificar como gris. Jace negoció con el dueño hasta obtener un alquiler que no se comiera sus reservas con demasiada rapidez (sin necesidad de utilizar ningún tipo de magia en absoluto) y luego él y Kallist se escondieron allí como si fuera una fortaleza. Jace se aventuró a salir sólo al amparo de un disfraz ilusorio, adquiriendo los suministros que consideró absolutamente vitales. No quisieron mostrarse a sí mismos en las calles hasta que estuvieran seguros de que el Consorcio no los había seguido de alguna manera hasta allí.

Así que Jace reunió los productos alimenticios; unos pocos muebles baratos y fundamentales hasta que pudieran adquirir algo mejor; y ropa nueva, ya que nada de lo que ninguno de los dos poseía era de suficiente baja calidad como para mezclarse con los demás ciudadanos de Lurias. Jace eligió los chillones colores brillantes de las clases medias, sobre todo en los azules, por supuesto, mientras que Kallist en su lugar adoptó el atuendo gris y sin color de la clase baja.

Y entonces no hubo nada más que hacer sino esperar y hablar. Por días.

"...no va a funcionar," insistía Kallist una mañana, durante un desayuno de huevos fríos, zumo caliente y carne barata. "Yo no estoy dispuesto a vivir así Jace. No indefinidamente."

"¿Y tú piensas que yo si?" respondió el otro con la boca llena de huevos. "Es sólo por un tiempo, hasta que sea seguro encontrar un lugar un poco más... más..." dijo él fracasando en encontrar la palabra y encogiéndose de hombros.

"¿Más como una casa y menos como un pozo de basura?" terminó Kallist amargamente.

"Algo así."

"¿Y cómo vamos a arreglarnos para pagar dicho palacio?" continuó Kallist levantándose de la mesa

Jace sólo pudo rodar los ojos y servirse otra copa. Era una discusión que habían tenido por lo menos cinco veces en los últimos dos días y ya estaba bien y verdaderamente harto.

"Ya te lo dije," comenzó a decir con el tono de un hombre que esa vez tampoco esperaba ser escuchado. "Yo soy un mago. Acarrearé cajas o me pararé en el puesto de un vendedor cuando mi otra opción sea morirme de hambre, pero no un momento antes. Mis ahorros..."

"Nosotros no vamos a durar tanto como tú piensas, maldita sea. Incluso si tú vas a quedarte en ratoneras como esta, algo que yo, por mi parte, no tengo intención de hacerlo."

"Oh, ¿así que ahora estás haciendo planes para mi oro?" le desafió Jace.

"Ya que a mi me parece que he perdido los medios con los que yo estaba haciendo el mío, sí, creo que sí."

Ellos se miraron el uno al otro durante un largo rato.

"Jace," dijo finalmente Kallist con la voz mucho más tranquila, "¿por qué peleas conmigo en esto? Los dos sabemos que tú no tendrías ningún problema en hacer dinero... sin 'rebajarte' a un trabajo servil."

"¿En un distrito como este? No lo creo."

"No todo el mundo de aquí es pobre. Hay más que unos pocos comerciantes, banqueros y políticos que podrían gastar unas monedas de oro a cambio de que sus secretos permanezcan secretos."

Jace se encontró mirando fijamente al zumo de frutas en su mano del que ni siquiera sabía de qué tipo era y del cual ya se había bebido un vaso y medio. "Eso no es, eem, exactamente la mejor manera de mantener un perfil bajo, ¿sabes?" se cubrió él.

"Tú eres un ilusionista," dijo un inexpresivo Kallist. "Estoy seguro de que si te esfuerzas bastante puedes pensar en alguna manera de mantener tu identidad en secreto."

"Kallist, cualquier uso importante de magia de ese tipo llamará la atención." Sin embargo la contracción en la voz de Jace les dijo a ambos que esa no era su única preocupación.

De nuevo el silencio, durante un par de minutos. Jace incluso se retorció en su asiento, sabiendo lo bien que sería examinada su respuesta. "No puedo," dijo al fin, lentamente, levantando la mirada para encontrarse con la de Kallist. "Kallist, yo... yo no puedo volver a ser lo que era antes del Consorcio. Si lo hago todo lo que pasé con Tezzeret no tendría sentido y yo no puedo aceptar eso. No puedo. Lo siento."

La boca de Kallist se movió pero ningún sonido salió. Jace, que más de una vez había visto la expresión de su amigo justo antes de hundir su espada en el torso de una persona, sintió un repentino deseo de alejarse de la mesa.

Y entonces él se abalanzó, no hacia Jace, sino hacia el viejo abrigo usado que había comprado para él, colgado en un perchero igualmente viejo e igualmente usado. Caminó hasta la puerta sin decir ni siquiera una palabra.

"¿Has decidido que es seguro estar fuera de casa en la calle?" le preguntó Jace.

"Mucho más seguro para ti que si me quedo aquí," respondió Kallist con dientes apretados. El golpe de la puerta cortó cualquier réplica que Jace pudiera haber optado por hacer.

* * * * *

Al final de un largo pasillo que, literalmente, conducía a ninguna parte, una cuchilla de fuego apareció en el éter. Aunque deslumbradoramente brillante no emitió ningún calor ya que no existía completamente dentro de los límites de cualquier plano en particular. Se separó en el centro, una cortina corrida en el escenario de la realidad, y Baltrice cruzó las Eternidades Ciegas. Ya estaba dando zancadas por el largo pasaje antes de que las llamas hubieran desaparecido totalmente, sus botas haciendo eco en el suelo.

Cada superficie de allí era metálica y fría, todos los ángulos pronunciados. A través de ventanas de engranajes vio siervos humanoides y golems mecánicos manipulando cables gruesos como robles, poleas suficientemente fuertes como para alzar un elefante, haciendo crujir plataformas de bronce del tamaño de casas de campo. Las salas retumbaron con los sonidos constantes del movimiento, el zumbido de las máquinas, el crepitar de la magia, los pisotones de los guardias. Puertas rotaron dentro y fuera de la existencia; habitaciones enteras se levantaron y cayeron, ascensores gigantes que daban acceso a un número de niveles.

No había señales, ningún indicio de cómo uno podría encontrar el camino alrededor. Allí, en el frío corazón mecánico del Consorcio Infinito, los que pertenecían sabían a dónde se dirigían y los que no lo hacían tenían mucho mayores preocupaciones que la de perderse.

Baltrice sabía a dónde iba. Esa sala, esa escalera, esa pasarela por encima de un pozo sin fondo de maquinarias, ese ascensor que se estremeció ligeramente al moverse no sólo hacia arriba sino hacia

los lados, girando a medida que se movió… Y allí estaba ella, mirando por un largo pasillo a una puerta engañosamente mundana.

De pie frente a esta había una figura vestida completamente con armadura de placas de bronce, cubierta con grabados ornamentales y estrías. Ni siquiera Baltrice, indudablemente la colaboradora más cercana del maestro, había sabido alguna vez si eso era cierto humanoide vestido de placas, un constructor místico con forma vagamente humana, o (posiblemente) una simple escultura decorativa. Sólo sabía que estaba fuera de la puerta de Tezzeret, de día y de noche, ligeramente inclinada sobre una espada de hoja imposiblemente ancha que ningún hombre normal podría haber levantado y mucho menos esgrimido.

La puerta se deslizó ante su acercamiento, elevándose hacia el techo con una serie de chasquidos y sonidos metálicos, y ella se situó al fin dentro de las cámaras privadas de Tezzeret.

La habitación era perfectamente circular, su centro ocupado por una mesa metálica con forma de anillo. De su superficie brotaba una amplia gama de varillas de vidrio y piedras incrustadas, todas latiendo con maná, todas controlando vaya uno a saber que. Un grueso pilote metálico se alzaba desde el hueco en el centro del anillo de metal. Ese, ella lo sabía, era el apoyo de la silla de Tezzeret. Miró hacia arriba, más allá de cuatro niveles separados de controles y tubos y marcos de hierro adicionales, hasta la cima de la silla. Allí ella apenas pudo distinguir una figura oscura sentada en el feo chisme, inhalando el vapor infundido de maná que fluía de los tubos más altos. Incluso desde allí ella podía ver todo su cuerpo temblando en éxtasis por el toque de los vapores; todo excepto la mano de eterium apretada en el brazo de la silla, que de alguna manera se mantuvo quieta aún incluso cuando el hombro y el torso por encima de ella se estremecieron como una serpiente enojada.

Pacientemente, aunque la paciencia no estaba normalmente entre sus virtudes, Baltrice esperó. Pasado un tiempo el flujo del vapor disminuyó, un solo silbido desapareciendo de la sinfonía de sonidos que habían impregnado la cámara. Un segundo susurro más fuerte tomó rápidamente su lugar cuando el pilote comenzó a girar, la silla a descender y, en cuestión de momentos, Tezzeret quedó sentado frente a ella, cómodamente instalado en su trono mecánico, un dios que se había dignado descender de su cielo de artificios. Su cabello quedó pegado a su frente y mejillas por la persistente condensación.

"Bienvenida otra vez," le dijo echándose el pelo hacia atrás con la mano izquierda. "Creo que las Esferas Infinitas están casi perfectas. Unos pocos retoques más y yo nunca debería tener que volver a preocuparme más por ser atrapado como los bárbaros de Bolas casi..." El se detuvo en seco al ver la expresión de ella. "Traes malas noticias." Dijo sin enunciar una pregunta.

Baltrice asintió una vez. "De Jace Beleren."

Tezzeret frunció el ceño. "¿Beleren falló en su tarea asignada?"

Baltrice, tratando de evitar todo rastro de regodeo en su voz, dijo, "Es un poco peor que eso, jefe."

Tezzeret se sentó, completamente inmóvil; incluso su respiración pareció haber cesado. Y luego Baltrice oyó el sonido de metal desgarrándose y vio una de las palancas del escritorio soltarse en las garras de la mano de eterium del artífice.

"¿Qué es lo que me ha hecho esta vez?" susurró Tezzeret con suavidad.

* * * * *

Había sido un buen descanso de la disputa pero un descanso fue todo lo que fue.

"...sé que es una buena cantidad de oro," estaba diciendo Kallist cuando salían del departamento detrás de ellos la tarde siguiente. "Sólo que no creo que deberíamos confiar en el."

Jace se encogió de hombros. "Tal vez no," dijo apenas prestando atención. "Pero," añadió mirando de manera significativa en las calles y los edificios alrededor, "lo que tenemos debería irse por un camino terriblemente largo."

"Pon énfasis," dijo Kallist mirando los encorvados y mediocres edificios y pensando en volver a sus lujosos cuartos en el complejo, "en el terriblemente."

Ellos se movieron entre la multitud, tratando de encajar en una comunidad donde claramente no lo hacían. El volumen de gente fue exasperante pero no peor que el mercado de Dravhoc; Jace se desconectó fácilmente de ello. Pero encontró chillones los estilos de la clase media y deprimentes los trajes grises de la gente más pobre. No era que él se sintiera particularmente superior a ellos (se dijo); era sólo que no pertenecía.

No tenían ningún destino en mente, sólo un tenue deseo de conocer ese lugar que podría ser su hogar durante un buen rato. Así que cuando Jace, volviéndose cada vez más desdeñoso de su entorno y cada vez más irritado por la charla de trabajo de Kallist, vio lo que parecía ser una taberna y restaurante al otro lado de la calle, hizo una línea recta hacia él sin ni siquiera decir una palabra o incluso tomarse el tiempo para leer el letrero sobre la puerta. Kallist, sobresaltado, le siguió.

El estruendo de la multitud se desvaneció, reemplazado por… bueno, por un estruendo diferente de un público diferente. Las tablas del suelo estaban pintadas de un horrible color amarillo-marrón, algo discordante hasta que Jace se dio cuenta de que lograba camuflar la mayoría de la tierra que los clientes podrían traer al interior. El lugar tenía una barra, como cualquier buena taberna, pero esta era un círculo perfecto en el centro de la habitación en lugar de estar construida a lo largo de una pared. Una escalera de caracol corría arriba y abajo desde dentro, supuestamente permitiendo el acceso a una bodega por debajo y quien sabe que por arriba. La sala común estaba llena de pequeñas cabinas, formadas por paredes independientes en forma de C que acunaban mesas pequeñas. Un uso horriblemente ineficiente del espacio, tal vez, pero sin duda inspirando una sensación de privacidad. Un escenario elevado que

en ese momento carecía de cualquier tipo de intérprete se alzaba a lo largo de una pared y una puerta al lado de este oscilaba constantemente abierta cuando servidores surgían con platos de la cocina.

Jace decidió que le gustaba el lugar y tomó una de las mesas vacías. Él y Kallist escucharon atentamente mientras una camarera recitó las opciones del día, ordenaron, y luego se estudiaron entre sí.

"Mira," comenzó a decir Kallist, "Yo no estoy diciendo que deberías trabajar en un lugar como este ni nada que se le parezca pero…"

"¡Oh, por el amor de… Kallist, date un descanso!"

"Yo no lo creo Jace. ¡Puede que sea tu oro pero es nuestra vida maldita sea! Esto sólo es acerca de ti. Nosotros necesitamos…"

"Lo que nosotros necesitamos Kallist," dijo Jace en serio, "es tomar algunas decisiones más urgentes."

Kallist abrió la boca pero la cerró cuando la camarera trajo sus bebidas y luego comenzó de nuevo. "¿Cómo cuales?"

"Como quienes somos."

"Yo no… Oh."

"Sí."

Kallist frunció el ceño. "Bueno, yo nunca he estado metido antes en algo como esto. ¿Son necesarios los seudónimos?"

Jace lo ponderó, tomando un gran sorbo de vino. "Yo los he usado mucho," dijo cavilando a través de su mente mientras habló. "De hecho ya tengo un nombre establecido aquí, con mis diversas cuentas. Darrim."

Kallist parpadeó. "¿Acaso no eras Berrim allí en Dravhoc?"

"Sí. Me resulta más fácil recordar a todos ellos si no son demasiado diferentes."

El continuó deliberando; Kallist continuó dejándolo.

"Sí," dijo finalmente Jace. "Es una buena idea. Probablemente sea innecesario… No creo que alguien del Consorcio pase por aquí y resulte que escuche a alguien hablando nuestros nombres. Y cualquier persona que sepa lo suficiente como para estar buscándonos activamente aquí en Lurias es alguien que no va a dejarse engañar por nombres falsos de todos modos. Pero aún así…"

"Ustedes," dijo una voz desde un poco más allá de la pared de la cabina, "deben ser Jace Beleren y Kallist Rhoka, ¿verdad?"

Los dos se miraron asombrados el uno al otro por una fracción de segundo y todo lo que Jace se le ocurrió decir fue: "¿Ves?"

Ambos se volvieron, preparados para arrojarse de la cabina. La mano de Kallist había caído a la empuñadura de su espada, los labios de Jace ya se movían en las primeras etapas de un hechizo.

"Oh, deténganse. Si yo quisiera pelear habría prendido fuego su lugar desde atrás." La mujer que apareció a la vista era más alta que la media, delgada, con un pelo negro como la medianoche y ojos más profundos que las Eternidades Ciegas. Llevaba un chaleco color burdeos y un vestido en tonos perla, y sus manos se elevaron ligeramente, tal vez para demostrar que estaban vacías.

"¿Cómo diablos sabes quienes...?" comenzó a preguntar Jace sólo para cerrar los labios de improvisto cuando Kallist se levantó, los hombros claramente tensos para sacar su espada.

"Yo te conozco," le espetó el espadachín. Ella levantó una ceja.

"Pues yo no," murmuró Jace irritado.

"Lo siento." La mujer se volvió, aparentemente despreocupada por el espadachín nervioso a su lado. "Mi nombre es Liliana."

"Jace," dijo Jace reflexivamente. Luego, un poco avergonzado, "Pero, em, tú ya sabías eso."

"Jace, esta es Liliana Vess," dijo Kallist con dientes apretados.

La mandíbula del joven mago se apretó.

Liliana entornó los ojos, se dejó caer en la cabina junto a él, y se tragó el vino restante en su copa.

Jace miró a Kallist que pareció casi tan perdido como él.

"¿Cómo nos encontraste tan rápidamente?" le exigió Kallist.

"No fue difícil. No hay muchas mesas aquí así que solo comprobé cada una."

"¡No juegues con nosotros! Yo..."

"Tú," le interrumpió Liliana, "estás asumiendo que porque yo he hecho un par de trabajos para el Consorcio aquí y allá que yo debo estar trabajando para ellos ahora y en busca de ti."

"Sería una notable coincidencia si no lo fuera," le dijo Jace.

"Podría ser," admitió ella, "si ustedes no hubieran venido a Lurias."

"¿Eh?" preguntaron Jace y Kallist a la vez.

Liliana suspiró y le hizo un gesto a una de las camareras. "Voy a necesitar más vino. Yo estoy aquí por la misma razón que ustedes, Jace Beleren. Porque es lo más razonablemente lejos que yo podría llegar del Consorcio sin abandonar Ravnica por completo."

"¿Te estás escondiendo?"

Liliana miró a Kallist. "Él es rápido, ¿verdad?"

Jace frunció el ceño. "Entonces, ¿cómo sabías que nosotros no estábamos aquí tras de ti?"

La recién llegada echó la cabeza hacia atrás y rió, un sonido musical que de alguna manera puso los pelos de punta a Jace a pesar de que sabía que estaba bromeando. "Yo todavía tengo mis fuentes Jace. Creo que todo aquel que trabaja independientemente o incluso ha oído hablar del Consorcio Infinito sabe que Tezzeret ha ofrecido un saco de oro del tamaño de un kraken por tu cabeza. ¡Por los infiernos probablemente yo podría volver a las andas con ellos si te entrego!"

"Pero," agregó ella por el destello repentino en los ojos de ellos "no es que me gustaría hacer eso." Pareciendo un poco nerviosa por primera vez bebió un generoso trago de vino.

"Yo no le creo Jace," dijo Kallist, inconsciente de que al estar parado alrededor de la cabina con una mano en la empuñadura estaba empezando a atraer miradas. "Es demasiado conveniente. Ravnica es un mundo grande y este no es precisamente el único distrito en el que esconderse."

Liliana se inclinó hacia Jace. "Es verdad, yo podría haber elegido otros barrios, algunos más cómodos. ¿Pero tú has probado el maná de aquí? Hay otros distritos construidos en un terreno pantanoso pero, francamente, son incluso más feos que éste."

Jace asintió lentamente. Así como él había buscado las frescas aguas de la costa ella fácilmente podría estar allí por los pantanos debajo del resto de Lurias. Pero aún así... "No es que sea un distrito grande," protestó él. "Pero todavía me parece bastante poco probable."

"Lo es," admitió ella. "Mira, yo no vine a Lurias a buscarlos; yo ya estaba aquí. Pero si los busqué cuando me enteré de que ustedes también estaban aquí. ¡Oh!" agregó ella cuando ambos se pusieron pálidos. "No se preocupen. Los muertos me lo dijeron; sintieron su poder. Pero no hay otro nigromante en el Consorcio con el poder de darle órdenes a los fantasmas así de fuerte. Al menos no en Ravnica. Ustedes están a salvo."

"Hasta que tú nos entregues," hirvió Kallist.

Liliana suspiró. "Yo les busqué porque tenemos un problema común y pensé que estaríamos más seguros vigilándonos las espaldas unos a otros. Eso es todo."

"Si tú me conoces," dijo Jace cuidadosamente, deliberadamente, "entonces sabrás que hay una manera fácil de probar lo que dices."

"Jace..." comenzó a decir Kallist pero una mano levantada lo silenció.

Liliana palideció pero asintió. "No tengo ningún interés en luchar contra ustedes. Demasiada atención. No me dolerá, ¿verdad?"

"Por lo que yo sé no."

"Está bien. Hazlo."

Un momento de intensa concentración y Jace estuvo dentro de la mente de Liliana Vess. Por un instante él sintió la necesidad de alejarse de la intensidad. Esa era una mente poderosa, una de las más poderosas en las que había estado desde la propia de Alhammarret, y una confusa. Una vida amorosa pero una fascinación por la muerte, la alegría mezclada con la ambición; una pasión fácilmente en combustión, para bien o para mal.

Más extraño aún, sin embargo, era lo que había más allá, las bases de la mente de Liliana. Estas tenían... No existían palabras que coincidieran con precisión... ¿una textura? ¿Un sabor? ¿Un contorno? Algo sobre la sensación de su mente era diferente, diferente a cualquiera que Jace había tocado antes.

Pero entonces, Jace nunca había ahondado tan profundamente en la mente de otro caminante de planos. Y sea cual sea el caso Jace no sintió ningún engaño en la mente de Liliana (al menos no sobre el tema que les preocupaba) ni ninguna hostilidad hacia él o Kallist. Consideró la posibilidad de ahondar aún más, saber por qué se estaba escondiendo del Consorcio o desenterrar algún secreto que pudiera utilizar si era necesario, pero se contuvo. Temió que ella pudiera sentirlo si se tomaba demasiado tiempo en su mente y la última cosa que necesitaban era otro enemigo.

Jace abrió lentamente los ojos. Liliana parpadeó una vez y luego negó con la cabeza.

"¿Suficiente?" le preguntó con una sonrisa. Entonces, cuando Jace buscó una respuesta, ella se levantó. "Bueno, me alegra de que estén aquí. Será agradable hablar con alguien acerca de algo que no sea pescar y qué tan lejos se extendió el pantano este año. Estoy bastante segura de que voy a verlos alrededor."

Y, así como así, ella desapareció entre la multitud con dos miradas separadas: una desconcertada, una aún sospechosa, aún arrastrándose en su estela.

Capítulo 20

"Buenos días Kallist. ¿O ya has decidido un nuevo nombre?"

Kallist giró, dejando caer la mano a su espada, antes de reconocer la forma detrás de él como la de Liliana. El sol todavía estaba bajo en el este, lanzando una telaraña de sombras sobre Lurias, y el aire olía más a rocío que a los adoquines horneados y a multitudes envasadas que vendrían después. Las calles estaban en gran parte despejadas, tan pronto después del amanecer, pero llenándose rápidamente de humanos, elfos, viashino, y otros saliendo a sus labores diarias, o tal vez para tomar un plato de desayuno antes de dicha labor.

"Buenos días," dijo él gruñonamente mientras ella se puso a caminar a su lado. A continuación, a regañadientes, "Ah, Jace me dijo que deberíamos confiar en ti."

"Pero tú no lo haces." No fue una pregunta.

Kallist se encogió de hombros. "Bueno, al menos yo ya no voy a apuñalarte desde el principio. Pero Jace… Jace es de los extraños. Él usa a gente en la que debería confiar, confía en gente que debería evitar, y evita gente que podría usar. Así que no. Yo aún no confío en ti."

Liliana sonrió suavemente. "Eres más sabio que él." La expresión se desvaneció. "He oído hablar mucho de ustedes dos. Menos en los últimos días, obviamente, pero... ¿El es peligroso, verdad?"

"Muy," asintió Kallist. "Y no sólo con sus enemigos," añadió con más de un toque de amargura.

Ella colocó una mano sobre el antebrazo de Kallist con sorprendente delicadeza. "Fue amable de tu parte llevarlo bajo tu ala de la manera que lo hiciste. No conozco a mucha gente que lo haría."

Kallist volvió a encogerse de hombros.

"¿Ustedes dos no serán...?" Ella dejó colgando la pregunta.

"¿Amantes?" Kallist rió. "Eem, no. Nosotros éramos amigos, compañeros, tal vez incluso hermanos. Nada más."

"¿Éramos?" le preguntó ella con una ceja levantada.

"Somos. Yo dije 'somos'."

"Dijiste 'éramos.'"

"Quise decir 'somos.'"

"Por supuesto," dijo ella con una sonrisa enigmática. "Prueba el mercado si estás en busca de trabajo. Muchos de los comerciantes están contratando guardias privados. ¡La mejor de las suertes!"

Kallist la observó mientras ella se volvió y se alejó, preguntándose qué debía estar pensando. Su brazo continuó sintiendo un hormigueo donde ella lo había tocado.

* * * *

Cuando ellos se encontraron otra vez esa tarde (o cuando ella lo buscó, él no estuvo seguro de que) Liliana le había sugerido que se detuvieran para comer un bocado. Kallist, frustrado por su día, estuvo de acuerdo. Se sentaron en un café al aire libre, que era poco más que un par de mesas redondas con sombrillas y una choza de la que se podía pedir cualquier cosa con tal de que fuera alguna variedad de pan y peces o reptiles.

Pero entonces ellos no estaban allí por la comida. No había nadie. El patio, situado cerca de uno de los pocos tramos de costa sobre los que aún no se había construido, estaba mirando por completo al oeste. Desde allí, cada noche, unas pocas docenas de ciudadanos del distrito se reunían para ver el reluciente oro y azul de la puesta del sol reflejándose en las aguas y disparándose como flechas entre las estructuras cercanas más altas.

Kallist trató de apreciarlo, gracias a que Liliana se lo mostró, pero su corazón no estaba en ello. La tercera vez que ella lo sorprendió revolviendo el guiso de pescado y refunfuñando por lo bajo Liliana dio un verdadero pisotón en el suelo.

"Escúpelo," insistió ella, "antes de que te ahogues con ello. Este guiso miserable es bastante difícil de tragar por sí solo."

"Se supone que yo no tengo que estar aquí," le dijo él.

"¿Y nosotros si? ¿Crees que a mi me gusta vivir aquí? ¿Crees que a él le gusta?"

"Para ustedes dos está todo muy bien," le espetó Kallist. "¡Ustedes pueden caminar entre condenados mundos enteros! ¿No te gusta tu vida? Oye, ve a buscarte otra."

"Si realmente crees que es así de simple," dijo ella respirando y de repente su voz podría haber congelado el propio mar cercano, "eres el tonto más grande que he conocido en cualquier mundo."

"Tal vez lo sea," respondió él moderando algo su tono. "¡Pero mi punto es que ustedes están acostumbrados a ser desarraigados, a ver como todo lo que conocen cae detrás de ustedes! ¡Se suponía que yo tenía que estar con el Consorcio durante el resto de mi vida! Y luego Jace..." Él sacudió la cabeza. "Él me arrastra en un lío lo suficientemente profundo como para ahogarme en él y ni siquiera se hará responsable por ayudarme a sacar partido de ello. El me debe, Liliana. ¡Me debe una vida! ¡Pero trata de hacérselo ver!"

"Por lo que yo se," dijo ella volviéndose para que las luces reflejadas parpadearan como la caricia de un amante sobre su rostro y su pelo, "él te trajo porque estaba tratando de hacer lo correcto."

"Lo correcto." se burló Kallist. "Nosotros éramos asesinos Liliana. ¿Desde cuándo eso importó? Pero sí, Jace se ha vuelto realmente grande en hacer lo correcto… para Jace. Si él se hubiera detenido a reflexionar dos segundos en cuanto a si era lo correcto para cualquier otra persona, bueno, esos hubieran sido dos segundos más de lo que hubiera hecho jamás en su vida."

Liliana, sonriendo, le puso una mano sobre la suya. Kallist no pudo ni empezar a decidir si fue sólo un gesto de amistad o algo más. "Este lugar no es tan malo Kallist," le dijo seriamente. "Si le das un poco de tiempo creo que hallarás…"

Ella se detuvo, su mirada de repente levantándose sobre el hombro de Kallist y dirigiéndose a la calle. "Ja… ah, ¡Darrim!" llamó ella al recién llegado, que había estado caminando hacia el mismo patio y luego aminorando el paso cuando vio lo que le estaba esperando allí. "¡Ven y únete a nosotros!"

"Liliana," la saludó él con una sonrisa, deslizándose entre las mesas vecinas. "Justo te estaba buscando. Es una fantástica vista, ¿no? Siento haberme perdido la mayor parte de ella." El acercó una silla y miró a su derecha, su sonrisa desvaneciéndose como la última luz del día. "Hola, Kallist," dijo en voz más baja para estar seguro de no ser escuchado.

"Jace. O Darrim si lo deseas. Estábamos hablando de ti."

"Seguro de que lo hacían."

La conversación, a pesar de los mejores esfuerzos de Liliana, terminó poco después.

* * * * *

Jace abrió la puerta del restaurante donde él y Kallist se habían encontrado por primera vez con Liliana y al que había regresado, por lo general solo, una docena de veces desde entonces.

Había aprendido más sobre él, en las semanas desde su llegada, por lo que ya no era sólo "ese edificio con el letrero descolorido." La taberna era propiedad de un tal Eshton, un hombre de cierta celebridad local, y tenía el nombre increíblemente imaginativo de "Taberna de Eshton." Afortunadamente, Eshton elaboraba cervezas, salchichas de tierra y pastelitos horneados con mucha más habilidad con la que nombraba los negocios, y el lugar era muy conocido y muy querido como un establecimiento donde se podía conseguir una comida y una bebida en relativa intimidad, por un precio muy ligeramente irracional.

Ese día, una vez que él había permitido que sus ojos se acostumbraran a la penumbra interior, Jace vio la oportunidad de cambiar de mesa. Zigzagueó a través del cuarto, saludando a uno o dos de los otros regulares, y se dejó caer de repente en la cabina donde Liliana estaba recogiendo descorazonada algo que podría haber sido paté. Su grito cuando él apareció de repente a su lado fue casi lindo.

"Cambio de lugar," le dijo a ella tomando una cucharada del paté y luego arrugando la nariz ante el sabor, "es juego limpio."

"Oh, Jace, Jace, Jace," lo arrulló ella. "No tienes idea de la cantidad de juegos que conozco."

Jace se estremeció. "Realmente me gustaría que me llamaras Darrim cuando estamos en público."

"Y tú estás haciéndote el tonto. Nadie nos escucha. ¿Qué estás haciendo aquí?"

"Buscándote," le dijo él. "Realmente no hemos tenido mucho tiempo para hablar."

"¿Ah no?" le preguntó ella con malicia.

"Bueno… No a solas," modificó él.

"Te diré una cosa," le dijo ella con una sonrisa pícara. "En este momento, esta cosa llamada ‘comida’ es suficiente para entrometerse en cualquier conversación. ¿Un consejo? Las salchichas, los filetes, y las albóndigas son excelentes. Probablemente deberías evitar cualquier otra cosa."

"Lo tengo."

"Tú ve a buscarme algo que en realidad sea, digamos, comestible, y yo voy a estar feliz de sentarme y hablar contigo."

"Sí, señora," le dijo él.

"No seas descarado. Ese es mi trabajo."

Jace le sonrió y se dirigió a la barra.

Liliana lo vio alejarse con una mirada pensativa en sus ojos y se estiró lánguidamente en su silla. Durante unos instantes escuchó el ruido ambiente del restaurante, el tintineo de vasos y platos, el sordo zumbido de una docena de diferentes conversaciones sin importancia. Y levantó la mirada cuando una sombra cayó sobre la mesa, sorprendida de que Jace estuviera de vuelta tan pronto, y no pudo dejar de hacer rodar los ojos hacia el cielo cuando vio que no era Jace en absoluto.

Era un hecho desafortunado de la vida, uno que ella había aprendido mucho tiempo atrás, que en cualquier taberna, cualquier restaurante, cualquier fiesta (¡a veces incluso en los servicios del templo!) siempre había al menos un hombre convencido de que cualquier mujer atractiva no podía vivir sin sus atenciones. Muchas personas asumen que esas cosas sólo ocurren en raras ocasiones; esas personas no son las mujeres en cuestión. ¿Era algo que tenía que ver con los poderes que ella tenía a su disposición? ¿Algún deseo inconsciente de morir o una profunda atracción en el alma a aquella que había tocado los espíritus de tantos otros? ¿O era que ella estaba buscando un significado donde no lo había y realmente era sólo una combinación de mala educación y descarada lujuria?

En cualquier caso Liliana levantó la vista al tipo de pie junto a la mesa, mirándola de reojo, y no quiso nada de eso. Aunque al menos éste mantenía su barba roja decentemente recortada, tenía todos sus dientes, y estaba vestido con un traje limpio (en los habituales tonos chillones de aquellos que querían parecer más ricos de lo que eran) a diferencia de algunos de los otros que habían tratado de abusar de su hospitalidad en el pasado.

"Pues mira tu que hermosa…" fue todo lo que logró sacar antes de que Liliana bostezara deliberadamente en su rostro y se girara.

"¡Sólo un maldito minuto!" gruñó el tipo estirándose a través de la mesa. "¡Por lo menos me vas a hacer la cortesía de escuchar lo que tengo que..." Y de nuevo se detuvo, su mano a pocos centímetros de la muñeca de ella. Liliana miró hacia atrás, sorprendida a pesar de sí misma de ver al tipo enderezarse de repente y aclararse su garganta.

"Bueno, esto es incómodo," dijo él, y aunque su voz fue la misma, su tono, su inflexión, fueron por completo los de otro hombre. "Quiero decir, aquí estás tú tratando de disfrutar de tu almuerzo y yo

vengo a irrumpir y arruinarlo para ti. Realmente te debo unas disculpas."

Ella lo miró, completamente desconcertada.

"Tiene que ser particularmente incómodo para tu amigo," continuó él. "Quiero decir, él no te conoce muy bien. ¿Te gustaría que él se quede fuera de esto, que confíe en que lo manejes tú? ¿O que salte y me muela a golpes?, aunque te digo que yo le llevo unos buenos veinticinco kilos de más. Seguramente se volverá loco tratando de averiguar la mejor opción."

Liliana sintió una sonrisa extenderse por su cara, tan amplia que estaba segura de que había llegado hasta el final de sus orejas. Estiró el cuello, mirando alrededor del recién llegado, para ver a Jace a medio camino entre la mesa y la barra, con sus ojos fijos en el hombre de barba roja y el ceño fruncido en una profunda concentración. Y ella rió, un gutural sonido musical de puro deleite.

"Yo creo," dijo al tipo cercano, aunque sus ojos permanecieron en Jace, "que él lo ha hecho muy bien."

Jace y su "portavoz" sonrieron como uno; este último se alejó, sacudiendo la cabeza con perplejidad, mientras que el primero regresó a la mesa con dos platos de comida en la mano.

* * * * *

Se agitó, se giró, volteó la almohada, le pegó al colchón, incluso contempló lanzar un hechizo sobre sí mismo. Pero sin importar lo que intentó Jace no pudo encontrar forma de dormir.

La cena había sido un desastre. Antes de que Liliana llegara Kallist no había hecho otra cosa más que hablar de su continua caza de un trabajo en ese barrio miserable y sobre cómo Jace también debería encontrar uno si él no estaba dispuesto a volver a sus viejos métodos, acerca de cómo sus reservas de oro no durarían para siempre, y bla, bla, bla.

¿Y después de que ella había llegado? Jace, que realmente había querido conocer a Liliana mejor de lo que le había permitido su conversación en Eshton, no habido podido forzar la conversación ni con un ariete. Todo fue acerca de Kallist, la historia de Kallist con el Consorcio, los diversos peligros y riesgos que había superado en su servicio. Claro, a menudo esos también habían involucrado a Jace, pero él no se había dado cuenta, hasta que había oído decirlo por alguien más, lo mucho que esos acontecimientos le habían colocado como el compañero secundario, ayudando a Kallist en sus esfuerzos.

Cuando todo estuvo dicho y hecho Jace no supo más sobre Liliana Vess de lo que había sabido esa mañana excepto que tenía la costumbre de salar condenadamente todo sobre la mesa y que él realmente disfrutaba viéndola comer.

Jace se levantó al fin de la cama, decidido a despertar a Kallist y a tragarse una buena y larga perorata. No pudo decir si él sólo quería gritar o en realidad esperaba limpiar el aire porque cuando entró en la sala central del departamento de tres ambientes vio la puerta de la habitación de Kallist abierta de par en par y vacía.

Jace volvió a la cama y permaneció despierto durante varias horas más, luchando contra el sueño cuando finalmente este se dignó a venir, hasta que oyó los pasos de Kallist sobre la escalera y estuvo seguro de que su amigo regresaba solo.

* * * * *

Fue más o menos una semana después cuando Kallist regresó de una de sus incursiones con algo parecido a una buena noticia.

"¿Encontraste un trabajo, verdad?" le preguntó Jace.

"Comandante de media jornada en la guardia privada de un comerciante local."

"¿Un guardia? ¿Tú? ¡Estás bromeando!" Jace no pudo dejar de reír y se alegró de ver a Kallist sonriendo junto con él.

"Podrías pensarlo así pero no. Parece que ha habido un aumento de la delincuencia debido a la falta de crecimiento de los cultivos por la expansión del pantano. Así que los comerciantes no pueden confiar en la guardia de la ciudad para protegerlos y hay algún tipo de guerra subterránea de comerciantes en marcha sobre los cultivos que quedan... Bueno, todo es muy complejo y económico, y a ti poco debe importarte."

"Ni de lejos," Jace estuvo de acuerdo sin dejar de sonreír. "¿Supongo que esta 'guerra' significa que tú vas a hacer un poco más que vigilar?"

"Puede que tenga algunos trabajos ligeramente menos legales," admitió Kallist, "pero bueno, ellos pagan mejor."

"Bueno, felicitaciones Kallist." Dijo Jace con honestidad y Kallist se alegró honestamente de oírlo.

La nueva paz sólo duró los tres minutos de conversación adicional.

"¡Por todas las Eternidades!" Jace sofocó el impulso de arrojar algo pesado y filoso a su amigo. "¡¿Cuántas veces vamos a pasar por esto?! ¡Te lo he dicho más veces que los mundos que hay en el Multiverso, por el momento yo no voy a arriesgar cualquier muestra enormemente ostentosa de magia, y ciertamente no voy a rebajarme a trabajar en algo sencillo y miserable en un distrito como Lurias!"

"Ya veo. ¿Así que eso está reservado para las almas menores como yo?"

"¡Parece que es para lo que tú eres bueno!" espetó Jace.

Kallist gruñó algo incomprensible y salió por la puerta antes de que Jace pudiera disculparse o incluso decidir si quería.

Unos momentos de balbuceos y luego Jace, también, dejó el apartamento, dando un portazo detrás de él. Sin un solo pensamiento consciente encontró a sus pies llevándolo una vez más a la Taberna de Eshton; el único lugar en Lurias donde simplemente mirar alrededor no lo hacía enojar.

El lugar estaba anormalmente lleno de gente para ser tan temprano en el día. Jace se preguntó brevemente por qué hasta que recordó haber oído algo sobre una fiesta local. ¿Celebrando qué?, él no tenía ni idea y no le importó lo suficiente como para preguntar. Se

abrió paso a través de un grupo de gente que no conocía, hizo un gesto a medias a uno o dos cuyos nombres recordaba, y se dejó caer en la mesa vacía más cercana como un niño caprichoso. Aparte de hacer su pedido, no dijo nada, no miró a nadie, por algunos minutos. Hasta que una forma conocida apareció junto a la mesa.

Miró hacia arriba en estado de shock. "¡¿Acaso trabajas aquí?!"

Liliana le dio la misma mirada que la camarera podría haberle dado si él le hubiera pedido una botella entera de vino irrimberry a crédito. "¿Acaso tú me ves como una camarera?"

"Bueno, eso que llevas sin duda se parece a mi pastel de carne picada."

Liliana tiró el plato sobre la mesa y se sentó a su lado, dándole un codazo para que se moviera más y le diera un poco de espacio. "Te vi venir," le dijo ella. "Eso me dio la oportunidad de ver si pedías algo que yo quisiera robar de tu plato." Ella le sonrió. "Y es un poderoso recordatorio de que sea cuidadosa con mis gastos."

"¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso?"

"Me recuerda que no soy cuidadosa, que podría tener que trabajar de verdad para ganarme la vida." Ella se estremeció teatralmente y Jace no pudo evitar sonreír a pesar de lo delicado del tema.

"Así que iba a preguntarte si te molesta que te acompañe," le dijo ella tomando un bocado de tubérculos con mantequilla de su plato. "Entonces vi tu expresión miserable y decidí que era mejor no preguntar." Dijo y le sonrió.

"Hay... hay mucho que me está pasando," dijo Jace vagamente. Entonces, "Seguramente alguien con tus capacidades no debería tener problemas para ganar monedas."

La sonrisa de Liliana se encogió un poco. "Seguramente. Asumiendo que quisiera atraer todo tipo de atención. Puede que los magos no sean las cosas más raras en Ravnica pero no son exactamente comunes, al menos no aquellos que tienen la clase de poder que manejamos tú y yo. Así que, ¿qué debería hacer? ¿Montar espectáculos, conjurar espíritus para la diversión de la gente? Podría trabajar para una familia de comerciantes, tal vez, pero esa no es la mejor manera de evitar la atención del Consorcio. ¿O tal vez matar a unos pocos cientos de campesinos hasta que el pueblo me pague para que renuncie? Pero creo que esa opción tampoco me gusta. Podría irme a cualquier otro plano; pensé en ello más de una vez; pero no conozco otro lugar en el que tenga más opciones que en Ravnica."

"En realidad estoy un poco sorprendida de que tú no hayas pensado en lo mismo."

"Lo he hecho," dijo Jace con el ceño fruncido. "Estaba esperando a que tú me dieras alguna idea que a mi no se me hubiera ocurrido."

Ella dio una risita. "Míranos, ‘Darrim’. Posiblemente seamos dos de las personas más poderosas de este mundo y aquí estamos hablando de puestos de trabajo y gastos de subsistencia. Lástima que no podamos convertir hongos en oro, ¿verdad?"

"Alguna vez fuimos dioses..." citó Jace en voz baja y luego se limitó a mover la cabeza ante la mirada inquisitiva de ella.

"No me puedo imaginar que ese sea un problema para ti," dijo él tratando de animar la conversación un poco. "Es decir, no me puedo imaginar que tendrías problemas para encontrar a cualquier número de personas que te ayuden con sus ingresos por un tiempo."

El se dio cuenta por completo de lo que había dicho más o menos al mismo tiempo en que lo hizo y se sonrojó escandalosamente. Pero justo cuando abrió la boca para balbucear una disculpa Liliana se echó a reír.

"¿No has conocido a muchas mujeres, verdad?" preguntó burlándose de él.

Jace levantó una ceja. "No, pero siempre he sido rápido para estudiarlas," respondió burlonamente.

Ella se apartó con recato, lo que estuvo bien; Jace se habría sentido avergonzado por ella al ver la sonrisa que casi le partió la cara.

De hecho, habían habido unas pocas mujeres, aunque sólo unas pocas, durante sus primeros años (y con la mayoría de ellas él simplemente había sacado sus deseos y preferencias de sus mentes) y ninguna en absoluto desde que había llegado a Ravnica. Cuando se trataba de hacer las cosas "a la manera antigua" él era casi tan torpe como un niño pubescente.

De alguna manera, sin embargo, no creyó que se sentiría cómodo admitirle eso a ella.

Ellos hablaron durante un tiempo más, Liliana contándole a Jace unos pocos detalles de su vida. El no pudo dejar de simpatizar con ella cuando le contó de tener que abandonar su hogar para evitar que los temores de aquellos que alguna vez había llamado amigos le causaran daño.

"Aún así," le dijo ella en voz baja, "Creo que lo he tenido un poco más fácil que tú."

"¿Ah sí?" Preguntó él mirándola perplejo, su sonrisa desapareciendo. "¿Por qué dices eso?"

"Porque yo no puedo hacer lo que tú haces. Estoy acostumbrada a asumir que la gente no confía en mí, o que se asustarían de mí, una vez que sepan el tipo de magia que ejerzo. Pero tú... tú tienes el poder de saber lo que son. Puedes ver su desconfianza y su miedo o puedes disminuirte a ti mismo para estar seguro de que tú no lo hagas. No puedo pensar en nada más solitario."

Jace estuvo seguro de que eso era una tontería. El nunca se había sentido de esa manera. ¡Nunca! Pero no fue capaz de enterrar la duda que empezó a nublar sus pensamientos.

Antes de que pudiera decidir qué decir escuchó una voz conocida en la puerta de la Taberna de Eshton, saludando a algunos de los clientes reunidos. Jace se levantó y vio a Kallist mirando a su alrededor como si buscara a alguien, y ese alguien, a juzgar por su expresión ansiosa, no era Jace.

"Al menos," dijo Jace con su propia voz repentinamente enojada, "no todo el mundo tiene que ser tan solitario como apariento yo." Y con eso se fue, antes de que Liliana pudiera abrir la boca para responder.

* * * * *

Cuando él regresó, después de muchas horas de dar pisotones alrededor de la ciudad como un gigante enojado, fue recibido por un muro de sonido: música y risas, gente bebiendo y bailando. La celebración de Fuera Lo Que Demonios Fuera que Lurias Tenía Que Celebrar estaba en su apogeo y él pensó seriamente en volver en otro momento. La última cosa a la que quería hacer frente era a una multitud alegre.

Entonces pensó en tratar de dormir, suspiró y entró por la puerta.

La música que desde afuera había sido simplemente ruidosa, dentro fue una presencia física, casi lo suficientemente potente como para hacer saltar el cuerpo del recién llegado y exigir su monedero. El escenario estaba lleno a reventar y muchos de los stands habían sido arrastrados a un lado para proporcionar una pista de baile más grande. Varias decenas de clientes giraban en un tornado de carne y tela, acompañados de un par de juglares en la esquina que se esforzaban por mantener el ritmo.

Jace, dando codazos y miradas para pasar a través, se detuvo en el borde mismo de la danza y esperó hasta que el ritmo le trajo a Liliana a él. Se sintió extrañamente aliviado al descubrir que no estaba bailando con alguien en particular.

Sus ojos se encontraron y ese alivio se sacudió bastante por la fría expresión de ella. Ella dio un paso lo suficientemente fuera del anillo de celebrantes para que no le bloquearan su camino y lo miró.

"¿Sí?" preguntó ella con una voz tan alta como para pasar por encima de la música.

"Liliana, yo quería..." El calló, preguntándose dónde había ido Kallist.

"¿Tú querías?" apresuró ella con frialdad.

"¡Quería disculparme!" gritó él lo suficientemente fuerte como para que varios clientes cercanos le miraran, sacaran sus propias conclusiones, y rieran. "Yo no debería haber sido..." se detuvo y se encogió de hombros.

"¿No deberías haber sido un bastardo grosero con alguien que estaba tratando de ser amable contigo?" preguntó ella.

"Eem, sí," dijo Jace desinflándose.

"Está bien. Disculpa aceptada." Jace vio un breve destello de una sonrisa, un brazo delgado estirándose como una serpiente, y entonces él se encontró en medio de los bailarines antes de saber lo que pasó.

Los siguientes momentos fueron borrosos; Jace no tuvo tiempo para pensar y mucho menos hablar mientras luchó con todo lo que tenía para mantenerse al día. Por fin, cuando sintió que era una

carrera para ver si sus pies caerían antes de que el sudor lavara su nariz y labios de su rostro, Liliana finalmente lo condujo lejos de la multitud y en un stand que estaba milagrosamente vacío de otros clientes.

"¿Sabes que eres una bailarín medianamente decente?"

"Soy un pésimo bailarín," dijo Jace jadeando, tocándose con el dedo a un lado de la cabeza. "¿Pero ese tipo de allí, el de negro y verde? Es un bailarín excelente."

La mandíbula de Liliana cayó y luego se echó a reír. "¿Por qué, 'Darrim,' estás tratando de impresionarme?"

"Sólo si está funcionando." Entonces dijo, "Liliana, realmente lo siento."

"Lo sé," le dijo ella.

Jace sonrió débilmente. "¿Me creerías si te pregunto de nuevo dónde está Kallist?"

Ella frunció el ceño y se encogió de hombros. "Kallist se fue educadamente" añadió ella metiendo un dedo en el estómago de Jace, "cuando yo le dejé en claro que él había malinterpretado la naturaleza de nuestra floreciente relación."

"¿Ah, sí?" Jace sintió su pecho golpeando más rápido de lo que lo había hecho durante el baile. "Y... eem... ¿Qué me dices de nuestra 'floreciente relación'?"

Liliana sonrió tímidamente y pidió otra copa. "No lo sé. ¿Tenemos una?"

"Mira, yo... yo sé que antes mostré los modales de un troll con hemorroides. Quería hacer las paces contigo. Yo, em, tengo algo para ti."

Ella se las arregló para mantener la sonrisa en su rostro aunque dentro de ella gimió. "¿Y qué sería eso? ¿Un ramo de flores? ¿Una bonita pieza de joyería que uno no podía permitirse? ¿Tal vez una muñeca?"

Y entonces ella ladeó la cabeza con perplejidad cuando Jace le entregó un sobre abultado sellado con cera derretida. Ella deslizó un dedo por debajo de la solapa, lista para abrirlo, pero un toque suave en su mano la detuvo.

"No lo abras a menos que lo necesites," le dijo Jace.

"No entiendo. ¿Qué es?"

Él sonrió, casi con timidez. "Secretos," le dijo. "Los secretos personales de media docena de comerciantes, banqueros y aristócratas que viven en el Distrito Dravhoc." La sonrisa de él se hizo más amplia ante la mirada atónita que se dibujó en su rostro. "Yo no voy a hacer eso nunca más," dijo él. "¿Pero eso? Todo eso son negocios viejos, al menos para mí, por lo que no cuentan, no te recomendaría permanecer mucho tiempo en Dravhoc en un momento dado; el Consorcio tiene ojos afilados allí. Pero me imagino que puedes permanecer el tiempo suficiente como para recoger algunos pagos."

"Si, ya sabes, alguna vez estás suficientemente desesperada como para que la única otra opción que tengas está esperando en mesas de una taberna."

Liliana se inclinó y rozó sus labios a través de los de Jace, disfrutando de la súbita mirada sorprendida antes de que él respondiera a su vez.

* * * * *

El sol ya se estaba asomando bajo el horizonte occidental cuando ellos llegaron a la entrada del departamento de Jace. El se sintió tan liviano que no se dio cuenta de los escalones y no fue sino con cierta reticencia que abrió la puerta.

"Supongo," dijo tomando las manos de ella entre las suyas, "que aquí es donde nos decimos buenas noches."

Liliana le besó una vez y luego los hizo dar una vuelta por lo que fue ella quien quedó en la puerta y él en el pasillo.

"Aquí," dijo con una sonrisa, "es donde nos decimos buenos días."

Jace la siguió dentro y cerró la puerta.

* * * * *

"Me voy Jace."

Él levantó la vista de donde estaba sentado en el andrajoso sofá con un plato de setas y salchichas de cerdo en su regazo, para ver a Kallist de pie en la puerta. Poco a poco, con incertidumbre, Jace puso su desayuno a un lado y se levantó. Hacía varios días que había estado evitando a su amigo, sin saber qué decir. Pero ciertamente no había esperado que esas fueran a ser las primeras palabras que intercambiaran.

"Kallist," comenzó a decir lentamente, "Yo no…"

"Es mejor para los tres," le interrumpió él con amargura.

Jace asintió lentamente. "¿Qué vas a hacer?"

"Buscar mi propio departamento." Respondió Kallist encogiéndose de hombros. "Mi nueva posición me paga más que suficiente. Tal vez no tan bien como chantajear a los ricos y famosos pero saldré adelante."

"Tú ya sabes que yo ya no me dedico a eso," insistió Jace.

"No, no hasta que lo necesites. O hasta que alguien más bonito que yo te lo pida más gentilmente."

Jace ni siquiera preguntó cómo lo sabía. "Eso es diferente. No es información nueva, y es sólo en el caso de…"

"Eres un hipócrita Jace. Está bien. En realidad es mi culpa. Debería haberme dado cuenta de tomarte la palabra cuando se trató de conseguir algo que querías… ¡la única cosa que pude haber encontrado y que podría haber hecho que este maldito lugar fuera un poco mejor!"

"¡Ella nunca fue tuya!" Exclamó Jace con los puños apretados. "¡Nunca!"

"¡Porque tú no nos diste esa oportunidad!" le replicó Kallist. "¿No fue suficiente con que me quitaras todo lo que tenía?"

"Quitaras… ¡Maldita sea, Kallist, yo te he salvado la vida!"

"¿Tú llamas a esto vida?"

Jace abrió su mandíbula, para discutir, para reprender a su amigo por una visión tan estrecha y arrogante de Lurias, por la existencia después del Consorcio Infinito y entonces Jace sólo pudo pensar en sus propias reacciones, sus propias conversaciones con Liliana acerca de esa comunidad en la que se encontraban, y las palabras no quisieron salir. Sintió que se ruborizaba aunque no estuvo del todo seguro de que se estuviera avergonzando.

La expresión de Kallist se suavizó, quizás malinterpretando la repentina reticencia de Jace. "Mira Jace, esto no es como yo quería que continuara. Sé que tenías buenas intenciones. Cualquier otra cosa que podría haber sucedido yo te debo las gracias por eso y nunca te lo he dicho." Aquello fue magnánimo, tal vez más de lo que él realmente quiso que fuera, o de lo que Jace realmente se lo merecía. Pero de todos modos era él quien se estaba yendo, el que tenía un futuro, para que él pudiera permitirse el lujo de ser.

El mago miró una vez más, con los ojos brillantes. "De nada, Kallist. Y... siento que no haya salido como yo esperaba."

Kallist asintió y desapareció del apartamento sin decir nada más, dejando a Jace con la mirada en blanco.

Capítulo 21

Hicieron falta un par de semanas más (semanas en las que ella nunca se apartó de al lado de Jace, semanas que ella tuvo que

admitir fueron mucho más agradables de las que cualquiera que podía recordar) pero todo estuvo finalmente listo.

Ella lo tenía completamente envuelto alrededor de su dedo. Sabía que podía influirlo, presionarlo para que reaccionara exactamente como ella necesitaba que reaccionara. Sabía que él confiaba en ella, que la amaba. Era lo que ella había estado esperando, para lo que había estado trabajando, y ahora era el momento.

Así que ¿por qué esperaba? ¿Por qué había permanecido inmóvil en la oscuridad de la sala principal de su departamento (un departamento que ella casi no veía debido al tanto tiempo que había pasado en el de él) mirándose las manos durante ya casi una hora?

Tiene que ser el riesgo, se dijo. Ella no podía saber con precisión en qué números llegarían pero sabía que lo harían con una gran fuerza. ¿Tal vez ella debería posponerlo un poco más? ¿Encontrar algunas maneras más de poner a prueba sus poderes, asegurarse de que saliera adelante en el conflicto que se avecinaba? Quizás…

No. No era por eso que ella vaciló y ella lo supo condenadamente bien. ¿Y ponerlo fuera? Eso sólo lo haría aún más difícil.

Liliana, aquietando su mandíbula, lanzó sus hechizos, invocó a sus heraldos espectrales, los envió a la oscuridad de Ravnica para entregar sus mensajes, para repetir sus susurros, hasta que llegaran a los oídos de los que necesitaban oírlos.

Y entonces Liliana se sentó en la oscuridad, preguntándose cuando la idea de Jace siendo herido había empezado de repente a molestarla.

* * * * *

Ignixnax voló a toda velocidad por los caminos serpenteantes y edificios a medio reparar de Barrioescombros tan rápidamente como sus cuatro alas hubieran podido llevarlo, riendo obscenamente mientras lo hizo. Era extraño que el diablillo se molestara en apresurarse para casi nada excepto cuando se lo ordenaba el imbécil mortal barbudo que lo había invocado pero también era cierto que era extraño que él tuviera algo digno por lo que apresurarse. Ese día, sin embargo, ese día él había oído susurros de los espectros y los demonios ocultos de las sombras de Ravnica, susurros urgentes, susurros vitales… susurros divertidos. Y supo que debía compartir esos susurros.

Se zambulló desde las alturas, pasando como un rayo por la puerta más cercana del complejo del Consorcio. Como era un siervo invocado de uno de los agentes de la célula su entrada estaba autorizada así que no activó ninguna de las salvaguardias místicas. Aún así muchos de los guardias de la puerta reaccionaron a lo que percibieron como una amenaza, sacando cuchillas, apuñalando y arrojando a la pequeña cosa ajena que apareció de repente en medio de ellos. Ignixnax sólo rió más fuerte y esquivó sus espadas con

desdeñosa facilidad, incluso haciéndose un segundo para azotar a uno de ellos en el rostro con su cola de púas antes de proceder hacia los pasillos. Y con eso se metió en los pasajes serpenteantes, su cola agitándose salpicando la sangre y el acuoso humor del guardia tonto sobre la alfombra y las paredes, hasta que finalmente llegó a su destino. Flotando agitado, se estiró y rascó con fuerza la madera de la puerta.

La puerta se abrió con una serie de clics y el débil zumbido de un glifo místico desactivándose y Gemreth asomó la cabeza por el pasillo.

"Yo sé donde encontrar a Jace Beleren," dijo el diablillo temblando con un placer profano.

Y esta vez fue el turno de Gemreth de correr por los pasillos del complejo, apresurándose cada vez más en su camino hacia la oficina de Paldor, con Ignixnax posado en su hombro y riéndose todo el rato.

* * * * *

Jace seguía sonriendo mientras se abrió paso entre las multitudes del mercado, suficientemente contenido como para que ni siquiera sintiera la necesidad de dar un codazo a nadie. Aquí saludó a alguien a quien reconoció de Eshton, allí se detuvo en un puesto para examinar mercancías de un calderero antes de decidirse a mirar un poco más allá. Captó el tenue aroma a pescado fresco mientras observó a un par de estibadores descargando cajas de la cosa bajo la atenta mirada de algunos guardias privados. Eso, a su vez, le hizo recordar brevemente a Kallist; se preguntó si el hombre podría estar en algún lugar cercano, vigilando las tiendas de su empleador, o tal vez una de las muchas bodegas que se alineaban en los lados sur y este del mercado.

E incluso ese pensamiento no fue suficiente para arruinar el buen humor de Jace; en todo caso él casi deseó encontrarse con su viejo amigo, tener la oportunidad de volver a hablar con él ahora que había transcurrido algo de tiempo. Estaba absolutamente extasiado de sentirse normal aunque él nunca habría reconocido la sensación y la hubiera negado si lo hubiera hecho. Allí él estaba feliz, allí estaba seguro, y si todavía seguía siendo demasiado ambicioso y demasiado enamorado de su magia para que eso le satisficiera indefinidamente, o al menos por un tiempo, eso sería suficiente.

Pero Jace Beleren no tuvo tiempo suficiente.

* * * * *

"Están viniendo."

Liliana (que apenas unos instantes antes había dejado a Jace detrás en el mercado para que realizara sus recados mientras ella hacía los suyos) se detuvo en seco, haciendo caso omiso de las maldiciones del hombre mayor que casi chocó con ella por detrás con su brazo lleno de barras de pan. Moviéndose mucho más

cuidadosamente, mirando rápidamente en todas direcciones, se alejó de la avenida principal para meterse en un portal oscuro.

"¿Estás seguro?" susurró cuando estuvo segura de que nadie le prestaba mucha atención.

"Tú nos dijiste," continuó diciendo la voz y en ese momento ella apenas pudo distinguir una humanoide de forma fantasmal entre las otras sombras, "que vigilemos mientras difundimos nuestros cuentos, que vigilemos en busca de aquellos que respondan a ellos. ¿Ahora dudas de nosotros?"

"No, por supuesto que no."

"Entonces estás advertida. Ellos están viniendo."

Maldita sea. Ella había esperado tener unos días más. ¡Deben haberse apresurado un montón para haber llegado hasta aquí tan rápido!

"Ve y reúne a los demás," le dijo al fantasma al acecho. “Vigílenlo. Adviértanle o protéjanlo en donde puedan pero que no los detecten."

El fantasma asintió y volvió a desaparecer en las sombras con un débil siseo. Liliana se adentró de nuevo en la multitud, regresando por donde había venido, las palabras de un hechizo ya deslizándose como arañas a través de sus labios.

* * * * *

Jace sintió un leve escalofrío corriendo por su columna vertebral, un estremecimiento sin causa aparente. Los pelos de su cuello se pusieron de punta y él giró rápidamente para no ver nada extraño en absoluto: sólo la presión de la multitud, el ocasional carrito tirado por lagartos, los distintos puestos, los edificios alzándose más allá de las fronteras del bazar. No vio nada alarmante y casi atribuyó el escalofrío repentino a una brisa errante, pero se había sentido como las energías nigrománticas que comandaba Liliana, el contacto de su aura. ¿Acaso ella estaba aquí, en algún lugar entre la multitud? ¿Había sido un ataque, algo con un efecto que aún no había percibido? O...

Entonces, justo en ese momento, Jace lo vio en el borde de la multitud. Nunca lo habría notado si esa extraña frialdad no lo hubiera acariciado, causando su giro; e incluso entonces nunca le habría dado mucha atención ya que los seres de piel azul eran comunes en muchos distritos de Ravnica.

Pero el vedalken lo miró a su vez y Jace sólo tuvo que mirarlo a los ojos para reconocer la mirada intensa y sin pestañear de Sevrien.

¡Nos han encontrado!

Jace luchó inmediatamente para abrirse camino a través de la multitud, su ardiente urgencia y el aumento del temor guerreando contra su deseo de permanecer oculto e inadvertido. En ese momento él los vio en todas partes, hombres y mujeres que podrían estar usando la sencilla vestimenta de los trabajadores en lugar de sus acostumbradas cotas de malla pero que, sin embargo, se movieron con el aplomo de los soldados entrenados del Consorcio.

Incluso reconoció algunos rostros, ¿y por qué no? Había vivido en el mismo edificio que esta gente por bastante tiempo aunque nunca se había molestado en aprender más que sus nombres.

Comenzaron a rodearlo por todas partes, lentamente pero inexorablemente, deslizándose o empujando su camino a través de las multitudes. Jace miró por encima del hombro, vio a Sevrien dándose la vuelta y gritando órdenes a otra persona que no pudo detectar, señalando no en dirección a Jace sino a un lado. ¿Le estaba dando órdenes a alguien para que lo rodeara, para que tratara de interceptarlo, o...?

Liliana. ¿Acaso ellos habían encontrado a Liliana?

Ahora él casi estaba corriendo, tanto como la presión de la multitud lo permitiría. Extrañas sílabas gotearon de su lengua y a cada pocos pasos él se convirtió en alguien más, ilusión tras ilusión revoloteando a través de su cuerpo. Ahora él era un hombre viejo, arrastrando los pies, envuelto en harapos que habían sido hermosas vestimentas; ahora un loxodon, sus colmillos y tronco y orejas como platos sobresaliendo por arriba de las cabezas de la multitud; ahora un trasgo, mirando a uno y otro lado en busca de un comerciante que pudiera estar dispuesto a hacer tratos con los de su especie. A veces las imágenes sólo provinieron de su imaginación, otras veces de personas que había visto o con las que había tropezado en la multitud; cualquier cosa que confundiera a los muchos ojos mirando. Pocos en el bazar repleto siquiera notaron los cambios repentinos, tan concentrados estaban ellos en sus propias tareas, y aquellos que lo hicieron sólo pudieron parpadear y mirar sin saber lo que acababan de ver.

Durante un tiempo sus engaños mantuvieron a sus perseguidores a raya, confusos e inciertos de donde había ido, o siquiera de quién era. Pero aún así ellos eran muchos y sabían bien a quien se enfrentaban. Y, lentamente, muy lentamente, su soga se apretó, mientras más espadas del Consorcio se reunieron en el centro del mercado.

* * * * *

"¿Está todo listo?" preguntó Kallist de pie en el umbral de un gran almacén al lado de un carro que crujió bajo una docena de pesadas cajas embaladas. Ya una serie de retrasos administrativos y papeleo habían alejado las telas importadas fuera del mercado durante horas; ya se había perdido la mitad del día. El jefe no iba a sentirse feliz si perdían más tiempo pero Kallist tenía sus procedimientos y los procedimientos no podían apresurarse.

"No, eem, no del todo Comandante," informó el guardia cuyo trabajo era explorar las calles entre ese lugar y los vendedores para detectar cualquier actividad peligrosa por parte de sus rivales.

"¿Qué significa ‘no del todo’?"

"Bueno, no parece tener nada que ver con nosotros. Pero algo está pasando en el bazar. Hay un montón de gente, Comandante, y muy fuertemente armados."

Kallist frunció el ceño. ¿Acaso la guerra fría entre las familias de comerciantes estaba a punto de estallar? "¿Podrías decir para quién trabajan? ¿O al menos que envíos están tratando de interceptar?"

"De eso se trata. No se están moviendo en un solo bloque y no se están concentrando en ninguna familia o clan dado. He visto cacerías humanas antes, Comandante, y juraría que están buscando a un persona."

El corazón de Kallist se hundió. Podría haber sido otra persona a la que buscaban, pero ¿quién? ¿Quién era tan importante en Lurias?

Y en ese momento los últimos meses dejaron de importar. Lo único que importó fue que el hombre que había sido su amigo y hermano, el hombre que le había salvado la vida, estaba siendo amenazado.

"La carga se queda aquí," gruñó Kallist. "Y tú también."

Ya estaba en marcha, con una mano en la empuñadura de su espada, antes de que el guardia pudiera siquiera respirar a la pregunta.

* * * * *

Jace estaba tan concentrado en mantener sus ilusiones que nunca la vio venir.

La elfa Ireena, una voluta de humo viviente, giró y fluyó a través de la multitud. Esquivó codos voladores, se agachó bajo brazos que se estiraban por diversos bienes, y nada de esto la tocó. Sus ojos ardían sin piedad, gracias a los polvos que había disuelto en ellos, pero ella se negó a parpadear para despejarlos. Estudió a la multitud a través de la bruma alquímica, observando, esperando...

Allí. El polvo le permitió ver la tenue aura de magia que emanaba de Jace Beleren mientras este se esforzaba lastimosamente por esconderse de ellos, por seguir con sus movimientos sin importar el patético disfraz que eligió. Ella, bailando y dando vueltas como una niña encantada, se acercó cada vez más y en su mano ahuecó otro puñado de polvos, envueltos en una protectora bolsa de cuero.

Jace acababa de dejar atrás otra pescadería cuando ella apareció, saliendo girando de detrás del puesto. Con una sonrisa blanca y brillante que de alguna manera pareció horrible en su cara bronceada, le dio una palmada a un puñado de partículas amargas para que llovieran a través de la boca y la nariz de él.

Pero Jace, aunque quedó aturdido por el repentino ataque inesperado, no estaba del todo desprevenido. Aunque empezó a toser al instante mientras el fármaco se abrió camino en sus pulmones, cayendo asfixiándose en los adoquines y sintiendo que el mundo se volvía nebuloso a su alrededor, fue capaz de desviar una parte del polvo con un feroz empuje telequinético. Sus ojos se humedecieron mientras su cuerpo gritó en busca de aire, pero no quedó tan indefenso como Ireena había previsto.

Justo cuando ella se interpuso para admirar su obra Jace se puso de rodillas y arremetió. Su puño, envuelto en la misma fuerza telequinética que había dispersado algo de su polvo, se estrelló contra su plexo solar con una fuerza terrible. Ireena cayó de costado con un grito ensordecedor, agarrándose los intestinos y retorciéndose como un pez fuera del agua. Viviría (probablemente si no tardaba mucho tiempo en conseguir ayuda) pero ciertamente ya no era más un peligro para él.

Jace trató de ponerse en pie y falló, cayendo hacia atrás contra el puesto de la pescadería y luego una vez más hacia la calle mientras continuó su asfixia. Su rostro se enrojeció y se sintió a punto de perder el conocimiento mientras luchó desesperadamente por respirar.

Las personas a su alrededor, algunas de las cuales se habían dado por fin la vuelta para ver lo que estaba mal, se dispersaron repentinamente ante el tronar acercándose de golpes de cascos. Jace levantó la vista para ver la silueta de un centauro irguiéndose por encima de él. Xalmarias; tenía que ser Xalmarias, aunque entre las drogas y el ángulo del sol él no pudo ver lo suficiente para estar seguro.

Paldor de verdad había enviado a todos, ¿no?

El centauro retrocedió, una lanza corta apretada en su mano derecha, sus cascos con herraduras afiladas casi en cuchillas en su propio derecho, y Jace sólo pudo ahogarse, tratando de aclarar sus pulmones del polvo a tiempo para hacer algo, cualquier cosa para salvar su vida.

Otra figura se lanzó entre la multitud, saltando encima de la espalda del centauro como si fuera un caballo salvaje necesitando ser frenado. Xalmarias gritó de indignación cuando una mano poderosa se extendió y agarró su lanza, tratando de arrebatarla de su agarre mientras la otra se clavó en su pelo, tirando su cabeza hacia atrás con suficiente brusquedad como para traer lágrimas a sus ojos.

"¡Jace!" gritó Kallist, luchando por mantener su asiento cuando el centauro se curvó y encabritó, "¡Vete! ¡Corre!"

Jace, poniéndose de pie, con el ataque de tos finalmente comenzando a disminuir, hizo lo que se le dijo. Se lanzó una vez más en la multitud, que ahora estaba retrocediendo con temor lejos de la lucha en medio de ellos, y trató de perderse dentro.

Mientras se abrió paso a empujones y codazos se extendió cuidadosamente con su mente. Recordando cada detalle de las lecciones de Tezzeret, tocó primero una, luego otra, extendiéndose tan ampliamente y tan delgadamente como siempre lo había hecho. De esta forma él no pudo leer ni un solo pensamiento verdadero pero, de todos modos, él no lo necesitaba. La mayor parte de la multitud se sintió poco más que aburrida, tal vez una emoción ocasional o, cerca de donde luchaban Kallist y Xalmarias, un creciente temor. Jace esperó, rezó, que siquiera su toque casual le alertará a él de otro asesino en la multitud, que la repentina sed de

sangre de un ataque aproximándose le avisara antes de que una espada del Consorcio le acertara por la espalda.

Y entonces las emociones a su alrededor se convirtieron en pánico cuando una docena de personas gritaron, sus ojos vueltos hacia el cielo. Jace se arrojó inmediatamente al suelo rodando incómodamente por su falta persistente de aliento y deteniéndose debajo de un puesto de verduras baratas. Sólo entonces levantó la vista y se preguntó si no habría sido mejor seguir rodando.

La criatura aleteó en el aire por encima de él, penosamente pero alarmantemente rápida. De alguna manera le habían brotado alas de las que había carecido la última vez que Jace la había visto, esa horrible noche en su habitación, pero reconoció su rostro retorcido de anciano, el aguijón como el de un escorpión que onduló, deseoso de atacar, por encima de su espalda.

Jace se puso en pie y se dejó llevar por la presión de la multitud entrada en pánico. No había dudas de que él podría invocar algo para derribar al pequeño horror del cielo pero eso no le serviría de nada si él no podía encontrar a su invocador: Gemreth, casi con toda seguridad, a menos que Paldor hubiera llamado a uno de los caminantes de planos del Consorcio.

Esforzándose por mantener su “red” mental sobre la multitud, siempre en alerta por un segundo ataque, Jace echó la vista hacia arriba y afuera, confiando en que la presión de la multitud lo mantuviera en movimiento mientras sus sentidos volaban hacia otros lugares. Desde arriba miró a su alrededor en todas direcciones, buscando la capa oscura y la barba de gris moteado...

¡Allí! Jace vislumbró a su enemigo a unos treinta metros de él, agachado encima de la carreta de un comerciante. Permitiendo que su vista volviera a su cabeza, todavía moviéndose con una parte de la multitud, se abrió camino hacia adelante. A medida que avanzaba miró por encima del hombro, desesperado por no perder de vista al minúsculo demonio.

¡No pudo verlo!

Una lluvia fría de miedo goteó por la columna de Jace. Sin ojos en la criatura él estaba tan indefenso como cualquier otra persona porque nunca podría detectar la mente del pequeño demonio como con cualquier ser mortal. Sabía que no podría esperar más para invocar a un asistente de los suyos. Fue una cosa difícil de hacer, manteniendo su red psíquica sobre la multitud, no sólo sin perder de vista al mago enemigo sino también buscando otros enemigos que pudieran estar al acecho cerca pero, una vez más e irónicamente gracias a los ejercicios de Tezzeret, él lo logró.

Y los gritos de la multitud se elevaron aún más cuando otra forma, una forma más grande, apareció con un trueno en el cielo de la tarde. Un draco lengua de vapor, con su envergadura más ancha que muchos de los puestos de los vendedores, proyectó su sombra sobre el corazón del mercado. Ante la orden silenciosa de Jace hizo un círculo en el aire, a la caza de su presa más pequeña pero no menos mortal. El propio Jace siguió adelante, agradecido de que las

criaturas voladoras hubieran distraído a la gente más cercana a él para que ninguno lo hubiera visto arrojando sus hechizos.

Fue el brillo de triunfo en la expresión de Gemreth mientras Jace se acercó a él, incluso más que el grito del draco, lo que le advirtió. Jace giró para ver al demonio diminutivo arrojándose desde lo alto de una tienda cercana. En el mismo momento en que la criatura cayó una vez más a tierra Jace envió un grito mental de ayuda a su aliado invocado.

Y el draco le respondió de la única manera que sabía hacerlo.

Una ola de vapor ondulante inundó el mercado, una lanza ardiente a través del corazón de Lurias. En cuestión de segundos Gemreth y su bestia conjurada fueron reducidos a trozos de carne chamuscada y huesos empapados.

También lo hizo una veintena de ciudadanos aterrorizados del distrito. Muriendo aterrorizados; muriendo en agonía.

Y Jace sintió morir a todos y cada uno de ellos.

Sus pensamientos moribundos fluyeron hacia él a través de su red de tentáculos psíquicos que observaron a la multitud. Estos le desollaron su mente y su alma, le despojaron de humanidad y pensamiento consciente, hasta que no quedó nada más que dolor. *Tanto dolor, tanto miedo, tantos gritos finales, que él nunca volvería a ver a sus esposos o esposas o hermanos o hermanas, que él nunca volvería a abrir la tienda de herrero con la que había soñado, nunca miraría florecer los capullos de seyer en su jardín. ¿Qué harían los niños sin él? Tanarra yo te amé, oh dioses, duele, quema, dioses por favor hagan que se detenga...*

Jace se hizo un ovillo, en cuerpo y alma, gritando en voces que no eran suyas, y lo único que supo fue dolor.

* * * * *

"¡Jace!" Kallist no tuvo dificultades para encontrar a su amigo caído; la explosión de vapor y el olor a carne chamuscada fueron señal suficiente. Se arrodilló sobre los adoquines, dejando caer la espada ahora manchada con la sangre del centauro Xalmarias, y acunó la cabeza de Jace en sus manos. "Jace, ¿estás bien? ¿Qué pasó?"

Los ojos del mago se negaron a concentrarse y él igual gritó.

Por un instante Kallist sólo sintió pánico. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué podía hacer? Tal vez debería esperar a Liliana pero ¿dónde estaba ella? ¿Podría darse el lujo de esperar tanto tiempo? ¿Podría hacerlo Jace?

No. No, Kallist no pensó que podía.

"¡Jace!" Exclamó él manteniendo el rostro de su amigo cerca. "¡Jace escúchame! ¡Es Kallist; estoy aquí!"

Él respiró hondo; no sabía de lo que estaba sufriendo Jace, pero él ya había visto y causado bastante angustia de su parte para reconocerlo ahora. Dio una segunda respiración profunda, armándose de valor contra no sabía qué, y volvió a gritar: "¡Jace, no sé qué hacer! Dime qué puedo hacer..."

Jace nunca oyó las palabras pero sintió los pensamientos y las emociones detrás de ellas. La mente de Kallist, que él conocía tan bien, fue un faro en la oscuridad y el dolor, una luz mostrándole el camino de salida.

Y los gritos de Jace cesaron. Kallist sintió algo invadiendo su mente, un toque que le apretó tan dolorosamente que el pensó que seguramente moriría o enloquecería, pero este agarre no fue de rabia sino de miedo, un apretón de desesperación.

Jace sintió la mente de Kallist en sus manos, una roca en medio de un mar lleno de las desgarrantes mareas que le rodeaban. Se aferró a ella y se arrastró para salir del agua, centímetro a centímetro. Fue algo enloquecedor, agonizante.

Ambos hombres yacieron, uno al lado del otro, jadeando por el agotamiento y el dolor, rodeados de los muertos y moribundos hasta que Liliana les encontró momentos después. Y con Jace apoyándose en ella, Kallist tambaleándose detrás, se las arreglaron para alejarse cojeando antes de que Sevrien y sus soldados pudieran encontrarlos una vez más.

* * * * *

"¿Contraatacarlos? ¿Estás loco?" Liliana negó con la cabeza. "Jace, ellos nos encontraron. ¡Seguirán encontrándonos! ¿Qué opción tenemos?"

Ellos estaban acurrucados en el departamento de Kallist, tratando de recuperar el aliento y reagruparse. Las persianas estaban fuertemente trabadas, dejando a la habitación en un tono sombrío, y la puerta tenía triple cerrojo. Kallist había jurado que ellos estarían a salvo allí, al menos por un tiempo, ya que no había alquilado el lugar bajo su propio nombre. Aún así ellos saltaron ante cada sonido, se congelaron por cada movimiento en la escalera o en la calle más allá.

Jace estaba tumbado en una silla acolchada, pálido y temblando, aunque algo de sus fuerzas parecían haber regresado. Se negó rotundamente a hablar de lo que había sucedido, haciendo a un lado incluso las preguntas más preocupadas de Liliana, sólo centrándose en lo que vino después.

"Liliana," dijo en voz baja, "nosotros no podemos. Yo no puedo."

"¿Qué otra opción?" volvió a preguntar ella.

"Caminamos. Nos vamos a algún plano al que nunca nos encuentren."

"Eso significa dejar a Kallist atrás," le recordó Liliana.

"Por mi está bien." Ambos se volvieron para ver a Kallist en la puerta de la pequeña cocina del apartamento, una taza de una cosa u otra en la mano. "No estoy dispuesto a dar mi vida por segunda vez," les dijo. "Además, seamos honestos. Ellos en verdad no están tras de mi. Una vez que hayan descubierto que ustedes dos se han ido dudo que pasen demasiado tiempo buscándome a mí. Desapareceré durante unas pocas semanas y eso será suficiente."

"¿Así como así?" preguntó Jace y ni Kallist ni Liliana estuvieron del todo seguros de si él dudó de las predicciones de Kallist o si se refirió al final de su propia relación.

"Creo que sí," respondió él en voz baja. "Tú haz lo que tengas que hacer Jace. Yo estaré bien."

Jace y Liliana hablaron durante varias horas, discutiendo posibles mundos y destinos, de vez en cuando ella trató de convencerle de quedarse y luchar, con él siempre negándose incluso a considerar la idea. Pasado un tiempo ella se levantó y se fue, aparentemente para enviar a sus fantasmas a que vieran si el departamento de Jace era seguro, para que ellos pudieran recuperar el resto de sus pertenencias, pero sobre todo porque estaba harta de discutir.

Muy bien, así que él necesita convencerse un poco más. Ella podía hacer eso. Tenía tiempo.

Sólo cuando ella despareció por completo fue que Jace se levantó y se encaminó a la habitación de al lado, a donde se había retirado Kallist, dándole a la pareja la oportunidad de hablar. Permaneció de pie en la puerta, mirando a su amigo desplomado, dormitando al lado de la mesa.

No le había dicho a Liliana lo que había planeado; ella lo habría tratado de convencer de lo contrario. No le había dicho a Kallist, porque Kallist con toda seguridad se habría negado. Y Jace tuvo que admitir que había tenido una buena razón para hacerlo.

Pero Jace no podía dejarlo atrás, al menos no en ese momento. Había estado en la mente de Kallist, había visto lo mucho que su amigo seguía preocupándose por él. Y Jace se preocupó por él a su vez. Conocía a Tezzeret (mejor de lo que lo hacía Kallist) y Jace creyó, en su corazón y alma, que Kallist estaba equivocado. El no estaba seguro allí, ni siquiera si Jace y Liliana desaparecían durante décadas.

Había una manera. Él había estado pensado en ella posiblemente durante años, desde que Tezzeret le había contado de su dispositivo de "almacenamiento mental", incluso desde que él había sentido la mente del traidor y del shogun nezumi y se había dado cuenta de que eran, de hecho, objetos que él podía manipular. Y ahora, ahora que él había vuelto a tocar la mente de Kallist, sentido su peso, su forma, su esencia, Jace estaba casi seguro.

No, un caminante de planos no podía llevarse a otra persona con él a través de las Eternidades Ciegas. ¿Pero a otra mente? Eso, supo Jace, eso se podía hacer. Podría llevar a Kallist dentro de sí mismo, el tiempo suficiente como para hacer el viaje y encontrar otro cuerpo, un cuerpo nuevo, para que él lo habitara. Esto significaría borrar la mente de otra persona, hacer espacio en la suya para la del propio Kallist, pero Jace estaba seguro de poder encontrar a alguien que se lo mereciera.

Kallist nunca lo perdonaría; él supo eso incluso antes de empezar. Pero él estaría vivo y Jace le debía eso, incluso si no era lo que Kallist pensaba que quería.

Jace dio un profundo suspiró y se introdujo en la mente de su amigo. De nuevo la acunó en su agarre, examinándola tiernamente desde todos los lados. Y luego hizo lo que nunca había probado antes; lo que nadie, según su conocimiento, había intentado alguna vez antes; y la atrajo hacia él.

El era Jace Beleren, leedor de mentes, caminante de planos. Y supo que podía hacerlo.

Lo supo, justo hasta el momento en que la mente de Kallist entró de verdad en la suya, y todo salió mal.

Jace pensó que podría mantenerlas separadas, que podría mantener al ser que era Kallist en un pequeño rincón del ser que era Jace. Dos mentes compartiendo un cuerpo, sí, pero lejos de ser iguales. Las protecciones de Jace estallaron a medida que las mentes se tocaron, burbujas de jabón en el viento, ya que esa era una presión de una especie que él nunca había conocido. No fue un ataque, no fue una comunicación, no fue nada de lo que él podría haber imaginado, y lo que Jace no podía imaginar no podría tejer en sus hechizos.

En ese momento él ya estaba experimentando recuerdos que no eran propios, recordando sueños que nunca había tenido. Parecía estar mirando a la habitación desde dos ángulos diferentes, mirando a dos caras, y sin poder recordar cual era la suya. Su cabeza empezó a latir, su concentración a estallar como perfume en el viento.

Desesperado, intentó detener el hechizo, empujar los pensamientos de Kallist hacia atrás para que volvieran a donde pertenecían, pero incluso si hubiera tenido el poder o la concentración para hacerlo Jace ya había olvidado cómo, el conocimiento enterrado debajo de la inundación de la mente de otra persona.

El igual siguió empujando, ahora basándose en su instinto en lugar del conocimiento, luchando por separar los pensamientos de su amigo de los suyos, aunque él ya no podía recordar cuál era cuál, quién era quién.

Y así siguió, y siguió, hasta que por fin lo que casi se había convertido en uno fueron en realidad dos una vez más. Y Jace, que había sido Kallist, y Kallist, que había sido Jace, yacieron inconscientes juntos en la fina alfombra del departamento anónimo.

Capítulo 22

Lentamente, muy lentamente, la prisa de los recuerdos volviendo, de una vida regresando, se calmó. Jace Beleren, temblando violentamente a pesar del calor de la noche, abrió los ojos y se encontró una vez más en el callejón (una vez más en el día de hoy) ya sin estar perdido en los recuerdos del pasado. Por primera vez en meses él era el mismo en lugar del hombre al que le había robado sus pensamientos y recuerdos.

Sus manos y piernas estaban cubiertas con basura de donde había caído y el hedor del callejón impregnaba sus ropas. El no notó nada de ello. Los sonidos de la ciudad, apagados pero apenas silenciados después de la puesta del sol, se deslizaron en el estrecho pasillo detrás de él, y él tampoco les hizo caso.

No pudo decir cuánto tiempo había estado allí. Se sentía como si estuviera despertando de un largo sueño, un sueño acosado por pesadillas de su propio accionar. Jace se balanceó sobre los talones y pasó una manga por su rostro para borrar lo peor de las lágrimas de sus mejillas.

Respiró hondo una docena de veces para hablar con su amigo ausente y una docena de veces vaciló.

"¿Cómo hacerlo?" al fin susurró. "¿Cómo disculparse por algo como esto? ‘Oh lo siento, perdí el control del hechizo. Nunca tuve la intención de robar tu mente; sólo quería mandarla por un tiempo y pegarla en otro lugar. ¿Seguimos siendo amigos?’"

Jace negó con la cabeza y sollozó una o dos veces. "Tú habrías sabido qué decir, Kallist. No sé si a mi me hubiera gustado escucharlo pero tú lo habrías dicho. Yo estaba tan seguro. Tan seguro que sabía lo que era mejor para ti, tan seguro de poder hacerlo. El gran Jace Beleren no podía fallar, ¿o no?"

Jace se hundió hasta que se sentó en el suelo sucio.

"¿Sabes que vine a Favarial a salvarte?" dijo con una risa amarga. "Bueno, para salvar a ‘Jace’. Y fue tu fuerza y tu decisión lo que me trajo aquí. Fuiste tú quien decidió hacer lo correcto, no yo."

"Hay tanto que me hubiera gustado que hubiéramos arreglado, Kallist. Aunque yo nunca podría haber arreglado lo que te hice, yo podría haberlo intentado. Tal vez incluso haber vuelto a ser amigos ahora que entiendo por qué Liliana hizo lo que hizo, por qué ella dejó a ‘Jace’ por..."

Y entonces él se paró y se puso a correr, maldiciéndose por ser mil tipos de tonto. Allí estaba él, abatido en callejones, con quien-sabía-que todavía pasándole a Liliana. Recordó el grito de ella desde el hueco de la escalera y una oleada de magia pasó a través de su cuerpo, un hechizo que sólo podría haber deseado lanzar cuando todavía se había pensado a sí mismo como Kallist. Dirigió sus magias

bruscamente hacia abajo y les permitió que lo levantaran hacia el cielo, extendiéndose en alas invisibles de pura fuerza telequinética que rozaron los edificios a cada lado, la sensación de la piedra fría contra su mente. Él se lanzó al aire, formando un arco sobre los edificios cercanos, inclinándose cerradamente hacia el apartamento que su mente en el cuerpo de Kallist había llamado casa.

Aquella era Ravnica. Nadie le dio a la silueta volando más de un segundo vistazo.

Ante él apareció una ventana abierta, rota y destrozada por el ataque de Semner. Jace se precipitó en el interior, las alas psíquicas desapareciendo en la nada en el mismo instante en que sus pies tocaron el suelo.

Liliana miró con amplios ojos enrojecidos desde el suelo, donde ella se había desplomado exhausta contra la mesa caída. Se puso en pie temblando como un cervatillo recién nacido y se dirigió hacia él con pasos vacilantes. El temió, en un primer momento, de que estuviera herida, pero la sangre que manchaba su vestido no era la suya.

"¿Jace?" le preguntó en voz baja alzando la mano, sus dedos rozando el costado de su rostro, tan ligera como el aliento del colibrí. "¿Jace?"

Él asintió con la cabeza, temblando por sus palabras, su tacto.

"¡Oh Jace, lo siento!" El casi se encontró retrocediendo cuando ella envolvió sus brazos apretadamente a su alrededor, como si temiera que él simplemente desapareciera una vez más. "Yo quería explicarte, quería arreglarlo," sollozó ella en su pecho. "No supe cómo."

"Está bien," le dijo él a través de sus propias lágrimas. "No es tu culpa. Yo me lo hice a mí mismo, a mí y a… a Kallist." Sus palabras terminaron en un suave sollozo y él se negó a devolverle la mirada, mirando la sala más allá de la mujer que sostenía. "Yo me pregunto... No creo que haya sobrevivido el que debía hacerlo, Liliana. Yo creo que él se lo merecía más que yo."

"¿Cómo fue?" preguntó ella gentilmente, su rostro todavía apretado contra el de él.

"Fue... En realidad no se sintió como nada," respondió lentamente él, pensando en los últimos seis meses. "Quiero decir, yo sólo era él. No se sintió como si algo había cambiado. Incluso cuando..." Ella sintió el movimiento de su pecho cuando él se encogió de hombros. "Nosotros no somos exactamente gemelos idénticos pero de alguna manera nunca se me ocurrió que mi rostro había cambiado. Si hubiera pensado en ello yo podría haber dicho 'Jace fue el que perdió un dedo del pie congelado', pero siempre que miré y el muñón no estaba simplemente se sentía natural. Yo nunca me pregunté acerca de ello."

"Tu alma," sugirió ella.

"¿Qué?"

"Tú cambiaste mentes, Jace, no almas. Tu alma aún sigue siendo tú. Tal vez era la forma de proteger tu mente. Tal vez si tu

sabías lo que había pasado sin ser capaz de arreglarlo te habría… dañado."

"No estoy seguro de creer que exista tal cosa como un alma separada de la mente," admitió él.

"La hay." Fue poco más que un susurro. "Créeme, la hay."

Jace asintió y finalmente se armó de valor para lo que estaba por venir. Con ternura pero con firmeza se apartó a sí mismo del abrazo de Liliana y cruzó la habitación, ignorando el cadáver mutilado de Semner mientras buscó…

Jace se dejó caer de rodillas, sintió la mano de Liliana en su hombro y ni siquiera se giró para mirarla a los ojos. Había sabido que Kallist estaba muerto, por supuesto, lo había sabido desde que había despertado en el callejón con sus propios recuerdos, pero verlo...

"No pude salvarlo," le susurró ella.

"No deberías haber tenido que hacerlo," dijo Jace con voz áspera, levantándose lentamente. "Esto es mi culpa."

"Jace."

"Lo es. Yo lo hice. Es mi culpa."

"Pero," añadió él dándose la vuelta con sus ojos barriendo la sala, "no es toda mi culpa."

Allí, tumbado a un lado, medio apoyado contra la pared, uno de los hombres de Semner todavía respiraba. Jace lo miró por un largo momento y reunió su concentración como no lo había hecho en mucho tiempo. El aire a su alrededor comenzó a brillar, una brisa invernal sopló a través de la cámara cuando él absorbió suficiente maná como para adentrarse en la mente del hombre.

No hubo ninguna delicadeza, ningún cuidado, sólo poder y propósito. Jace cortó a través de pensamientos y recuerdos como maleza, dejando una estela de devastación detrás de él. El tipo inconsciente tembló y se estremeció cuando franjas enteras de su vida se fueron deshilachando. No moriría por eso. A Jace no le agradaba matar, no con los recuerdos del mercado de Lurias frescos en su mente. Pero tampoco iba a dejar a uno de los matones de Semner detrás sin castigo por sus pecados. El resultado fue un imbécil babeante, un hombre al que se le podría confiar empujar carros o transportar cajas a cambio de comida y alojamiento. Una vida triste pero, sin embargo, una vida y tal vez más de lo que el hijo de puta se merecía.

Jace ahondó más profundo, sin compasión o remordimiento; sólo preocupándose de una cosa, sólo ateniéndose a un objetivo. Sin embargo, sin importar lo bien que rebuscó a través de los restos de lo que había sido últimamente una mente consciente, no pudo encontrarlo. Finalmente tuvo que reconocer que nunca estuvo allí.

"El no lo sabe," le dijo a Liliana mientras permitía que el hechizo detuviera su efecto, ignorando el tenue murmullo y el babeo emergente de lo que ya no era del todo un hombre. "Él no sabe quien contrató a Semner. Dudo que alguno de ellos lo hicieran excepto él mismo Semner."

Liliana tomó suavemente su mano entre las suyas. "¿Acaso hay realmente alguna duda?" le preguntó ella.

"¿Y por qué ellos habrían enviado a alguien como Semner?" le desafió Jace. "Ellos saben que él no estaba a la altura. Pero si realmente hubiera sido yo en lugar de Kallist...”

"Así que tal vez ellos no le enviaron. Tal vez él descubrió donde estabas tú; donde estaba 'Kallist'; y decidió probar por la recompensa que han puesto a tu cabeza. Pero de cualquier manera eso es, en última instancia, culpa del Consorcio, ¿verdad?"

Jace miró hacia otro lado. "Lo es," dijo él estando de acuerdo.

"Así que, ¿qué vamos a hacer nosotros al respecto?" preguntó ella tomándolo de la barbilla y girando su rostro a la fuerza para que la mirara a los ojos.

"Podríamos irnos a otro plano. Como habíamos tenido intención antes. A algún lugar donde el Consorcio nunca nos encuentre."

"¿Existe tal lugar?" preguntó ella. "¿De verdad quieres vivir en un lugar extraño, sin amigos, mirando todos los días sobre tu hombro? ¿De verdad," y aquí su voz se volvió repentinamente dura, "quieres dejar que se salgan con lo que le han hecho a Kallist? ¿A nosotros?"

Jace se volvió a apartar de ella, moviéndose por la habitación para mirar por la ventana a las luces parpadeantes de Favarial. El miedo y la ira lucharon a través de su rostro, reclamando territorios en las profundidades de su alma.

"Tú no conoces a Tezzeret," al fin susurró. "No como yo lo hago. Yo no puedo... nosotros no podemos derrotarlo Liliana."

"Pero..."

Jace giró, sacudiendo la cabeza. "No podemos," insistió él. "Pero no tenemos que hacerlo."

"El Consorcio se arrepentirá de lo que ha hecho Liliana. Y nosotros podemos cegarlos en el proceso, arrojarlos en un desorden suficiente para que ellos no puedan venir a buscarnos. No por un tiempo, por lo menos, no hasta que nos hayamos ido de una vez por todas."

No fue suficiente, ni de lejos. Pero ella no se atrevió a empujar más lejos, no tan pronto. Y por lo menos fue un comienzo. Ella asintió y si Jace se dio cuenta de la repentina tensión en los hombros él seguramente lo atribuyó a los horrores de esa tarde.

Jace regresó al cuerpo de su mejor amigo y se arrodilló junto a él por última vez. Hizo caso omiso de la sangre que ya se estaba secando en una mancha espesa y levantó el pesado manto azul que siempre había sido su favorito. Lo envolvió alrededor de sus hombros y se unió a Liliana en la puerta. Más tarde, cuando tuviera la oportunidad de descansar, de absorber maná de las aguas por debajo, se haría brotar alas y despegaría una vez más hacia el cielo, llevándolos lo más lejos que pudiera. Por ahora ellos sólo tuvieron sus pies sobre los que apoyarse mientras comenzaron su largo y monótono viaje hacia Barrioescombros.

* * * * *

"¡Maldito sea el ardiente infierno empapado de pus!" despotricó Paldor ante el parpadeante resplandor que delineó su barba y rasgos carnosos en un aura de color rojo sangre. "¿Por qué me hacen esto a mí? ¿Por qué?"

Por extraño que pareciera el escritorio no respondió.

El escritorio de Paldor, construido por Tezzeret, estaba en sintonía con todas las puertas externas y ventanas en el edificio a través de un intrincado sistema de alarmas mágicas. En el caso de que alguien más que los miembros del Consorcio intentaran entrar en el complejo la madera brillaba, alertando a Paldor la posibilidad de una intrusión.

Esa era la séptima vez que la maldita cosa se había apagado en las últimas tres horas.

Paldor prácticamente arrancó el tubo acústico de la pared y se lo llevó a la boca. "¡Capitán Sevrien! ¡Esto tiene que parar!"

Unos momentos de silencio y luego una voz jadeante respondió. "El Capitán no está en la oficina, señor. Estamos con poco personal por lo que él ha ido a chequear la última incursión en persona."

Paldor murmuró algo entre dientes que amenazó con derretir la boquilla. “¡Entonces despierten al turno de día si ustedes están tan ajustados!"

"Eem, ya lo hemos hecho, señor."

Más murmullos floridos.

Sin embargo aquello tenía sentido. Volviendo a revisar el esquema sobre la mesa parecía que cada falsa alarma (si es que en verdad habían sido falsas) estaba tan lejos de las anteriores como había sido posible. Los guardias se estaban volviendo confusos, no sólo investigando cada nueva alerta sino dejando un par de hombres detrás para vigilar el portal en cuestión; era obvio que ellos se habían quedado sin personal disponible.

Paldor sacudió la cabeza cuando el parpadeo cesó. ¿Acaso la magia simplemente podía funcionar mal? Mientras que había trabajado para Tezzeret él todavía no entendía realmente más que los fundamentos de los conjuros. ¿Pero si era un ataque, o el preludio de un ataque, donde estaba el enemigo? Hasta el momento los guardias no habían encontrado ninguna amenaza o ni siquiera una explicación de cómo se desencadenaban las alarmas.

No por primera vez Paldor miró el artefacto de vidrio en la pared. Y no por primera vez rechazó la idea antes de que se hubiera formado completamente. Tezzeret no se tomaría amablemente una interrupción sin una amenaza tangible. Hasta Paldor sabía a ciencia cierta lo que estaba pasando, era mejor no preocuparlo.

"¡Aarrggh!" El, con una tentadora rabieta digna de un niño con cólicos, golpeó con sus puños sobre la mesa cuando esta se encendió una vez más, indicando una ventana transparente en el otro lado del edificio. Gruñendo, volvió a comprobar la variedad de armas ocultas, tanto bajo el escritorio como en su persona (como había hecho en cada una de las últimas siete u ocho veces) e hirvió.

Pero esta vez, finalmente, los resultados fueron un poco diferentes.

"La tengo Paldor." La voz, esta vez la del mismo capitán vedalken, surgió claramente del tubo acústico.

"¿Sabes lo que está pasando?" preguntó Paldor esperanzado.

"Coloqué a algunos hombres en las ventanas que aún no habían sido disparadas con las alarmas. Tuvimos suerte, finalmente las agarramos en el acto."

"¿Y?"

"Hadas," informó el Capitán Sevrien con disgusto en su voz. "Hemos estado siendo ridiculizados por un enjambre de malditas hadas. Yo mismo le hubiera arrancado las alas al insecto pero se desvaneció cuando vio que lo estábamos esperando."

Paldor asintió, aunque Sevrien no pudo verlo, pero su ceño se frunció por la consternación. Era ciertamente posible; algunos de los más pequeños y menos malévolos de la especie hada eran conocidos por tales molestias e incluso la gran ciudad de Ravnica, que carecía de los sotos y bosques de los cuales las criaturas eran más aficionadas, no estaba completamente libre de esas plagas.

Pero ¿por qué aquí? ¿Por qué en tal fuerza? Algo golpeó ligeramente en las puertas de la memoria de Paldor pero se negó, por el momento, a pasar por encima del umbral.

"¿Qué clase de hadas, Capitán?" El ni siquiera había sabido que iba a hacer esa pregunta hasta que se había movido más allá de su barba, pero se sintió de repente con la necesidad de saberlo.

"¿Me repite señor?"

"¿Qué clase de hadas?"

Paldor casi pudo oír a Sevrien encogiéndose de hombros. "Ni idea, señor. No sé nada acerca de esos pequeños bastardos. Yo…"

"¡Entonces ve a la biblioteca o a la sala de trabajo," ordenó Paldor a través de un gruñido, "y encuentra a alguien que lo sepa!" Y devolvió el tubo acústico con un golpe a su ranura en la pared.

El mostrador brilló con dos alarmas más, dejando a Paldor apretando los dientes con fuerza suficiente como para haber molido un saco de grano, antes de que la voz del capitán saliera del tubo una vez más.

"¿Qué tiene Capitán?" le interrumpió Paldor.

"Bueno, señor, según Fanol del pabellón, con base en la descripción que usted dio..."

"¿Sí?"

"Él dice que son hadas de las nubes, señor. Casi inofensiva. Lo extraño es, señor, que él dijo que no son conocidas por este tipo de travesuras, que ellas..."

Paldor ya no escuchó nada más ya que el recuerdo acechando en las afueras de su mente consciente finalmente se había introducido con una explosión. No, las hadas de las nubes no eran conocidas por este tipo de cosas. Tampoco eran particularmente comunes en cualquier lugar de Ravnica y ciertamente no en medio de los distritos más grandes.

Pero lo más importante fue que él finalmente recordó exactamente cuándo había sido la última vez que había oído hablar de las pequeñas hadas.

"¡Llame a sus hombres de vuelta Capitán! ¡Póngalos custodiando las principales vías de comunicación y por el amor de los cielos agrúpelos en unidades más grandes que de a pares!"

"Señor, yo no estoy seguro de..."

"¡Capitán, estamos bajo ataque!"

Paldor oyó a Sevrien mover el tubo acústico de su boca el tiempo suficiente como para ladrar a sus mensajeros que ordenaran reagruparse a los guardias. Entonces dijo, "¿Por quién señor?"

"¡Por el condenado Jace Beleren!"

Por desgracia a Paldor nunca se le ocurrió que cuando se trataba de un enemigo potencialmente invisible cualquier precaución que pudiera ordenar habría sido ya demasiado tarde. Las hadas no habían sido una distracción a favor de una incursión por venir sino una incursión ya cometida; y la seguridad de la célula ya había sido violada en la tercera alarma "falsa".

"¡Señor!"

Esta vez no fue el capitán al habla sino uno de sus informantes, sin aliento y jadeando, dirigiéndose al capitán. Pero Paldor, volviéndose cada vez más pálido, oyó todo a través del tubo de comunicación. "Señor, yo... yo..."

"¡Cálmese soldado!" gruñó Sevrien. "¡Respire profundo!"

"Pero.... pero señor, el equipo de Ireena... ¡todo el equipo está acabado!"

"¿Qué quiere decir 'acabado'?" Dijeron Paldor y el capitán a la vez, Paldor habiendo olvidado que el informante no podía oírlo.

"¡Oh, dioses, señor!" Paldor podría haber jurado que oyó la voz del soldado más joven a punto de romperse. "Tres de los hombres, señor, yo... ¡Es como si se hubieran estado pudriendo por años señor! Yo... yo me resbalé en uno de ellos, están todos sobre mí, ellos están..."

Paldor escuchó la fuerte réplica de una bofetada y a Sevrien gritando por calma incluso cuando un murmullo pasó por los demás hombres y mujeres en la cámara. El lugarteniente de Tezzeret se encontró sudando.

"¿...los demás?" estaba exigiendo el capitán. "¿Ireena misma?"

"¡Sólo... ella sólo estaba sentada allí en el medio de todo eso, señor!" sollozó el soldado. "¡Mirándome, como si ni siquiera supiera quién era yo! ¡Ni siquiera reconoció su propio nombre cuando la llamé!"

"Por los buenos dioses," susurró Sevrien. "Muy bien," dijo y Paldor supo por el cambio en el volumen que se había girado hacia otro de sus segundos. "¿Dónde está el Teniente Calran? Lo necesito para..."

"Está en el pasillo, señor," entonó una tercera voz tan baja que Paldor apenas pudo oír a través del tubo de comunicación. "Sólo está... sentado allí, señor, jugando con su espada y riendo como... como un colegial."

Se hizo el silencio, salvo por el aterrorizado y dificultoso respirar en ambos extremos del tubo.

"¿Capitán?" Paldor no pudo decir, por el tono, que soldado estaba hablando. "Capitán, ¿qué hacem…?"

Gritos y alaridos estallaron desde el tubo cuando algo (¿una puerta, tal vez?) se partió en mil astillas. Acero cantó contra el cuero cuando espadas salieron de sus vainas y el tintineo de los eslabones de hierro de las cotas de malla hizo eco a través del estrecho conducto. Una docena de voces se elevaron en un caótico clamor, la del propio Sevrien apenas audible mientras gritaba órdenes a las que nadie hizo caso.

Madera crujió, con tanta fuerza que el suelo bajo los pies de Paldor tembló. Voces humanas desaparecieron bajo un monstruoso rugido, lo suficientemente fuerte que él lo oyó claramente desde el nivel inferior sin necesidad por completo del tubo. Los gritos de los soldados se convirtieron en alaridos de terror, gemidos de agonía que terminaron en una serie de horribles golpes húmedos.

Y entonces, una vez más, todo quedó en silencio.

"¿Capitán?" Dijo Paldor aclarándose la garganta, con la esperanza de aquietar el temblor en su voz. Se aferró al tubo con manos resbaladizas por el sudor. "¿Capitán? ¿Puede oírme?"

Nada, nada en absoluto, y luego una débil risita infantil, acompañada rápidamente por una segunda, una tercera y un cuarta. Y todas ellas, todas y cada una de las voces, sonaron oh tan conocidas.

"¿Capitán?" Dijo Paldor esta vez en un susurro, un soplo de horrorizada incredulidad. "¿Capitán?"

El tubo acústico tintineó cuando alguien lo levantó de donde colgaba abandonado. "Me temo que el capitán no puede oírlo," respondió una voz baja. "O por lo menos no puede entenderlo. Él ya nunca será verdaderamente él mismo."

"Beleren," dijo Paldor exhalando.

"El debería haberme dejado en paz, Paldor," le dijo Jace. "Todo lo que sucede ahora está en su cabeza y en la suya." Un chirrido de metal desgarrándose casi ensordeció a Paldor cuando el otro extremo del tubo fue arrancado de la pared.

El se puso de pie con el conducto inútil en su mano, sudor acumulándose en su rostro, pegoteando su barba, empapando los pliegues de sus bigotes. Echó una mirada frenética hacia la puerta, contemplando salir corriendo hacia ella, y supo que era inútil. Con Beleren y sus monstruos invocados acechando en los pasillos Paldor no le habría dado ni siquiera a un velocista saludable probabilidades razonables de escape y correr estaba lejos de ser su fuerte.

Además, él tenía una responsabilidad mayor.

Con dedos que parecían decididos a no funcionar tiró de una secuencia de ballestas y dagas de debajo de la mesa, ladeando la primera, desenvainando la última y lanzándolas por la habitación, para poder tener un arma fácilmente a mano desde cualquier posición. Metió la mano en su manga, asegurándose que la dagamaná se hallara firmemente en su vaina.

Entonces, y sólo entonces, volvió su atención sobre el dispositivo. Le arrojó una daga tomándola por el pomo, observó los trozos de vidrio dispersándose por el suelo, y aunque él ya hacía mucho tiempo que era un ateo (incluso desde que había aprendido de Tezzeret de mundos más allá de ese) se encontró rezando a cualquier cosa que pudiera oírle, rezando para que Tezzeret no estuviera ocupado con otra cosa, que no se tardara demasiado en llegar.

De hecho, la puerta se abrió unos pocos segundos más tarde, pero ciertamente no fue Tezzeret quien atravesó el umbral.

Paldor giró con un grito terrible. Una pequeña ballesta cayó de la manga en su mano carnosa y él disparó. Pero, apenas el proyectil cruzó la habitación, él simplemente se quedó inmóvil, transformado en una estatua de carne y hueso. Sólo sus pupilas siguieron moviéndose, ampliándose al sentir a Beleren metiéndose dentro de su mente. Juró que pudo sentir el toque de sus dedos sobre sus pensamientos, el peso de sus ojos en sus recuerdos, la calidez de su aliento sobre sus sueños.

"¡Deberías haberte quedado en la clandestinidad, rata miserable!" rabió internamente Paldor, tratando de gritar, con la esperanza de que Beleren pudiera oír sus pensamientos. "¿Quieres una guerra? ¡Ya tienes una! ¡Yo conozco a Tezzeret! Él verá que maten a cada uno de tus amigos. ¡Ellos sufrirán cada agonía imaginable antes de que todo esto termine y ellos sabrán que fue tu culpa!"

Nunca supo si había oído sus amenazas. Jace cerró su puño y Paldor desapareció. Oh, el cuerpo vivió, y a la mente se le podría enseñar; la corpulenta criatura todavía podría ser rehecha y remodelada en una nueva vida.

Pero como persona, como teniente avaro y jovialmente cruel del Consorcio Infinito, Paldor estaba muerto.

Pero Jace aún no había terminado con la mente del hombre. En el inmenso vacío que una vez había tenido a una persona él implantó un mensaje, un mensaje que Paldor hablaría sólo cuando apareciera Tezzeret.

"Esto fue Ravnica, Tezzeret," dijo Jace en voz alta mientras implantó el reto en la mente de Paldor, su tono sepulcralmente calmado. "¿Tal vez Kamigawa será el próximo? O Aranzhur o Mercadia. Hay tantas células para elegir. Deberías haberme dejado en paz. ¿Me quieres, decrépito chatarrero sobrevalorado? ¡Ven a buscarme!"

Capítulo 23

Liliana dio zancadas por los pasillos del Consorcio, la muerte danzando en su estela. Espectros, fantasmas, incluso un enjambre de ojos sin cuerpo revolotearon por el aire cercano, volando a toda velocidad alrededor de las esquinas, bebiendo la vida de alguien tan tonto como para interponerse en su camino. Muy por detrás, en las entrañas del complejo, columnas de humo ahogaron los pasillos cuando los extensos archivos de la célula de Ravnica (años de conocimientos sobre magia arcana) se vieron reducidos a cenizas y escombros.

Justo cuando ella llegó a la puerta de la oficina, colocándose fuera de la vista de Paldor y Jace, Liliana escuchó el final de la conversación y el tenor amenazante del desafío implantado de Jace. Frunció instantáneamente el ceño en concentración y volutas de vapor negro aparecieron detrás de su pelo, su aliento convirtiéndose

en vapor cuando el aire a su alrededor se enfrió con el maná más oscuro. Media docena de fantasmas más pequeños aparecieron desde las sombras que la rodeaban y desaparecieron por la ventana más cercana. Uno permanecería oculto en los cielos de ese mismo edificio; el resto se apresuró hacia las otras casas seguras del Consorcio en todo Ravnica. Allí vigilarían e informarían las acciones de Tezzeret o Baltrice, una vez que al fin llegaran.

"Audaces palabras," le dijo ella con una leve sonrisa mientras entraba en la habitación, una sonrisa que Jace devolvió aún más leve. "¿Pero pensé que dijiste que no estabas dispuesto a enfrentarte a él?"

Jace negó con la cabeza. "No, pero si él está... si está en guardia, si piensa que estamos yendo por él, él... em, debería tardarse más tiempo en empezar a buscar... en buscarnos en otro lugar." Su respiración se había acelerado, su rostro se había puesto pálido.

"¿Jace?" Liliana se movió rápidamente a su lado, el miedo mascando en la base de su columna vertebral. "Jace, ¿estás bien?"

"No. No, yo... yo no lo creo."

Sólo entonces Jace permitió abrir su pesada capa. Liliana se quedó sin aliento, su mano volando a su boca, cuando vio la flecha sobresaliendo de la túnica de Jace, y la mancha de sangre extendiéndose rápidamente a su alrededor.

"Paldor..." dijo Jace con una sonrisa enfermiza, "tenía de verdad buena... puntería."

Ella lo atrapó mientras cayó, apenas impidiéndole golpear el suelo y quizás hundir más el proyectil en un órgano vital. Se maravilló, incluso mientras se movió para detener la hemorragia, por la fuerza y el autocontrol que debía haber tenido él para ocultar su dolor el tiempo suficiente como para dejar su mensaje.

"Jace," rogó ella, "Quédate conmigo." Sus manos trabajaron, presionando la herida con el borde de su propia túnica. "¡Yo no... no sé cómo tratar esto! ¡No soy una sanadora!"

"Yo conozco... conozco a alguien aquí que lo es," jadeó él con los dientes apretados. "Pero no estoy seguro... de ser capaz de llegar allí."

"¿La esfinge?" preguntó Liliana. Tal criatura volando sobre las torres puntiagudas de Ravnica atraería varios ojos pero no sería más inusual que una docena de otros avistajes que los ciudadanos verían ese día.

"Yo la despedí... después de que ella se ocupó de los guardias. Brillante... ¿no es así?" Jace dio una risita y luego se estremeció cuando la flecha se movió contra sus costillas.

Liliana se levantó. "Está bien. Lo que sea que hagas no luches contra esto." Su voz fue clara como siempre pero sus labios temblaron por su propia voluntad, como si recitara una letanía separada de las palabras que pronunció.

Algo se alzó del suelo al lado de Jace, algo tenue e insustancial, un humo en el aire que apenas se aferró vagamente a una forma humanoide. La cosa se estiró, no con una mano sino con la cabeza,

en un cuello que se extendió cada vez más delgado, imposiblemente delgado. Una boca que no era boca rozó la piel del joven y su cuerpo tembló con un escalofrío que no tuvo nada que ver con el dolor de la herida.

"No luches contra él," le había dicho Liliana, sin embargo, ¿como no hacerlo? Su toque fue antinatural, una plaga mientras fluyó a través de la carne para acariciarlo desde dentro.

Si Jace hubiera estado sano podría haberse resistido fácilmente, evitado que la cosa fantasmal lo infectara. Pero a medida que el dolor ardió en su herida, mientras su sangre se derramó por el suelo, Jace luchó por ordenar sus pensamientos, por reunir el poder que le quedaba... y falló.

Sintió a la cosa vertiéndose, líquida y fría, a través de su cuerpo, a través de los huesos y los músculos. Cada una de sus extremidades se entumeció y el mundo se volvió sutilmente distorsionado, como si un velo de gasa se hubiera desplegado de alguna manera entre su mente y sus ojos.

"¿Qué me hiciste?" exigió Jace. Se sorprendió al ver que podía hablar sin menos dolor de lo que había sido unos momentos antes pero también de que pasó un segundo completo después de que él pensó la pregunta antes de que sus labios y su lengua formaran las palabras.

"Has sido poseído," le dijo Liliana con el mismo tono de voz que podría haber usado para decirle que tenía algo en los dientes.

"¿Yo... qué?"

"Relájate Jace. Le he dicho que obedeciera a tus pensamientos. Todavía estás en control de tu propio cuerpo."

"¿Por qué harías tú...?"

"¿Cómo te sientes?"

Jace se tomó un momento. El tormento de verdad había disminuido, aunque él siguió estremeciéndose ante la sensación de los centímetros de madera dentro de su cuerpo. "Un poco... mejor," admitió.

Liliana asintió. "Él te mantendrá aislado de lo peor del dolor, trata de mantener tu cuerpo junto para que cuando camines no te causes ningún daño adicional. No serás capaz de llegar lejos pero deberíamos ser capaces de salir a la calle, hacerle señas a un carro."

"Bien." Jace se puso en pie, poco a poco, perturbado por el extraño retraso entre la intención y el movimiento. Sintió una leve oleada de deja vu, saliendo tambaleándose herido del complejo. "Será mejor que... que salgamos de aquí. ¿Liliana?"

"¿Qué?"

"Paldor. Manga izquierda."

Liliana se tomó un momento para arrodillarse junto al hombre en estado catatónico y se levantó agarrando la dagamaná en su puño. "Por el nombre de Urza..."

"Dagamaná. Poderosa, podría ser útil." *¡Y que me maten si voy a dejar que Tezzeret la vuelva a obtener!*

Ella asintió, dándole la daga, que se perdió en su cinturón. Se agachó de nuevo para agarrar la pequeña ballesta de Paldor y un

puñado de flechas. No se sabía cuándo resultarían útiles, especialmente con Jace indefenso como estaba.

"¿A dónde vamos?" preguntó ella mientras se movieron hacia la puerta. "¿Dónde está esa sanadora de la que hablas?"

"Distrito de Ovitzia," dijo él.

* * * * *

"Bueno," dijo Emmara estirando el cuello para mirar a los dos recién llegados en su porche, débilmente luminiscente en el resplandor anaranjado de la puesta del sol y las farolas mágicas parpadeando gradualmente para iluminarse. "Esto es una sorpresa."

"¡Emmara!" la saludó Jace, sus palabras volviéndose cada vez más mal articuladas. "Es bueno verte otra vez. Tú... quiero decir..." Él parpadeó una vez, lánguidamente, extendiendo la mano hacia ella. "No puedo encontrar mis manos." Sus ojos se pusieron en blanco, sus párpados se cerraron con un temblor, y Jace quedó flácido, colgando en posición vertical como un abrigo en una percha gracias al espíritu que lo poseía dentro de su cuerpo inconsciente.

Emmara dio una vuelta a su alrededor, como buscando los cables que lo mantenían erguido, luego se arrodilló para examinar la herida obvia. Durante todo el rodeo Liliana miró con una expresión oscilando entre la esperanza y una oscura sospecha. Un manto de silencio flotó sobre ellos, sólo rota por los carros rodando y los transeúntes en la calle de abajo, el barco ocasional pasando aún más abajo, y el trabajoso respirar de Jace.

"¿Puedes ayudarlo?" preguntó Liliana justo cuando Emmara hizo la capa a un lado para darle una mirada más detenida a la flecha sobresaliendo.

Emmara se volvió a levantar en toda su altura impresionante. "¿Y a quién estoy ayudando?" preguntó ella con suavidad. "¿A Berrim? ¿O a Jace?"

Liliana ni siquiera parpadeó. "¿Y quién conseguirá tu ayuda más rápido?"

La elfa entrecerró los ojos pero asintió. "Llévalo dentro."

A la orden de Liliana el espíritu dentro de Jace tiró de tendones y músculos, empujando su cuerpo en un andar tan torpe como el de cualquier zombi recién animado. Emmara le echó a la nigromante una mirada de profundo disgusto y se encontró revisando un conjunto de sus propios hechizos defensivos (por si acaso) antes de seguirlos y cerrar la puerta detrás de ella.

* * * * *

La oscuridad dio paso a un confuso gris y luego a una imagen borrosa de una habitación de color blanquecino.

No, no una habitación. Las habitaciones tenían paredes. Esta tenía pilares, con una sola pared cuya ventana daba a la calle de abajo. Él lo había logrado.

Jace casi jadeó de alivio, luego gimió cuando una agonía bailó a través de sus costillas dando pisotones con zapatos de hierro. El mundo se volvió gris una vez más y cuando finalmente se volvió a resolver en la casa de Emmara Jace vio un rostro hermoso y un halo de pelo negro mirando hacia abajo a él.

"¿Me extrañaste?" preguntó él con voz débil.

"Más que Paldor seguro," dijo ella sentándose junto a él, (que no fue poca cosa teniendo en cuenta lo angosta que era la cama) y secándole el sudor de la frente. "¿Cómo te sientes?"

"Como si alguien..."

"Si vas decir 'como si alguien me hubiera disparado con una ballesta' puede que le vaya a pedir la flecha a tu amiga elfa y la vuelva a hundir en su lugar."

"Eem... a quien herí," concluyó él sin convicción.

"Lo sé," dijo ella en voz baja. "Y yo no quiero ver que vuelva a suceder. Pero Jace..."

Jace reconoció el tono, sintió los labios de él presionados juntos en un línea. *No lo digas. ¡Al menos dame unos días, unos minutos, para recuperarme primero! No lo digas.*

"Ellos nos volverán a encontrar," dijo ella con firmeza. "Seguirán encontrándonos si no hacemos que se detengan."

Y ella lo dijo.

Jace abrió la boca para discutir y luego se congeló cuando la pregunta finalmente se hundió en su ser. *¿Cómo había hecho Semner para encontrarlos?* El hombre no tenía magia, ellos no habían hecho nada para delatarse, o al menos nada que se le ocurrió. Nadie de ninguna importancia viajó por Avaric, así que ¿cómo...?

Se dio cuenta de que Liliana seguía hablando y se sacudió de su ensoñación lo mejor que pudo.

"¡Liliana, mírame! ¡Esta fue sólo una célula y yo tengo un agujero en mí! No hay manera de que nosotros acabemos con todo el..."

"¡Maldita sea Jace, escúchame!"

"No."

Liliana se inclinó hacia adelante, mirándole a la cara. "¡Nosotros podemos vencerle!"

Jace soltó una carcajada y luego deseó no haberlo hecho cuando la habitación nadó y su pecho pareció incendiarse. "Liliana," insistió él con los dientes apretados, "estás equivocada. ¡No tienes idea de lo poderoso que es Tezzeret! Yo..."

"Él no es más fuerte que nosotros. No es más fuerte que los dos juntos."

"Aunque tuvieras razón," argumentó Jace con la esperanza de que una nueva táctica le llevara a atajar otra repetición del mismo argumento, "¿de qué serviría? Digamos que por algún milagro nos deshacemos del bastardo. ¿Qué, pues? ¿Volver a la fuga cuando su reemplazo venga tras nosotros en busca de venganza? 'Ellos no pueden dejar que la gente piense que el Consorcio es vulnerable,' ¿verdad? Así que de una manera u otra..."

"Eres un idiota." Liliana negó con la cabeza y se levantó, caminando hacia el pilar más cercano. "¿Cómo es que he llegado a preocuparme por alguien tan necio?"

Jace la miró, entrecerrando los ojos cuando ella pasó frente a la ventana abierta y el sol le clavó alegremente agujas en los ojos de él. "Ilumíname."

"Quizás tu conozcas a Tezzeret," le dijo ella, "pero yo también he estudiado el Consorcio Infinito en persona."

"Tezzeret es el Consorcio," le corrigió él.

"No, no lo es. Piénsalo. Una docena de mundos, cada célula con decenas de empleados, soldados y espías. ¿Cuántos de ellos saben siquiera de mundos más allá del propio?"

"Bien, está bien, pero…''

"¿Cuántos de ellos saben quien es Tezzeret? ¿Y de esos que lo saben a cuántos les importa? A unos pocos de sus tenientes y agentes personales, tal vez. A nadie más, Jace. Por el amor de Urza, ¿por qué crees que él fue capaz de hacerse cargo de la maldita cosa desde el comienzo? Es porque la mayoría del personal no sabe quién da las órdenes. ¡Ciertamente no les importa siempre y cuando tengan la parte que les corresponde!"

Tal vez fue el dolor o la persistente desorientación de la herida y la magia sanadora de Emmara, pero Jace no pudo (o no lo haría) comprender. ¡Ella no podía estar diciendo lo que parecía que estaba diciendo! ¿Podría?

Pero ella sólo asintió ante su mirada desconcertada. "Tú no tienes que esconderte del Consorcio. ¡Nosotros acabamos con Tezzeret y podemos manejar la maldita cosa!"

"No más escondidas. No más huidas de casa en casa, preguntándote quién te está vigilando o cómo pagar tu próxima comida. Podrás hacer lo que quieras. ¡Podrás convertir el Consorcio Infinito en lo que quieras!"

"¿Sólo mediante la eliminación de Tezzeret?" preguntó Jace con escepticismo.

"Bueno, también tendrás que matar a algunos de sus colaboradores más cercanos, pero…"

"Oh, ¿eso es todo? ¿Matar a Tezzeret y a algunos de sus colaboradores?"

"¿Qué?" preguntó ella desconcertada por la repentina amargura en su tono.

"Liliana, yo ya no quiero matar a nadie más. Ciertamente no quiero ver muerto a ninguno de nosotros. Y si tratamos de hacer esto eso es lo que sucederá. Mataremos a algunas personas y entonces Tezzeret vendrá y nos aniquilará, y nada de esto importará."

"Jace..."

"¡No! Incluso si tienes razón acerca de todo lo demás, ¿cómo lo haríamos? ¿Tú conoces a todos los mundos que toca el Consorcio? ¿La ubicación de cada célula, el nombre de cada líder? ¿Cómo construir esos tubos de éter para que puedas sentirlos si alguien necesita llegar hasta nosotros? ¡Liliana, nosotros no podemos manejar el Consorcio!"

"Podremos una vez que saques esa información de la mente de Tezzeret."

"Es una estupidez, es un suicidio, y no está sucediendo." Jace se recostó en la cama, de repente desesperado por más descanso. "Voy a volver a dormir," continuó él, "hasta que comience a sentirme mejor. Y luego, si tú estás lista, nosotros podremos hablar de dónde escondernos después de que nos marchemos de Ravnica."

El hizo una mueca al oír el sonido pero por lo demás no notó cuando Liliana gruñó y se desvaneció en el pilar de teletransportación. Y maldita sea, ¡el no se sentiría mal por esto! Era una idea estúpida. Una burrada. La noción de que de alguna manera ellos pudieran tomar el Consorcio de Tezzeret era tan absurda como acabar con el propio artífice. Liliana se estaba engañando a sí misma.

Pero cuando el dolor finalmente disminuyó lo suficiente como para que Jace volviera a dormir sus sueños fueron sueños de poder.

* * * * *

¡Maldito sea!

Liliana salió como una tromba de la casa, ignorando la mirada de cuestionamiento de Emmara. Caminó durante muchos minutos por las calles de Ovitzia, casi esperando que alguien la acosara, que alguien le diera una excusa para cortarlo en pedazos, pero por supuesto nadie lo hizo. Al final, mientras su mente empezó a despejarse, se encontró ante una tienda que ya había cerrado por la noche.

Eso bastaría. Un toque rápido y la madera alrededor del pestillo se pudrió, permitiéndole escabullirse dentro. Apoyó la puerta para cerrarla detrás de ella, mirando a su alrededor en los estantes de cuerdas, martillos, clavos y madera, oliendo el abrumador aroma de aserrín, y se preguntó por un momento quien seguía construyendo con madera en Ovitzia. Luego, con un encogimiento de hombros, se alejó de la ventana y comenzó a respirar deliberadamente, de manera constante, relajándose por el esfuerzo por venir.

Permaneció de pie durante muchos minutos, incapaz de calmarse, su cuerpo tenso. El momento de la verdad había llegado y ella tuvo que admitir (si más no sea para sí misma que para alguien más) que no quería pasar por ello. Eso lastimaría a Jace, le lastimaría mucho, un pensamiento que la llenó de genuino remordimiento. No fue una sensación a la que estaba acostumbrada y descubrió que no le importó mucho por ello. Por unos pocos instantes Liliana Vess se permitió fingir que ella podría elegir un camino diferente.

Pero supo que no lo haría, que no podía, que cualquier idea acerca de lo contrario era tan inmaterial como una de las ilusiones de Jace. Y si él no le permitía convencerlo de hacer lo que debía hacerse entonces el sufrimiento por venir era su propia culpa.

Ambos tendrían que vivir con ello.

Liliana hizo funcionar su magia y se alejó del mundo de Ravnica.

* * * * *

"¿Algo?" Preguntó Tezzeret reclinándose en su silla, con los dedos de eterium entrelazados con los de carne y hueso. Su reflejo le devolvió la mirada desde los paneles de metal brillante delante de él, una visión deformada y retorcida que sólo podría haber igualado a su alma mejor que el verdadero rostro que llevaba.

"No." Baltrice respiró hondo y continuó, "Como acordamos no me acerqué a ninguna parte del complejo. Pero si encontré algunos de los guardias sobrevivientes de Paldor y los mandé para que lo volvieran a comprobar. La célula está más o menos perdida, jefe. Paldor, Sevrien e Ireena están amnésicos, los archivos han sido quemados... No queda nada útil."

Tezzeret gritó, maldiciendo el nombre de Beleren en media docena de idiomas, prometiendo mil diferentes muertes al joven mago, a cualquiera que lo albergara, a cualquiera que le diera una palabra amable o una mirada amistosa. Grietas formaron una telaraña en el escritorio cuando su puño golpeó una y otra vez, permitiendo que un maloliente elixir de aceites y sangre se escapara del extraño mecanismo. Baltrice, que había sido testigo de más de una de esas demostraciones en sus últimos años, dio un paso atrás y preparó con cuidado un simple hechizo para alejar cualquier proyectil adicional que pudiera indiscriminadamente venir hacia su posición.

Sin embargo ninguno lo hizo y la tormenta pasó tan rápidamente como había surgido, aunque el enrojecimiento de su rostro y el temblor en su cuello y mandíbula fueron pruebas más que suficientes de que el enojo siguió allí, justo debajo de la superficie. "Maldito sea..." murmuró Tezzeret tras haber agotado todas sus maldiciones más coloridas. "La célula de Ravnica era una de las mejores. ¿Tienes idea lo difícil que fue establecerla?"

"Sí. He estado aquí durante la mayor parte de ello," le recordó Baltrice. Él la ignoró.

"¿Por qué?" le exigió él al propio Multiverso. "¿Por qué salir de su escondite ahora?"

Sabiamente, Baltrice ni siquiera trató de responder.

Tezzeret suspiró, el profundo y sincero lamento de alguien verdaderamente engañado. "Yo fui demasiado amable, ese fue mi problema. Demasiado amable y demasiado perezoso. Debería haber hecho un mayor esfuerzo en encontrarlo en estos últimos años y en sacarlo de mi miseria."

Como yo te lo he dicho más de una vez, pensó Baltrice pero observó en silencio.

Otro suspiro y la habitación comenzó a resonar con el ritmo en staccato de los dedos metálicos contra el escritorio de metal. Y así de abruptamente él se quedó paralizado, con una mirada lejana en su rostro, una mirada que Baltrice había visto muchas veces antes.

"¿Quien?" le preguntó ella.

"Kamigawa," murmuró él después de un momento. "Justo lo que me hacía fala ahora. Yo te juro que si esa maldita rata chamán interfiere con otro de nuestros envíos..."

"¿Quieres que me encargue de él?"

"No," le dijo. "Yo me encargo de ello. Al menos eso me dará tiempo para pensar."

* * * * *

La habitación en la que Tezzeret finalmente apareció estaba muy ornamentada. Cortinas de seda en tonos brillantes, elegidas para compensar perfectamente las alfombras oscuras, cubrían las paredes y las entradas abiertas. Linternas de papel iluminaban la cámara en un tenue aunque constante resplandor y el aroma de incienso fue casi abrumador.

De pie frente a él, haciendo una profunda reverencia en señal de gran respeto, se hallaba una mujer aparentemente joven vestida con un kimono oscuro, su cabello colgando suelto alrededor de sus oídos. Sólo la estrechez de sus facciones y el tono pálido del cabello sugirieron una tenue rastro del pueblo lunar tsuki-bito en su ascendencia. Siendo la tercer líder de la célula de Kamigawa en otros tantos años ella había heredado un puesto peligroso y Tezzeret honestamente no creyó en gran parte de sus posibilidades a largo plazo. El chamán de los Nezumi-Katsuro no sólo no había perdonado el ataque que se había cobrado la vida de su shogun, también había matado a una media docena de agentes del Consorcio, así como había torturado y asesinado al anterior líder de la célula en un esfuerzo por convencer a Tezzeret de que lo enfrentara personalmente. Sus desafíos más recientes se habían dirigido al "Emperador del Brazo de Metal" sugiriendo que había aprendido mucho de su interrogatorio al ex teniente de la célula.

Tezzeret, por supuesto, ni se molestó en tratar con la rata misma. Finalmente la célula se ocuparía, sin importar cuántos líderes tuvieran que pasar por el proceso.

"¿Qué pasa Kaori?" preguntó él con voz ronca, mirando a los fragmentos rotos de la tubería en la pared. "¿Sabes lo difícil que es reemplazar esos?"

"Mis más sinceras disculpas, mi señor," ofreció ella con su acento musical casi perdido en medio del zumbido de los engranajes. "Pero hay alguien aquí que quisiera hablar con usted, a quien usted ha empleado en el pasado, y que jura que tiene información que debe escuchar. Dice que no sabía ninguna otra forma de contactar con usted."

"¿A si?" Tezzeret frunció el ceño y luego asintió cuando una de las cortinas en la pared del fondo se desvió a un lado y una recién llegada entró desde el pasillo contiguo.

"Bueno. Liliana Vess."

"Tezzeret," saludó ella secamente.

"Y a que te debemos..."

"Perdóname si no me tomo el tiempo para bromas," le interrumpió ella. "No tengo mucho tiempo antes de que sepan que me fui."

"Muy bien. Estoy asumiendo que esto es importante ya que tú muy bien sabes que es mejor no ponerse en contacto conmigo de esta manera."

"Depende. ¿Consideras que Jace Beleren es importante?"

Tezzeret se inclinó hacia adelante como un sabueso luchando contra su correa. "¿Sabes dónde está?"

"No exactamente," mintió ella. "Los fantasmas de los que he aprendido sus actividades recientes no fueron tan específicos. O ellos no lo saben o tienen una razón para no decírmelo. Pero si me han contado gran parte de sus actividades, pasadas y recientes, y yo te puedo decir cómo hacerle salir de su escondite."

* * * * *

El sol se había puesto en la Calle Mosquito, o más bien el sol se había puesto en un extremo de la Calle Mosquito, ya que la vía más larga de todo Ravnica nunca veía ni el crepúsculo ni el amanecer al mismo momento en cada punta. Allí en el suelo, debajo de una verdadera telaraña de puentes y calles en suspensión, torres imponentes y plataformas flotantes, las calles estaban mal mantenidas, las estructuras oscuras y a menudo dilapidadas. Agazapados en medio de ellas como arañas hinchadas se hallaban numerosos burdeles, salas de juego y bares que vendían bebidas no disponibles o ilegales en las superestructuras. La Calle Mosquito tenía que ser tan larga como era para que en algún lugar a lo largo de su longitud un valiente o insensato desconocido pudiera encontrar a la venta cualesquiera bienes o servicios imaginables, y algunos inconcebibles para cualquier mente sana.

Suponiendo, claro, que dicho desconocido sobreviviera el tiempo suficiente como para hacerlo.

En las sombras más oscuras del "lado oscuro" de la Calle Mosquito dos hombres humanos y una mujer trasgo estaban sentados en un stand mal iluminado dentro de una de las muchas tabernas sin nombre a lo largo de la calle de la iniquidad. El suelo estaba sucio, la mesa cubierta con los restos de comidas anteriores. La cerveza era tan aguada que cualquier cliente sin duda se ahogaría en ella antes de consumir suficiente como para emborracharse, la comida nunca había estado en la misma aproximación general que la de un cocinero profesional, y una nueva dosis de vómito en el suelo en realidad habría mejorado el ramo.

Nada de eso importó ya que no había un patrón en el edificio que habría venido allí por comida o bebida.

Tezzeret, que sabiamente había elegido ni siquiera tocar su jarra de lo que-sea-que-fuera, sacó una pequeña bolsa de cuero de un compartimiento en su cinturón y la deslizó sobre la mesa. El trasgo la arrebató, la abrió y examinó el polvo de oro dentro. Parpadeó una vez, olfateó una vez, y luego gruñó una afirmación a su compañero.

A diferencia del trasgo, e incluso Tezzeret, que parecía como si pertenecieran allí, el otro humano estaba impecablemente afeitado, su pelo rojo peinado hacia atrás, su túnica negra y polainas de tonos vino a la altura de la moda. Hasta su uñas estaban bien cuidadas.

Y ya que había sobrevivido más de tres minutos en la Calle Mosquito, vestido de manera tal, estaba claro que tenía la clase de conexiones que Tezzeret necesitaba.

Mostró una sonrisa encantadora y amable ante el informe del trasgo. "Excelente," le dijo a Tezzeret. "Entonces creo que hemos hecho un trato. ¿Accidentes?"

El artífice supo exactamente lo que quiso decir la aparente incongruencia. "Por supuesto que no." Respondió con su sonrisa lobuna. "Cuchillos, fuego, hechizos. Haz una demostración de ello. Quiero que un hombre ciego sea capaz de darse cuenta que estas personas fueron asesinadas."

El humano y el trasgo se miraron sorprendidos y luego se encogieron de hombros. Después de todo él era el que pagaba.

"Entonces creo que todo lo que queda es hablar de nombres," dijo el dandi.

Tezzeret metió la mano en otra bolsa y sacó un trozo de pergamino, tratado para que ardiera al instante en que se acercara a una llama abierta. En el estaba la lista que Vess le había dado; el artífice no pudo evitar sonreír al pensar en el rostro de Jace cuando se enterara.

"Rulan Barthaneul, humano, un banquero en el Distrito Dravhoc," leyó Tezzeret de la lista. "Laphiel Kartz, también humano, también de Dravhoc. Eshton Navar, humano, dueño de una taberna en Lurias."

"Y Emmara Tandris, elfa, de Ovitzia."

* * * * *

Liliana levantó la vista de la mesa y la taza de té de frutos que apenas había tocado cuando su anfitriona apareció desde el interior del pilar más cercano. "¿Cómo está?" preguntó ella.

Emmara agitó una mano e hizo caso omiso de la pregunta el tiempo suficiente como para tomar asiento (en un extremo de la mesa tan lejos como pudo sin ser demasiado grosera) y solicitar una bebida para ella misma a los diminutos sirvientes constructo. Sólo entonces se dio la vuelta hacia su invitada.

"Está mejorando," dijo simplemente.

"Encantada de oír eso," dijo Liliana aunque su tono no sugirió nada de eso. "¡Por supuesto, eso es lo que has dicho cada vez que te he preguntado durante los últimos dos días! ¡Pero todavía no me dejas verlo!"

"Eso es porque cuando te dejé hablar con él la primera vez conseguiste sacarlo tanto de quicio que creo que lo hiciste retroceder casi un día," replicó Emmara. "¿Así qué por qué no dejas de molestarme, y a él, y me dejas hacer mi trabajo?"

Se miraron una a la otra por varias respiraciones y la tensión finalmente se rompió sólo cuando el constructo volvió a traquetear en la habitación con el jugo de la elfa. Emmara tomó un gran sorbo y luego suspiró, sacudiendo la cabeza.

"Realmente lo está haciendo mucho mejor, Liliana, pero por el momento yo no quiero que subas allí. Todavía tiene que descansar un poco. Me ha costado mucho convencerlo de que sea lo que sea que ustedes dos necesitan hacer puede esperar hasta que esté completamente recuperado. ¿Acaso quieres entrar corriendo en su habitación y deshacer todo ese trabajo? ¿Hacerlo enojar y caminar alrededor para que pueda desgarrarse una herida interna que no ha tenido tiempo de sanar?"

Liliana masculló algo ininteligible y se dejó caer en la silla. No notó la mueca de desprecio de la elfa cuando la delgada madera crujió bajo el impacto inesperado.

"Te preocupas demasiado por él," dijo Emmara. No fue una pregunta pero ella sonó insegura.

"Pareces sorprendida," se opuso Liliana.

"Lo estoy," admitió la elfa. "No me inclino a pensar en los de tu clase como seres compasivos."

"¿Mi 'clase'?" preguntó Liliana peligrosamente. "¿Humana?"

"Nigromante," replicó Emmara.

"Sí, lo soy," respondió ella sin vergüenza. "La muerte, los no-muertos, la edad y la decadencia. Nada de eso me hace ser menos humana." Ella colocó justo el menor peso en lo último como retando a la elfa a discutir acerca de ello. "Jace es... importante para mí."

"¿Para ti?" Preguntó Emmara. "¿O para lo que quieres?"

"¿Y qué de ti?" le exigió Liliana de repente con ganas de cambiar de tema. "Tú eres una sanadora o eso me dice Jace. ¿Por qué él no esta levantado y caminando después de alrededor de casi dos días?"

"Yo podría reparar sus heridas con mayor rapidez," admitió la elfa. "Pero la flecha se hundió profundamente, incómodamente cerca de varios órganos sin los cuales el no iba a logarlo. He decidido tomar la ruta más cuidadosa, asegurarme de que el daño interno se cure antes de sellar el exterior. La magia está funcionando incluso mientras hablamos. Él pronto estará bastante bien, muy pronto."

"Gracias," dijo Liliana a regañadientes. Ambas bebieron de sus respectivas copas examinándose una a la otra en silencio.

"Tú y Jace..." al fin comenzó a decir ella.

"Berrim. Yo lo conocía como Berrim."

"Lo que sea. ¿Ustedes dos no estaban juntos?"

"¡Por supuesto que no!" protestó Emmara entendiendo su significado. De hecho, ella se estremeció. "El es humano."

Liliana no pudo evitar sonreír ante el tono rebelde de la elfa.

"Éramos amigos," continuó Emmara. "O pensé que lo éramos. Quizás lo sabré con certeza cuando me diga con precisión quién era Berrim y quién era Jace. Y por qué yo sólo me enteré de esto último cuando un número de personas muy desagradables comenzaron a buscarle. Puede que los gremios hayan desaparecido pero yo todavía

tengo mis fuentes. No me llevó mucho tiempo averiguar que el Consorcio estaba buscando a alguien que se hacía llamar por ambos nombres… y varios otros más."

"Yo he vivido lo suficiente como para entender el cambio, Liliana, así sea de ciudades, gobiernos, nombres o personas. Y por lo que he oído hablar de Jace puedo entender por qué él hubiera preferido convertirse en Berrim. Pero él pudo haber confiado lo suficiente en mi como para decírmelo. Ahora no sé quién era verdaderamente mi amigo. ¿Acaso tú sabes quién es por el que te estás preocupando?"

La conversación casi-pero-no-muy-hostil continuó pero Jace dejó de escuchar. Con un esfuerzo momentáneo (hecho sólo moderadamente más difícil por su persistente lesión) él permitió que sus sentidos retrocedieran, alejándose de la mesa, pero no hizo desaparecer del todo el hechizo de clarividencia.

Tristemente, con sus ojos fuertemente cerrados, dejó caer la cabeza entre las manos. Por mucho que él sentía que el haber hecho uso de un seudónimo había sido justificado no pudo culpar a Emmara por su ira. Ella lo había tratado como un amigo, él había clamado ser un amigo, pero él había fallado en confiar en ella incluso con su propio nombre real.

Todo lo que él había hecho alguna vez lo había hecho por lo que él había creído era la mejor de las razones. ¿Cómo se las había arreglado para arruinarlo todo tan dramáticamente?

¿Y cómo iba a saber que no lo estaba haciendo tan mal incluso ahora?

A pesar de todo eso ella lo había aceptado, le había curado sus heridas, a pesar de que ella no le debía nada, sabiendo que él no era quien ella había creído que era. Tal como era de esperar él encontró que sus pensamientos acerca de Emmara se convirtieron en sus pensamientos acerca de Kallist. Jace Beleren se preguntó si alguna vez había sido digno de uno solo de sus amigos y se preguntó, también, si todos ellos tendrían que sufrir por él.

Trató de librarse de su autocompasión antes de que lo consumiera, centrándose en cambio en lo inmediato. Sin abrir los ojos o poner fin a su hechizo de clarividencia se concentró en la habitación a su alrededor. Sintió las mantas pesadas que yacían encima de sus piernas mientras se sentó en la cama, sintió la grasienta sensación de picazón de su cabello que había absorbido el sudor de su dolor y tenía más que un atraso de lavado. Se tocó las costillas desnudas con un dedo, sintió un débil hueco en la carne y un dolor profundo en los músculos de su torso, pero nada que se acercara a la agonía anterior. Se remarcó a sí mismo lo mucho que le debía a su anfitriona élfica y luego cortó en seco la idea antes de que esta pudiera volver a conducirlo derecho a los brazos del melancólico que estaba luchando para evadir.

Quitó gradualmente los dedos de la herida, dejando que sus manos cayeran al colchón junto a él, pero continuó hurgando en la herida con su mente. Se apoyó en la sensación de calidez que había fluido a través de él ante el toque de la sanadora, el "sabor" de su

maná inundando su alma, la sensación de su carne cosiéndose junta. Por sólo un instante su espíritu se estremeció al borde del descubrimiento, comprendiendo una magia nueva y más brillante que cualquiera que había practicado antes. El persistente dolor en su herida disminuyó hasta pesar como una pluma. Y una parte de Jace se regocijó, calentado por una chispa de alegría no por el uso del poder para sus propios fines sino por la experiencia de una magia que valía la pena lanzar puramente para su propio bien.

Y entonces el momento pasó, desapareciendo junto con la concentración de Jace cuando alguien golpeó la puerta principal de Emmara con un pesado y brutal puño. Jace volvió a caer contra la almohada con un jadeo cuando el sonido agudo no sólo vino a él débilmente a través de las tablas del suelo sino directamente en su mente a través del hechizo que mantenía una parte de sus sentidos flotando en la habitación de abajo.

Por curiosidad y tal vez más que razonablemente molesto por la interrupción, dirigió el hechizo para que fluyera hacia afuera, moviéndolo más allá de los muchos pilares que sostenían la mansión de Emmara, deslizándolo a través de la madera de la pesada puerta, permitiéndole tomar un buen vistazo sólido al hombre en el exterior. No vio nada fuera de lo normal, sólo un gran tipo vagamente similar a un gorila con una caja bajo una sola mano. Obviamente un mensajero de algún tipo.

Pero la paranoia de Jace estaba en plena floración y él se tomó un momento para concentrarse de verdad, para investigar los pensamientos superficiales del hombre exterior. Fue difícil, leer su mente a través de una lente de clarividencia, pero eso sólo significó una prueba mejor de su recuperación.

Y entonces Jace se arrojó fuera de la cama, tropezando y resbalando contra el dolor persistente, rebotando por la pared cuando perdió el equilibrio, corriendo desesperadamente hacia el pilar de teletransporte más cercano.

Capítulo 24

Kerstofe se movió de un pie a otro, hirviendo con una energía nerviosa, mientras esperó una respuesta a su llamada. En el

hueco de su brazo izquierdo ajustó su caja de madera, completamente vacía. En su mano derecha tenía un fino estilete que sostuvo hacia atrás para que la cuchilla estuviera escondida bajo la manga voluminosa.

Oyó un leve traqueteo desde detrás de la pesada puerta y un pequeño portal (uno tan expertamente mezclado con los contornos de la madera que él no se había dado cuenta de que estaba allí) se abrió revelando más o menos una cuarta parte de un bonito rostro élfico. "¿Sí? ¿Quién es?"

"Entrega para usted, miladi," dijo con voz respetuosa pero tan aburrido como lo hubiera sido un buen servicio de mensajería.

"¿Qué es?"

"No sabría decirlo, miladi. No hay nada escrito en el exterior y ciertamente no es mi lugar abrirlo o preguntar."

"Está bien. Un momento por favor."

El pulso de Kerstofe aceleró y sintió la emoción irradiando de su pecho; por no hablar de lugares algo más bajos. Eso siempre le hacía calentar, ese momento justo antes de que ocurriera. Especialmente cuando su "socio" era una chica bonita.

Oyó el golpe y el ruido de un cerrojo siendo abierto y una cadena siendo desenganchada y la puerta se abrió de par en par. Él sonrió a la elfa con una sonrisa casi excesivamente amable.

"¿Emmari Tandars?" preguntó destrozando dramáticamente la pronunciación.

"Algo así," ofreció ella con una sonrisa.

"Fantástico," dijo él y con un suave movimiento nacido de años de práctica cambió su agarre sobre el estilete, dio un paso más cerca hasta que sus cuerpos casi se tocaron, y hundió la cuchilla profundamente en su carne, directamente debajo del esternón, en ángulo hacia arriba.

Ellos jadearon al mismo tiempo, ella en asombrada agonía, el de placer. La elfa se tambaleó y él retiró la hoja y empujó por lo que el cuerpo de ella se desplomó hacia atrás y fuera de la puerta, muerta antes de que tocara el suelo. Kerstofe, casi igual de indiferente, se arrodilló para depositar la caja vacía en el suelo a su lado, luego se puso en pie, cerró la puerta con calma, y se dirigió de nuevo por las escaleras para unirse al tránsito en la calle de abajo.

Una docena de transeúntes o más, y nadie había visto nada.

* * * * *

Jace, sólo vestido con las polainas que había llevado en la cama, salió corriendo de detrás de la puerta y se arrodilló al lado de la elfa caída. Sus manos ya estaban extendiéndose hacia ella, su mandíbula apretándose ante la vista del creciente charco de sangre, cuando los ojos de ella se abrieron de repente como las fauces de un draco. Jace soltó un suspiro que ni siquiera se había dado cuenta que estaba sosteniendo.

"¿Emmara?" preguntó con su voz suave.

"Eso me dolió," se quejó sentándose lentamente. La herida en su estómago ya había comenzado a cerrarse, la sangre a secarse. Jace supo que si ella no hubiera comenzado el hechizo de curación de antemano la herida habría sido letal; así y todo la fea contusión alrededor no se desvaneció con la propia herida y él supo que Emmara probablemente estaría más que dolorida en los días por venir.

"Siento mucho haberte hecho pasar por eso," le dijo él. "Pero no tuve tiempo de crear cualquier tipo de ilusión, al menos no algo que él iba a creer después de hundir un cuchillo en ella." Jace extendió una mano para ayudar a la elfa a levantarse. "Yo sólo…"

Emmara, mirando con una mezcla de rabia y dolor, apartó la mano y se levantó, aunque temblorosa, por sus propios medios. Luego hizo caer esa pesada mirada directamente sobre él, acompañada por la propia mirada de Liliana cuando la nigromante salió de detrás de un pilar cercano. Ambas mujeres quedaron con los brazos cruzados, frunciendo el ceño, reflejos deformados y retorcidos una de la otra.

"¿Qué?" les preguntó él.

"¿Te importaría explicar, 'Berrim'?" le exigió Emmara.

"Yo me di cuenta…" comenzó él.

"¿Acaso temiste que no fuera lo suficientemente capaz para defenderme?" continuó ella sin cesar.

"Y deberías haberlo sabido mejor en mi caso," añadió Liliana sombríamente. "¡Oh, cielos! ¡Estamos en problemas! ¡Vamos a esperar a que el herido venga a la carga a salvarnos!"

"Yo…" lo intentó él de nuevo.

"¿Tienes idea de la clase de daño que podrías haberte causado por haber acudido corriendo?" le exigió la elfa. "¡Y no me refiero sólo a mí! ¡Hay una razón por la que te dije que descansaras en la cama, idiota!"

Liliana, pensó Jace con amargura, *ha sido una mala influencia para ella*. "¡Yo no corrí hasta aquí para salvarlas a ustedes dos!" gritó Jace agarrándose las costillas cuando el dolor regresó. "¡Lo hice para salvarlo a él!"

Eso, al menos, fue suficiente para dejar a todos en un confuso silencio. Jace aprovechó la oportunidad para alejarse de la puerta y colapsar en la silla más cercana; una monstruosidad tapizada de terciopelo que bien podría haber sido mas vieja que la elfa a quien pertenecía.

"Tú," dijo él apuñalando con el dedo hacia Liliana, "habrías hecho que uno de tus espectros le comieran su alma o tal vez le habrías podrido su carne de sus huesos en un charco de baba realmente oloroso."

"Por supuesto," dijo ella.

"Y tú," continuó él dirigiéndose a Emmara, "bueno, yo nunca te he visto en peligro, pero apostaría a que tu respuesta a un hombre tratando de clavarte un cuchillo en tu estómago sería mucho más fea que tus hechizos de curación."

"Y seguramente ganarías la apuesta," le dijo ella todavía perpleja.

"Así que," dijo Jace tratando de inclinarse hacia adelante en su silla y fallando, "¿entonces qué?"

Liliana y Emmara se miraron una a otra.

"¿Hay alguien aquí con la más mínima duda de que tu paquete fue por cortesía de Tezzeret?" preguntó Jace.

Emmara frunció el ceño. "Dadas las circunstancias sería una gran coincidencia para que no sea alguien más. A diferencia de algunas personas yo no tengo grupos enteros de enemigos airados que claman por mi cabeza."

"¡Exactamente!" exclamó Jace como si se abalanzara sobre un premio largamente buscado. "Emmara, la única razón por la que Tezzeret podría venir en pos de ti es porque eres amiga mía."

"Podría ser," se corrigió la elfa en voz baja.

"Así que si no te hubiera convencido de dejar que el asesino te 'matara' entonces, ¿qué? ¿Qué pasa cuando el asesino no se vuelve a presentar? ¿Eh? ¿Quién, o qué, enviaría Tezzeret después?"

Liliana asintió con repentina comprensión. "De esta manera el asesino volverá e informará de haber cumplido el trabajo sin que nadie lo sepa."

Jace sonrió. "Y, por supuesto, sin los recursos de la célula de Ravnica él no tiene ninguna manera de saber en el corto plazo que su asesino a sueldo fue engañado."

Emmara se sonrojó ligeramente. "Tienes razón, por supuesto. Yo no estoy, em, acostumbrada a tratar con la mentalidad de un asesino. Mis disculpas Jace. Gracias por intervenir."

"De nada," dijo él con sinceridad. Se volvió a Liliana, abrió la boca para preguntar cuando iba a recibir sus disculpas y luego se lo pensó mejor.

"Emmara," dijo seriamente, "puedes contar con que se mantenga el engaño. Dudo que Tezzeret vaya a gastar los pocos recursos restantes que tiene en Ravnica cuando se entere del éxito de tu 'muerte'. Pero no puedo prometerte eso. Es posible que desees considerar mudarte."

La elfa miró a su alrededor a las decenas de columnas y sollozó suavemente.

"En el ínterin," dijo él poniéndose en pie con un débil sollozo propio, "nosotros vamos a alejarnos de tu protección."

Una vez más él se encontró apuñalado por un par de miradas, esta vez sin creerle.

"Jace…" comenzó a decir Liliana.

"Tú no estás listo para…" dijo Emmara al mismo tiempo.

Pero Jace negó con la cabeza, levantando una mano para detener a las dos. "Kallist ha muerto," dijo con voz suave. "Y ahora alguien trató de matar a Emmara." Ambas mujeres se sorprendieron al ver a Jace conteniendo las lágrimas. "Yo nunca he sido propenso al heroísmo; ambos lo saben. Pero hasta que Tezzeret me invitó a su maldito Consorcio nunca tuve intensión de lastimar a nadie Y ahora que ha empezado parece que no puedo hacer que se detenga."

"No puedo deshacer los problemas que te he causado, Emmara." *Al menos no todavía*, añadió mentalmente pensando en volver a las ambiciones de Liliana. "Pero no te voy a seguir poniendo en más peligros. Así que nosotros nos vamos."

Al final, ni Liliana ni Emmara pudieron ofrecer ningún argumento para cambiarlo de opinión, a pesar del temblor ocasional de dolor que arruinó su cuerpo, o los breves momentos de mareo que amenazaron con derribarlo. Y así, totalmente vestidos una vez más y portando una bolsa de hierbas medicinales ofrecida por su anfitriona, Jace y Liliana intercambiaron sus despedidas con la elfa (junto con la promesa de Jace que algún día, cuando el peligro hubiera pasado, encontraría a Emmara y le contaría la verdad sobre su vida, sobre quién y qué era él) y se introdujeron una vez más en las calles bulliciosas de Ravnica.

Caminaron abrazados como una pareja de enamorados para que Liliana pudiera atrapar a Jace cuando su esporádica debilidad le daba alcance, para que no cayera a la tierra en medio de los pies marchando de las masas de las multitudes citadinas. Su mandíbula estaba apretada en una mueca de constante incomodidad y Liliana sintió temblar su brazo en más de una ocasión.

"Cuando piensas en ello," dijo ella con la esperanza de mantener su atención enfocada, "Emmara le debe a Paldor su vida."

Jace parpadeó. "¿Y de dónde sacas eso?"

"Si él no te hubiera disparado nosotros no hubiéramos estado en su casa. Y sin nosotros allí, sin el previo aviso de que algo andaba mal, ¿cuánta atención le habría prestado ella a un mensajero a su puerta?"

"Puede que tengas razón. Me aseguraré de agradecerle la próxima vez que sea una persona de verdad."

Ella dio una risita, más de lo que hubiera justificado el comentario, y Jace se encontró sonriendo. Caminaron en silencio (bueno, sin hablar, ya que las multitudes a su alrededor apenas calificaron como algo menos que ensordecedor) durante varios momentos.

"¿Cómo es que ellos la encontraron?" preguntó al fin Jace. "Ellos no supieron interrogarla cuando yo desaparecí, ¿por qué ahora?"

Liliana sólo pudo sacudir la cabeza. Por un largo tiempo Jace no dijo nada más, concentrándose exclusivamente en poner un pie delante del otro, mientras que su compañera investigó las calles en busca de una taberna o un hostal donde pudieran pasar desapercibidos hasta que él recobrara sus fuerzas. Sólo cuando ellos estuvieron bien escondidos en una habitación pequeña y polvorienta fue que él volvió a hablar.

"Yo..." Se aclaró la garganta, tratando de sacar la preocupación de su voz. "Liliana, necesito que hagas algo por mí. Puede que te tome un par de días, a pesar de lo rápido que viajan tus espectros, pero de todos modos yo puedo utilizar el tiempo para descansar."

"Por supuesto," le dijo ella. "¿Qué necesitas?"

* * * * *

Él había estado en lo cierto; se había tomado un tiempo, casi cuatro días. Para el momento en que el último de los espías espectrales hubo regresado con noticias los hechizos de Emmara habían completado su trabajo y Jace se sentía casi el mismo de nuevo a pesar de haber dormido durante tres noches en una cama tan frágil que un sueño particularmente pesado la hubiera derrumbado por completo.

"¿Cómo fue?" le preguntó él casi con miedo de su respuesta.

"Tenías razón," le dijo tranquilamente. "No fue sólo Emmara."

Jace colgó su cabeza, desplomado hacia abajo contra la pared más alejada, ignorando al mueble por completo. "¿Quien?"

"Gariel está bien, al menos," le dijo ella. Por supuesto, ella ya había sabido que lo estaría porque no le había dado su nombre a Tezzeret.

"¿Quien?" volvió a preguntar Jace, casi suplicante.

"Rulan, Laphiel, y Eshton. Todos se han ido, Jace."

Jace enterró su cara en sus manos, demasiado agotado como para llorar. "Me estoy quedando sin viejos amigos a los que matar," le dijo a ella.

La mirada que ella le devolvió fue una de lástima, sí, pero teñida alrededor de los bordes con un desdén cada vez mayor. "Esto no se detendrá hasta que nosotros lo detengamos y tú lo sabes. ¡Así que córtalo!"

"Tienes razón," dijo él después de un momento para recuperar su aliento.

"Yo no lo entiendo," dijo ella con más baja. "¿Cómo pudieron saberlo?"

Jace levantó la cabeza, mirándola fijamente, pero ella se había vuelto, mirando a través de la sucia ventana hacia las formas abstractas moviéndose en el exterior. Por tan sólo un momento una sospecha oscura y terrible se arrastró desde las profundidades de la mente de Jace y se alojó en sus pensamientos.

Pero no; no, eso no podía ser. Jace negó con la cabeza, como si tratara de sacudirse físicamente de la noción. Él la conocía íntimamente; había estado dentro de sus pensamientos. Simplemente no era posible, y ningún rastro de esa asquerosa idea permaneció en su expresión para el momento en que ella giró para mirarlo de frente.

"No lo sé," respondió él. "Pero esto termina ahora. Tú tenías razón, Liliana. Obviamente Tezzeret tiene ojos más agudos de lo que yo pensaba y ahora los está girando hacia mis amigos. ¿Él no quiere dejarme huir? Bien. No huiré más. No me ocultaré más."

Liliana cruzó la habitación y le apretó el hombro para tranquilizarlo. "Nosotros podemos vencerle," prometió ella. "Pero tenemos que encontrarlo."

Jace giró para mirarla a los ojos y sus pupilas brillaron de un azul profundo e inhumano. "Mírame," fue todo lo que dijo.

Obviamente Jace no tenía ni idea de dónde encontrar a Tezzeret. Pero se le había ocurrido, durante sus noches de insomnio a la espera de conocer la suerte de sus amigos, que él podría saber cómo encontrar a alguien que lo hacía.

* * * * *

Mauriel Pellam, llevando su acostumbrado traje de gamuza negra, su capa bordó y su más acostumbrada sonrisa arrogante, subió pavoneándose por las escaleras hacia la galería del segundo piso. Siempre era su primera parada cuando regresaba a su lujoso ático después de más de unos días fuera de casa. Fijó los ojos en los diversos retratos y tapices, los pequeños bustos de oro de hombres famosos y la gran escultura de bronce de Razia (con sus pechos abultados hacia adelante en una pose torpemente erótica que seguramente el ángel en persona habría encontrado tanto ridícula como personalmente ofensiva) y todo eso le recordó por qué hacía lo que hacía. ¿Por qué trabajaba para esas personas como lo hacía, entregando bienes y mensajes cuya importancia él apenas entendía? Todo valía la pena para permitirse lujos como esos.

Acababa de pasar más allá de la escultura cuando algo brilló desde detrás de ella, algo que había burlado a los guardias del edificio e incluso a sus glifos sobrenaturales y alarmas sin siquiera comenzar a sudar. Pellam se encontró de espaldas, mirando hacia arriba a un par de ojos azules como el hielo sin pestañear.

"¿Qué tal si tenemos una pequeña charla," le dijo Jace Beleren, "acerca de los mensajes que llevas en nombre de Nicol Bolas?"

* * * * *

La cadena fue larga, con casi una docena de enlaces. Pellam recibía sus instrucciones de este hombre, que las recibía de ese vedalken, quien a su vez las recibía de ese otro tipo... Pero cada uno los llevó un paso más allá y nadie pudo guardarle sus secretos a Jace.

Hasta que por fin, cerca del anochecer algunos días más tarde, Jace se encontró de pie en la puerta de una amplia finca, situada un poco más allá de las fronteras del Distrito Dravhoc. La verja de hierro que la rodeaba era alta, cubierta con picos sobresalientes cada uno con una runa de poder no insustancial. En el portón había un par de guardias; uno meramente humano, el otro loxodon, la correosa piel gris de sus brazos y su tronco cubierta de cicatrices tribales, sus colmillos con láminas de hierro y tallados con runas religiosas. Esos gruesos brazos como árboles se hallaban cruzados sobre su pecho blindado y un látigo con una cabeza más o menos del tamaño de un pequeño continente colgaba de su cintura. Más allá de los guardias el camino se abría paso a través de un jardín de flores que no debería haber estado en floración en esa época del año hasta la casa de un hombre que Jace sabía era uno de los más grandes hechiceros de Ravnica. Que también hubiera sido el agente principal

y contacto de Bolas en ese mundo no había llegado a ser una gran sorpresa.

"Deseo ver al mago," dijo Jace a los guardias cuando se detuvo ante ellos.

"También lo desea un montón de gente," le dijo el loxodon. "No va a suceder."

Jace, que había pasado horas absorbiendo tanto maná como había podido de las costas de la pendiente de Dravhoc para ese propósito, suspiró dramáticamente. "Sabía que ibas a decir eso."

* * * * *

Encontró a Liliana esperando en la esquina de la habitación fría y polvorienta que habían alquilado, ajustando la tensión de la cuerda de su ballesta robada y sentada en una silla desvencijada que estaba tan cerca de entregar el alma que ella casi sintió que podía reanimarla. La mirada que dirigió a Jace cuando entró en la cámara podría haber aplastado a una manada de bisontes.

"Funcionó," le dijo él cerrando la puerta detrás. Ella continuó mirando. "¿Qué hay de malo?"

"No me gusta," dijo ella fríamente, "mantenerme así en la oscuridad." ¡*Y definitivamente no me gusta no saber lo que estás haciendo!* "Sobre todo," agregó ella tomando nota de los agujeros quemados en su túnica, los trozos de carne ennegrecida en los brazos y el pecho, "cuando obviamente te estás adentrando en el peligro. ¡Acabas de curarte, maldita sea! ¡Debería haber ido contigo!"

"No habría sido una buena idea," dijo él gruñendo de dolor mientras se quitó la capa y los jirones de su túnica. "El punto no era matar o incluso borrar la mente de alguna persona. Necesitaba información. No necesitaba hacer un nuevo enemigo en el proceso."

"¿De qué estás hablando...?" Dijo ella sin terminar, primero sorprendida por la extensión de sus heridas y luego por ver la dagamaná manchada de sangre que él dejó caer sobre la mesa. "Maldita sea Jace, ¿qué has estado haciendo?"

"Hablando con gente. El hechicero necesitó cierto convencimiento." Jace se había mostrado reacio (más que reacio, casi con náuseas) a poner el cuchillo en la carne del hombre. Sabía el dolor que causó. Pero él había tenido que saberlo y no había estado seguro de que hubiera podido ganar sin la ayuda del arma o romper a través de las defensas del hechicero sin debilitarlo primero.

"Muy bien," dijo ella no sonando completamente apaciguada. "Así que ¿podrías al menos explicarme por qué no me dijiste a dónde ibas?"

Jace ofreció una sonrisa avergonzada. "Porque habrías intentado detenerme y creo que no tenemos tiempo como para discutir sobre ello o para encontrar otra opción."

"¿Por qué yo no encuentro eso tranquilizador? Jace, ¿qué hiciste?"

"Yo sabía que no podíamos encontrar a Tezzeret por nuestra cuenta," le dijo él. "Así que decidí encontrar a alguien que pudiera."

"Oh, claro. ¿Trajiste de vuelta un oráculo en tu bolsillo?"

Jace no pudo evitarlo. "Eso no es un oráculo," le dijo con una mirada lasciva. "Pero no," continuó él a toda prisa cuando la mirada de ella le dijo muy claramente que no era divertido, "en realidad estaba hablando de Nicol Bolas."

Liliana salió disparada de la silla como si le hubieran crecido colmillos. La expresión que le mostró no podría haber sido más incrédula que la que si él hubiera, digamos, vomitado un dragón vivo en el suelo.

"Te voy a llevar de vuelta con Emmara," insistió ella. "Obviamente estás delirando por la fiebre."

"¡Piensa en ello!" insistió él. "El también le tiene el mismo gran rencor a Tezzeret como nosotros... bueno, un poco quizás. Y con el tipo de poder que tiene él..."

"¿Entonces por qué él aún no ha ido tras Tezzeret?" le desafió Liliana.

Jace se encogió de hombros. "Bolas no llegó a ser tan antiguo como es por tomar riesgos innecesarios. Y aunque él no sepa donde esta el cuartel principal de Tezzeret ciertamente puede ayudarnos a encontrarlo."

"Suponiendo que no nos coma primero."

"¿Tienes una idea mejor?" preguntó Jace.

"Sí."

"¿Cuál?"

"No ir en busca de Nicol Bolas. Además," añadió mientras Jace abrió la boca para discutir, "sólo estás cambiando la persecución de una fénix salvaje por otra. Tienes una mejor oportunidad de tropezar con Tezzeret en la calle por accidente que la de encontrar a Nicol Bolas."

"¡Pero de eso se trata Liliana!" exclamó Jace. "¡Yo de verdad lo encontré!"

Liliana exhaló fuertemente, tratando de calmar su acelerado corazón. Tardó un buen rato antes de que se sintiera lo suficientemente estable como para hablar. "¿Y dónde es eso exactamente?"

"¿Qué sabes de un mundo llamado Grixis?"

Capítulo 25

Aún desde los yermos cambiantes de las Eternidades Ciegas, visto a través de una tormenta de ideas insospechadas y matices invisibles, aquel fue claramente un mundo como ningún otro. Diferente. Un error.

Ya que Grixis no era ningún mundo en absoluto sino un eco, una sombra, el miembro fantasmal de una realidad desmembrada. Una vez, mucho tiempo atrás, había sido Alara, un mundo rico en magia. Pero Alara había sido dividida, su cadáver separado en cinco fragmentos separados, cada uno carente de los aspectos vitales del maná que permitían un permanente equilibrio entre lo natural y lo sobrenatural.

Algunos eran lugares de gran belleza, después de haber dejado atrás lo peor de lo que habían sido antes. Sobrenaturales, sí, y condenados a una eventual disolución, pero igualmente hermosos.

Grixis no era uno de ellos.

Dentro de las Eternidades Ciegas, los vientos que abofetearon el alma de Jace sin ni siquiera tocar su piel se volvieron poderosos, aullando con una voz mucho más allá del sonido mismo. Corrieron hacia el interior como para llenar el vacío por venir, arremolinándose sobre las tierras desvaneciéndose que arañaron y desgarraron y orbitaron entre sí en su lento espiral de decadencia. Allí, como en ninguna otra parte en todo el Multiverso conocido, la cortina de color que demarcó lo real de lo potencial, lo finito de lo eterno, se hinchó y se retorció, una criatura dolorida, o una membrana de parto de la

que buscaba salir algo profano. Se torció hacia adentro como si hubiera sido arrebatada por grandes puños, tirada y deformada por la esencia sobrenatural de lo que había más allá. Los ecos lejanos del llanto moribundo de Alara, apenas inaudibles debajo de los vientos, aún permanecían en las corrientes del poder, e incluso las propias Eternidades Ciegas retrocedieron débilmente ante ésta, la más aberrante de las realidades.

Jace esperó en medio del caos, con los hombros encorvados contra la tormenta de fuerzas que habrían destruido a seres inferiores. Los cinco mundos giraron dentro de la cortina; los colores se volvieron más claros y más oscuros, el estremecimiento de las fronteras calmándose o volviéndose feroz, mientras los fragmentos se levantaron y cayeron sobre las mareas eternas. Sólo después de tres iteraciones completas del ciclo, cuando el caminante de planos estuvo seguro de que sabía cual tono y patrón, cual ir y venir, era cual, cuando supo cuál de los fragmentos yació más inmediatamente delante de él, presionó de verdad a través de las paredes del mundo para encontrarse a sí mismo en las llanuras de Grixis.

Dónde, descubrió rápidamente, las cosas eran aún peor.

* * * * *

Un grito, atormentado más allá de las frágiles fronteras de la cordura, atravesó las profundidades de la caverna. Retumbó, alto y fuerte, desde amplios pasajes y arcos elevados, volviendo una y otra vez, mezclándose en una sinfonía de tonos.

Pocos lo notaron, pues no fue más que otro grito.

La caverna sólo estaba iluminada por una parpadeante llama infernal dejando la mayor parte de sus características sumergidas en la oscuridad y cualquier observador cuerdo debería haberse sentido agradecido por eso. Las paredes que se podían ver eran de huesos rotos y de los techos lloraban lágrimas de sangre que olían a putrefacción y formaban estalactitas cálidas y temblorosas del más sucio y coagulado marrón. Ventanas de uñas, no desgarradas individualmente de cualquier mano sino crecidas naturalmente en anchas capas permitían una vista borrosa de cámaras aún más horribles, donde las paredes eran costras duras como piedra sobre heridas gangrenosas en la tierra y los pisos eran dientes rechinando y con ganas de moler a los incautos.

En el centro de la caverna había un trío de hombres estacados al suelo, sus manos superponiéndose para formar un radial de sufrimiento. Sus cuerpos estaban cubiertos de diminutos cortes infectados y sus ojos muy abiertos y mirando, incapaces siquiera de parpadear. Aunque sus bocas estaban abiertas en lamentos constantes estas no formaron ninguna palabra; al igual que sus párpados, hacía mucho que les habían arrancado sus lenguas y dientes.

Un hombre y una mujer se hallaban caminando sobre y entre ellos, ambos desnudos salvo por simples faldas de cuero y bolsas colgando en sus cinturas. Cada uno estaba horriblemente deformado

(él mostrando una grotesca joroba encima del riñón que le obligaba a inclinarse siempre hacia la derecha; ella sin su brazo izquierdo pero con una mano totalmente funcional sobresaliendo de su hombro) y ambos estaban adornados con una secuencia de runas profanas cicatrizadas en la piel de la parte superior de su espalda. Caminaron con cabezas levantadas y ojos en blanco en sus cuencas pero no tropezaron ni una sola vez o rompieron el ritmo de su lenta danza deliberada. Y con cada tercer paso corearon palabras horribles y echaron polvos extraños de sus bolsas que hicieron arder y rebanaron la carne de los hombres debajo de ellos.

Los tres hombres cesaron abruptamente sus gritos, sus cuerpos temblando al mismo tiempo, amenazando con desgarrarse sus manos de las estacas de hierro. Dos de ellos se calmaron tan rápidamente como comenzaron, reanudando sus gritos incomprensibles, pero el tercero balbuceó y gimió lo que podrían haber sido palabras si aún hubiera seguido teniendo una lengua para pronunciarlas.

"¡Amo!" gritó la mujer deformada con sus ojos reapareciendo en sus zócalos. "¡Amo, venga rápido!" Su grito resonó una y otra vez, transportado por magias tejidas en el conjunto de cavernas, llegando más allá de esas cámaras de horror a habitaciones mucho más cómodas, mucho más mundanas. Al que ella llamó dio un suspiro y dejó el antiguo tomo que examinaba, cambiando su gran musculatura, estirando y plegando sus alas mientras se movió para contestar.

"Estoy aquí Caladessa." La gran voz bajó retumbando desde una cornisa encima del arco más alto, cerca del techo de la caverna a decenas de metros por encima de la cabeza de ella.

La bruja levantó la mirada e hizo una reverencia. "Retenlo," ordenó volviéndose hacia su contraparte masculina. Se arrastró hacia el hombre murmurando y se arrodilló sobre su pecho, poniendo fin a las sacudidas y contorsiones que habían permitido las estacas.

La llamada Caladessa se arrodilló junto al hombre maniatado y extendió el dedo pulgar y el índice con uñas largas y puntiagudas. Los hundió, cavando en la esquina de su ojo, y con un movimiento ya practicado le despojó de su córnea tan fácilmente como podría haber pelado una fruta.

Se dio la vuelta, ignorando a su víctima cuando sus murmullos se volvieron una vez más gritos huecos. Su compañero también se apartó, agradecido de que esa fuera la primera adivinación del sujeto. Siempre odiaba el trabajo que implicaba la sustitución de una vasija estacada una vez que se gastaban los dos orbes.

Caladessa deslizó la pequeña película a través de su lengua, eliminando cualquier rastro de lágrimas del hombre, cualquier suciedad que pudiera haber salpicado su ojo sin párpado; su propia visión debía ser intachable, no sea que atrajera el disgusto del amo. Entonces, una vez más mirando hacia arriba, ella apretó su ojo derecho y colocó cuidadosamente la córnea sobre el izquierdo.

"¿Qué ves, adivina?" retumbó la voz de lo alto.

"Dos han llegado a Grixis, amo," respondió ella cayendo en una cadencia extraña y vagamente inquietante. "Caminantes-de-mundos, bebedores-de-maná. Aún vitales, se hallan en medio de los muertos alzados."

"¿Dos?" La caverna resonó con el cambio de escamas desde arriba. "Dos... Dime."

"Quebrador-de-mentes, tomador-de-pensamientos, cegador-de-ojos, rastrillador-de-sueños. Él camina por las intenciones de los demás con la misma facilidad con que camina entre los mundos, pero no conoce la propia."

"Portadora-de-muerte, habladora-de-cadáveres, manipuladora-de-espíritus. Ella está al borde de la muerte y teme a caer bajo aquellos a los que ha enviado delante de ella. Un florecimiento de verdad que se pudre en torno a una semilla de un sinfín de mentiras."

"Ah," dijo la voz desde arriba. "Ellos."

El gran dragón reflexionó durante un largo rato. Entonces dijo, "Invoca a Malfegor. Dile que se haga cargo de las observaciones de aquí hasta que yo vuelva."

Nicol Bolas, sin molestarse en esperar una nueva respuesta, desplegó sus grandes alas y desapareció en la oscuridad en el vértice de la enorme caverna, dejando nada más que pies correteando y gargantas chillando detrás.

* * * * *

Desde los vientos espirituales de las Eternidades Ciegas, Jace dio un paso a través de la cortina de la realidad en los igualmente feroces vientos físicos del repugnante terreno de Grixis. Físicos pero lejos, lejos de ser naturales. Estos succionaron la calidez de su cuerpo, transportaron un humo nocivo de agotamiento y desesperación. El dobladillo de la capa de Jace se volvió andrajoso y gastado, el cuero de sus botas flexible y delgado, como si cada uno hubiera visto años de uso en el lapso de segundos. Su carne dolió, su visión se puso borrosa; mientras él se encogió contra los vientos con un brazo levantado para protegerse a sí mismo, vio mechones de pelos en el dorso de su mano volverse frágiles y desprenderse.

Con esos vientos se alzó una niebla aceitosa, formando remolinos y bailando en un ballet enloquecido de miserable plaga. Gruesos jirones del material pasaron retorciéndose por delante de su rostro, cubriendo sus pulmones con una película de decadencia fluida. Como el agua turbia, se espesó y se adelgazó, pero incluso en sus zonas más despejadas Jace no pudo ver a no más de unos nueve metros por delante. En las zonas más oscuras Bolas podría haber descendido del cielo al alcance de la mano y Jace nunca lo hubiera visto.



En el medio de todo esto llegó el débil repiqueteo de una llovizna, una llovizna no de agua sino de dientes.

"¡Liliana!" El casi no pudo sentir sus propias palabras pasando velozmente a su lado, siendo llevadas por los vientos mortales. "¡Liliana!" Llamó una y otra vez entre ataques de tos violenta, llamó hasta que su voz se puso ronca, pero nunca escuchó ninguna respuesta.

Empujó desesperadamente con todas sus fuerzas. No fue un hechizo formal, no fue un efecto concentrado y moldeado, sino una ráfaga cruda y sin pulir de maná sin forma. Arrojó el velo incorpóreo ante él, un escudo entre él y los vientos asesinos. Y por un tiempo, al menos, este le protegió. El frío en su piel retrocedió y aunque todavía siguió sacudido por los vientos casi lo suficientemente fuertes como para derribarlo se encontró capaz de respirar limpiamente. El manto de agotamiento negándose a desaparecer pero al menos no volviéndose más pesado.

Apoyándose en la horrible tempestad, con un brazo todavía protegiéndose el rostro, Jace comenzó a caminar y fue sólo entonces, cuando tomó su primer paso, que sus sentidos ya abrumados reconocieron que la tierra en la que se encontraba no era para nada tierra.

Pálida como un cadáver de una semana de antigüedad e igual de maleable, una llanura interminable de carne se desplegó delante de él, abriéndose paso con un grotesco estiramiento bajo las suelas de sus botas. Poco crecía sobre esa asquerosa extensión, al menos en cuanto a lo que la tormenta permitió ver a Jace: sólo un liquen escamoso que se asemejaba a una infección de la piel en descomposición. Colinas esporádicas eran grandes forúnculos levantándose de la carne y diminutos huecos donde algo había perforado a través de esa carne estaban llenos de un lodo como pus atravesado por venas de sangre salobre.

Jace sintió su estómago revolviéndose, su piel de gallina como si estuviera decidida a huir aunque él fuera demasiado tonto como para correr con ella. En ese momento nada más importó, ni Nicol Bolas, ni encontrar a Tezzeret, nada de eso. Si Liliana no hubiera estado allí con él, si no la había perdido en algún lugar de esa tormenta de pesadilla, Jace habría dado la vuelta y dispuesto todas sus fuerzas restantes a huir de Grixis para no volver jamás.

Pero ella estaba perdida, o tal vez era él quien se había perdido; en cualquier caso Jace dejó que sus entrañas revueltas se tomaran un momento para asentarse y siguió empujando contra los vientos. Su cabeza dolía con los sonidos, por el esfuerzo de la búsqueda de cualquier signo de Liliana mientras mantenía la película de magia que lo protegía de lo peor de la tempestad.

Diez metros, veinte, cincuenta, y él se encontró descendiendo ligeramente en una depresión en forma de cuenco, una lesión en la carne. Y allí, justo cuando él decidió que las cosas no podían ponerse peor, Grixis le demostró que estaba equivocado.

La tierra temblando se abrió debajo de él y las manos de los muertos se estiraron para reclamarlo.

Sólo tres o cuatro al principio, pero luego una docena, y una docena más. De tumbas que habían sido cavadas en la carne y luego habían cicatrizado, de abscesos tumorales donde los cadáveres caídos simplemente habían sido absorbidos por el suelo, se arrastraron a sí mismos en la tormenta. La mayoría una vez habían sido humanos, unos pocos eran ogros, y muchos eran los restos retorcidos de ninguna criatura que Jace hubiera visto nunca. Algunos no eran nada más que restos óseos de las personas que alguna vez fueron; otros mostraban una flácida piel viscosa cayendo de músculos y vísceras podridas. Todos arañaron y se estiraron hacia él, empujándose a sí mismos mano sobre mano hacia esa fuente de vida que anhelaban, que necesitaban para avivar los restos humeantes de sus propias brasas interiores.

Más de uno se derrumbó al instante en que surgió, la vida que le quedaba siendo despojada por los vientos entrópicos y consumidores a los que ni siquiera los no-muertos, al parecer, eran inmunes. Pero otros se mantuvieron firmes, aunque perdieron zonas de piel y músculos colgando e incluso huesos en la tempestad, y avanzaron sobre su presa. Impulsados por un instinto más allá de su escasa hambre estaban deseosos de consumir de él la poca vida que pudieran, para prolongar su existencia torturada mucho más tiempo.

Jace retrocedió ante el avance de pesadilla, pero no había ningún sitio donde ir; los muertos surgieron de la tierra en todas las direcciones, un jardín de huesos podridos floreciendo. El retrocedió por la pendiente, su equilibrio más precario con cada paso, ahora moviéndose con el viento en lugar de combatirlo. Desesperadamente, arrojó hechizo tras hechizo sobre la masa de muertos tambaleantes, todo resultando en un efecto lamentablemente escaso. Estos, sólo impulsados por el hambre, careciendo de cualquier sentido al que la mente de Jace pudiera dar órdenes; atraídos por el olor de su propia vida, se negaron a desacelerar o incluso a ser engañados por las ilusiones más intrincadas. Y Jace no pudo invocar nada tan poderoso que no fue rápidamente asesinado por la tormenta, no sin perder su concentración en el escudo místico que protegía a su propio cuerpo de esas terribles ráfagas.



Entonces él golpeó a las magias animándolos en lugar de a los propios muertos vivientes. Concentrándose con tanta atención como se atrevió deshizo las cadenas de maná que ataban un fragmento del alma a esos huesos tambaleantes, el maná que permitía doblar a esas articulaciones sin vida y flexionar a esos músculos muertos. Jace, apuñalando con su mano hacia afuera como si lanzara una lanza, dispersó el maná sobre el primero de los zombis arrastrándose, luego sobre el siguiente. Ellos cayeron, cojeando y verdaderamente muertos, como siempre debería haber sido.

Pero siguieron viniendo, y él retrocediendo, y cada vez que Jace cortó los últimos vestigios de vida de uno otros tres ya habían avanzado sobre él. Jace comenzó a sentirse cada vez más cansado porque estos que estaba contrarrestando no eran simples hechizos nigrománticos sino el orden natural de las cosas en ese reino imposible de Grixis. Pronto él ni siquiera sería capaz de frenar a la horda de muertos vivientes; pero entonces ya no importaría ya que la tormenta asesina desgarraría su escudo sobrenatural y le drenaría su vida antes de que el primero de los cadáveres cerrara sus puños inmortales alrededor de sus extremidades.

Y se preguntó, entonces, si él siquiera podría esperar por una muerte legítima, o si se convertiría como ellos, durmiendo debajo de

la piel del mundo sólo para alzarse con un ansia insaciable ante el paso de cualquier ser vivo.

El enjambre arrastrándose se volvió demasiado tumultuoso como para maniobrar, tan cerrado que cada paso que Jace tomó no aterrizó en la tierra carnosa sino en una extremidad estirándose y contorsionándose. El se tambaleó, casi cayó, y sintió la primera de la que iban a ser muchas manos agarrándose con fuerza alrededor de su tobillo.

Pero justo cuando esta se apretó, dejándole moretones hasta los huesos, el muerto viviente se congeló. Los demás también se pusieron rígidos, formando una alfombra inmóvil de cadáveres a través del paisaje. Sólo sus ojos podridos se movieron mientras miraron asombrados a la furia de la castigadora tormenta.

Como una diosa caminando desde los cielos, Liliana apareció en los furiosos vientos. Permaneció con los brazos extendidos y la cabeza echada hacia atrás en un poderoso éxtasis, sostenida en alto por la crepitante aura negra que fluía sin esfuerzo de su pálida piel. Los tatuajes ardieron con un fuego oscuro en su espalda, como si su piel se hubiera abierto para revelar debajo un vacío sin fin. Ignorando la tormenta, descendió suavemente hasta que se posó en el suelo vil; su cabello y su túnica quedándose perfectamente inmóviles, indiferentes a la tormenta a su alrededor.

"Eem..." comenzó a decir Jace.

"¡Es increíble!" Su voz, aunque un susurro, se escuchó claramente a través de los vientos huracanados. Ella giró hacia él y Jace habría retrocedido si no hubiera estado sostenido poderosamente sobre su pierna. Nieblas negras brotaron de sus ojos, que se habían vuelto tan oscuros como la noche sin luna; de entre sus labios mientras habló; incluso desde debajo de sus uñas, saliendo para unirse al aura impenetrable que la había llevado en alto.

"¡Oh, Jace, no tienes ni idea! El poder en este lugar..." Su sonrisa se ensanchó aún más. "Nunca he sentido una concentración de maná como esta, nunca supe que podía existir."

Jace, que sintió sólo una fracción de lo que Liliana estaba bebiendo y lo encontró aterrador, sólo pudo sacudir la cabeza. "No hay luz, Liliana. No hay vida en estas magias."

"Puedo vivir con eso," le dijo sin rodeos, su tono de alguna manera jubiloso y frío a la vez.

"Bueno," dijo él después de luchar para aclararse la garganta, "entonces supongo que es una buena cosa que no hayas sabido sobre este lugar años atrás. Quizás hubieras venido aquí en lugar de esconderte en Ravnica."

La mirada de Liliana se lanzó hacia él y la oscuridad desapareció de sus ojos. Ella frunció el ceño con amargura

Jace no pudo interpretarla y luego levantó una mano. Los muertos vivientes se acobardaron hacia atrás, liberando el tobillo de Jace en el proceso.

"Apenas son animales," le dijo ella sonando vagamente irritada, "pero algunos reconocen el concepto de 'la gran bestia alada' que les

aterra. Ellos nos llevarán a él o al menos a la zona en la que la mayoría siente frecuentemente su presencia."

Ella empezó a moverse antes de que él siquiera pudiera hacer una pregunta, siguiendo una camarilla de cadáveres arrastrándose por las llanuras azotadas por el viento. Jace, cojeando ligeramente ante el dolor en su tobillo, pudo hacer poco más que luchar para mantenerle el ritmo.

* * * * *



Podrían haber sido horas o días; con el extraño cielo sin sol acechando en lo alto, Jace no pudo decirlo de verdad. La tierra carnosa dio paso a una sustancia rocosa similar a una costra; los caminantes de planos y su entorno de no-muertos se movían ahora a través de un abismo retorcido que a Jace le recordó (en forma si no en el tono o en la temperatura) a la grieta ártica a través de la cual él y Tezzeret habían huido, tan desesperados por escapar de la misma criatura que Jace ahora buscaba.

Con cada kilómetro un número cada vez mayor de cadáveres salió de la tierra para acompañarlos. Los ojos de Liliana se volvieron ligeramente salvajes cuando ella despidió a muchos que ya los seguían, enviándolos lejos para poder darle órdenes a los que se levantaban más cerca, pero Jace estaba lejos de sentirse seguro de que ella pudiera seguir así indefinidamente. El aura negra crepitando alrededor de su pelo, el fondo de sus ojos, y los tatuajes oscuros estaban volviéndose dolorosos a la vista.

"Hay tantos," le susurró una vez, justo cuando él había abierto la boca para preguntarle si se encontraba bien. "Nunca he sentido tantos."

Finalmente uno de los muertos indicó que se estaban acercando al hogar de la "cosa voladora", agitando una mano disecada vagamente hacia adelante. Liliana, con un suspiro de alivio, se envolvió a sí misma y a Jace en un débil campo de magias nigrománticas que cegarían a los muertos vivientes de su presencia, y permitió desvanecer su mando sobre los cadáveres. Entonces, casi a la carrera, guió a Jace lejos, más lejos en la serpenteante grieta, hasta que se encontraron en un callejón sin salida. Cayeron al unísono sobre la tierra maldita y por largos momentos yacieron allí, sin aliento.

"Eso puede haber sido la cosa más horrible que he visto hasta ahora," dijo Jace.

Liliana asintió. "Yo pensé... Sentí durante un tiempo como si yo me iba a perder en ellos, Jace. Sentí como que estaba tratando de doblegar la voluntad de la propia Grixis."

"Pero ambos lo manejaron muy bien," dijo Nicol Bolas.

Capítulo 26

El no había caído del cielo, no se había deslizado de su escondite. El simplemente había aparecido allí, donde antes no había habido nada más que polvo y asquerosos olores. Sus alas extendiéndose altas entre las paredes opuestas de la grieta y su cuerpo una avalancha viviente que llenó todo el pasaje.

Jace y Liliana se pusieron de pie y se encogieron contra la pared del fondo. Ambos sabían muy bien que si Nicol Bolas los hubiera querido muertos ellos hace mucho que ellos ya serían cenizas en el viento o detritus en la parte posterior de su garganta. Pero ese conocimiento no fue nada en el rostro del miedo instintivo.

Y, sin embargo, a pesar de todo el terror que acometió su cuerpo (tanto por la vista del depredador ante él como por la repentina afluencia de recuerdos de su



última reunión) Jace no pudo evitar dejar escapar un: "¿Qué pasa contigo y las grietas?"

"Aunque si lo pensamos bien aquellos no fueron nada más que muertos resucitados," dijo la antigua bestia con tranquilidad ignorando el comentario de Jace. "Me imagino que a ustedes les hubiera ido algo

Nicol Bolas

mucho peor si se hubieran topado con alguno de los demonios de Grixis. ¿Por qué han venido aquí?"

"¿Demonios? ¿Aquí?" le preguntó Liliana con una extraña vocecita. Se recuperó rápidamente pero en ese instante ella pareció más asustada de lo que Jace la había escuchado hasta ahora.

"Por supuesto. ¿Por qué están aquí?"

"¿Qué pasa con esos no-muertos?" preguntó Jace. "¿Todo Grixis es así? No me puedo imaginar que..."

"Sigan colmando mi paciencia," rugió el dragón con penachos gemelos de humo oscuro saliendo por su nariz y bailando en su camino hacia el cielo, "y yo mismo los pondré entre ellos para que lo descubran por ustedes mismos. Puede que yo tenga más tiempo en mi manos que nadie en el Multiverso, Jace Beleren, pero eso no quiere decir que aprecio verlo desperdiciado. Así que una vez más, y sólo una vez más: ¿Por qué están aquí?"

Liliana, al parecer no queriendo arriesgarse a que el cansado y asustado Jace irritara aún más a la bestia, le apretó el brazo con fuerza y dijo: "Buscamos tu ayuda, Nicol Bolas."

"No me digas. ¿Y recuerdas lo que dije acerca de la pérdida de tiempo? ¿Por qué iba yo a meterme en sus mezquinos asuntos?"

"Estos son asuntos que ya te involucran a ti, gran Bolas," le dijo Jace. "Tezzeret. Buscamos la ubicación de sus cámaras privadas en el Consorcio Infinito."

"Ah. Deberías haber dicho simplemente eso, Beleren. Con eso me siento feliz de ayudarte."

"O me gustaría hacerlo," dijo mientras la cara de Jace comenzó a iluminarse, "si tuviera la más mínima idea de dónde está."

Las palabras fueron un golpe físico a las entrañas de Jace. Los sonidos de Grixis se desvanecieron como si él se hubiera puesto algodón en sus oídos; sus hombros cayeron, y él de hecho pudo sentir el enojado "¡Te lo dije!" irradiando de Liliana. El había estado tan seguro.

Pero el dragón no había terminado. "Sin embargo, tal vez yo pueda colocar sus pies en el camino correcto para encontrar esa información."

Eso llamó su atención. "¿Entonces, em, por qué no lo has hecho tu mismo?" no pudo evitar preguntar Jace.

"Porque, pequeño caminante de planos, yo tengo muchas habilidades poderosas pero permanecer escondido en un armario durante semanas no está entre ellas."

Él asintió ante los rostros desconcertados de ellos como si fuera la reacción que había esperado.

"¿Te acuerdas, estoy seguro, del reino de hielo en el que tú y yo nos conocimos?"

Jace sonrió sombríamente. "He estado pensando mucho en ello últimamente."

"Excelente. Entonces te acordarás de que el artífice y yo estábamos discutiendo operaciones mineras."

"Lo haré. Eem, me refiero a que lo que hago."

"No estábamos discutiendo sobre la tierra, pequeño leedor de mentes. Estábamos discutiendo sobre lo que estaba dentro de esa tierra. Muchos de los minerales de ese mundo han sido largamente inundados con todo tipo de maná; parecían casi absorberlo. Tezzeret cree que dichos minerales son un componente vital para la creación de eterium. Y aunque él nunca se las ha arreglado para perfeccionar ese proceso utiliza el material para otros fines. Yo también lo hago."

"En la ladera de una montaña, bastante lejos de mi propio territorio en ese mundo, el Consorcio Infinito mantiene un establecimiento que sirve tanto de mina como de fundición. Allí ellos extraen de la tierra una veta de un mineral particularmente rico en maná. En intervalos regulares que van desde unos pocos días hasta más de un mes, ya sea él o su perra del infierno Baltrice aparecen para tomar posesión del refinado del mineral (nunca más que una pequeña cantidad para poder llevársela con ellos) y volver con ella a la sede principal del Consorcio, donde siguen adelante con cualquier experimento que estén llevando a cabo."

Jace y Liliana intercambiaron miradas angustiadas. "¿Estás sugiriendo," preguntó Jace con voz entrecortada, "que nosotros dos nos escondamos en una condenada fundición del Consorcio por quién sabe cuánto tiempo sólo por la oportunidad de leer la mente de Baltrice o de Tezzeret? ¿Lo cuál, por cierto, también les advertiría con el tiempo que ya estamos allí?"

"Oh, no," les aseguró el dragón. "No es ni remotamente así de fácil."

"Por supuesto que no lo es," murmuró Jace.

"Ni siquiera el personal sabe cuando arriban los caminantes de planos por el mineral procesado ni los ven cuando lo hacen. Las pequeñas cajas llenas de lingotes del metal, apenas livianas como para que las levante una persona fuerte, son dejadas en una pequeña habitación con gruesos muros de piedra y una sola puerta, construida de acero blindado. Cuando un envío está listo para ir ellos lo dejan en el interior y algunos días más tarde se ha ido. Y antes de que lo preguntes, no, la habitación no es lo suficientemente grande como para ocultarse y pasar inadvertido, ni siquiera con tus poderosas ilusiones."

"La fundición está fuertemente vigilada, con soldados vivos y al menos dos de los golems mecánicos de Tezzeret. Incluso los trabajadores están capacitados para la batalla y llevan silbatos de alarma encantados para ser escuchados claramente por encima del peor rugido de los hornos. Y todo esto, por supuesto, era el nivel de protección y de seguridad antes de que tú y el Consorcio se

declararan la guerra uno a otro. Desde entonces indudablemente la seguridad se ha incrementado."

"Y eso, hechicero, es por lo que yo no he hecho esfuerzos para obtener esa información."

Los dos magos volvieron a mirarse el uno al otro. Finalmente, sin embargo, Jace se volvió hacia el dragón y forzó en su rostro la sonrisa más amplia que pudo reunir.

"Pan comido," dijo.

* * * * *

"Pan comido," se burló Liliana mientras ellos se agachaban bajo en la ladera de la montaña, mirando por encima de montones de roca hacia la enorme instalación. "¿Podría ser de centeno o integral, oh maestro panadero y táctico?"

Jace no le hizo caso, recogiendo trozos de esquisto de sus mangas, limpiándose escarcha de sus guantes, y mirando las altas chimeneas y paredes de la fortaleza. O más bien, mirando más allá de ellas; ya que había enviado un pequeño grupo de hadas y homúnculos a revolotear invisibles sobre el complejo para luego leerles la mente en busca de obtener una idea sólida de la disposición.

En todo caso Nicol Bolas había exagerado sus posibilidades.

Múltiples estructuras achatadas, algunas de piedra y algunas de una aleación de acero que se resistía a la oxidación por debajo de la helada, se aferraban con gravedad a la ladera de la montaña. Los humos espesos que se alzaban desde dentro se mezclaban azarosamente con las nubes en lo alto y, aun desde donde estaban los magos, a unos cuatrocientos metros de la ladera de la montaña, la nieve que caía estaba teñida de color gris.

Algunos de esos edificios, como habían observado sus espías, cubrían minas cavadas profundamente en la piedra, atravesados por carros propulsados por constructos animados. Algunos eran almacenes de enormes cuencas de metal fundido, tan calientes que cualquier precipitación que tocaba las paredes exteriores se derretía al instante y corría por los lados.

En el interior una serie de pasarelas se extendía por las estructuras, entretejiéndose y entrelazándose como el hogar de una araña gigante de hierro. Un verdadero bosque de cadenas colgaba de los techos, listas para llevar a cualquiera de las decenas de máquinas o de los enormes cubos utilizados para fundir el mineral. Los guardias caminaban por los pasillos estrechos mientras los trabajadores completaban una tarea y se apresuraban con furia a la siguiente.

Los infiltrados invocados de Jace ni siquiera habían logrado encontrar la habitación sellada de "llegada" que había descrito el dragón y mucho menos determinar si mostraba algún defecto o debilidad que ellos pudieran explotar.

Jace y Liliana observaron durante mucho tiempo, temblando de frío, cada uno esperando a que el otro se le ocurriera un plan viable.

Pero eso no fue todo lo que el joven lector de mentes contempló en esas horas oscuras, frías, y sin fin. Su encuentro con el dragón le había despertado otras sospechas, preocupaciones e inquietudes que había tratado desesperadamente de sacar de su mente.

Se preguntó otra vez cómo Semner lo había encontrado después de tanto tiempo sin el uso de magia mucho más poderosa que el matón y aspirante a mago jamás podría poseer. Otra vez se preguntó cómo el Consorcio había encontrado a Emmara, a Rulan y a los otros (cómo los había conectado con Jace mismo) cuando ellos nunca habían demostrado ser capaces de hacerlo antes. Una vez más, él notó que las circunstancias habían conspirado para arrinconarlo, removiendo opciones una por una hasta que todo lo que quedó fue la única opción que él se había esforzado tanto en evitar. Y a pesar de que había elegido no tocar el tema, tal vez con miedo a que ella no contestara, tal vez con miedo a que lo hiciera, se preguntó por qué la normalmente sin miedo nigromante se había estremecido con tanta fuerza ante la mención de Bolas de los demonios en Grixis.

Era imposible. El sabía que era imposible, porque él había estado en su mente aunque sólo hubiera sido una vez y mucho tiempo atrás. Y sin embargo cuanto más pensó en ello, cuanto más sus recelos lo empujaron a sí mismo a la palestra mientras él flotó en el borde del sueño cada noche, más se dio cuenta, con una sensación de enfermizo horror royendo como un parásito su estómago, que ninguna otra respuesta encajaba casi tan bien.

Tan confusos se habían vuelto sus pensamientos que honestamente no pudo recordar si estaba pensando en la fundición o en la mujer a su lado cuando Liliana finalmente le espetó: "¡Esto es inútil! ¿Qué podemos hacer aquí que Nicol Bolas no haya podido hacer?"

"Escondernos en un armario," murmuró Jace recordando las palabras del dragón.

"Bien. Así que si eso es lo que queríamos, y si tenemos mucha suerte, podríamos ver con impotencia desde el interior de las paredes en vez de fuera. No será gran cosa."

Pero Jace estaba sonriendo lentamente cuando una noción, una idea, sí, pero viable, finalmente le hizo caer en la cuenta. "Y hay algunos," dijo con aire de suficiencia, "que pueden esconderse donde nosotros no podemos."

"Eem, sí. ¿Y qué?"

"Así que, Liliana, esto es lo que vamos a hacer..."

* * * * *

Una cortina de llamas brotó del éter, se dividió por la mitad, y una vez más Baltrice apareció en el corazón de las cámaras privadas de Tezzeret. Intentó pero no pudo maldecir entre jadeos entrecortados por respirar ya que todos sus esfuerzos estaban puestos en no dejar caer la pesada carga que llevaba. Con su rostro cubierto de sudor y tan roja como el fuego que comandaba, se esforzó por bajar la caja en el suelo. Sólo cuando esta aterrizó fue

que ella soltó el aliento en un suspiro explosivo y lanzó una letanía de obscenidades tan malvadas que amenazaron con corroer el metal de la sala a su alrededor.

¡Oh, ella si que odiaba esa tarea! De todas las tareas de las que ella se tenía que encargar como mano derecha de Tezzeret la recolección de materiales refinados de las fundiciones que participaban en el proyecto de eterium del Consorcio era de lejos la peor. Consumía tiempo, era laboriosa y agotadora, pero más que eso, ¡era humillante! ¿Acarrear cajas de ida y vuelta? ¡Ese era el trabajo de un sirviente!

Pero hasta que el artífice encontrara a otro caminante de planos dispuesto a ser empleado como servil obrero (¡Algo improbable!) o encontrara la manera de unir artificialmente los mundos (¡Aún más improbable!) ella estaba atrapada en ello.

Al menos ella ya estaba allí y podía dejar la tarea de transportar la maldita caja hasta el laboratorio a alguien más adecuado a ello. Dobló la esquina, aún flexionando sus dedos doloridos, y fue en busca de uno de los golems de Tezzeret.

Detrás de ella, oculto no sólo dentro de la caja sino dentro del propio metal, el fantasma se flexionó y rodó, un jirón de niebla errante. Nunca podría haber sobrevivido a un viaje tan lento a través de las Eternidades Ciegas por su cuenta; la entropía y las magias errantes habrían destrozado su esencia en algo más que un confeti fantasmal. Pero escondido en el peso sólido de los lingotes el viaje había sido simplemente uno de un tormento enloquecedor en lugar de la destrucción total. Ahora sólo necesitaba esperar la llamada de su ama para atraerlo de nuevo a través de ese reino de turbulento caos; mucho más rápidamente que su viaje hasta allí, regresaría revoloteando, atraído por una llamada que no podía negar, trazando una ruta entre este mundo y ese.

No podría simplemente describir el viaje a ellos, ¿ya que de que servirían las meras palabras o incluso conceptos tales como dirección y distancia en las Eternidades Ciegas? Pero él ya había poseído antes al llamado Jace Beleren y con su cooperación lo haría de nuevo. Con una fusión de sus mentes, con la simpleza de compartir sus sentidos, la unión de hombre y fantasma podría encontrar su camino. Enclavado dentro de su carne y protegido por su Chispa, sus pensamientos unidos por hechizos que sólo Beleren podía realizar, el utilizaría sus propias impresiones sensoriales y los poderes del caminante de planos para volver, una vez más, sobre sus pasos fantasmales.

Liliana Vess y Jace Beleren tendrían su guía.

Capítulo 27

Hasta para los más poderosos y más atentos caminantes de planos llegar a un punto único y específico (tal como, por ejemplo, la capacidad de Baltrice de aparecer en la habitación sellada de la fundición, o el pasillo sin salida en el corazón del Consorcio), era una cuestión no sólo de intención sino de práctica regular e íntima familiaridad.

Tal como era de esperar, ser poseído por un espíritu que había hecho el viaje al mundo en cuestión precisamente sólo una vez tampoco pudo calificar para ambas cosas. Y así Jace y Liliana se habían encontrado en medio de un desierto interminable, el sol cayendo a plomo sobre ellos con pesados golpes de martillo y ningún rastro de las cámaras privadas de Tezzeret o cualquier otra señal de civilización a la vista. Ni siquiera los diferentes exploradores invocados que ellos habían enviado a las alturas habían encontrado el rastro del artífice. Sin embargo sí habían visto una caravana tirada por dromads moviéndose lentamente, caminando a través de las arenas a algunos pocos kilómetros de distancia.

En ese momento, con su piel ya poniéndose roja bajo el calor abrasador, los caminantes de planos estaban sentados en simples taburetes de madera ante un hombre anciano de piel correosa llamado Zarifim. Vestido con túnicas voluminosas de tonos arena casi parecía una parte del desierto mismo. El resto de sus hermanos, vestidos de manera similar, esperaba cortésmente a unos metros de distancia mientras que su líder llevaba a cabo sus negociaciones.

"... daría fácilmente la ropa que necesitan, mis nuevos amigos," estaba diciendo a Jace. "Pero esas cosas no son fáciles de hacer."

"Entiendo," le dijo Jace. "¿Entonces, qué hay de cuatro jarras de agua?" Se lamentó por el maná que se necesitaría para convocar tanta agua en ese ambiente reseco pero ellos necesitaban los atuendos para ese desierto y, aún más importante, las direcciones que Zarifim pudiera ofrecer.

El viejo nómada, a su favor, no saltó de inmediato por el acuerdo. "Perdóname por dudar de tu juicio pero ustedes parecen bastante mal preparados para viajar por el desierto. ¿Pueden escatimar de una cantidad así de agua? No me gustaría que nuestro trato los deje muriendo de sed antes de que alcancen su meta."

"Le agradezco su preocupación amigo," le dijo Jace ignorando el impaciente golpeteo del pie de Liliana a su lado. "Pero yo le aseguro que estaremos bien."

"Muy bien. Entonces tenemos un trato." El nómada hizo un gesto y varios de sus hermanos se acercaron trayendo túnicas similares a las que él llevaba. "No es que quiera seguir cuestionándolos, mis nuevos amigos," dijo él vacilante, "¿pero están seguros de que desean acercarse a la Torre de Hierro? Nosotros sólo vamos allí cuando tenemos muchos objetos de valor que comerciar y sólo de mala gana. Es un mal lugar."

"No me cabe ninguna duda," admitió Jace. "Pero a partir de su descripción, sí, es exactamente donde nosotros tenemos que ir."

"Que así sea. Les deseo la suerte de los cielos. Deben empezar desde aquí, viajando hacia el oeste por espacio de dos días. Entonces..."

* * * * *

Fue, de hecho, cuatro días más tarde, cuando Jace Beleren y Liliana Vess dejaron atrás los desiertos interminables, su piel agrietada y quemada por el viento a pesar de sus magias protectoras y vestimenta nativa, para llegar finalmente a la monstruosidad metálica que era el hogar de Tezzeret. A pesar del calor Jace había insistido en usar su capa azul, aunque lo había hecho por debajo de la túnica del nómada. Sabía muy bien que estaba siendo supersticioso, incluso tonto, pero la había llevado durante tanto tiempo, sobrevivido con ella durante tanto tiempo, que se sentiría desnudo si iba a enfrentar a Tezzeret sin ella. Ambos estaban cansados del viaje, preocupados de que las arenas les hubieran ofrecido poco del maná adecuado a sus magias. Sólo podían esperar descubrir alguna fuente viable en el santuario en sí o arriesgarse a encontrarse realmente superados.

Una colina baja que brillaba deslumbrante bajo el sol golpeando se levantó de debajo de las arenas. Perfectamente lisa, por lo menos desde esa distancia, bien podría haber sido moldeada de un solo bloque de aleación; una sola torre solitaria en el centro de la estructura, acuchillando como una daga hacia los cielos y mostrando numerosas torres y salientes propias, empañaba la superficie de otra manera prístina de la suave pendiente. Montones desiguales de arena la rodeaban, olas subiendo y bajando reformadas constantemente por los vientos del desierto.

Los magos la estudiaron con las manos en alto para dar sombra a los ojos de la brillantez. Desde su actual punto de vista era imposible decir con precisión qué tan grande podría ser la estructura

ya que el desierto allí era plano y sin rasgos, su vista oscurecida por la brisa llena de arena y la bruma del calor creciente.

Al fin Jace se volvió hacia Liliana y dijo simplemente: "¿Cuánta magia crees que se necesita para mantener ese lugar fresco?"

Ella resopló y ambos se acercaron aún más. Mientras caminaban los dos invocaron un pequeño grupo de secuaces; diminutas hadas, en caso de Jace, con el poder de hacerse invisibles, mientras que Liliana llamó a un puñado de espíritus translúcidos; y les ordenaron que marcharan por delante.

Aprendieron mucho cuando se acercaron a la imponente estructura. No era, como habían supuesto, perfectamente circular; en lugar de eso ellos aparecieron en la parte de atrás de lo que resultó ser una media luna, menos profunda en la curva interior que en la exterior, y en las puntas más que en la parte trasera. La torre se alzaba desde el punto más alto, en el vértice de la curva de la media luna. Y aquello no estaba, en realidad, construido de una sola hoja de metal, aunque las piezas individuales habían sido encajadas tan perfectamente que bien podría haber sido.

Pero lo más importante y lo más desalentador fue que ni los magos ni sus secuaces sobrenaturales pudieron encontrar nada parecido a una puerta. Parecía algo así como si la estructura simplemente hubiera sido sellada durante su construcción y dejada de esa manera.

Las hadas y los fantasmas rodearon una y otra vez el complejo y una y otra vez volvieron con las manos vacías. Jace y Liliana, agazapados detrás de una duna de arena, se sintieron cada vez más frustrados.

"¿Será posible," preguntó al fin Jace, "que no exista una puerta de verdad? ¿Acaso Tezzeret está dependiendo exclusivamente de magia de teletransportación?"

Liliana sacudió la cabeza. "Obviamente hay más que desierto en este mundo. Transportar el material suficiente para construir esta cosa desde otros mundos habría tardado siglos."

"Correcto. ¿Y qué?"

"Así que lo mismo es cierto para los suministros Jace. Tezzeret tiene que haber tenido gente entregando alimentos, materiales de construcción, y otras cosas. Transportar suministros a través de un desierto significa caravanas. Dromads o camellos, carros, lo que sea. ¿Acaso crees que teletransportó convoyes enteros de vagones a través de esas paredes?"

"Ah. Buen punto. Entonces, ¿dónde está la maldita puerta?"

"¿Qué, tengo que responder a todo?"

Ambos volvieron a caer en el silencio.

En última instancia resultó ser una cuestión mucho más simple de lo que habían pensado que sería. Liliana, inspirada por sus exitosos esfuerzos en rastrear a Baltrice, finalmente llamó al fantasma más pequeño, más débil y menos ofensivo que pudo reunir (lo mejor que pudo hacer para evitar que se dispararan las alarmas o las salvaguardias) y lo envió a través de las paredes para que vagara por los pasillos de la estructura. A la entidad fantasmal apenas le

tomó un corto tiempo el encontrar un pasillo, ocupado por varios guardias, que parecía sin salida contra la pared exterior e informar su ubicación.

Por supuesto, eso igual los dejó sin un medio para abrir dicha puerta, pero ahora, al menos, Jace estaba en su elemento.

"Pídele a tu fantasma," le dijo a Liliana reuniendo su propia concentración y comenzando las primeras etapas de un hechizo de clarividencia, "que me señale en la dirección de los guardias."

* * * * *

Al final resultó que, la "puerta", era una sección del muro en sí, encantada para desaparecer por orden de los guardias en el interior. El atuendo nómada de Jace y Liliana no fue suficiente para conseguir que ellos abrieran esa puerta pero la ilusión de un uniforme de guardia del Consorcio debajo de ese manto, que Jace casualmente sacó a un lado, hizo el truco. Uno de los guardias ahora yacía sin sentido a los pies de Jace en las arenas movedizas, el segundo estaba muerto en el pasillo donde el espectro de Liliana le había atrapado antes de que pudiera alcanzar el tubo de comunicación para informar de su llegada.

Todo el asunto tomó más o menos medio minuto.

"¿Sabes que podrías haber desencadenado una alarma enviando a ese espectro?" le espetó a Liliana mientras arrastraba al guardia caído fuera de la vista de la puerta. "Hay una razón por la que enviamos al espíritu más débil que pudimos para hacer nuestra exploración, ¿recuerdas?"

Liliana se encogió de hombros. "¿En contra de lo que hubiera pasado si hubiera dejado que ese hombre nos delatara? ¡Nosotros estamos invadiendo los cuarteles principales de Tezzeret, Jace! Creo que hemos pasado más allá del punto de ser remilgados, ¿no?"

Jace refunfuñó, algo que ella tomó, correctamente, como una señal de que él supo que tenía razón pero no quería decirlo. "¿Y ahora qué?" le preguntó ella.

"Bueno," dijo él después de tomarse un momento para calmarse, "todavía nadie ha salido corriendo a atacarnos así que vamos a asumir que la alarma no es capaz de detectar fantasmas después de todo."

"O que no hay alarma," sugirió Liliana.

Jace, recordando la configuración en Ravnica, no creyó eso ni por un segundo. "Haz que tu espectro arrastre el cuerpo hasta aquí," le ordenó.

"No estoy segura de que uno de ellos pueda hacerlo solo Jace. No se sienten verdaderamente cómodos manipulando objetos sólidos."

"Está bien." Jace hizo una mueca y el guardia inconsciente se levantó tambaleándose. "Él ayudará." Mientras la pareja dispareja se dedicó a arrastrar al otro soldado para que se reuniera con su colega fuera, Jace se dedicó a hacer a un lado montones de arena, preparando una tumba secreta y poco profunda. Una vez que el

cadáver estuvo fuera levantó una segunda ilusión, una que, esperó, convencería a todos en el interior que la pared estaba todavía cerrada.

"Suponiendo que en verdad haya una alarma," dijo Liliana un momento después, "¿cómo es que nosotros entramos?"

El guardia se quedó inmóvil cuando Jace rebuscó en sus pensamientos. "Es como la alarma de Ravnica," confirmó él. "Está diseñada para detectar la presencia de gente no autorizada."

"Muy bien. Entonces, ¿qué hacemos?"

"Tendremos una pequeña conversación educada," dijo Jace con una sonrisa cuando el soldado caminó por el pasillo y levantó el tubo de comunicaciones de la pared, "con alguien que tenga el poder de autorizarnos."

Demostró no ser más difícil para Jace dominar al comandante de turno, un elfo de piel dorada llamado Irivan, que lo que había sido con cualquiera de los otros. Con cuidado le ordenó a su compañero inconsciente que se levantara, que moviera los controles de alarma y autorizara el pase de los caminantes de planos. Liliana asintió a Jace y se dio la vuelta, mirando al elfo mientras hablaba en una extraña gema incrustada en la pared y así ella no vio el oscurecimiento en la mirada de Jace cuando él la observó.

Ya que Jace había aprendido algo en la mente del comandante Irivan, algo que le preocupó mucho más que cualquier alarma. Seguramente a los oficiales de alto rango del Consorcio, por no hablar de al soldado promedio, se les habría informado de los muchos enemigos de la organización. Y, en efecto, Irivan sabía muy bien quién era Jace Beleren. Sabía, también, de Kallist Rhoka; de Nicol Bolas; de la hada Oberilia Zant, que había robado a los secuaces de Tezzeret muchos artefactos valiosos; y de media docena de otros a quienes Tezzeret consideraba una amenaza para su imperio.

Pero a pesar de sus afirmaciones de que hacía tanto tiempo que ella también se estaba escondiendo de su enemigo mutuo Jace no encontró ningún conocimiento en absoluto de la hechicera Liliana Vess.

Capítulo 28

El Comandante Irivan caminó resueltamente por los corredores de metal. Siguiéndolo varios pasos detrás venían un par de soldados del Consorcio, o eso es lo que le hubiera parecido a cualquier transeúnte con el que se hubieran cruzado. Jace y Liliana, tratando desesperadamente de comportarse como debían sugerir sus formas ilusorias, se esforzaron por no mirar boquiabiertos a la perdición de hierro y acero por la que pasaron, ni por dar una mueca de dolor ante los perpetuos martillazos y silbidos y zumbidos que resonaron a través de esos pasajes.

Las paredes y techos de metal reluciente estaban iluminados por globos empotrados que brillaban sin emitir el más mínimo rastro de calor. Algunos pisos tenían pequeños patrones en el acero, proporcionando cierta cantidad de tracción, mientras que otros sólo eran finas capas de revestimiento, y aún otros no eran más que rejillas que permitían una visión distorsionada de los niveles inferiores. Los pasillos, aunque prístinos en apariencia, olían empalagosamente a humo y aceites ardientes.

Puertas que eran ellas mismas simples láminas de metal o bien se deslizaron hacia un lado o se abrieron como irises mientras ellos las atravesaron, o cuando otros guardias y trabajadores pasaron por ellas, sus mecanismos dando un débil silbido en algún lugar dentro de las paredes. Gruesas ventanas permitieron dar miradas ocasionales a cámaras llenas de brazos metálicos animados, a plataformas precarias que subían y bajaban por su propia voluntad, a esferas brillantes que latían en patrones que Jace no pudo ni empezar a comprender. De lo que no tuvo duda fue de que había algún método detrás de esa locura mecanizada pero no pudo esperar adivinar que podría ser.

Fue solo poco a poco que tanto Jace como Liliana cayeron en la cuenta de que a pesar de su miedo y consternación ellos en realidad se estaban sintiendo mejor que como lo habían hecho fuera. Al principio Jace lo atribuyó al calor externo del desierto pero no, no había duda de que aquello era algo más. Casi se sentía como si...

Entonces eso fue todo. Maná fluía a través de las paredes, los pisos, la esencia de la sede principal del Consorcio. Y no cualquier tipo de energía sino de todo tipo, desde las auras calmantes del

océano, pasando por el alma ardiente de las montañas hasta las magias mortales de los pantanos. Algo en el edificio, una especie de magia arraigada o un proceso alquímico-mecánico, transformaba el maná del ambiente del mundo en cualquier forma imaginable. Era sutil, era difícil de acceder (como si las paredes mismas trataran de mantener el poder contenido dentro) pero estaba allí. Jace casi se desplomó de alivio cuando dedicó una parte de su atención a absorber esa fuente, mientras sintió su fuerza aumentando lentamente cada vez más. Pudo imaginar que Liliana estaba sintiendo lo mismo.

Y entonces ellos pasaron por una gran cámara justo cuando los pistones dentro comenzaron a bombear. Cualquier alivio que Jace había estado sintiendo se evaporó en tanta de esa niebla y él no pudo reprimir un jadeo de absoluta repulsión.

Sabía que esas máquinas no sólo debían estar siendo impulsadas por ingenios mecánicos sino por maná pero él no se había dado cuenta de qué clase. Cuando ellos pasaban él sintió las energías ambientales en el aire volviéndose oscuras y frías. Apenas brevemente, bajo el ruido y el siseo, el traqueteo y el retumbar, Jace creyó oír gritos débiles de esencias vivientes atadas dentro de la máquina, proporcionando la pseudo-sensibilidad que esta necesitaba para seguir las órdenes de su amo.

El nunca odió a Tezzeret más de lo que lo hizo en ese momento; nunca entendió más claramente la naturaleza del diablo a quien había estado a punto de vender su alma.

Un siseo bajo de Liliana le sacó de sus pensamientos de vuelta al presente. Irivan se había parado en seco cuando la mente de Jace se había desviado y a él le tomó un momento centrarse en sí mismo y restablecer el control, volver a hacer que el elfo siguiera marchando. Y justo a tiempo porque apenas ellos pasaron la puerta que daba al otro pasillo esta se abrió y Baltrice en persona apareció en el.

Los tres guardias se hicieron a un lado, colocándose erguidos contra la pared para que ella pudiera caminar sin obstáculos. Ella así lo hizo, con apenas un gesto de reconocimiento. Sólo fue después de que ella había pasado que se giró un poco hacia atrás para mirar directamente a Jace; ningún reconocimiento se mostró en su expresión pero sus ojos se estrecharon tan minuciosamente que fue como si ella estuviera molesta por algo que no pudiera precisar del todo. Y entonces el pensamiento pasó, al igual que su mirada, y ella desapareció en la siguiente curva en el pasillo.

Jace exhaló con fuerza y el grupo siguió adelante.

Y así ellos siguieron avanzando, protegidos por las ilusiones de Jace e ignorados por los trabajadores y los guardias por igual, a través de los niveles inferiores del corazón mecánico del Consorcio. Jace y Liliana, guiados por los recuerdos y el conocimiento del sonámbulo delante de ellos, avanzaron cada vez más cerca de su objetivo final y ni un alma fue consciente de su presencia.

Jace supo que no debía darse cuenta, o incluso pensar, que estaba yendo todo demasiado bien; sabía muy bien que no duraría.

Y así fue. Ellos pusieron un pie en una escalera de caracol, una que subía enrollándose hasta una puerta pesada hecha no de acero o hierro sino de bronce antiguo. Una serie de piedras multicolores, similares a las que habían servido como controles para el sistema de alarma, adornaba la pared al lado del pesado portón.

Ninguno de los magos necesitó siquiera preguntar. Ellos supieron que eso debía marcar la entrada a la torre en sí.

A pesar de que era totalmente innecesario, gracias a su control mental sobre el comandante elfo, Jace le dio al soldado una breve inclinación de cabeza. Irivan dio un paso adelante, hizo un gesto con la mano sobre las joyas, y la puerta se elevó hacia el techo con un ruido sordo y otro silbido del vapor.

Entonces ya no importaron los disfraces; Jace y Liliana simplemente se miraron, totalmente clavados en el suelo.

Si lo que habían visto hasta ahora había sido el caos mecanizado aquello era la locura mecanizada. Media docena de plataformas circulares de diferentes tamaños, sostenidas por cables perfectamente lisos tan gruesos como troncos de árboles, subían y bajaban a lo largo del centro hueco de la torre, tal vez proveyendo acceso a las áreas más arriba. En ningún momento la torre mostró algo parecido a un piso real; los balcones, las habitaciones y las estructuras que podrían incluso haber sido pequeños edificios si hubieran estado solos, sobresalían de la pared a varias alturas. Algunos estaban unidos a otros por más pasarelas; otros por escaleras y ascensores más pequeños que corrían a lo largo de la pared; y aún a otros sólo se podía llegar por las plataformas centrales. Y esas cámaras y "pisos parciales" se movían a su vez, girando alrededor de la circunferencia de la torre, deslizándose lentamente hacia arriba o hacia abajo por lo que ninguna se mantenía a la misma altura durante más de unos minutos a la vez. Entre y alrededor de ellas, grandes poleas y esferas de luz titilando más rápidamente orquestaban el ballet metálico sin fin que mantenía a la torre en constante movimiento, pero, de alguna manera, impidiendo que siquiera un solo cable se enredara con ningún otro.

Aquello no tenía ningún sentido, no podría tener sentido. Jace no pudo imaginar ningún propósito para ello, ninguna razón para que alguien construyera una estructura tan complicada, a menos que...

A menos que aquello no fuera una estructura en absoluto.

"Es un artefacto," susurró él.

"¿Qué?" le preguntó Liliana rompiendo la mirada de la lenta danza en lo alto. "¿Qué es?"

"Esto. Este lugar. Los cables, los niveles crecientes... Todo el asunto es una extraña máquina, Liliana. Un artefacto, no un edificio. Sólo resulta que también tiene gente dentro."

Ella contuvo el aliento, mirando a su alrededor. "¿Un artefacto que hace qué? No hay duda de que toda esta estructura no puede sólo estar dedicada a la conversión de un tipo de maná a otro."

Jace se encogió de hombros. "Cuando encontremos a Tezzeret me aseguraré de preguntarle."

El cambió su atención del aparato en las alturas y se tomó un momento para examinar su entorno cercano. El suelo era del mismo metal extraño como las esferas brillantes y de hecho emanaba un tenue pulso rojizo. Era una diabólica iluminación, como una llama solidamente congelada, pintando rayas de carmesí a través de una serie de barandillas circulares; que estaban presentes para evitar que la gente caminara bajo las plataformas y fuera aplastada, según asumió Jace. Un número de puertas, que sólo podrían conducir a una variedad relativamente pequeña de habitaciones, rodeaba el perímetro de la torre. Esas, y una aguja de bronce perfectamente lisa de aproximadamente dos metros y medio de altura en el centro exacto de la torre, eran las únicas características obvias de la cámara.

"Yo, eem... Supongo que será mejor que nos dirijamos hacia allí y esperemos a una de las plataformas," ofreció Jace a medias. "Tal vez hay una palanca que llame a una o algo así."

Liliana no tuvo nada mejor que ofrecer e Irivan nunca había sido convocado a las alturas de la torre en sí por lo que esa parecía ser su única opción. Sus pasos resonaron en el suelo brillante y sus sombras parpadearon tan rápidamente en todas direcciones, iluminadas horriblemente desde abajo, que parecieron que se iban a desprender de sus amos y a tomar vuelo independiente.

Cuanto más se acercaron al centro de la sala más empeoraron las sospechas de Jace acerca del pilar de bronce. Cuando todo el dispositivo de pronto se estremeció y se dividió en diez patas insectoides de bronce retorcido, rematadas por una "cabeza" de agujas animadas sobresaliendo estrepitosamente, Jace no pudo honestamente afirmar que no se sintió ni remotamente sorprendido.

La criatura se deslizó hacia ellos produciendo un horrible chirrido con cada toque de sus patas sobre el metal por debajo. Mientras se acercaba a Jace ya no le pareció como un insecto sino casi como un par de manos sin cuerpo, unidas en las muñecas y moviéndose con dedos esqueléticos.

Se detuvo a cuatro metros de ellos, moviéndose de lado a lado como si con ganas de saltar. La masa irregular encima de sus patas hizo clic y escupió, las espinas sobresaliendo dentro y fuera, una máquina de coser volviéndose loca. Un delgado iris de bronce se abrió en medio de los engranajes, revelando una lente de cristal verdigris.

¡La condenada cosa los estaba estudiando!

Jace envió un veloz comando e Irivan se irguió en atención. Él y Liliana le siguieron una fracción de segundo más tarde y el trío estuvo listo para su inspección.

Tal vez fue la respuesta equivocada pero Jace no lo creyó. Juró que la cosa lo miró solo a él, la lente pareciendo sobresalir en sorpresa, antes de ponerse de nuevo en movimiento.

Con una indiferencia sólo posible en una máquina lanzó a Irivan a un lado mientras corrió para encontrarse con su verdadero objetivo. Jace se arrojó a su izquierda, golpeando el suelo en una dolorosa vuelta carnero y volviendo a ponerse en pie cuando la cosa

empujó su cabeza dentada y sus espinas sobresaliendo por el espacio en el que había estado previamente. El arrojó una lanza de fuerza telequinética de su mano extendida incluso mientras Liliana se movió detrás del constructo y trató de rodearlo con la misma masa de fragmentos de sombra que habían podrido la cuchilla de su atacante aquella vez en el Amargo Final. Pero el primer hechizo apenas hizo tambalear a la bestia mecanizada y el último pareció salpicar como agua cuando se cerraron alrededor de una pata artificial.

La criatura dio una patada hacia atrás y ahora fue el turno de Liliana de arrojarse lejos para no verse a sí misma aplastada o empalada en la gran extremidad de bronce. En el mismo movimiento la cosa dio un salto hacia adelante, girando para volver a aterrizar junto a Jace. Un desesperado escudo de fuerza fue lo único que lo salvó de soportar el castigo de otra patada, e incluso a través de su hechizo protector el impacto fue suficiente como para enviarlo patinando. Él gimió cuando la fricción contra el suelo le arrancó tela de sus pantalones y piel de su muslo. La sangre amenazó con pegotear su capa a la lesión cuando él volvió a pararse tambaleante.

Nada de ilusiones; nada de control mental; nada de enervación nigromántica; Jace y Liliana se estaban quedando rápidamente sin opciones. El no tenía ninguna duda de que cualquiera de ellos podría invocar a algo lo suficientemente grande como para aplastar al monstruo mecánico pero hacerlo sería gastar más poder, más maná del que Jace sintió podían permitirse el lujo de gastar cuando aún no habían siquiera encontrado a Tezzeret. El cedió terreno constantemente ante el avance implacable de la máquina, sus pies amenazando con resbalar por debajo de él en la superficie perfectamente lisa y luchó desesperadamente por llegar a alguna otra opción.

Y entonces vio a Liliana gesticular, vio donde ella estaba de pie y la palanca a la que señaló, y asintió con la cabeza.

El constructo volvió a saltar por el aire y Jace se zambulló debajo de el, rodó, se puso en pie y echó a correr lo más rápido que su pierna herida se lo permitió. Todo el suelo se estremeció cuando la bestia aterrizó y se lanzó en su persecución. Rápidamente, con demasiada rapidez, las vibraciones por debajo de él se hicieron más fuertes y el supo que el constructo lo estaba alcanzando.

Un tercer clavado a un lado pero la máquina ya había aprendido a anticipar el truco. Una pierna arremetió, sujetando el borde de la capa de Jace al suelo. Tirado hacia atrás en medio el aire, ahogándose a través de una garganta magullada, aterrizó con fuerza de espaldas y se quedó inmóvil mientras la torre giraba vertiginosamente en lo alto. Sólo el crujido de metal, la imagen de la corpulencia del constructo apareciendo a la vista por encima de él, lo impulsó una vez más a la acción. Desgarró el broche de la capa y rodó con rapidez a su derecha. Una pata, una segunda, una tercera golpeó el suelo a pocos centímetros detrás de él mientras rodó y luego una cuarta cayó delante de él, y sólo un desesperado esfuerzo por levantarse que agónicamente tiró de todos los músculos de su torso le impidió toparse directamente con esta.

Jace comenzó a rodar de nuevo hacia su izquierda, pero uno de los miembros de bronce también se dirigió hacia allí. Se encontró mirando hacia arriba, sostenido por una jaula de piernas mecánicas. Por encima de él la amalgama de los bordes que era la cabeza del golem se lanzó hacia adelante y hacia abajo, como a lo largo de un carril oculto, las espinas protuberantes sedientas por la sangre de Jace. Otro escudo telequinético detuvo el asalto a centímetros de su carne y él pudo sentir el peso, la fuerza del monstruo, presionando en su mente.

Gritó por debajo de la tensión, sintió su bastión de fuerza comenzando lentamente a ceder. Un solo pincho, presionando hacia adelante por un pistón de magia y vapor, cortó lentamente a través de sus defensas y presionó profundamente en el músculo y la carne de su hombro. La sangre fluyó, lloviendo entre el enrejado en los mecanismos de abajo.

"¡Jace!" Apenas oyó decir él por encima del crujido del bronce y el martilleo en su cabeza. "¡Jace, ahora!"

Jace sonrió ante la máquina que amenazaba con matarlo.

Un terrible rugido sacudió la cámara desde detrás de los dos. Jace casi sollozó de alivio cuando el pico se retiró de su carne, cuando el constructo giró su cabeza para ver qué nueva amenaza había surgido.

Con las alas extendidas de par en par, su boca abierta en su grito ensordecedor, la esfinge cerúlea que Jace había llamado ya dos veces en su ayuda se estrelló contra el constructo, levantándolo, agitándose y retorciéndose en el aire.

¡Deprisa! pensó desesperadamente hacia su aliada felina. Jace sabía que, si se le daba siquiera un momento para recuperarse, la máquina podría destrozar a la invocación como una telaraña. *¡Deprisa!*

Otro grito y la esfinge soltó a su presa. La criatura, agitando su patas indefensa, salió despedida a través de la cámara y se estrelló contra y a través de una de las barandas circulares cerca del centro de la sala.

Saltaron chispas y el constructo finalmente se detuvo de espaldas. Diez patas se retorcieron, revirtiendo su posición; la cabeza de engranajes se deslizó hacia arriba a través del cuerpo, emergiendo en lo que había sido la parte inferior; y la bestia mecanizada se puso nuevamente en pie.

Afortunadamente, por más que fue rápido, lo hizo demasiado tarde.

Apenas se levantó su cabeza golpeó contra la superficie plana de la plataforma descendiendo sobre ella, la plataforma elevadora que Liliana había echo bajar con el tirón de una palanca. Diseñada para transportar docenas si no centenares de toneladas desde la planta de la torre fue un peso y una presión que ni siquiera el constructo pudo soportar. Los miembros de bronce, zarandeándose salvajemente, se doblaron y quebraron bajo el peso del ascensor. Un gemido, el crujido final de metales desgarrándose, y la plataforma se posó uniformemente en el suelo, pedazos de bronce sobresaliendo al

lado de ella. La esfinge se posó encima del ascensor, con una expresión de satisfacción en su rostro.

Jace y Liliana se movieron juntos, espalda con espalda, preparados para otro ataque, pero nada salió. Las plataformas continuaron su intrincada danza, los cables retorciéndose y girando, pero nada más.

Liliana miró a Jace, que sólo pudo encogerse de hombros. "Las paredes son gruesas y las máquinas son ruidosas," teorizó. "¿Tal vez nadie oyó?"

"No me gusta," le dijo Liliana sin rodeos. "¿Realmente crees que no hay guardias dentro de toda esta torre?"

"Creo que voy a creer en lo que sea que la suerte haga caer en mi camino," contestó Jace. Por otra parte no había forma de saber cuánto tiempo pasaría antes de que algún guardia deambulara por allí. "Pero, eem, saquemos los pedazos fuera de la vista, ¿de acuerdo?"

"Claro, porque nadie va a notar el pilar faltante," se burló Liliana. Sin embargo ella se movió para ayudar con los pedazos más pequeños mientras la esfinge (con expresión de arrogante desdén) se alzó, se estiró lánguidamente, y comenzó a patear los más grandes de todo el piso.

A ninguno de ellos se le ocurrió preguntarse quién más podría haber estado mirando por el ojo del constructo.

Al final ellos descubrieron que varias de las puertas en el perímetro de la torre llevaban a armarios de suministros y eligieron uno como depósito para los pedazos aleatorios de bronce así como para el cadáver de Irivan, que no había sobrevivido cuando fue arrojado a un lado por la embestida del constructo. Jace, con un gesto de agradecimiento por su ayuda, hizo desaparecer a la esfinge; que por más útil que fuera en batalla no era precisamente discreta.

Jace se tomó un momento, estiró los pliegues en su espalda y volvió a arrojar su capa andrajosa sobre sus hombros. "Quédate aquí," dijo entonces, desvaneciéndose en la invisibilidad mientras se movió hacia la puerta. "Quiero dar un vistazo alrededor, estar absolutamente seguro de que no hemos atraído la atención."

"Espera, ¿qué? Jace, detente…" Pero él ya había desaparecido, la puerta cerrándose sola en su estela.

Liliana maldijo, rotundamente y por varios minutos. ¿En qué estaba pensando? La última cosa que ellos necesitaban ahora era separarse… y ella definitivamente no podía permitirse el lujo de no saber lo que él estaba haciendo. Estaban tan cerca ahora, ella estaba tan cerca, y sin embargo esto podría todavía ir tan completamente mal.

Y como para probar el punto la puerta se abrió pero no fue Jace Beleren quien apareció.

"¡Por todas las Eternidades! ¿Qué estás haciendo tú aquí?" le exigió Baltrice, llamas crepitando entre los dedos de su mano izquierda.

Liliana, ya nerviosa, sintió los primeros indicios de un verdadero pánico. ¿Cuánto sabía Baltrice? ¿Qué era lo que Tezzeret

le había contado de su encuentro? "¡Sal de aquí! ¡Lo arruinarás todo!" dijo desesperadamente con dientes apretados. "¡Maldita sea, ve a hablarlo con tu jefe! ¡Él te dirá de qué lado estoy!"

"No," dijo Baltrice de pronto desvaneciéndose en la nada. "Tú ya lo has hecho."

La cabeza de Liliana cayó, sus ojos cerrándose por su propia voluntad. "Jace." Dijo esforzándose por levantar la mirada justo a tiempo para verlo aparecer delante de ella con un destello. "Jace, tú no entiendes. Yo…"

El aliento salió corriendo de sus pulmones cuando Jace envolvió la túnica de ella con sus puños y la empujó contra la pared posterior de la cámara.

"¡Maldita seas!" Exclamó él mientras la sacudió, de alguna manera encontrando la fuerza en su forma esbelta para sostenerla alzada completamente fuera del suelo. Peor aún, ella sintió su ira no sólo en su agarre sino en su propia mente, olas golpeando contra sus pensamientos, desorientándola hasta que ella no estuvo segura de que pudiera seguir en pie si él la dejaba ir. "¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?"

"Jace…"

"¡Yo confié en ti, Liliana! ¡Yo te amé!" Sus ojos brillaron con un azul cobalto que iluminó toda la cámara y la nigromante pudo sentir el poder recolectándose dentro de su alma. El había estado tan seguro, tan seguro de que se estaba imaginando cosas, que sus sospechas no eran más que paranoia. Su prueba, su ilusión, había estado destinada a calmar sus preocupaciones antes de seguir adelante y no...

No eso.

"Jace," lo intentó ella de nuevo colocando una mano sobre la suya, sintiendo los músculos y tendones flexionándose dentro, "Te lo juro, puedo explicarlo. ¡Pero no ahora, no cuando estamos tan cerca! ¡Este no es el momento!"

"En realidad," dijo la voz aceitosa de Tezzeret saliendo de la puerta abierta, "Yo creo que es el momento perfecto."

Capítulo 29

La gran puerta de bronce de la torre salió volando completamente fuera de su marco como un corcho de una botella. El metal despedazándose perforó las orejas con su ruido y trozos de filosa metralla cavaron surcos en las paredes. Tezzeret, indefenso como una muñeca de trapo, aterrizó de espaldas en los restos retorcidos, parpadeando para despejar su cabeza, limpiándose la sangre y las partículas del rostro.

Una nube de polvo llenó la cámara de más allá, teñida de rojo por los fuegos debajo, ondulando y rodando para acobardar a la tormenta. Jace Beleren, con su capa andrajosa ondulando detrás, con sus ojos como túneles de un crepitante e interminable azul, caminó a través de la nube, mirando hacia abajo al sorprendido artífice. Por encima de él resonó el estruendo de alas poderosas cuando el

enorme draco que había arrojado a Tezzeret por la puerta hizo un círculo amenazador, cayendo cada vez más bajo ante la llamada de su amo. Sus escamas brillaban incluso en la difusa luz abismal.

Tezzeret se puso en pie apoyándose en su mano de eterium e inició un hechizo propio. El mago más joven nunca desaceleró, nunca se hizo a un lado. Simplemente bajó la cabeza, permitiéndole al draco espacio suficiente como para meter sus alas a sus lados y salir volando por la puerta. Este, gritando su furia primigenia, se volvió a estrellar contra Tezzeret, haciéndolo salir volando más abajo en el pasillo, sus garras y dientes acometiendo furiosamente contra una barrera protectora que el artífice apenas había tenido tiempo de erigir.

Tezzeret se volvió a encontrar de espaldas, luchando por espantar al draco que se agachó sobre él, cavando en sus escudos. Guardias vinieron corriendo a su alrededor, sus espadas en alto, sólo para verse obligados a retroceder por las ondas gélidas de frío penetrante que flotaron contra ellos cuando se acercaron, congelando su carne, su sangre y sus huesos.

Abandonado y traicionado, cara a cara con el arquitecto de todo lo que se había convertido su vida, la rabia de Jace Beleren superó cualquier simpatía que puede haber sentido por los guardias cuando estos cayeron ante sus hechizos asesinos. ¿Ellos querían servir al artífice? Podrían morir con él.

Tezzeret, cogido totalmente por sorpresa por la furia del lector de mentes, se permitió la duración de una única respiración contenida para maravillarse ante el poder que enfrentó, para enojarse de que el poder que había fomentado en Jace estaba ahora volviéndose en su contra.

Miró hacia arriba, percibió las fauces del draco de escamas de cobre, y arrojó las dos manos hacia afuera.

Un enjambre de diminutos proyectiles atravesó el aire y cada uno fue una sola punta de una descarga bífida de un rayo. El draco, con sus escamas y carne ennegreciéndose bajo el asalto, salió despedido hacia arriba para chocar con un crujido rompe huesos contra el techo metálico. El estallido de un trueno rodó por el pasillo, dispersando el polvo y derribando a Jace.

Jace y Tezzeret se levantaron al unísono, cada uno mirando al otro a través del draco sacudiéndose y el acero recubierto de escarcha. A pesar de que la bestia intentó levantarse el artífice apretó el puño. Una serie de cables y tuberías salió disparada desde ambas paredes, golpeando contra la carne de la criatura herida, lanzando estallidos de vapor para hervir las escamas de su cuerpo. El draco se estremeció por última vez y desapareció. Pero las salientes de la pared se mantuvieron, retorciéndose ciegamente como tentáculos de alguna obscena medusa.

Jace gritó, sus palabras incomprensibles, y gesticuló. Desde el piso detrás de él los fragmentos de la puerta destrozada se levantaron y bajaron girando por el pasillo, cuchillas segadoras apuntadas a la carne de Tezzeret. Pero la telekinesis todavía no era el punto más fuerte de Jace y los pocos proyectiles que lograron

abrirse camino a través de la barrera de tentáculos de metal fueron fácilmente repelidos por el escudo personal del artífice.

Él no había hecho más que empezar a reírse, a burlarse de la debilidad del asalto, cuando el verdadero ataque de Jace golpeó. El dolor floreció a través de la cabeza de Tezzeret, hundió sus tentáculos profundamente en sus pensamientos. Su visión se puso borrosa, su estómago se revolvió y, lo peor de todo, su concentración vaciló.

Por un momento, un momento efímero, Jace podría haber ganado.

¡Pero él era Tezzeret, Maestro del Consorcio Infinito! ¡Él había construido artefactos más allá de la comprensión de los archimagos, resistido contra enemigos tan poderosos como el gran Nicol Bolas y sobrevivido! ¡Él no dejaría, él no dejaría, que un advenedizo como Jace Beleren le venciera!

Alargados dedos negros como la medianoche y enceguecedoramente azules parecieron surgir del aire alrededor del artífice, volutas de humo flotando desde ellos, mientras el reunió el maná corriendo como sangre por sus venas. Poder, una pura e incontrolable fuerza de voluntad, estalló del alma de Tezzeret, rompiendo la comunicación que Jace había establecido con su mente, haciendo que el mago más joven trastabillara por la reacción de su hechizo roto. El artífice miró al otro lado del pasillo, jadeando, casi agotado, y luego dejó que su furiosa mirada se deformara a sí misma en una malvada mueca. Deliberadamente, permitiendo que Jace observara exactamente lo que estaba haciendo, estiró su mano artificial, sosteniéndola cerca de los conductos que corrían a través de las paredes metálicas de su hogar.

Esos conductos comenzaron a brillar. Un gas que no fue vapor escapó de las uniones, girando alrededor de sus dedos de Etherium, absorbido por el metal y por los pulmones del Tezzeret. Y así de fácil él se encontró restaurado, su alma ardiendo con maná puro, listo y anhelante de tomar forma.

Por primera vez desde que había comenzado el asalto Tezzeret vio miedo asomándose desde detrás de la cortina de rabia del rostro de Jace Beleren y se regocijó.

Sin embargo, aunque Jace estaba de verdad angustiado, no se acobardó. Enderezó sus hombros y levantó ambas manos con sus palmas hacia arriba. "¡Tezzeret, si tu hogar es tu poder!" gritó, "¡Yo voy a tener que tomarlo de ti!"

Jace, como si pudiera verlas, tocarlas (y tal vez podía), se estiró con su mente dentro de las paredes mismas y se apoderó de los fluidos corriendo a través de los conductos. Aquellos de los que ya estaba saliendo vapor se calentaron e hincharon aún más hasta que las tuberías alrededor de ellos estallaron, el metal que los contenía despellejándose hacia afuera como flores de hierro floreciendo. Los líquidos fluyendo a través de otros tubos se congelaron, regresando en el corazón de las máquinas de Tezzeret hasta que el agua sucia brotó de una docena de hendiduras. A través de todo el complejo esferas brillantes se volvieron repentinamente tenues, plataformas

móviles se detuvieron por completo cuando las presiones que las empujaban y el maná que los hacía andar dejaron de fluir. Los vapores infundidos de maná de evaporaron inútilmente en el éter y los cables por todo el salón comenzaron a temblar y azotar.

Tezzeret sintió crecer su propia furia. Había esperado simplemente mantener a Beleren ocupado hasta que llegaran Baltrice y más de sus guardias. Claramente eso ya no fue una opción. Harían falta días para reparar el daño ya causado por sus hechizos; él no podía permitirse el lujo de dejar que su enemigo desgarrara más de su hogar.

Pero eso también estuvo bien. La idea de terminar la pelea en persona, de caminante de planos a caminante de planos, trajo una sonrisa lobuna a la cara del artífice.

Tezzeret dio tres pasos corriendo y saltó. Los cables sobrevivientes del pasillo se estiraron, impulsándolo a lo largo o desgarrando láminas de acero de la pared para protegerlo del metal estallando y del vapor silbando. Dio un salto más hacia adelante mientras rodó a lo largo de la sala y comenzó a reunir maná para un hechizo. El artífice aterrizó en cuclillas a simples pasos delante de su enemigo, su mano de eterium ya lanzándose hacia fuera para detener la metralla que Jace le había lanzado telequinéticamente mientras se acercó. En ese puño de metal Tezzeret aferraba un puñado de arena, brillando visiblemente con encantamientos anteriores y el poder del hechizo que ahora latía en su interior.

Su puño se apretó aún más y las partículas se escurrieron de entre sus dedos, vertiéndose en el aire y girando alrededor de los dos combatientes, un remolino de polvo embrionario que rápidamente se convirtió en un furioso torbellino. La arena continuó fluyendo mucho después de que se gastó el puñado inicial, azotando a su alrededor, hasta que las capas y cabellos se agitaron salvajemente y toda vista de la sala de los alrededores se oscureció.

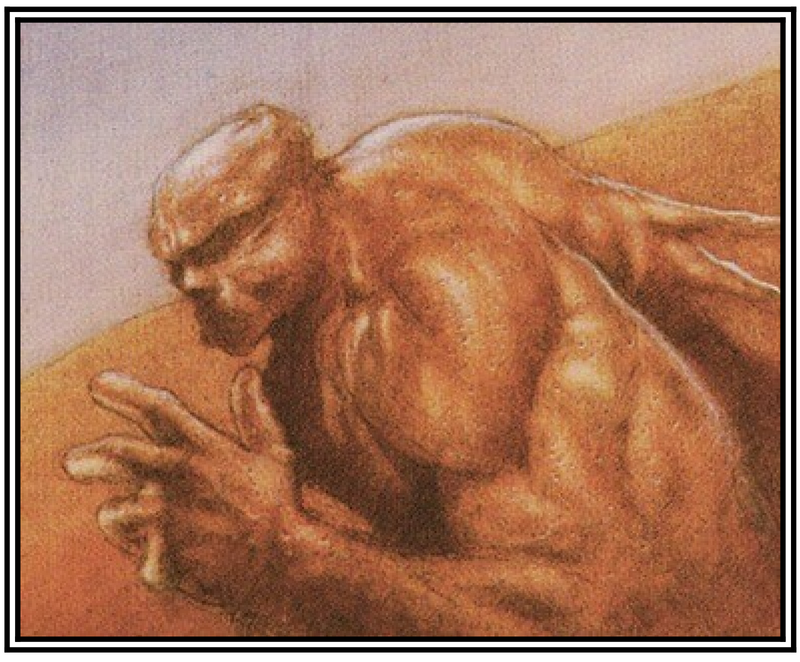
Jace sintió aumentar la temperatura en un calor abrasador que se posó pesadamente sobre él y le trajo un sudor instantáneo a su piel. Incluso mientras preparó un contrahechizo con la intención de protegerlo de lo peor del fuerte calor sintió la rigidez del metal por debajo de él dando paso al cambio inestable del suelo del desierto. La tormenta de arena se desvaneció para revelar una interminable extensión de yermos, sólo la punta de la torre de Tezzeret se mostró visible en el horizonte lejano. A pesar de la calidez Jace se puso la capucha de su capa sobre su rostro, protegiéndose sus ojos llorosos del brillo del sol del mediodía.

Tezzeret, totalmente preparado para la teletransportación, quedó por supuesto mucho menos inestable por el repentino cambio que su enemigo. Mientras Jace retrocedió tambaleante, parpadeando para alejar su desorientación, el artífice levantó los puños de metal y carne. Una pared de vidrio fundido salió de la arena entre ellos enviando a Jace dando volteretas a lo lejos mientras cortó su carne y quemó las puntas de su cabello y el dobladillo harapiento de su capa.

Él se puso en pie, luchando por mantener el equilibrio en las dunas móviles, y el desierto cobró vida detrás de él. Una docena de

diminutas esferas de metal llovieron hacia la tierra, estallando al caer, y desde debajo de ellas se alzó un pesado gigante hecho de nada más que arena. Sus miembros no se doblaron sino que se remodelaron constantemente a sí mismos en cualquier ángulo deseado mientras se deslizó a través del desierto para aplastar al enemigo del artífice.

Jace se hundió rápidamente bajo las arenas, cayendo a través de un túnel excavado por fuerza telequinética similar al hechizo que había usado para volar en Ravnica, y los puños del golem de arena golpearon nada más que tierra. Y entonces él comenzó a volar; Jace irrumpió desde el suelo del desierto y se elevó hacia el cielo azul, sus brazos extendidos y crepitando con el poder. El aire detrás de él onduló y se dividió, un abismo de otra parte, del que apareció un par de dracos invernales y la esfinge ya conocida. Los dracos se lanzaron al instante sobre la bestia de arena, luchando para inmovilizarla en una estatua sin vida con ráfagas de aliento gélido, mientras Jace aterrizó sobre la espalda de la esfinge y cayó en una veloz picada hacia Tezzeret.



Tezzeret les dejó venir, observando, esperando. Lanzó un par de proyectiles, discos giratorios que crepitaron con energía nigromántica y habrían succionado la vida de la esfinge tan rápidamente como uno de los hechizos de Liliana. La bestia los evitó con facilidad pero él ya había esperado que lo hiciera. Sólo al final, cuando sus garras estuvieron a instantes de su carne, cuando la bestia ya estaba rodando de nuevo en la línea de ataque después de esquivar el último de sus proyectiles, fue que el volvió a lanzar.

Las arenas estallaron en cuchillas aserradas de vidrio y piedra, dientes brotados por la propia tierra para alimentar un hambre voraz. La esfinge chilló cuando la barrera mordió a través de la piel y la carne, desgarrándola en pedazos incluso mientras la sostuvo en su sitio. Jace cayó sobre su cabeza y se estrelló con fuerza contra el suelo. Miró hacia arriba, mareado; y la esfinge le devolvió la mirada, su expresión vagamente acusatoria antes de que la vida desapareciera de sus ojos y su cuerpo se desvaneciera lentamente.

Jace intentó levantarse y falló, derrumbándose cuando su brazo simplemente se negó a apoyarlo. Todo el lado izquierdo de su cuerpo

estaba horriblemente magullado y se preguntó cuántos huesos podría haberse quebrado en su caída. El agotamiento amenazó con dejarle ciego y supo que sus reservas eran suficientes para sólo unos cuantos hechizos.

Más allá de la duna más cercana el golem de arena se había derrumbado en pedazos bajo el asalto ártico pero uno de los dracos había dado su vida y aunque el otro corrió para ayudar a su amo, su vuelo fue un camino errático de alas rotas y maltratadas.

Caminando por las arenas llegó Tezzeret, arcos de poder crepitando entre sus dedos mecánicos; incansable, incesante, pareciendo no más débil ahora a pesar de todos sus hechizos lanzados que lo que había estado al momento en que Jace había atacado.

Y Jace supo, incluso a través de su ira ardiente y hasta el núcleo de su alma, que esa ya no era una pelea que el podría ganar.

Sin embargo el podría sobrevivir. Ahora sabía dónde estaba el santuario del bastardo y también sabía que no tenía a nadie en quien pudiera confiar a su lado. Con tiempo para recuperarse, para lamer sus heridas, para encontrar nuevas armas, él podría volver… él volvería.

Jace centró su atención en el espacio alrededor del artífice y un trío de dracos invernales cayó del cielo. Fue irrelevante que fueran meramente ilusorios porque él no se atrevió a gastar el maná necesario para convocarlos de nuevo. Tezzeret no podría permitirse el lujo de ignorarlos pues entre ellos se encontraba el draco sobreviviente, una amenaza muy real. Y, en efecto, él detuvo su avance, lanzando hechizos de protección contra el frío que sabía que se avecinaba.

Eso le compró tiempo, eso era todo, pero eso era todo lo que Jace necesitaba. Tezzeret, distraído como estaba por los dracos, no pudo ver que su oponente lanzó una red de ilusión sobre sí mismo, mezclándose con las arenas del desierto. Entonces, invocando la última de sus reservas, Jace tuvo los largos momentos que necesitaba para atraer juntos los hilos cercanos de maná y comenzar a caminar.

Lentamente, muy lentamente, la cortina de bruma se materializó ante él y Jace se metió tambaleante a través de ella. Su última visión fue la de Tezzeret de pie en medio de una pared giratoria de alas ilusorias y sacando una esfera oscura de una bolsa en su cinturón, indudablemente un arma que nunca había llegado a utilizar.

Jace dio un suspiro de alivio a medida que el caos de las Eternidades le azotó. Aunque Tezzeret le hubiera visto irse, aunque hubiera matado al draco justo en el momento en que Jace desapareció, le llevaría minutos si no horas seguirle, y para ese entonces Jace ya habría desaparecido mucho tiempo…

Tentáculos de entropía y probabilidad ondularon, enrollándose hacia arriba y sobre sí mismos, y Tezzeret apareció de pie delante de él, una sonrisa cruel en su rostro y un brillo vil en su ojo. Sin dudarlo, sin demora… él simplemente estaba allí. En todas las

Eternidades Ciegas nada hubiera asombrado a Jace más que aquello. El se quedó mirando al alma del artífice, una abominación de sangre y metal, de odio y codicia, y no pudo moverse.

Eso no era posible, eso no era...

Tezzeret agarró a Jace por el cuello y tiró, músculos y magia trabajando en conjunto para llevarlo de vuelta a través de la barrera de los mundos. Ellos reaparecieron a unos cuatro metros por encima del desierto y se estrellaron dolorosamente contra el suelo.

Jace, demasiado aturdido por el asalto repentino incluso para tomar aliento, sintió el aire que le quedaba escapando de sus pulmones, sintió fuego destellar a través de la parte posterior de su cabeza en el impacto, y luego la luz cegadora del desierto se volvió misericordiosamente negra.

Capítulo 30

Mientras Jace despertó gradualmente una armada de dolores y molestias asediaron su cuerpo, su primer pensamiento fue preguntarse si debería sorprenderse de que aún vivía. Decidió que no valía la pena el esfuerzo y entreabrió los párpados.

Yacía sobre un camastro de paja vieja, sus agujas hundiéndose desagradablemente. Salvo por sus pantalones estaba desnudo y tan malamente aporreado y golpeado que se veía como si hubiera estado

rodando sobre pintura púrpura. Un costado de su habitación actual era una pared sólida de metal; gruesos barrotes de una aleación gris mate formaban los otros tres. La celda no tenía otras características aparte del camastro y de un orinal resquebrajado de arcilla. Ni siquiera podía ver una puerta obvia, cerrada o de otra forma.

Probablemente el lugar también debía oler mal pero por encima de su propio sudor rancio él no pudo decirlo.

La celda misma se hallaba en un extremo de una gran cámara de metal, igualmente monótona, con una sola puerta pesada en la pared del fondo. Jace estaba bastante seguro de que se hallaba en algún lugar dentro del santuario de Tezzeret, pero más allá de eso no pudo estar seguro de una condenada cosa.

Se puso en pie con una serie de dolorosos gruñidos, se tambaleó y golpeó con un nudillo sobre un barrote. Sólido, muy sólido, pero no tan frío como él hubiera esperado. No era eterium pero tampoco era de hierro o acero típico.

Obviamente Tezzeret no habría sido ni remotamente tan estúpido como para tratar de encerrar a un caminante de planos en una celda normal, ¿verdad?

Sólo para estar seguro y porque él se sentía como si al menos debería hacer el esfuerzo, Jace invocó su voluntad, para caminar por los planos, para lanzar un hechizo, para hacer algo.

Nada. El bien podría no haber albergado ninguna Chispa en absoluto, bien podría no haber oído nunca hablar de magia o maná.

"Ah, excelente. ¡Estás despierto!"

La puerta se abrió sin un susurro y Baltrice quedó enmarcada dentro. Se paseó por la celda, llevando quizás la sonrisa más cruel que Jace nunca recordaba haber visto.

"Fascinante, ¿no te parece?" dijo ella dando toquecitos a los barrotes con la dagamaná de Jace antes de volver a poner el arma en su propia cintura. "Otro pequeño secreto que nosotros, eem, tomamos de la Iglesia del Alma Encarnada. Los barrotes están encantados para absorber maná. En su interior, a efectos prácticos, la magia no existe."

El levantó su nariz hacia ella, cruzando los brazos sobre su pecho desnudo. Ella dio una risita y apuntó un dedo hacia la pared de su izquierda. El metal brilló, parpadeó, y el rostro de Tezzeret apareció.

"¿Por qué estoy vivo?" preguntó Jace sin rodeos, negándose a darle al bastardo un momento para regodearse.

Tezzeret simplemente se quedó con una expresión pensativa. "Creo que ya te he explicado en ocasiones anteriores lo mal que yo tomo la traición, ¿no es así?"

Jace puso los ojos en blanco en señal de fastidio.

"Estás vivo," dijo el artífice, "en parte porque quiero darte un poco de tiempo para que comprendas verdaderamente lo más profundo de mi decepción... pero sobre todo porque necesito unos meses para completar mis arreglos para ti. ¿Sabes?, Beleren, como yo ya me las he arreglado para atraparte con vida he decidido que

tus talentos son demasiado valiosos como para desperdiciarlos. Leer la mente es, de verdad, un bien muy preciado."

"Así que si yo no puedo confiar en que un agente lleve a cabo esas tareas para mí simplemente voy a tener que construir un dispositivo para hacerlo. Un artefacto que preservará y manipulará las partes de tu cerebro que permitirán tales maravillas."

Jace, a su pesar, sintió la necesidad de retroceder de la imagen en la pared.

"Yo diría que," dijo el artífice con una sonrisa aceitosa, "si construyo el dispositivo adecuado puedo retener suficiente de tu personalidad para que permanezcas consciente y sabiendo de lo que te ha pasado, sin la más mínima capacidad para hacer algo al respecto."

Baltrice puso su rostro entre las barras, disfrutando del miedo de su cautivo, sin importar lo mucho que él trató de ocultarlo.

"Seguramente tratarás de escapar," dijo Tezzeret con total naturalidad como si fuera una conclusión inevitable. "Y fallarás. Aunque encuentres una manera de pasar más allá de los barrotes yo te he envenenado mientras estabas inconsciente. Es una extraña toxina que por ahora esta inactiva gracias a la falta de magia en esa celda. Sin embargo, da un paso más allá de los barrotes y te hallarás tan enfermo como para casi estar muerto en cuestión de minutos." La imagen se encogió de hombros. "Saldrá de tu sistema en unos pocos meses por medio de la metabolización pero imagino que voy a tener nuevos alojamientos listos para entonces."

Él asintió hacia Baltrice y la imagen desapareció de la pared. Ella sonrió en anticipación, alborozada de como Jace comenzó a temblar abiertamente. "Mientras tanto," se regocijó ella, "el jefe me ha dicho que hasta que esté listo para cortarte en pedazos, siempre y cuando yo no cause ningún daño permanente… ¡tú eres mío!"

Llamas estallaron en los tres lados abiertos de la celda, a centímetros más allá de los barrotes encantados, y si la magia no podía penetrar la claustrofóbica prisión, el calor y el humo si pudo. Jace retrocedió, levantando los brazos para protegerse el rostro. Su piel quedó llena de ampollas, sus pulmones clamaron por aire, pero él juró, él juró, que no gritaría.

Fue un juramento que logró mantener durante casi un minuto.

* * * * *

Jace perdió la noción del tiempo, allí, en ese purgatorio hecho por el hombre. ¿Cuánto tiempo de un tirón se le era dejado solo, sucio y hambriento, preguntándose si la próxima vez que la puerta se abriera sería la última? ¿Cuántas veces tembló cuando la puerta se abrió de verdad, antes de saber si era un criado trayéndole gachas y agua o Baltrice ansiosa por otra de sus "sesiones"?

Las luces de la cámara ni se atenuaban ni se iluminaban. La consistencia de la comida nunca cambiaba. Jace durmió a ratos, sin saber nunca cuánto tiempo, sin saber si volvería a despertar, o incluso si quisiera. Su pelo se puso frágil y quebradizo donde los

bordes se habían quemado, su piel carbonizada en manchas y parches, algunas de las cuales quizás nunca volverían a sanar completamente.

Y Jace soportó, ¿por qué que otra cosa hubiera podido hacer?

Podrían haber sido días, entonces, o posiblemente semanas, cuando la puerta al mundo exterior se abrió una vez más y no fue ni Baltrice ni el siervo portando comida el que entró.

"Hola, Jace."

"¡Lárgate de aquí!" le exigió Jace con su voz ronca por el humo y los gritos.

Liliana dejó que la puerta se cerrara detrás de ella. Tentativamente, como si cada paso le doliera, se trasladó a través de la habitación hasta que estuvo apenas a un brazo de los barrotes.

"Siento no haber venido antes," le dijo ella con su voz tranquila. "Le dije a Tezzeret que yo estaba tratando de entregarte a él pero hizo falta algo de tiempo para que él comenzara incluso a confiar en mí, incluso después de darme sus condenados elixires de verdad. Así las cosas él me está 'dejando quedar' mientras discutimos mi futuro lugar en el Consorcio sobre todo para que pueda vigilarme."

"O te vas," gruñó el prisionero flexionando los dedos "o das un paso más cerca."

"¡Maldita sea Jace! ¡Ellos van a matarte!"

"Así me han dicho. ¿Viniste a ver?"

"¡He venido a sacarte idiota!"

Por primera vez en quién sabe cuánto tiempo Jace rió. Rió hasta que sus pulmones maltratados no pudieron más y se desplomó contra los barrotes en un ataque de asfixia.

"Por supuesto," jadeó él cuando por fin pudo volver a hablar. "Porque me has ayudado tanto hasta este punto."

"¡Lo he hecho!" insistió ella con el rostro angustiado. "¿Cuántas veces nos hemos salvado la vida uno al otro Jace? ¿Cuántas veces habrías muerto hasta ahora si no fuera por mí?"

"¿Y eso que bien me ha hecho?" murmuró él, pero no pudo negar el punto. "¿De verdad quieres ayudarme a escapar?"

"¡Sí!"

"¿Por qué?"

"Porque no quiero verte pasar a través de lo que ellos están planeando hacer contigo."

Jace negó con la cabeza. "No. No, Liliana, tú ya no tienes que jugar esa carta nunca más."

"¿Aunque fuera verdad?"

"No. Yo quiero la verdad. Toda ella. Quiero saber por qué... no sólo por qué quieres ayudarme a escapar, sino por qué todo esto." Jace cruzó los brazos y dio un paso atrás de los barrotes. "De lo contrario no veo ninguna razón para irme de este encantador establecimiento."

La mandíbula de Liliana cayó. "Estás bromeando."

"No, no lo estoy." Su tono no dejó ninguna duda, ninguna duda en absoluta, de que hablaba en serio. "¿Este infierno en el que estoy,

Liliana? No es nada comparado con lo que tú me hiciste pasar. Así que si tú esperas que confíe en ti incluso después de que me saques de aquí, que crea en que este no es otro truco, tendrás que convencerme." El miró de manera significativa a la puerta detrás de ella y luego a la pared donde había aparecido la imagen de Tezzeret. "Y supongo," continuó él, "que no tienes un tiempo indefinido."

Ella suspiró. "No, pero tengo algo. Tezzeret y Baltrice están fuera de este mundo y los guardias delante de la puerta están poseídos. Una vez que los libere no recordarán que yo estuve alguna vez aquí."

"Muy bien Jace." Ella se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas delante de la celda. Jace hizo lo mismo después de un instante, esperando expectante.

"Yo nunca hice nada," comenzó ella en voz baja mirando hacia el suelo, "que no hubiera tenido que hacer."

De nuevo Jace se encontró riendo y riendo aún más fuerte ante la expresión de dolor que cruzó por el rostro de ella. "¿Y dónde caen la traición y el asesinato en la lista de necesidades, Liliana?" le preguntó.

"¿Y tú que sabes?" le espetó ella poniendo rígido todo su cuerpo. "¡Para ti todo es tan fácil, Jace! ¿Cuándo fue que tú te esforzaste para ganar algo? ¿Tu habilidad para leer mentes? Tú solo descubriste que podías hacer eso. ¿Tu dinero? ¡Chantajeaste a ricos idiotas hasta que Tezzeret dejó caer una oportunidad en tu regazo! Algunos de nosotros hemos tenido que luchar durante mucho tiempo para obtener lo que hemos ganado."

"Oh, por favor," se burló Jace. "¿Tú eres, qué, tal vez uno o dos años mayor que yo? No creo que hayas estado mucho tiempo luchando."

"Te llevo por lo menos unos cien años," susurró Liliana.

Jace abrió la boca para negar la posibilidad y luego se quedó inmóvil al ver la expresión en su rostro. "¿Cómo?" preguntó en un susurro ronco. "¡Hasta los archimagos envejecen y tú no eres un archimago!"

"Alguien me hizo una mejor oferta." Sus labios se torcieron en una débil sonrisa burlona.

Y cuando ella dijo eso Jace lo supo. "Has hecho un trato con algo," respondió respirando, sacudido hasta la médula de su ser. "¡Maldita sea, Liliana, yo he hecho algunas cosas estúpidas en mi vida, pero tú...!" Él negó con la cabeza. "¿Un demonio?" preguntó él recordando la reacción de ella en Grixis.

"Cuatro de ellos," le dijo ella. "Cuatro demonios, cuatro ofertas. Jace, tú no puedes imaginarte lo que ellos me ofrecieron..." Ella aflojó conscientemente sus puños, que había levantado por su propia voluntad mientras había hablado. "No importa," dijo. "Quiénes eran, por qué lo hice. El punto es que yo era joven, fui estúpida, y lo hice."

"Y déjame adivinar," dijo Jace con su mente acelerando. "Vencimiento de pago."

"Aún no. Pronto, sin embargo." Ella se estremeció. "No tienes idea de las cosas terribles que ellos me exigieron con el fin de mantener mis magias... y mi alma."

"¿Cosas terribles?" se burló Jace. "¿Peor que, em, digamos, traicionar al hombre que dices amar y, a continuación, conspirar para matar a sus amigos?"

"Sí," le dijo ella sin dudarlo.

Jace se puso de pie y caminó por la celda, la paja chamuscada crujiendo y desmenuzándose debajo de sus pies descalzos. Ella lo observó en silencio.

"¿Qué tiene esto que ver conmigo?" finalmente exigió. "¿Acaso tuvo algo que ver conmigo?"

"El Consorcio," dijo simplemente ella. "Yo necesito una salida y el Consorcio tiene los recursos para ayudarme a encontrarla... si es que logro tomar el control. O si tengo suficiente influencia sobre el que está al mando."

La boca de Jace se movió. No, él no se lo tragó. Los planes de ella eran demasiado complejos, su necesidad demasiado inmediata, apostar todo en una organización que podría ayudarla a encontrar una respuesta.

Pero él eligió no presionar en ese momento. Primero había otras respuestas que buscaba... que necesitaba...

"Muy bien," dijo pensativo, repitiendo todo en su mente. "Oíste acerca de mí, de mi salida del Consorcio. Y decidiste que podía hacer lo que era necesario hacer."

Ella asintió. "Aunque yo había pensado que era lo suficientemente fuerte como para acabar con Tezzeret no podía encargarme de él y Baltrice y sus guardias sola. Y no había manera de que yo lo encontrara, de todos modos, o tomara el conocimiento necesario de su mente como para comandar el Consorcio. Pero tú..."

"Correcto. Pero yo, y mi maravilloso don de leer la mente que no ha hecho nada más que joderme una y otra vez durante el último medio decenio de mi vida." La amargura en su voz podría haber cuajado el contenido del orinal detrás de él.

"Así que me buscaste, me encontraste en Lurias... a los pocos días de haber llegado allí debo añadir. ¿Supongo que no te importa decirme cómo? De alguna manera no creo que haya sido algo realmente tan simple como que tus espectros me hallaron en la multitud."

"No." ¿Acaso ella realmente sonó nerviosa?

"Bien. Así que fingiste enamorarte de mí..."

"¡Yo no fingí!" protestó ella pero Jace siguió adelante, ignorándola.

"Lo que le hice a Kallist debe haberte presentado algunos problemas." Dijo Jace frunciendo el ceño. "¿Acaso él tenía que morir, Liliana?"

"No había esperado eso," dijo ella y Jace supo que lo había dicho de verdad. "Pero cuando el hechizo no se invirtió yo no vi ninguna otra opción."

"Lo mismo que tuviste que hacer con todo lo demás," tiró él. "Pero bien. Todo lo demás se trató de asegurarte de que yo no tuviera más remedio que enfrentarme a Tezzeret, ¿no? La primera vez le dijiste a Paldor que yo estaba viviendo en el Distrito Lurias. Allí fue cuando él envió a Gemreth y a los otros. Así que ¿por qué no se lo dijiste de nuevo por segunda vez? ¿Por qué pasaste por Semner?"

"Porque..."

"Ah, cierto. Porque necesitabas que yo fuera yo y no podías correr el riesgo que el Consorcio enviara a alguien que me pudiera matar de verdad antes de que sucediera eso. Me necesitabas para que tratara de 'salvar a Jace,' para que pudiera volver a ser yo."

Liliana asintió con tristeza. "Cuando Kallist fue 'tú' él tenía muchas de tus magias pero no todas ellas. Y aunque lo hubiera hecho no tenía su Chispa. Tenía que ser el verdadero tú."

"Para que Tezzeret creyera que yo estaba detrás de él, que yo creyera que él estaba detrás de mí. Cada vez que él me perdió la pista tú le señalaste en la dirección correcta, ¿verdad? Cada vez que yo traté de alejarme de la lucha tú discutiste conmigo para que hiciera lo contrario. Y cada vez que él estuvo a punto de matarme tú luchaste por asegurarte de que no sucediera."

"Esa no fue la única razón," dijo ella con otro suspiro. "Pero sí."

"Y," añadió él con una súbita revelación, "ahora que todo se ha ido al infierno tuviste que endilgarme todas las sospechas sobre mí y engañarlo para que confíe en ti. Entonces, ¿qué historia le contaste exactamente?"

"Que el espíritu que tú usaste para rastrearlo hasta aquí fue tuyo, no mío, y que yo decidí que era más seguro venir contigo y tratar de entregarte a él en lugar de correr el riesgo de confrontarte por mi cuenta." Ella sonrió débilmente. "No es la historia más creíble que digamos pero como su elixir de la verdad no me obligó a cambiarla..."

"Y eso sería ¿por qué? No, espera. Por la misma razón por la que yo no pude leer nada de esto en tu mente cuando nos conocimos. ¿Me quieres explicar cómo es eso posible?"

"No, eso no te lo diré."

"Sé que no pudiste haberlo hecho por ti sola Liliana. Tú eres poderosa pero no eres una maga mental. ¿Quién te ayudó?"

"No."

Jace frunció el ceño pero lo dejó pasar. "Así que si has logrado mantenerte limpia por todo esto, ¿por qué me ayudarás a escapar ahora?"

"Porque yo no quiero verte sufrir por lo que van a hacer contigo." Y entonces, al ver la expresión de él, ella estrelló una palma contra el suelo. "Lo digo en serio Jace. Yo realmente me preocupo por ti. No voy a fingir que eso va a detenerme de hacer lo que tengo que hacer pero de todos modos es verdad."

"Digamos que yo creo eso," respondió Jace y él se sorprendió al darse cuenta de que quería creerlo. "¿Cuál es la otra razón?"

"¡Porque he llegado demasiado cerca de rendirme!" Liliana se inclinó, sus ojos de repente brillantes. "¡Nosotros todavía podemos ganar!"

Jace negó con la cabeza. "Estás loca."

"¡No, piensa en ello! ¡El no esperará un segundo ataque, no de ti!"

"¡Yo no puedo vencerlo, maldita sea!" El se encontró agarrando los barrotes, sin saber realmente cuando se había estirado hacia ellos.

"Es verdad. Solo no podrás," susurró ella.

"¿Tú? ¿Entonces quien se encarga de Baltrice y los guardias?"

"No, yo no me refería a mi. Buscamos ayuda Jace."

"¿Y quién podría ayu...? ¡Tú no hablas en serio!"

"¿Tienes una idea mejor? Todo lo que tenemos que hacer es conseguir que Tezzeret vaya a Grixis."

"Oh, ¿eso es todo?"

"¿No es suficiente con que te odie? Si él piensa que estás escapando te seguirá a cualquier lugar. ¡Y si se da cuenta de que estás yendo a Grixis él se verá mucho más desesperado por detenerte! Él sabe tan bien como nosotros que no puede hacer frente a tí y a Bolas."

Jace sólo pudo mirar. "¿Aunque resulte tan fácil de verdad crees que Nicol Bolas interferiría?"

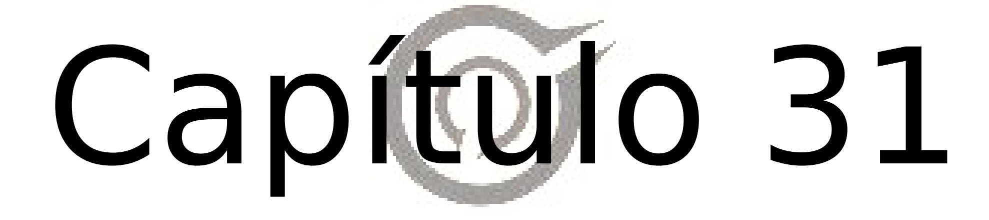
"Él nos ha ayudado antes. Puede que tengamos que llegar a un acuerdo pero creo que valdría la pena, ¿no?"

Entonces eso fue todo. Todo lo que él necesitó para entenderlo todo. Jace casi pudo oír la última pieza del rompecabezas haciendo clic en su lugar en su mente.

Por supuesto. El Consorcio no era su *premio*, eso no podía liberarla de su deuda; *era su pago*, su pago *al único* que podría ayudarla.

Y en ese momento él supo lo que tenía que hacer.

"Si vamos a probar esto de verdad," le dijo él pensativo, "primero hay algunas cosas que quiero que averigües."



Capítulo 31

Fue unos pocos días más tarde, por lo que Jace pudo decir, cuando Liliana regresó. El había sufrido a través de una única "sesión" con Baltrice en el ínterin; sin duda debía estar ocupada.

"Tenemos menos tiempo de lo que esperaba," dijo Liliana cuando la puerta se volvió a cerrar tras ella. "El terrible dúo está llevando a cabo algún tipo de experimento pero no sé cuánto tiempo los mantendrá ocupados."

Jace se esforzó para ponerse de pie, haciendo caso omiso de los dolores de sus quemaduras más recientes y arrastrando los pies a través de la celda.

"Pensé que íbamos a esperar hasta que ellos volvieran a estar fuera de este mundo."

Liliana negó con la cabeza y dejó un gran bulto en el suelo cerca de los barrotes. "No creo que podamos Jace. Creo que están cerca de terminar."

El no necesitó que ella completara la idea para volver a sentirse temblar ante los planes de Tezzeret. "Entonces supongo que será mejor que nos demos prisa," dijo con voz temblorosa.

Sin embargo, a pesar de que tenía sus nervios de punta, él no pudo evitar sonreír mientras Liliana empezó a desenvolver el paquete y reconoció el manto igualmente deshilachado que había servido como envoltorio. Ella levantó su mirada a su expresión y sonrió a su vez; por un momento eso fue casi suficiente como para hacerle olvidar que más que barrotes se interponían ahora entre ellos.

Liliana, con sus movimientos rápidos pero precisos, colocó una serie de raros dispositivos cerca de la celda pero no directamente al lado de ella.

"¿Los guardias no echarán de menos esos?" preguntó Jace.

La sonrisa de ella se volvió desagradable. "Los guardias tienen problemas más grandes en este momento." En el momento justo la puerta se abrió y un cuarteto de los soldados de Tezzeret acudió arrastrando los pies en la habitación. Jace apenas tuvo que ver hacia donde estaban para darse cuenta que ya estaban muertos.

"Esferas Infinitas," dijo ella no dando tiempo para más preguntas y levantó un par de pequeños orbes oscuros. "Es lo que él utilizó para seguirte cuando intentaste tu 'retirada táctica.' Entiendo que él comenzó a trabajar en ellas después de que ustedes dos tuvieron problemas para escapar de los berserkers de Bolas unos años atrás."

Jace asintió, recordando lo cerca que ambos habían estado de morir ese día.

"Por lo que sé," continuó ella, "están hechas de una filigrana de eterium, tan fuertemente apretada que casi está fundida. Esto ofrece una gran cantidad de energía que uno normalmente obtendría después de concentrarse en el mundo que le rodea por lo que no hay necesidad de gastar más que unos pocos segundos de concentración. Es más fácil para Tezzeret, gracias a su brazo de eterium, pero también deberían funcionar para nosotros."

"Práctico."

Ella asintió y luego las hizo a un lado. Francamente ella todavía no estaba segura de que él viviría lo suficiente como para necesitarlas. Liliana levantó otro de sus premios, un extraño artilugio de tubos y tuberías, y lo puso junto a la celda.

"¿Eso es todo?" preguntó él. "Se parece a un tubo de agua Izzet."

Liliana dio una risita. "Tal vez. Pero sí, eso es todo. Hay suficiente maná almacenado aquí para ayudarte a recuperarte si..." Ella suspiró. "Jace, ¿estás seguro de que esto es una buena idea? Hay una razón por la que yo no invoco esas cosas, ¿sabes? Son muy difíciles de controlar."

"Estoy seguro de que es una pésima idea," respondió él. "Pero a menos que tú puedas encontrar algo en ese arsenal que se vea como un antídoto para el veneno Quédate Exactamente Donde Estás de Tezzeret..."

Ella negó con la cabeza.

"Entonces esa es la única idea que tengo," concluyó él.

"Muy bien," susurró Liliana. "Entonces acabemos de una vez."

Los cuatro zombis avanzaron ante su orden silenciosa, uno sacando una pesada cadena que habían recogido en otro lugar del complejo. Como los muertos vivientes no podían colocar ni un solo dedo entre los barrotes sin caer inertes Liliana le pasó el extremo de la cadena a Jace, quien la enrolló alrededor de dos de los barrotes y se la volvió a dar. Los zombis levantaron ambos extremos, retrocedieron, y empezaron a torcer.

Jace retrocedió tanto como las paredes de la celda se lo permitieron, agazapándose en una esquina y levantando los brazos para protegerse el rostro de cualquier tipo de escombros. Liliana se movió detrás de los zombis, murmurando en voz baja, exhortándoles a que dieran su mayor esfuerzo.

Un agudo chillido resonó en toda la cámara y partículas de metal cayeron hacia la tierra donde la cadena frotó contra los barrotes. Los zombis, incansables e increíblemente fuertes, continuaron torciendo.

"¿Estamos seguros de que no hay alarma?" preguntó Jace gritando por encima del creciente chillido.

"¿Importaría?" respondió Liliana.

Supongo que no, pensó Jace. El sólo pudo esperar, con Tezzeret y Baltrice ocupados en el laboratorio y los guardias fuera de

la celda ya fallecidos, que nadie estaría en condiciones de escucharla si había alguna.

Un segundo tono igualmente ensordecedor se unió al primero cuando limaduras se escurrieron de los huecos en donde se alojaban los barrotes. Estos comenzaron, algo débilmente, a temblar.

Y entonces los zombis cayeron hacia atrás cuando uno de los eslabones de la cadena se abrió de golpe. Jace y Liliana se tomaron un momento para recolocar uno de los tramos más cortos y los esfuerzos de los no-muertos continuaron.

Hicieron falta sólo unos minutos más. Con un último sonido ensordecedor más los dos barrotes se doblaron hacia adentro y se soltaron de sus uniones. Jace estaba libre.

Algo así.

Pálido y sudoroso (no de la toxina porque él aún no había salido de la celda sino por la noción de lo que tenía que suceder después) Jace se obligó a quedarse al lado del hueco sin llegar a pasar a través. Se puso cuidadosamente en cuclillas y extendió su brazo izquierdo.

Los zombis se pusieron a su lado, lo más cerca que pudieron llegar, listos para sacarlo.

"Hazlo," dijo él respirando.

Liliana comenzó a cantar, una letanía no tan profunda pero de alguna manera mucho más siniestra que la que ella solía usar para llamar a sus esbirros espectrales. El aire a su lado se cubrió, llenándose de una niebla débilmente luminiscente, y una vez más los tatuajes rúnicos brotaron en su espalda y su cuello. El aire quieto de la cámara se puso húmedo e incómodamente frío.



La niebla desapareció entre un parpadeo y el siguiente y en su lugar se halló un hombre alto. De cabello oscuro y bien afeitado estaba vestido con una túnica formal, chaleco, y polainas que podrían haber sido la última moda en la Ravnica del siglo pasado. Volvió su mirada penetrante a Liliana y por un momento se quedaron trenzados en lo que Jace sólo pudo suponer fue una batalla de voluntades hasta que finalmente él hizo una reverencia torciendo su boca en una mueca desdeñosa.

La nigromante giró hacia Jace y reconoció el mensaje tácito. Última oportunidad de volver atrás.

"Hazlo," volvió a decir él con voz firme.

Liliana asintió, una vez hacia él, una vez hacia el recién llegado. Él sonrió ampliamente, mostrando una boca llena de colmillos que se alargó incluso mientras ella observó.

Jace tembló violentamente cuando el vampiro presionó su boca contra su brazo y empezó a beber con glotonería de su sangre contaminada.

* * * * *

"¿Jace?"

El se sintió flotando, envuelto en la oscuridad más suave de todas, lejos de los dolores y los temores de la luz. Flotó en los límites, no entre la vigilia y el sueño, sino en el filo de algo más grande, algo más profundo que el sueño. La cosa le cantó con la voz de un millar de sirenas, una llamada mucho más fácil de prestarle atención que de resistirse.

"¡Maldita sea, Jace! ¡Quédate conmigo!"

El trató de no escuchar las palabras, de no conocer la voz. Pero esta le molestó, incluso por encima de las órdenes de descansar que le daba la oscuridad.

Eso era correcto; había algo que él tenía que hacer.

Jace abrió los ojos e incluso eso fue una victoria monumental. Sintió su cuerpo pesando como plomo, sus pensamientos sumidos en un doloroso letargo, e incluso los latidos de su corazón se sentían más lentos. Ya no sentía los labios ni los dientes de la horrible criatura en su brazo pero cuando se obligó a mirar y asegurarse todo lo que pudo ver fue la palidez cadavérica de su propia piel.

Lo cual tenía verdadero sentido dado que actualmente él carecía de bastante sangre. Por ninguna razón Jace encontró histérica la noción pero lo único que pudo pronunciar fue una sola risita.

Liliana frunció el ceño, aunque no pudo ocultar su alivio de que él no acababa de morir sobre ella. Moviéndose rápidamente presionó el mayor de los tubos del artefacto sobre su rostro. Jace tosió una vez cuando un extraño vapor que no era en realidad vapor cubrió su cuerpo, impregnando sus pulmones. Sintió una fuerza creciendo en su interior, una potencia que no se había dado cuenta conscientemente de que estaba perdiendo.

Pero solo fue un vigor del espíritu, no del cuerpo. Aunque el maná infundió su alma la languidez en sus extremidades se negó a desaparecer. Él fue capaz de, apenas, girar la cabeza y se dio cuenta, por primera vez, que los zombis lo habían sacado de la celda mientras había estado inconciente, pero nada más.

"Oh, sí, esta fue una gran idea," se quejó Liliana. "¡Siempre y cuando Tezzeret trastabille accidentalmente y caiga sobre algo afilado lo tenemos donde lo queremos!"

"Estoy tan contento... de no tener la fuerza... para fingir reírme." Dijo Jace y cerró los ojos.

"¿Estás seguro que tú…?"

"No. Cállate."

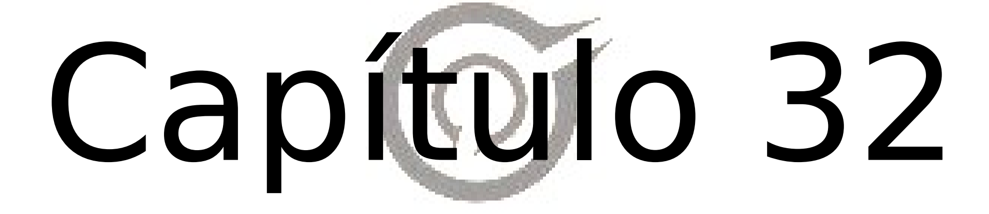
Liliana lo fulminó con la mirada, o al menos él asumió eso, aunque él no abrió los ojos para chequearlo. Dejó que la oscuridad y el silencio lo volvieran a bañar, no para caer en ella como casi lo había hecho sino para borrar las distracciones, el dolor persistente, el sonido de su dificultosa respiración.

Con cuidado, como si temiera que sus pensamientos se derrumbaran si él no los apilaba bien, arrojó su mente de vuelta a la casa de Emmara en Ravnica. Como lo había hecho entonces se esforzó por recordar la sensación de sus magias, el calor que inundó su cuerpo ante el toque sanador de la elfa, las llanuras que parecían interminables que corrían por debajo de Ovitzia donde él había pasado recientemente tanto tiempo. Le dio vueltas a eso en su mente, examinando la sensación, ahondando en ella, obligándola a convertirla en real, más real que el frío suelo debajo de él, que las quemaduras que habían transformado su cuerpo en un mapa del sufrimiento, que la debilidad que el vampiro había dejado en el lugar de su sangre robada.

La primera y única vez que Jace había hecho esto antes apenas había sentido un temblor en sus heridas antes de que decayera su concentración. Pero esta vez él tuvo que literalmente arrastrarse a sí mismo de la puerta de la muerte; regenerar una pérdida de sangre que debería, por todos los derechos, ya haberlo matado.

Y luego él se iba a encargar de nuevo de Tezzeret.

Jace se permitió romper la concentración sólo el tiempo suficiente como para preguntarse si podría curarse a sí mismo de su evidente locura mientras estaba en ello; y luego inclinó hasta el último pedacito de su voluntad a una tarea que él supo que no debería ser capaz de realizar, pero que no podía permitirse el lujo de fallar.



Capítulo 32

El laboratorio no era ni una habitación ni un complejo de habitaciones sino una red de muchos niveles de tuberías y tubos que, en varios puntos, formaban pisos y huecos en los que la gente podía trabajar. Humo y arcos de maná puro, en una peculiar variedad de colores y aromas picantes, flotaban entre los pilares y esferas que emitían extrañas auras multicolores. Toda la cámara tenía un fuerte olor a ozono y al entrar por una de sus muchas puertas, o subir de nivel en nivel, uno tenía que tener cuidado de donde meter las manos no sea que las encontrara violentamente sacudidas.

Tezzeret mismo, por supuesto, usaba solo su voluntad para darle órdenes a las diversas salientes para que levantaran y le llevaran dondequiera que necesitaba ir. En ese momento estaba de pie en una de esas "salas de trabajo" huecas, con Baltrice a su lado, mientras le daba vueltas una y otra vez a su creación en sus manos, inspeccionándola por impurezas.

"Allí, si me haces el favor," dijo él señalando a una áspera hendidura. Ella asintió, se puso tensa en breve concentración, y chispas volaron mientras el metal se soldó.

"Suficiente. Creo que mas que eso no podemos hacer."

Baltrice frunció el ceño ante el pronunciamiento. "¿En serio?" Extendió la mano y tocó las muchas protuberancias delgadas, luego el depósito de vidrio lleno de un viscoso líquido verde. "A mí no me parece tan firme jefe."

"Yo no lo llevaría a la batalla," dijo él en señal de acuerdo, "pero servirá hasta que pueda idear una versión más portátil. Primero vamos a necesitar un cerebro en donde probarlo, por supuesto, pero si no hay fallas imprevistas creo que Beleren está a punto de encontrarse a sí mismo moviéndose en extremidades ligeramente más pequeñas."

Baltrice rió, un sonido que se transformó bruscamente en un grito de dolor cuando el depósito esférico se hizo añicos, rociando fragmentos de vidrio y sus contenidos cáusticos a través de su piel. Luchó por limpiar sus ojos con una manga mientras Tezzeret, completamente desconcertado, miró boquiabierto las ruinas de su creación.

Y su mirada se hizo más amplia aún, su mandíbula cayendo en holgado asombro, cuando la dagamaná se desprendió del cinturón de Baltrice. El arma, llevada en alto por un draco del tamaño de una rata, se disparó hacia arriba entre la preponderancia de tubos. Observó a la criatura elevándose, observó hasta que dejó caer el arma suavemente en las manos de ¡un hombre que no podía estar allí!

"Creo que esto es mío," gritó Jace desde el nivel superior. Vestido con botas y cueros robados a uno de los guardias de Tezzeret y su propio manto azul hecho jirones, se irguió sobre ellos como un fantasma vengativo y durante largos segundos el artífice sólo pudo

asumir que de verdad lo fue. *¡El no podría haber escapado con vida de su celda! ¡Él no podría!*



Pero no, él vio las quemaduras persistentes en el cuello de Beleren, en el brazo que se había extendido para arrebatar la daga del aire; vio al leedor de mentes haciendo una mueca de dolor mientras se movió.

La incredulidad de Tezzeret despareció bajo el calor de una terrible ira volcánica. Todo su cuerpo se estremeció y se sintió como si ni siquiera pudiera tomar aliento.

Y entonces el pequeño hijo de puta le hizo señas y sacó una condenada Esfera Infinita de algún lugar bajo la manga. Esta tititló una vez, dos veces, sintonizándose a sí misma a los latidos del corazón de su portador, y entonces Beleren simplemente desapareció, nada más que un par de jirones de vapor de maná para mostrar que él había estado presente después de todo.

El grito de rabia de Tezzeret fue bestial, ininteligible. Empujó a Baltrice a un lado, golpeándola contra la pared más cercana mientras se lanzó a través del cuarto hacia su cinturón con bolsillos, que se había sacado durante el curso de su trabajo. "¡Sígueme cuando puedas!" le dijo a ella con dientes apretados, sacando otra esfera de un bolsillo y casi aplastándola en su puño prostético.

Baltrice maldijo vilmente mientras él desapareció, luchando por ponerse en pie y parpadeando para despejar lo último que quedaba de la mugre. Le llevaría más tiempo llegar al arsenal y apoderarse de una de las últimas esferas de lo que sería el sólo caminar por los planos por sus propios medios; afortunadamente todavía sería capaz de seguirlo en el momento en que ella llegara a las Eternidades.

Sin embargo, apenas había comenzado sus concentraciones, que algo negro surgió de la pared y pasó a través de su cuerpo. Su toque pudrió la carne, marchitó los bordes de su alma. Baltrice cayó

sobre una rodilla, gritando hasta que ella pensó que su garganta sangraría.

"¿A dónde crees que vas?" preguntó Liliana desde arriba, parada donde Jace había desaparecido.

Baltrice la miró boquiabierta, fuego escurriéndose de sus ojos y entre los dedos de su puño cerrado. "¡Traidora!"

"No tienes ni idea," susurró la nigromante.

Baltrice se lanzó hacia arriba, llevada en alto por alas y chorros de fuego.

Liliana, envuelta en un aura de las magias más negras de todas, impulsada por el toque de una docena de fantasmas, se arrojó a su encuentro.

* * * * *

Tezzeret apareció en las Eternidades Ciegas, colores y probabilidades arremolinándose alrededor de sus pies, mezclándose para formar sueños líquidos. Se arrodilló en la sustancia irreal, brillando con la energía contenida, mientras buscó el rastro de su presa. Beleren no podía haber ido muy lejos, ni siquiera teniendo en cuenta la extraña tartamudez y omisión del tiempo allí en el vacío; el rastro de su Chispa aún debía ser visible, si él solo pudiera encontrar su extremo.

Y ahí estaba, una estela de éter disolviéndose lentamente en la esencia circundante, una cinta parpadeante de fuego líquido.

Tezzeret parpadeó. Aquello no conducía fuera de la inmensidad de las Eternidades, como él había esperado, sino que se curvaba casi como si...

Jace Beleren, dando un grito no escuchado en el golpeteo de los vientos Eternos, se estrelló contra Tezzeret desde atrás, todo su cuerpo flotando con magias. Ellos dejaron instantáneamente detrás la capa de luz que marcó el fin del mundo, impulsados por la sola voluntad de Jace a través de enormes imposibilidades donde incluso la dirección y la gravedad eran asuntos de un simple deseo. Se golpearon el uno al otro, con ráfagas de poder desenfocado que podrían, dentro de los límites de la realidad convencional, haber tomado la forma de hechizos pero que allí fueron poco más que energías primordiales quemando la carne y la mente y el alma. Se golpearon el uno al otro con una pura intención malévola, todas sus nociones deformando las corrientes del azar en torno a ellos en cuchillas dando puñaladas y espinas venenosas. Y se golpearon el uno al otro con puños y rodillas y codos, una pareja de luchadores rodando entre los planos.

Formas imposibles de vida surgieron allí donde la sangre y la esencia sobrenatural se derramó de sus heridas, criaturas que no sabrían y no podrían existir en ningún mundo cuerdo, y que murieron igual de rápidamente, desgarradas por las corrientes de las Eternidades Ciegas.

Y en el tiempo que no era tiempo ellos estaban allí.

Colores pasaron a toda velocidad mientras ellos se hundieron a través de las fronteras exteriores de otro mundo, apareciendo altos en el aire a través de una espesa arboleda. La pareja de luchadores, aún lanzándose puñetazos y hechizos menores de los que su concentración le hizo ser capaz, cayó en picada hacia la tierra, estrellándose a través de una decena de musgos y ramas. Finalmente se detuvieron bruscamente en un pantano poco profundo bajo las ramas, separados por el impacto.

Los dos hombres se pusieron de pie, luchando por recuperar el aliento, escupiendo el agua estancada de sus bocas, goteando desde sus extremidades. Jace estaba cubierto de cortes y desgarros, su atuendo robado hecho jirones; los cueros más duros de Tezzeret le habían protegido un poco mejor, aunque gran parte de su cabello había sido quemado y la carne de su brazo izquierdo estaba chamuscada de un rojo intenso por el beso de las magias de Jace.

Jace miró de un lado a otro, tratando de determinar con precisión donde habían aterrizado. Más lejos de lo que había planeado pero aún así (esperó) lo suficientemente cerca. Sus ojos se estrecharon por la concentración y Tezzeret levantó las manos, cruzadas en las muñecas, para repeler cualquier ataque que estaba conjurando, pero nada pasó salvo por un débil resplandor en los ojos de Jace que se desvaneció tan rápido como había estallado.

El artífice sonrió ante la obvia debilidad de su enemigo. Ambos estaban horriblemente golpeados por su dura travesía a través del vacío y sí, Jace había acertado el primer ataque, pero hasta un hombre tan ciego como las Eternidades podría haber visto que Tezzeret seguía siendo el más fuerte. La piel de Jace todavía estaba pálida, sus ojos hundidos y anillados en círculos exhaustos, las quemaduras en su carne todavía lívidas y brillantes. El maná que no había gastado en su huida de la celda hacía mucho que se había vaciado en gran parte por su asalto a su enemigo. Era evidente que le quedaba poca capacidad de recuperación y menos aún para lanzar magia.

"¿Cómo hiciste eso Beleren?" le preguntó Tezzeret, su voz madura con curiosidad. "No deberías haber sido capaz de tocarme en las Eternidades."

Jace, jadeante, levantó la Esfera Infinita, ahora un bulto empañado de chatarra. "Yo sabía que utilizarías una para seguirme, hijo de puta. Me sintonicé a mí mismo a ella tan pronto como entré en las Eternidades y por lo tanto a tí."

La sonrisa de Tezzeret se ensanchó aún, sus labios curvándose como una bestia mostrando sus colmillos. Negó burlonamente con la cabeza. "Brillante, Beleren, absolutamente brillante. Es una pena que me obligues a..."

Él nunca logró decir lo que Jace lo estaba obligando a hacer porque en ese momento el mago más joven golpeó al artífice de lleno en el rostro; no con un hechizo, no con un arma oculta, sino con un terrón de barro pesado que había recogido de debajo del agua mientras se había levantado.

Gruñendo, luchando por limpiar el lodo de su rostro y escupirlo de entre los dientes, Tezzeret se tambaleó. Sintió venir el ataque, oyó los pasos salpicando de Jace, y parpadeó para despejar su visión, justo a tiempo para detener el empuje mortal. El eterium chocó contra el eterium, la mano mecánica contra el filo de la dagamaná. Ambos se miraron a los ojos mientras el metal chirrió y las chispas saltaron, lloviendo sobre la tierra alrededor de ellos.

* * * * *

Una pared entera del laboratorio había desparecido, derretida en escoria por una ráfaga de calor mucho mayor de lo que alguna vez había sido diseñada para soportar. Pedazos de varillas y tubos sobresalían en el amplio agujero, huesos alrededor de una herida abierta, y el aire estaba lleno de humo acre.

En la sala de más allá, en un piso de malla metálica que se inclinó y deformó por debajo de su peso, una gran serpiente de llamas vivas luchó por aplastar la vida de un ángel de alas negras, enroscándose sobre y alrededor de su enemigo, abrasándolo donde lo tocó. El ángel, aunque incapaz de volar, luchó furiosamente, hundiendo los dientes de un tridente una y otra vez en la piel de la serpiente. Cada herida fue una ráfaga de fuego que le quemó aún más. En la base de la cola retorciéndose un trío de espectros se precipitó alrededor, tratando de hundir sus manos mortales a través de las llamas que con su toque chamuscaron incluso sus almas muertas y ennegrecidas.

En la mitad de la sala, en una ancha escalera que se alzaba alta en los niveles superiores, Liliana se agachó sobre los escalones, mirando hacia arriba a través de una nube de humo. Hollín y cenizas recubrían su rostro, el chaleco que una vez había cubierto su túnica era nada más que cenizas, y sostenía su brazo derecho quemado cerca de su pecho. Una energía negra fluía y crepitaba a su alrededor, los restos persistentes de lo que había sido un poderosa aura nigromántica. Arriba, Baltrice se burlaba desde detrás de un escudo de cristalino fuego tan duro como roca.

Liliana estaba bastante segura de que su poder superaba al de Baltrice, sin embargo, la lucha iba mal. Baltrice, a pesar de que carecía de la capacidad de Tezzeret para comandar y controlar las máquinas que componían el gran artefacto, sabía sus entresijos lo suficientemente bien. A sus órdenes los tubos se recalentaban, enviando ráfagas de vapor o metralla para desgarrar la carne de su enemigo. Peor aún, ella sabía cuales de los conductos transportaban los gases infundidos de maná que Tezzeret utilizaba para reponer sus propios poderes, sabían cómo absorberlos con un simple hechizo. Liliana, que sólo pudo luchar para succionar las energías ambientales directamente a través de las paredes, se encontró volviéndose cada vez más débil, mientras que su enemiga, aunque herida profundamente por el toque de cosas muertas e inmortales, siguió fuerte.

Pero Liliana tampoco había terminado. Mientras miró a través del humo, viendo el escudo de fuego de Baltrice crujiendo y dividiéndose al prepararse para arrojar otra lanza de llamas hacia su lugar, susurró una letanía de nombres y retorció los dedos en patrones imposibles. Volvió a pensar en lo que había visto de la monstruosidad mecánica que Baltrice y Tezzeret llamaban hogar.

La nigromante, con un grito final y un estallido de maná inimaginablemente oscuro, introdujo su brazo a través de un agujero retorcido en la pared metálica, desgarrándose horriblemente su piel y derramando un torrente de sangre sobre sus pies. Y hablando a través de esa sangre mientras recubría el metal reluciente ella llamó a los fantasmas de cada hombre y mujer cuya esencia habían sido atada para hacer funcionar la sede del Consorcio y los soltó sobre su enemiga.

* * * * *

Kallist habría estado orgulloso.

Canalizando la última de sus magias en mantener su cansancio a raya, aferrando la dagamaná en un competente si no experto agarre del manejador de un cuchillo de combate, Jace azotó al artífice con una secuencia de veloces ataques relámpago. Tezzeret retrocedió delante de él, parando frenéticamente con su mano mecánica, careciendo incluso de la fracción de segundo que necesitaba para lanzar sus hechizos o recurrir a un arma más efectiva.

La hoja entró y salió, una víbora acometiendo de eterium y encantamientos. Un corte en el rostro, una puñalada en el pecho, un paso cruzado para mantener el ritmo de la retirada de Tezzeret; una nueva cortada, un engaño con el puño izquierdo, una patada en el estómago, un paso más; una retorcida y un giro repentino, un golpe de revés contra la sien del artífice, una puñalada baja hacia las costillas, paso cruzado. Durante estos pocos momentos Jace se basó en todo lo que Kallist le había enseñado, todo lo que pudo recordar de los varios meses de ser Kallist, y permitió que toda su ira y toda su culpa fluyera a través de él. Durante esos momentos el ya no fue un mago sino un derviche de bordes mortales y extremidades aporreantes, obligando a Tezzeret a retroceder cada vez más hasta que los árboles empezaron a ser menos y ellos se encontraron frenados por el pantano cada vez más profundo.

Fue un ritmo castigador, sin embargo, que él no podría mantener y ambos combatientes lo sabían. Su rostro y su túnica estaban empapados de sudor y su respiración salió en esforzados carraspeos. Las paradas desesperadas de Tezzeret se volvieron más suaves y seguras, su retroceso más controlado, mientas el artífice se dio cuenta que todo lo que tenía que hacer era resistir a Beleren un poco más, dejarlo que se agotara, y él tendría al pequeño bastardo completamente a su misericordia.

Y, de hecho, sólo unos latidos más tarde, los ataques de Jace vacilaron. Su brazo hizo un arco demasiado largo, un ataque que se

tardó un instante demás. Tezzeret, con un grito primal, golpeó con la palma abierta en el pecho de Jace, su propia fuerza aumentada por la magia y los mecanismos de su mano. Un par de costillas crujieron por el golpe que levantó a Jace de sus pies y lo envió a toda velocidad hacia atrás sobre la tierra con un chapoteo en el pantano. La dagamaná voló de dedos inertes y aunque Jace hubiera tenido aliento para ponerse en pie habría tenido que luchar para llegar a ella.

"Patético, Beleren." Dijo Tezzeret caminando despreocupadamente hacia él, ahora feliz de tomarse su tiempo.

"Yo mismo... pensé... que fue bastante impresionante," dijo Jace sin aliento entre toses de dolor.

"Oh, tu manejo de la cuchilla fue sorprendente, eso no te lo voy a reprochar." Tezzeret se agachó para encontrarse con la mirada de Jace y levantó la mano para mostrarle cuan estropeado y mellado estaba el filo del metal. "Me llevará un buen rato reparar el daño. Pero en realidad, ¿para qué? Tú deberías haber sabido en el momento en que tu ataque psíquico falló en materializarse que todo había terminado para ti, que sólo estabas retrasando lo inevitable."

Y Jace... Jace sonrió a través del dolor, un brillo ansioso en sus ojos. "Yo no estaba atacando, Tezzeret. Yo estaba negociando."

Entonces Jace, con un dedo inestable y tembloroso, señaló sobre el hombro de Tezzeret. El artífice, con un repentino escalofrío corriendo por su columna vertebral, no pudo dejar de girar la cabeza para mirar.

Apenas visible en las profundidades de las sombras de los cipreses, las casas de los árboles de los hombres rata nezumi se alzaron como dedos estirándose desde la marisma.

"Ellos de verdad que no están muy contentos contigo ahora mismo, Tezzeret," se burló Jace.

El artífice gritó, poniéndose rápidamente sobre sus pies. Todo su cuerpo se tensó en la indecisión mientras trató de elegir entre poner fin a la vida de su enemigo mientras tenía la oportunidad o huir antes de ser superado en número.

No tuvo tiempo para nada.

Raíces negras y vides muertas surgieron de las aguas playas bajo sus pies. Se extendieron a través de la tierra fangosa desde los muchos árboles del pantano sólo para levantarse y envolverse firmemente alrededor de las piernas de Tezzeret. Lo sujetaron fuerte, apretando hasta que su carne se estremeció y su sangre dejó de fluir. Venenos bajaron de nubes pasando y se pulverizaron hacia arriba desde hongos retorciéndose, bañándolo con efluvios tóxicos que quemaron su piel y chamuscaron sus pulmones. Cualquier hechizo que él podría haber arrojado fue robado de su garganta mientras el tosió diminutas gotas de carne y sangre, todo su cuerpo temblando en agonía.

Jace, ignorando sus costillas rotas como mejor pudo, se puso en pie, agachándose para excavar en busca de su arma caída. El artífice lo miró con ojos llenos de ira, ahora luchando para desatarse de sus ataduras empapadas de sangre. Jace le sostuvo la mirada durante dos largas respiraciones y luego hundió la punta de la dagamaná en

el brazo de Tezzeret, cortando carne y tendones, quebrando huesos. Tezzeret gritó cuando Jace movió la hoja adelante y atrás, presionando sobre ella como una barreta. Un fuerte crujido, un destello de magias rotas, y la extremidad de eterium de Tezzeret cayó sobre la tierra, un centímetro de hueso ensangrentado sobresaliendo obscenamente del metal. Jace, haciendo una mueca de dolor, se inclinó para recoger su trofeo, dejando a Tezzeret bramando sin palabras en sus ataduras.

El chamán de los Nezumi-Katsuro surgió de los árboles, encorvado más abruptamente y con más cicatrices que la última vez que Jace le había visto. Desplegados por detrás venía un cuarteto de habladores de espíritus menores y una docena de guerreros Nezumi, su espadas desenvainadas brillando en sus manos, sus pequeños ojos brillantes bajo el sol del mediodía. Mientras pasaban, las ramas se apartaron curvándose de su camino y los hongos se inclinaron en reverencia. El chamán hizo un gesto, habló con la voz de hojas susurrando en el viento, y Tezzeret sólo pudo volver a gritar cuando media docena de ramas salieron disparadas de los árboles, se estiraron imposiblemente largas, y perforaron la carne de sus brazos y sus hombros.

"Saludos, Emperador del Brazo de Metal del Consorcio Infinito," susurró el hombre rata mientras se acercó. Sólo el hechizo de traducción de Jace (que él había lanzado al mismo tiempo que había hecho contacto mental con el chamán) le permitió comprender. "He esperado mucho tiempo para conocerte en persona."

Tezzeret pudo no haber entendido las palabras pero no hubo ninguna manera de no entender el tono o la intención. "¡Vete al infierno, hombre rata!" El artífice liberó el brazo que le quedaba de un tirón, dejando trozos de carne por detrás, y arrojó un puñado de virutas de metal a la tierra. Estas se levantaron al instante en un imponente golem de piel de acero y engranajes. Con la misma rapidez lo hizo un elemental de agua pantanosa y cipreses como el que se había comido al soldado de fuego de Baltrice mucho tiempo atrás, emergiendo desde lo más espeso del bosquecillo. Cayó con furia sobre el constructo de Tezzeret, aplastándolo como un juguete barato antes de que pudiera dar un segundo paso.

Jace, mirando cada momento de esfuerzo de Tezzeret, se dirigió tambaleante al lado del chamán, agarrándose sus costillas mientras caminó. "Gracias," dijo jadeando.

El nezumi enseñó sus sucios colmillos afilados. "No hacemos esto por ti, leedor de mentes," dijo con una mirada de mal gusto a la extremidad artificial en manos del mago. "Tú nos has entregado a nuestro verdadero enemigo y por eso nosotros te excusamos de tu propia parte en lo que nos hiciste a nosotros. Pero no olvidamos. Esto es justicia para los Nezumi-Katsuro, no para ti."

"De cualquier manera a mi eso me sirve," le dijo Jace.

"Ve entonces, leedor de mentes. Ninguno de nosotros va a detenerte. Aunque si nos vuelves a molestar..."

"Sí, sí. Ponte en la fila chamán."

Jace ladeó la cabeza, volviendo su atención cuando el artífice fue levantado corporalmente de la tierra por las extremidades de madera. Estas molieron a palos los huesos de Tezzeret y comenzaron a arrastrarlo de nuevo hacia fuera cual fuera el destino final que le esperaba a manos de los nezumi.

"¡Beleren!" gritó Tezzeret a pesar del dolor, cada palabra trayendo otra burbuja de espuma carmesí salpicado sus labios. "¡Te juro que yo sobreviviré a esto! ¡Te encontraré, y cuando lo haga…!"

"No harás nada." Jace permitió que el maná restante en el brazo de eterium fluyera a través de él e introdujo su mente en la de Tezzeret. Exhausto, herido casi hasta la muerte, y sin las reservas de magia en su brazo artificial, el artífice podría, sólo podría, ser vulnerable a...

¡Sí!

Durante un largo rato Jace se encontró en el agónico y enfurecido infierno que fue la mente de Tezzeret. Hizo una mueca ante las imágenes que le asaltaron, retrocedió ante las sensaciones que nunca quiso saber, mientras rebuscó a través de los pensamientos del artífice. Y allí estuvo, por fin, el conocimiento que necesitaba, el conocimiento que le permitiría a Jace Beleren gobernar el Consorcio Infinito tan a fondo como Tezzeret lo había hecho hasta ahora. Nombres, lugares, artefactos, todo ello.

Y Jace... Jace suspiró una vez y lo dejó ir, dejando que ese conocimiento se desvaneciera con el hombre que lo tenía. Jace, sintiendo una alegría malsana en cada grito mental, permitiéndole a Tezzeret plena conciencia de lo que estaba haciendo, se estiró y aplastó la mente del artífice.

Jace sintió un gran peso alivianando su alma, no era su única carga, ni siquiera la más pesada, pero un respiro palpable de todas formas. Suspiró aliviado, ganándose una perpleja mirada furiosa del chamán.



Jace la ignoró. Se dio la vuelta y se dirigió hacia los árboles, dejando a los hombres rata y al artífice babeando y balbuceando detrás de él.

Capítulo 33

Liliana, de pie en la parte superior de las escaleras, se hallaba en lo que sólo podría ser llamado el corazón del hogar de Tezzeret. Unos pocos espectros sobrevivientes revoloteaban sobre su cintura, listos para beber la vida de cualquiera que se atreviera acercarse. Esparcidas por todo el suelo yacía un puñado de flechas, cada una de las cuales igualaba al único proyectil que actualmente sobresalía de una herida sangrante en su muslo. Extendidos junto a ellas estaban los cadáveres de una docena de guardias del Consorcio, restos parciales de la primera ola que había atacado una vez que Baltrice finalmente había caído a sus pies.

Ahora nadie podía llegar a ella. Había sellado la puerta al interior del santuario, una puerta de acero sólido que los mantendría

a raya durante muchos días. Todo lo que tenía que hacer ahora era esperar.

Con un gruñido extrajo el proyectil de su carne, silbando de dolor cuando lo liberó. Unos momentos para atarse un vendaje improvisado alrededor de la herida y luego se fue cojeando a través de la cámara, los ojos deslizándose sobre su (bueno, el suyo y el de Jace) nuevo premio.

Se limpió un puñado pastoso de sudor y cenizas de su frente, examinó el reluciente anillo de metal, las gemas brillantes y los tubos llenos de éter, los interruptores y las runas, y por supuesto el gran trono que estaba asentado en el centro. Desde allí el líder del Consorcio podía gobernar un imperio de mundos.

Si él sabía que mundos eran esos. Si él sabía quienes le servían. Si él sabía cómo responder a las llamadas de sus lugartenientes y cómo construir los dispositivos que Tezzeret les había dado.

Pero eso estaba bien porque ellos lo sabrían. El plan funcionaría; tenía que hacerlo. Jace volvería en cualquier momento con la información que necesitaban, y que ya le debían a Nicol Bolas, para reiniciar todo otra vez. Esperó que él estuviera dispuesto a sus necesidades, que ellos pudieran gobernar el Consorcio juntos en nombre del dragón.

¿Y si no? Bueno, Liliana se preocupó por Jace Beleren, pero ella ya le había hecho cosas feas a aquellos por los que se había preocupado antes. Ella, como siempre, haría lo que tenía que hacer.

Pero, por ahora, lo único que tenía que hacer era esperar.

* * * * *

Jace, completamente invisible dentro de su capa de ilusiones, acechó por el pasillo detrás de los guardias mientras estos se amontonaban junto a la puerta del santuario interior, preguntándose qué hacer a continuación, cómo llegar a la nigromante dentro… e incluso si querían o no hacerlo.

Así que Liliana estaba viva. Jace no pudo reprimir un suspiro de alivio. Estaba viva y lo estaba esperando.

Estaría esperando un largo, largo rato.

Jace giró y se dirigió escaleras abajo, pasando de vez en cuando al lado de un guardia, en dirección a los niveles más bajos dónde podría encontrar unos momentos de total privacidad. No sabía si alguna vez ella lo perdonaría por esto mucho más de lo que sabía si alguna vez él podría perdonarla. Y en última instancia, no importó.

El Consorcio se había ido. Ningún premio para Liliana, ningún premio para Bolas, ningún premio ni siquiera para Jace mismo. Oh, algunas células individuales podrían sobrevivir, incluso prosperar, pero sin Tezzeret, sin el conocimiento que Jace había optado por dejar morir con la mente del artífice, el propio Consorcio estaba muerto.

Y así era como tenía que ser. El no iba a vivir su vida con miedo, ya no, y miedo era todo lo que el Consorcio tenía para

ofrecer. Miedo a que Liliana se preocupara sólo por ello y nunca por él. Miedo a lo que Bolas le haría si él se negaba a inclinarse ante el dragón y a lo que el dragón le haría hacer si lo hacía.

Pero sobre todo, miedo de sí mismo. El alma de Jace casi había muerto, día a día, desde el instante en que se había unido a la malvada asociación del artífice. Jace le había permitido al Consorcio que le convirtiera en alguien que no conocía, pero por todo el poder en el Multiverso él no permitiría que lo convirtiera en otro Tezzeret.

Lo único que él podía hacer era alejarse y dejar que todo ello se derrumbara en polvo y ruinas a sus espaldas. Y si eso significaba que no tenía idea de qué hacer con su vida (si se encontraba a la deriva, sin rumbo como el día en que el fuego de Baltrice había llovido desde el cielo por encima de esa cafetería) entonces al menos esa vida era suya una vez más.

Y entonces, cuando él entró en la misma habitación de suministros en la base de la torre donde él había llevado brevemente el rostro de Baltrice, supo por dónde empezar. En medio de todas las preguntas que se avecinaban él se dio cuenta de pronto que tenía que hacer a continuación. Porque él supo, sin importar si el alguna vez podría perdonarla, o ella a él, que él y Liliana se volverían a encontrar; lo supo con la misma seguridad como que sabía que mil soles se alzarían mañana a través de mil mundos.

Cuando eso sucediera el tendría su respuesta. Se juró a sí mismo que liberaría a Liliana de su trato, sin importar cuánto tiempo le llevara, sin importar cuántos mundos tuviera que recorrer. Él aprendería quién era ella bajo el miedo y la desesperación y las mentiras.

Y entonces, si el llegaba a amar a quien encontrara, tal vez ellos podrían volver a empezar.

Jace Beleren salió de las profundidades de la torre de Tezzeret y desapareció en los más lejanos confines de las Eternidades Ciegas.



Epílogo

Ahora que ella sabía donde él había hecho su guarida ellos tuvieron su reunión final en las profundidades de las cuevas de Grixis en lugar de en las llanuras sin rasgos de esa esfera muerta y sin nombre. Allí, separados por muchos pasillos largos de las cámaras de adivinación del aquelarre, los gritos de agonía eran casi inaudibles. Casi.

Más de la mitad de las paredes de esa gran caverna circular estaban cubiertas con débiles imágenes, no tanto grabadas sino quemadas de alguna manera en la piedra. Algunas eran dragones, algunas de humanoides de diversas especies, algunas de razas que no se habían visto en ningún rincón civilizado del Multiverso desde hacía miles y miles de años.

Ellos se miraron a lo largo de la cámara, sus ojos amplios, sus bocas abiertas en gritos silenciosos, y quiénes eran nadie más que la Serpiente Inmortal hubiera podido decir.

En el centro de todo se alzaba una gran columna de piedra, envuelta de arriba hasta abajo en cojines de terciopelo forrado. En espiral alrededor de ella para que la mayor parte de su cuerpo estuviera fuera de la tierra, Nicol Bolas estudió, con ojos sin parpadear y un ceño ligeramente aburrido, a la pequeña humana parada rígida y furiosa ante él.

"...que discutir," estaba diciendo el dragón, su atención ya perdiéndose en otros asuntos.

"¿No hay nada más que discutir?" dijo Liliana hirviendo de rabia y alzando la voz. "¡Nada más que mi magia y muy posiblemente mi alma!"

Los cojines ondearon arriba y abajo del pilar cuando Bolas se encogió de hombros. "Tú elegiste hacer ese trato, Liliana Vess."

"¡Y tú hiciste uno conmigo Bolas!"

"En efecto. Uno muy simple y directo que tú fallaste en entregar."

"¡Tezzeret y el Consorcio están fuera de tu camino!"

"Verdad." Bolas se movió alrededor del pilar, hojeando las imágenes como si buscara un rostro particular. "Pero estaba el asunto, nigromante, de tú devolviéndome el Consorcio a mí mientras yo mantenía mi atención en otros asuntos. El plan, a menos que yo lo haya lamentablemente mal entendido, era poner a alguien a cargo que pudiera influir en mi nombre, si es que tú no lo ibas a manejar por ti sola. A menos que yo me haya vuelto extremadamente miope en mi vejez los resultados finales de todos tus planes no se parecen en mucho al resultado que prometiste."

"¿Y cómo iba yo a saber que Jace no…?"

La cabeza del dragón se lanzó de repente de al lado del pilar, su lengua saliendo para detenerse a escasos centímetros de la carne de Liliana. Ella se quedó inmóvil, paralizada bajo su mirada infinita.

"¿De verdad crees que poner excusas es ahora tu mejor opción?"

"Gran y poderoso Bolas," dijo ella tratando de modular su voz, "por favor. Yo vine a ti porque tú eres el único que conozco con el poder de romper este pacto, lo suficientemente fuerte como para doblegar incluso a una cábala de demonios a tu voluntad. Si tú tan sólo pudieras..."

"Si yo soy, de verdad, el único con ese talento," le interrumpió Bolas, "entonces te sugiero que te las arregles para hacerte de alguna forma útil. Ofréceme otra cosa que valga la pena por los problemas que me traes (y no nos engañemos, un cuarteto de demonios es un problema incluso para alguien tan 'grande y poderoso' como yo) y yo te haré el mismo trato."

"Por otra parte," añadió él con un tono repentinamente serio, "es posible que tangas que jurarme lealtad. Un caminante de planos y nigromante de tu poder podría resultar verdaderamente útil y yo, por supuesto, trataría de proteger mi inversión..."

El rostro de Liliana se puso rojo, sus ojos de color negro azabache. "¿Acaso quieres que intercambie un amo por otro?"

"Pues sí, supongo que sí."

"¡Ve a buscar tu propio infierno personal, dragón!"

"Debo decir que yo ya tengo uno muy agradable aquí en Grixis. Cuando se te ocurra un mejor trato asegúrate de hacérmelo saber. Tú siempre eres bienvenida aquí, mi querida Vess."

Liliana se quedó mirando, su boca moviéndose como para expresar una nueva discusión que aún no había considerado, y Bolas al menos tuvo que darle algo de crédito a la maga. En su juventud, si él hubiera estado en la posición de ella, él bien podría haber atacado, aun sabiendo que no podía prevalecer. Pero Liliana, conciente de que no había nada más que decir, giró sobre sus talones y salió de la cámara, y si sus hombros estaban caídos e incluso sacudiéndose ella igual sostuvo la cabeza en alto hasta que desapareció de la vista del dragón.

Bolas pasó la lengua sobre los rostros de piedra, como si probara la carne de los que representaban, luego se desenrolló a sí mismo de todo el pilar y se deslizó a través de los túneles hasta llegar a su cuarto de trabajo. Este, como muchos de sus aposentos privados, carecía completamente de una puerta; sopló unas cuantas sílabas de magia, apenas un esfuerzo para alguien como él, e hizo que el mismo muro se abriera para él. Entre estanterías de equipos alquímicos y artefactos a medio construir, a través de espacios entre los que su gran cuerpo nunca debería haber pasado, el dragón se abrió camino hasta una mesa de trabajo de mármol en el centro de la caverna. En lo alto de la gran losa, empequeñecido por la magnitud de la mesa y de hecho por toda la habitación, estaba el objeto de sus esfuerzos actuales.

No, los esfuerzos de Liliana no habían restaurado al Consorcio Infinito para él. Pero ellos le habían dado en su lugar una oportunidad que ni siquiera él había previsto. Tendría que actuar con rapidez, antes de que los nezumi lo pudieran arruinar

irremediablemente todo. Aquello le había costado mucho adquirirlo y requeriría mucho trabajo de su parte el volverlo a hacer funcional, tanto por dentro como por fuera. Sin embargo, con las reparaciones adecuadas (y los ajustes adecuados) quizás resultaría ser una herramienta aún más grande que el propio Consorcio.

Nicol Bolas se inclinó sobre el cuerpo destrozado y sin sentido de Tezzeret y pronunció: "Ahora, pequeño artífice... ¿Qué vamos a hacer contigo?"


MAGIC
The Gathering
De todas las criaturas del Multiverso
sólo los Caminantes de Planos saben de su ilimitada expansión.
Jace Beleren, un poderoso hechicero cuya extraña hablilidad telepática
abre puertas que muchos preferirían dejar cerradas, está en una encrucijada:
las decisiones que tome afectarán su camino para siempre
Tezzeret, líder megalomaníaco de una cábala interplanar
rige los poderes del Multiverso para sus propios y nefarios planes.
Liliana Vess, una nigromante cuya oscura belleza esconde secretos aún más oscuros
tiene diseños que nadie puede predecir.